

A photograph of a classical stone column capital, likely a Corinthian or Composite style, set against a clear blue sky with some light, wispy clouds. The column is on the left side of the frame, and the capital is the focal point of the image. The text is overlaid on the right side of the image.

Una exposición de
1 Corintios

Ernesto Trenchard

Tabla de contenidos

Tabla de contenidos	2
Introducción a I Corintios	10
La ciudad de Corinto - Un gran emporio comercial	10
La importancia política y religiosa de Corinto	10
La colonia de los judíos en Corinto	11
La fundación de la iglesia en Corinto	11
Fracasa la acusación oficial de los judíos (Hch 18:12-17)	12
El estado espiritual de la iglesia en Corinto	13
La autoridad apostólica de Pablo	14
La fecha de la Epístola y las circunstancias de su redacción	14
El contenido de la Epístola	15
Bosquejo del contenido de la epístola	15
Temas para recapacitar y meditar	16
Bendiciones y divisiones - I Corintios 1:1-17	17
Los saludos del apóstol (I Co 1:1-3)	17
1. Pablo el apóstol	17
2. La iglesia de Dios en Corinto	17
3. Los que invocan el Nombre de nuestro Señor Jesucristo	17
4. Gracia y paz	18
Manifestaciones de la gracia de Dios en Corinto (I Co 1:4-9)	18
1. Las acciones de gracias de Pablo	18
2. La riqueza de palabra y ciencia	18
3. La fidelidad de Dios	19
Divisiones como manifestación de la carnalidad de algunos (I Co 1:10-17)	20
1. Se ha roto la comunión	20
2. Pablo frente a las disensiones (1 Co 1:13-17)	21

Preguntas	22
La sabiduría de Dios y la de los hombres - I Corintios 1:18-2:16	23
¿Qué es la sabiduría?	23
La palabra de la cruz y el fracaso de la sabiduría humana (I Co 1:18-27)	24
1. La palabra de la Cruz (1 Co 1:18)	24
2. El fracaso del sabio de este mundo (1 Co 1:19-21)	24
3. La Cruz como sabiduría de Dios (1 Co 1:21-23)	25
4. La Cruz es tanto la potencia como la sabiduría de Dios (1 Co 1:24-25)	26
5. La “vocación” de la iglesia en Corinto (1 Co 1:26-29)	27
La base doctrinal de la sabiduría divina (I Co 1:30-2:5)	27
1. El aspecto positivo de la sabiduría (1 Co 1:30)	27
2. La demostración del poder del Espíritu en la proclamación del mensaje (1 Co 2:1-5)	29
La revelación de la sabiduría de Dios (I Co 2:6-16)	29
1. Las características de la sabiduría divina (1 Co 2:6.9)	29
La revelación de la sabiduría divina se lleva a cabo mediante el Espíritu de Dios (I Co 2:10-16)	31
Preguntas	32
Los siervos de Dios frente a las divisiones en la iglesia - I Corintios 3:1-4:21	34
Consideraciones generales	34
Los siervos de Dios y la iglesia (I Co 3:1-23)	34
1. La carnalidad de los corintios (1 Co 3:1-4)	34
2. Los siervos de Dios son instrumentos suyos para realizar su Obra (1 Co 3:5-9)	36
3. El edificio y los edificadores (1 Co 3:9-17)	36
Pobreza y riqueza (I Co 3:18-23)	39
1. La jerarquía establecida por Dios (1 Co 3:23)	40
La mayordomía de los apóstoles frente a las necias pretensiones de los corintios (I Co 4:1-21)	41
1. Los apóstoles como mayordomos del Señor (1 Co 4:1-6)	41
2. Las pretensiones de los corintios (1 Co 4:7-10)	43

- 3. Los sufrimientos y el testimonio de los apóstoles (1 Co 4:9-13) 44
- 4. El “padre” amonesta a los “hijos” (1 Co 4:14-21) 45

Preguntas 47

La disciplina en la iglesia local - I Co 5:1-6:20 48

Introducción 48

- 1. El nuevo tema 48
- 2. Disciplina en la iglesia local 48
- 3. Enseñanzas derivadas de la situación concreta 49

El caso de incesto (I Co 5:1-8) 49

- 1. Los corintios frente al pecado cometido (1 Co 5:1-2) 49
- 2. Pablo obra según su autoridad apostólica (1 Co 5:3-5) 50
- 3. La Pascua, la masa y la levadura (1 Co 5:6-8) 51

Cristianos frente a pecadores notorios (I Co 5:9-13) 52

- 1. El tema se generaliza 52

Los cristianos han de evitar los litigios (I Co 6:1-8) 54

- 1. El asunto de los litigios (1 Co 6:1-3) 54

El reino no es compatible con pecados escandalosos (I Co 6:9-11) 55

- 1. La naturaleza del Reino de Dios (1 Co 6:9) 55
- 2. Pecados escandalosos (1 Co 6:9-10) 55
- 3. El pasado y el presente (1 Co 6:11) 55
- 4. La potencia que efectuó el gran cambio (1 Co 6:11) 56

La santidad del cuerpo del creyente (I Co 6:12-20) 56

- 1. Las cosas lícitas no siempre son provechosas (1 Co 6:12-14) 56
- 2. Los cuerpos de los creyentes son miembros de Cristo (1 Co 6:15-18) 57
- 3. El cuerpo es Templo del Espíritu Santo (1 Co 6:19-20) 58
- 4. “¿O no sabéis... o ignoráis?” 59

Preguntas 59

Matrimonio y celibato en círculos cristianos - I Corintios 7:1-40 60

Consideraciones generales 60

- 1. Las preguntas previas 60
- 2. Unos principios fundamentales 60

3. Las cuestiones tratadas	61
La honra del celibato y los deberes de los casados (I Co 7:1-16)	61
1. La contestación a la carta (1 Co 7:1-2)	61
2. Los deberes de los casados (1 Co 7:3-6)	62
3. Solteros, viudas y casados (1 Co 7:7-16)	62
Servicio para Dios en el estado social de cada cual (I Co 7:17-24)	64
1. La cuestión se generaliza (1 Co 7:17-24)	64
Consejos a padres con hijas vírgenes (I Co 7:25-40)	66
1. El desarrollo general del pasaje	66
2. Las hijas vírgenes (1 Co 7:25-28)	66
3. Lo temporal y lo eterno (1 Co 7:29-31)	67
4. El “afán” del casado (1 Co 7:32-34)	68
5. Los padres y sus hijas vírgenes (1 Co 7:36-38)	68
6. La posición de la viuda (1 Co 7:39-40)	69
Preguntas	69
La libertad cristiana y sus limitaciones - I Corintios 8:1-9:27	70
Consideraciones generales	70
1. Temas y tendencias	70
2. El análisis del texto	70
Ciencia, libertad, amor y sacrificio (I Co 8:1-13)	70
1. “Lo sacrificado a los ídolos”	70
2. Ciencia y amor (1 Co 8:1-3)	71
3. La doctrina de un solo Dios (1 Co 8:4-6)	71
4. La costumbre y la conciencia (1 Co 8:7-8)	72
5. El amor y la conciencia limitan la libertad (1 Co 8:9-13)	73
El apostolado y la libertad de Pablo (I Co 9:1-27)	74
1. Una modificación de tema	74
2. Pablo contesta a los críticos (1 Co 9:1-6)	75
3. Quienes predicán el Evangelio han de vivir del Evangelio (1 Co 9:7-14)	76
4. Pablo no quería recibir ayuda material en Corinto (1 Co 9:15-18)	78
5. Pablo lo subordina todo a su misión en el Evangelio (1 Co 9:19-23)	79
6. Una ilustración de la entrega total de Pablo a su ministerio (1 Co 9:24-27)	81

Temas para recapacitar y meditar	82
El mal uso de la libertad - I Corintios 10:1-11:1	84
El desarrollo del argumento	84
1. El enlace con la sección anterior	84
2. ¿Qué haremos con nuestros privilegios?	84
3. ¿Qué haremos con nuestra libertad?	84
Provisiones divinas y desvíos humanos (I Co 10:1-13)	85
1. El ejemplo del Éxodo (1 Co 10:1-2)	85
2. Varios ejemplos de fracasos y de juicios (1 Co 10:6-10)	87
3. Amonestaciones y promesas (1 Co 10:11-13)	88
Huid de la idolatría (I Co 10:14-22)	90
1. El peligro del poder atractivo de la idolatría (1 Co 10:14-15)	90
2. La incompatibilidad de la comunión divina y la satánica	90
3. La Mesa del Señor y la mesa de demonios (1 Co 10:18-22)	91
La libertad debe buscar la gloria de Dios (I Co 10:23-11:1)	93
1. El tema del capítulo 8 —la libertad— renovado (1 Co 10:23-26)	93
2. Un ejemplo práctico de cómo mantener la libertad (1 Co 10:27-30)	93
3. Principios permanentes de acción (1 Co 10:31-11:1)	94
4. Nota adicional: Las designaciones de la Santa Cena	95
Preguntas	95
El orden establecido en las iglesias - I Co 11:2-34	96
Consideraciones generales	96
El hombre y la mujer en la congregación (I Co 11:2-16)	96
1. La obediencia de los corintios (1 Co 11:2)	96
2. Una jerarquía establecida por Dios (1 Co 11:3)	96
3. El varón y la mujer en el ejercicio de su ministerio (1 Co 11:4-5)	97
4. Más consideraciones sobre el uso del velo (1 Co 11:6-15)	98
5. Las costumbres apostólicas y eclesiales (1 Co 11:16)	100
El “ágape” y la cena del Señor (I Co 11:17-34)	100
1. Informes desde Corinto (1 Co 11:17-19)	100
2. Desórdenes que impedían la debida celebración de la Cena del Señor (1 Co 11:20-22)	101

3. La celebración de la Cena del Señor (1 Co 11:23-26)	102
4. La celebración digna e indigna de la Cena (1 Co 11:27-34)	104
5. Notas adicionales	107
Preguntas	108
Los dones en la iglesia - I Corintios 12:1-31	109
El enlace didáctico entre las secciones	109
1. El desarrollo del pensamiento de Pablo	109
2. Las necesidades de las iglesias de aquel entonces	109
Dones, ministerios y operaciones (I Co 12:1-11)	110
1. Un prelude necesario (1 Co 12:1-3)	110
2. Diversidad dentro de la unidad divina (1 Co 12:4-6)	111
3. El individuo y los dones que recibe (1 Co 12:7-11)	111
4. El Cuerpo y el Espíritu (1 Co 12:12-13)	114
La interdependencia de los miembros del cuerpo (I Co 12:14-26)	115
1. Dios ha colocado a los miembros del cuerpo según su soberanía (1 Co 12:14-19)	115
2. Los miembros necesitan los unos de los otros (1 Co 12:20-26)	116
Destacados dones en la iglesia (I Co 12:27-31)	117
1. La totalidad y las partes (1 Co 12:27-31)	117
Preguntas	119
La supremacía del amor - I Corintios 13	120
El enlace con el contexto	120
1. El factor esencial	120
2. Lo que es el amor	120
El camino más excelente (I Co 12:31-13:13)	121
1. Los “mayores dones” y el amor (1 Co 12:31)	121
2. Los “mayores dones” pueden perder su valor (1 Co 13:1-3)	121
3. Lo que busca y lo que evita el amor (1 Co 13:4-7)	122
4. Lo que se esfuma y lo que permanece (1 Co 13:8-10)	125
5. Conocimientos incompletos y el conocimiento perfecto (1 Co 13:11-12)	126
6. Las columnas inmovibles del testimonio cristiano (1 Co 13:13)	127
Preguntas	129

El ejercicio de los dones en la iglesia reunida - I Corintios 14	130
Enlace y desarrollo del argumento	130
1. La unidad del tema a través de los capítulos 12 a 14	130
Lenguas y profecías (I Co 14:1-25)	132
1. La supremacía de la profecía en la congregación (1 Co 14:1-5)	132
2. Características de “lenguas”	132
3. Características de la profecía	134
4. Referencias al don profético en (1 Co 14:1-6)	134
5. Tres ilustraciones de la tesis de Pablo (1 Co 14:7-12)	136
6. La determinación de Pablo (1 Co 14:12-20)	137
7. Las lenguas son señal de juicio y estorbo para la comprensión (1 Co 14:21-25) 138	137
Ministerio de la reunión normal de la iglesia (I Co 14:26-40)	140
1. El ejercicio libre y ordenado de los dones (1 Co 14:26-33)	140
2. La mujer cristiana en la congregación (1 Co 14:34-38)	142
Preguntas	145
La resurrección del cuerpo - I Corintios 15:1-34	146
Un tema nuevo	146
1. El porqué de esta disertación	146
2. La probable fuente del error	146
3. El desarrollo del argumento del apóstol	147
La resurrección de Cristo es parte integrante del evangelio (I Co 15:1-19)	148
1. La entrega y la recepción del mensaje apostólico (1 Co 15:1-4)	148
2. Las manifestaciones del Señor resucitado a testigos escogidos (1 Co 15:5-8) 151	148
3. El apostolado y la obra de Pablo (1 Co 15:8-10)	153
4. El Evangelio varía de sentido si no abarca la Resurrección (1 Co 15:11-19)	154
El hecho y el proceso de la resurrección (I Co 15:20-28)	155
1. La vida de resurrección por medio del Postrer Adán (1 Co 15:20-22)	155
2. El orden de la resurrección (1 Co 15:23-28)	156

La resurrección da sentido a las costumbres y el servicio de los cristianos (I Co 15:29-34) 158

1. El sentido general de esta sección 158
2. El bautismo y la resurrección de los muertos (1 Co 15:29) 158
3. Los sufrimientos de Pablo y la resurrección (1 Co 15:30-32) 160

Preguntas 162

La resurrección: la naturaleza del cuerpo y la venida de Cristo - I Corintios 15:35-58 163

El Creador y el cuerpo de resurrección (I Co 15:35-49) 163

1. Las contestaciones de Pablo a los escépticos (1 Co 15:34-41) 163
2. Las características del cuerpo de resurrección (1 Co 15:42-49) 164

El momento del cambio y el triunfo final (I Co 15:50-58) 167

1. La transformación (1 Co 15:50-53) 167
2. La victoria sobre la muerte (1 Co 15:53-57) 170
3. La exhortación final (1 Co 15:58) 171

Preguntas 173

Los planes y viajes de los siervos del Señor - I Corintios 16:1-24 174

La naturaleza del epílogo 174

La ofrenda para los santos en Judea (I Co 16:1-4) 174

1. La preocupación de Pablo 174

Los planes y viajes de Pablo (I Co 16:5-9) 177

1. Pablo medita en su obra futura 177

Los colaboradores de Pablo (I Co 16:10-18) 179

1. "Operaciones combinadas" 179

Exhortaciones y saludos finales (I Co 16:13-14,19-24) 182

1. Exhortaciones a la firmeza, el valor y el amor (1 Co 16:13-14) 182
2. Saludos finales (1 Co 16:19-24) 183

Preguntas 186

Introducción a 1 Corintios

La ciudad de Corinto - Un gran emporio comercial

En los días del apóstol Pablo, Corinto se destacaba como la ciudad comercial más importante de Grecia, además de ser uno de los mayores emporios del imperio romano. Bajo la organización de Roma había sido designada como capital gubernamental administrativa de la provincia de Acaya —la verdadera Grecia— gracias a su privilegiada situación geográfica. Una mirada a un mapa nos hace ver que se hallaba en el centro del estrecho istmo que unía la gran península del Peloponeso —tan célebre en la historia de los griegos—, con lo demás de Grecia, la provincia de Acaya, siendo servida por dos puertos, Cencrea al oriente y Lequeo al occidente. Hoy este istmo está cortado por un canal que permite el paso de barcos de mediano tonelaje, pero en el primer siglo se había practicado una pista especial que permitía el arrastre de barcos de poco tonelaje desde un puerto al otro, evitando así el largo y peligroso rodeo por el Peloponeso. Los barcos mayores habían de hacer el rodeo, pero en invierno no salían de los cómodos puertos. El mismo mapa hará patente la inmensa importancia estratégica de la ciudad de Corinto, que encauzaba las corrientes del comercio desde Oriente hasta Occidente. Es evidente también que las rutas desde Macedonia hasta el Peloponeso tenían que pasar forzosamente por Corinto.

Tal emporio comercial siempre atrae toda suerte de gentes de muchas nacionalidades, lenguas y religiones, algunas para aprovechar seriamente las posibilidades del comercio y otros para vivir —más o menos precariamente— de las variadas actividades que no dejan de surgir al margen de vastos movimientos comerciales. Tampoco faltaban quienes ministraban a los vicios de pobres y de ricos.

El apóstol Pablo se interesaba especialmente por tales ciudades, pues, constituyendo puntos estratégicos para el comercio y el arte militar, también servían para la extensión del Evangelio. Los convertidos, fruto de la predicación en tales lugares, habían de esparcirse por numerosos lugares, tanto cercanos como lejanos, llevando consigo el conocimiento del Mensaje. Algunos de los hermanos itinerantes serían espirituales y bien enseñados, capaces para levantar testimonios en otros lugares. He aquí uno de los secretos del rápido crecimiento de la Obra durante la época apostólica.

La importancia política y religiosa de Corinto

Como castigo por haber participado en una rebelión contra Roma, la ciudad había sido arrasada totalmente por las legiones romanas en el año 146 a.C. Quedó en ruinas y desierta hasta el año 46, cuando Julio César, comprendiendo el gran valor de su emplazamiento, la restauró en gran escala, haciendo de ella la capital de la provincia de Acaya. Atenas seguía siendo la capital cultural de Grecia, disfrutando del régimen privilegiado de “ciudad libre”. Corinto, sin embargo, pese a su condición cosmopolita, no dejaba de sentirse “griega”, orgullosa de su herencia cultural y cültica. Como Atenas, Corinto fue respaldada por una Acrópolis, coronada ésta por un templo dedicado a Afrodita, centro de ritos idolátricos e inmundos.

Los griegos de Corinto eran, en general, inteligentes —quizá “listos”, sería la mejor palabra—, inquietos, curiosos, superficiales, muy dados a la discusión sobre cualquier tema que surgiera. Estaban orgullosos de su historia pasada, sin entender demasiado

bien los grandes sistemas de filosofía de Platón y de Aristóteles. Amantes de la “sabiduría” a su manera —la de los epicúreos y la de los estoicos estaban de moda—, no sabían distinguir entre raciocinios bien basados sobre hechos evidentes y los sofismas que pasaban por argumentos razonables. Les faltaba aprender que Dios había enloquecido la sabiduría de este mundo. Es muy importante que el lector de la Epístola se acuerde de las condiciones sociales y psicológicas de los corintios, pues explican muchas de las desafortunadas reacciones de algunos de los hermanos que hemos de notar en el curso de nuestros estudios.

La colonia de los judíos en Corinto

Los grandes centros comerciales siempre atraían poderosamente a los judíos, quienes, tradicionalmente y hasta el día de hoy, se interesan por los asuntos bancarios y la posibilidad de ganancias comerciales. No podía faltar una colonia judía en Corinto, donde se hallaba por lo menos una sinagoga importante y probablemente más. Estos judíos de la Dispersión podían ser tan fanáticos como los palestinos al defender las tradiciones de sus padres, pero existe evidencia de cierta decadencia moral y religiosa entre ellos, que se debía a su constante trato con los gentiles. Por la época que nos interesa, los judíos no gozaban de mucho prestigio en el Imperio, pues el emperador Claudio acababa de expulsarles de la metrópoli. Eran tan útiles a los gobernantes, sin embargo, que no pasaba mucho tiempo antes de que se infiltrasen otra vez, tanto en Roma como en muchos otros lugares. Como veremos, Aquila y Priscila se hallaban en Corinto a causa de la mencionada expulsión de los judíos de Roma (**Hch 18:2**).

Esta época del desprestigio de los judíos coadyuvó a la fundación de la iglesia en Corinto, ya que debilitó su oposición al Evangelio mientras Pablo y sus colaboradores llevaban a cabo la obra en sus primeras etapas, haciendo fracasar sus intentos de conseguir la expulsión del apóstol por una apelación a Galión, el procónsul a la sazón. Por esta vez el apóstol pudo quedar en su centro de trabajo hasta que el Señor le indicara la conveniencia de salir, sin tener que huir ni de turbas alborotadoras ni por decretos adversos de las autoridades locales, como había pasado en Antioquía pisidiana, Iconio, Listra, Tesalónica, etc.

La fundación de la iglesia en Corinto

Hallamos la reseña de las primeras etapas de la obra en Corinto en (**Hch 18:14**) Pablo acababa de dar su gran testimonio frente al Areópago de Atenas, formándose una iglesia pequeña allí, sin que muchos de los “sabios” de la capital cultural se interesasen en el extraño mensaje que les trajo el rabino judío. Por circunstancias, que ignoramos —no es prudente achacarlas al aparente “fracaso” de Pablo ante el Aerópago— Pablo llegó a Corinto muy abatido, echando de menos la compañía y el apoyo de sus amados compañeros Timoteo y Silas, a quienes había enviado a Macedonia (**Hch 18:1-5**) (**1 Co 2:1-5**) (**1 Ts 3:1-6**). El Señor le proporcionó la comunión y el compañerismo del consagrado matrimonio Aquila y Priscila, probablemente cristianos ya, quienes se dedicaban al mismo oficio de Pablo: el de fabricar tiendas de la basta tela tejida con pelo de cabra. Teóricamente, por lo menos, los rabinos judíos no debían recibir recompensa monetaria por sus enseñanzas, de modo que cada uno se veía bajo la necesidad de aprender un oficio, por humilde que fuese. He aquí la explicación del proceder de Pablo, destacado rabino antes de su conversión y ciudadano romano, miembro de una familia distinguida de Tarso, al entregarse a ganar su sostén y el de sus compañeros —no siempre, pero sí en muchos lugares— dedicándose a trabajos tan humildes. Como

apóstol del Señor no desdeñaba este oficio con tal de dar un buen ejemplo a otros (**2 Ts 3:10**). La obra espiritual de los primeros meses consistía mayormente en las discusiones en la sinagoga, de donde Dios había de sacar un buen núcleo de hermanos que confesaban que Jesús era el Mesías. Más tarde vendría la reacción violenta en contra del Evangelio de parte de los judíos intransigentes.

La feliz llegada de Silas y de Timoteo reanimó al apóstol, y todos iniciaron una labor más a fondo en la sinagoga, de la que resultó la conversión de Crispo, presidente de la congregación judía. También Ticio Justo fue temprano fruto de aquellos días, con Estéfanos y su establecimiento. Esta bendición exacerbó el fanatismo de los judíos que no habían creído, y la oposición a los siervos de Dios llegó a tal punto que no fue posible seguir testificando en la sinagoga. Con la posible excepción de Berea, esto pasaba siempre, pero cuando llegaba el momento de la crisis ya se había formado previamente el núcleo de una iglesia cristiana, compuesto por los convertidos de entre los mismos judíos, a los cuales siempre se añadían numerosos “temerosos de Dios”, o sea, gentiles que frecuentaban la sinagoga y escuchaban con deleite la Palabra pura del Antiguo Testamento sin llegar a hacerse prosélitos por medio de la circuncisión (**Hch 18:6-7**). De éstos, Cornelio de Cesarea es un buen ejemplo (**Hch 10**).

La nueva “casa” de la iglesia local, después de la separación de la sinagoga, fue la de Ticio Justo, uno de estos temerosos de Dios, cuya casa lindaba con la sinagoga (**Hch 18:7**). El testimonio de los siervos de Dios fue muy bendecido en Corinto, siendo evidente que muchos gentiles recibieron la Palabra, añadiéndose al núcleo original de los convertidos de la sinagoga. Cuando los judíos enemigos tramaban su complot en contra de los siervos de Dios, el mismo Señor apareció a Pablo en visión asegurándole: “*Tengo mucho pueblo en esta ciudad*” (**Hch 18:9-10**). Quizá algunas de las dificultades que se evidencian por el estudio de las Epístolas dirigidas posteriormente a Corinto surgen del predominio numérico de los elementos griegos —antes paganos— sobre los convertidos de la sinagoga, quienes ya conocían las Escrituras, hallándose libres de las funestas influencias de la idolatría.

Fracasa la acusación oficial de los judíos (Hch 18:12-17)

Los judíos de Corinto no iban muy acertados al formular su acusación en contra de Pablo frente al procónsul, Galión. De paso, es interesante notar que Galión era hermano del filósofo y político Séneca, bien que adoptado por otra familia. Los dos habían nacido en Córdoba, Hispania (España). Séneca elogió mucho a su hermano, sobre todo por su trato cortés y amable: cosa que no se echa de ver en su actitud frente a los judíos en el caso que estudiamos. Una inscripción en Delfi nos ayuda a fijar la inauguración del proconsulado de Galión por los años 51-52, que nos da también la fecha para la fundación de la iglesia en Corinto.

En cuanto a su religión, los judíos se hallaban protegidos por un estatuto especial que reconocía su culto como una “religio lícita”, o sea, una religión autorizada en todo el Imperio. Ni siquiera tenían la obligación —tan fatal después para los cristianos— de ofrecer incienso a la imagen del César como manifestación de lealtad a Roma. Los judíos querían probar delante de Galión que Pablo —y los cristianos en general— se habían apartado de la pura doctrina judaica, y, por ende, no habían de ser protegidos. Como Pablo y Silas aún mantenían la apariencia de rabinos judíos, Galión llegó a la conclusión —que da a conocer en las palabras malhumoradas de (**Hch 18:14-15**)— de que se trataba de nombres y palabras de la ley judaica, cosa que los hebreos habían de arreglar entre ellos, pues él no tenía intención alguna de actuar como juez en tales asuntos. Así terminó abruptamente la vista de la causa, y poco le importaba que los soldados — o el

vulgo— se entretuvieran con el conocido juego de la “caza de judíos”, maltratando a Sóstenes. Pablo asocia consigo a un hermano llamado Sóstenes al dirigir su carta a los corintios, pero es arriesgado suponer que el presidente de la sinagoga, sucesor de Crispo, se hubiese convertido después, bien que no es imposible.

Este veredicto de Galión es más importante de lo que parece a primera vista, puesto que, en la práctica, confirmaba la protección que los cristianos recibían bajo la religio licita del judaísmo (como si fuera una rama del mismo) durante algunos años más. Estos años resultaron ser de vital importancia para la extensión y el arraigo del cristianismo por las costas del Mar Egeo. Más tarde la conversión de tantos gentiles haría imposible esta identificación entre judíos y cristianos por parte de los gobernantes romanos y, por fin, el cristianismo llegó a ser una religión proscrita por los edictos de Nerón.

El estado espiritual de la iglesia en Corinto

Ya hemos visto que el número de convertidos gentiles llegó a sobrepasar el de los judíos y de los *“temerosos de Dios”* en Corinto. Procedían los hermanos mayormente de los estratos inferiores de la sociedad y sin duda muchos eran esclavos. Sin embargo, **(1 Co 1:26-29)** señala la presencia en la iglesia de algunos creyentes pudientes y nobles, entre ellos Erasto, tesorero de la ciudad, en cuyo honor se ha hallado una inscripción en Corinto **(Ro 16:23)**. La libertad del Espíritu resultó ser un “vino demasiado fuerte” para muchos de estos hermanos griegos, de poca preparación intelectual y menos disciplina moral y social. Eran amantes de las discusiones, y al interpretar mal la libertad del Espíritu, se excitaban por los recuerdos de la práctica de la democracia en las ciudades griegas, en tiempos anteriores al dominio romano. Quedaron fascinados ante los dones extáticos — con referencia especial al de *“lenguas”*—, olvidándose de que todo ministerio había de servir para el provecho de todos, y de que Dios es Dios de orden. Bastantes de ellos se consideraban como *“ricos”*: vana presunción que Pablo recoge en tono irónico en **(1 Co 4:8-15)**.

Esta misma superficialidad de parte de algunos abría la puerta a errores más graves. Al comentar la sección **(1 Co 1:10-4:21)** tendremos ocasión de considerar las facciones de los corintios, con las causas que las provocaron. El capítulo 5 describe un grave caso de inmoralidad que no se había disciplinado por falta de una comprensión de la seriedad del asunto. Hay indicios de litigios que algunos hermanos llevaban ante tribunales mundanos y otros que delatan una comprensión limitada de la santidad de la vida de los creyentes en general (capítulo 6). Los *“fuertes”* y los *“débiles”* (estos términos se explicarán en su debido lugar) no se entendían sobre el comer de carnes ofrecidas a ídolos, y algunos se permitían libertades susceptibles de ser consideradas como *“comuni3n con ídolos”* (capítulo 10). El *“ágape”*, mal celebrado, dio lugar a desórdenes que impedían la debida y solemne celebraci3n de la Cena del Se3or, mientras que había hermanas que ejercían sus dones en esferas y formas que no les eran propias. Por fin, Pablo tuvo que denunciar como grave error doctrinal la negaci3n, por parte de algunos, de la realidad de la Resurrecci3n corporal del Se3or en el pasado y la de los creyentes en el porvenir.

Sin embargo, siempre existe el peligro de juzgar la totalidad de una compa3a por los extravíos de una minoría, pues la bondad y la seriedad de los hermanos en general no suelen ser “noticia”, pero sí los desmanes de una minoría, ya que han de ser corregidos. Sin duda, buenos y fieles hermanos como Estéfanos y su familia —dedicados a la obra del Se3or—, representaban una parte no pequeña del pueblo de Dios en Corinto.

La autoridad apostólica de Pablo

El esfuerzo de algunos —influidos, sin duda, por elementos introducidos desde afuera— por desacreditar al apóstol Pablo se destaca más en la segunda Epístola, que es la que lleva la réplica contundente del verdadero apóstol frente a las calumnias y libelos de los “falsos apóstoles” (2 Co 10-11). Con todo, este asunto se halla latente en la primera Epístola y motiva la magnífica exposición de las normas del servicio cristiano —incluso el de los apóstoles—, que estudiaremos en el capítulo 9. Al considerar la autoridad apostólica de Pablo es preciso recordar los dos sentidos primordiales de la voz “apóstol” en el Nuevo Testamento: a) su uso según su etimología, cuando significa “un enviado en misión especial”, equivalente, por lo tanto, a “misionero”, aplicable a todo siervo de Dios que proclamaba el Evangelio; b) su uso restringido para designar a un grupo limitado de hombres—mayormente los Doce y Pablo— a quienes el Señor había escogido para ser los depositarios de las verdades del Nuevo Testamento. Los Doce habían de dar fe —con el auxilio del Espíritu Santo— de los grandes hechos redentores del ministerio, la Muerte expiatoria y la Resurrección del Señor Jesucristo. Pablo no pudo tener parte en este ministerio. Sin embargo, como resultado de la comisión especial que había recibido del Señor resucitado, él también era mayordomo del “misterio de la Iglesia”, habiendo recibido por revelación la enseñanza sobre la formación de un pueblo espiritual de Dios en esta dispensación. No sólo vio realmente al Señor en el camino a Damasco, sino que recibía toda una serie de revelaciones —de variado contenido— que viene a constituir una parte importantísima del contenido del Nuevo Testamento (Hch 26:16) (Ef 3) (Col 1:24-29) (1 Ti 1:12-14) (2 Ti 1:11). Pablo menciona a menudo esta “gracia apostólica” que había recibido de Cristo y que fue reconocida por los apóstoles que le precedieron al ver en él las señales del apóstol durante su primer viaje misionero (Ga 2:7-9). Los apóstoles hablan con una autoridad que derivan directamente de su Señor, y el contenido de sus enseñanzas, conservado para nosotros en el Nuevo Testamento, goza del mismo carácter inspirado que el de los escritos proféticos del Antiguo Testamento. En el curso de nuestro estudio veremos que Pablo espera que sus escritos sean recibidos como “mandamientos del Señor” (1 Co 4:17) (1 Co 14:37).

La fecha de la Epístola y las circunstancias de su redacción

Es evidente que Pablo, al redactar esta carta, se halla en medio de la gran misión que llevó a cabo en Éfeso y que constituyó la culminación de la obra misionera del tercer viaje (Hch 19). Por el verano se mantenía constante comunicación marítima entre Éfeso y Cencrea, y aun en invierno el camino terrestre a través de Macedonia podía ser aprovechado para viajes importantes. Hay mucha evidencia de que Pablo se mantenía en íntimo contacto con la iglesia de Corinto, que tanto necesitaba de su cuidado apostólico y pastoral. La casa de Cloe le trajo las malas noticias que se notan en (1 Co 1:10-12), mientras que el siervo de Dios, Estéfanos, estuvo presente cuando Pablo terminó la redacción de la carta (1 Co 16:17). Una carta se había recibido de la iglesia que se contesta en parte, mientras que, por (1 Co 16:1-4), sabemos que Pablo ya se preocupaba por aquella época en levantar el interés de las iglesias gentiles para la ofrenda a favor de los santos pobres de Judea, sin que él mismo se hubiese decidido a ir personalmente aún: cosa que se determinó a realizar más tarde. Todos estos datos nos hacen pensar en un fecha para la redacción de esta Epístola de alrededor de un año antes de la salida de Pablo de Éfeso para Macedonia, Acaya y Jerusalén, o sea, el año 55-56 d.C.

El contenido de la Epístola

Esta Epístola no desarrolla ordenadamente un tema amplio y fundamental como el de Romanos, sino que resuelve sobre la marcha una serie de cuestiones que surgen, o de la carta que la iglesia envió a Pablo, o de los informes que diversos hermanos habían llevado a Éfeso. Se nos presenta, pues, una serie de temas que si bien no se hallan vinculados por medio de una fuerte encadenación lógica, no les falta una unidad psicológica, ya que todos surgen de las doctrinas y prácticas de una sola iglesia en relación con el apóstol Pablo, su fundador. Podemos pensar en un collar de joyas de distintos colores pendientes de un solo hilo, y el estudio nos hará comprender la importancia fundamental de cada una de las verdades apostólicas que dan respuesta a las preguntas de la iglesia en Corinto, o que indican la debida solución de sus problemas. Llega a ser epístola eclesial por excelencia, norma para el ministerio y las prácticas de la iglesia local a través de los siglos. No sólo eso, sino que el capítulo 15 constituye una disertación —cuyo tema es el de la Resurrección— que no es superada doctrinalmente por porción alguna de las Sagradas Escrituras. El capítulo 13 —el llamado “cántico de amor”— se estima como uno de los más preciados tesoros literarios, morales y espirituales de la literatura universal.

La Iglesia se ha enriquecido sobremanera gracias a las inspiradas réplicas de Pablo a una iglesia en crisis; el escrito mantiene hasta hoy su acuciante actualidad para todos los fieles cristianos que desean amoldar su vida individual y colectiva según las normas apostólicas.

Bosquejo del contenido de la epístola

I. La Introducción del apóstol Pablo (1 Co 1:11-9)

- La riqueza de los santos.

II. El tema de las divisiones y su solución (1 Co 1:10-4:21)

- La sabiduría humana y la divina contrastadas.
- El servicio cristiano y los siervos del Señor.

III. Pureza, disciplina y orden dentro de la iglesia (1 Co 5:1-6:20)

IV. El matrimonio cristiano. El servicio de los célibes (1 Co 7:1-40)

V. Normas para hermanos “fuertes” y “débiles” frente al uso de viandas sacrificadas a los ídolos (1 Co 8:1-13)

VI. El servicio apostólico de Pablo (1 Co 9:1-27)

- Sus normas generales y su relación con la iglesia en Corinto.

VII. Peligros, amonestaciones, conciencia y amor (1 Co 10:1-11:1)

VIII. Orden en la iglesia (1 Co 11:2-34)

- El ministerio de hermanas, el ágape y la Cena del Señor

IX. Dones espirituales y su ejercicio en el Cuerpo místico de Cristo (1 Co 12:1-31)

X. El amor como ambiente imprescindible para el ejercicio de los dones (1 Co 13:1-13)

XI. El ejercicio de los dones en la congregación (1 Co 14:1-40)

- Todo ha de hacerse para provecho, dentro del buen orden.

XII. El tema de la resurrección corporal (1 Co 15:1-58)

- La de Cristo entraña la de los suyos.

XIII. Epílogo (1 Co 16:1-24)

- La ofrenda para los creyentes en Judea, los planes del apóstol, etcétera. Saludos finales.

NOTA: Este Bosquejo sirve para que el lector adquiriera un concepto general del desarrollo de los temas prácticos y doctrinales de la Epístola, especialmente al leerla repetidamente como preparación para el estudio detallado. Los epígrafes del comentario no corresponden necesariamente a los de este análisis.

Temas para recapacitar y meditar

1. Discurra sobre la importancia de la ciudad de Corinto, añadiendo un breve resumen de la fundación de la iglesia cristiana en ella.
2. Explique la redacción relativamente inconexa de esta Epístola. ¿Merma este hecho la importancia doctrinal y práctica de 1 Corintios?
3. Hágase un análisis de la Epístola según el modelo presentado arriba con la Biblia abierta, pero sin consultar el Bosquejo una vez que haya sido aprendido.

Bendiciones y divisiones - 1 Corintios 1:1-17

Los saludos del apóstol (1 Co 1:1-3)

1. Pablo el apóstol

Pablo asocia consigo a Sóstenes, un hermano de Corinto, pero la autoridad de la carta depende de su redacción por *“Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús, por la voluntad de Dios”*. La designación *“apóstol”* quiere decir un siervo de Dios escogido para ser depositario de la verdad cristiana del Nuevo Pacto y pensamos muy especialmente en los *“Doce”* —testigos del ministerio terrenal del Señor— y en Pablo, llamado y comisionado expresamente para testificar del Señor resucitado y del *“misterio”* de la Iglesia. La designación *“apóstol”* (*“apostolos”*) indica una persona enviada en misión especial y había muchos *“apóstoles”* que llevaban a cabo una obra misionera general, pero sólo *los apóstoles* —en este sentido restringido— podían reclamar para sus escritos la autoridad de una inspiración divina (1 Co 4:17) (1 Co 14:37). Volveremos más adelante sobre este importante tema.

2. La iglesia de Dios en Corinto

La designación *“iglesia”* se deriva del término griego *“ekklesia”*, que significaba una compañía de personas convocada para ciertos fines de discusión y de decisión (compárese con (Hch 19:39), donde se traduce por *“legítima asamblea”* o *“asamblea legal”*). Etimológicamente la voz quiere decir una compañía de personas *“llamada fuera”*, y la base de su *“convocación”* en el Nuevo Testamento es la voz de Dios por medio del Evangelio. Sólo los redimidos forman parte de la Iglesia universal, siendo *“piedras vivas”* de ella. La Iglesia de los salvos —en su sentido universal— se presenta especialmente en la Epístola a los Efesios, mientras que aquí —y en los saludos que encabezan las Epístolas en general— se trata de una compañía de redimidos reunida en cierto lugar geográfico, que refleja *“en miniatura”* la naturaleza y la función de la Iglesia universal. Compárese (Ef 1:22-23) (Ef 2:19-22) (Ef 3:1-13) (1 P 2:4-10) (Mt 18:17,20).

La Iglesia, según esta salutación y tantas más, se componía de *“santos”*, o sea, de personas *“santificadas en Cristo Jesús”*, que, según el uso constante del Nuevo Testamento, equivale a los creyentes, quienes, por haber puesto su fe en Cristo, se hallan separados del mundo para dedicarse al servicio de Dios. Tanto los sacerdotes del antiguo régimen levítico de Israel, como también los vasos y enseres del Templo, eran *“santificados”* o *“consagrados”* porque habían sido *“separados”* para el servicio de Dios, en contraste con lo *“profano”* o *“común”*, lo que se hallaba a la disposición de los hombres. En la consumación espiritual del Nuevo Testamento, el mismo concepto se aplica a toda persona redimida por la sangre de Cristo. Naturalmente, esta *“santidad posicional”*, que se debe a *“estar en Cristo”*, debería manifestarse por medio de la santidad práctica de la vida, lo que se consigue por la ayuda de la Palabra de Dios y las operaciones del Espíritu Santo.

3. Los que invocan el Nombre de nuestro Señor Jesucristo

Los *“santos”* se describen también de otra forma, pues han dejado de invocar a los dioses paganos para reconocer plenamente el señorío del Señor Jesucristo, *“Señor de ellos y el nuestro”* (1 Co 1:2). Esta carta a los corintios es muy personal, pero, con todo, interesa a todos los hijos de Dios, quienes se reúnen en asamblea. No hay nada exclusivista ni secreto en cuanto a los principios que han de regir en la iglesia local, pues se hallan a la

disposición de cuantos invocan el nombre del Señor. El énfasis sobre el señorío de Jesucristo es natural y necesario en vista del espíritu de rebeldía que se manifestaba en ciertos sectores de la iglesia en Corinto.

4. Gracia y paz

He aquí la salutación usual que dirige Pablo a todas las iglesias e individuos que reciben sus cartas, añadiendo a veces *“la misericordia”*. *“Gracia”* era un amable saludo griego — algo como “pasadlo bien”—, pero la revelación del Nuevo Testamento transforma el término en otro mucho más sublime, pues la gracia equivale a “Dios obrando al impulso de su amor”. Es la fuerza impulsora de toda la obra de la redención y de toda obra divina en la vida del creyente. *“Paz”* era —y es— el saludo hebreo, *“shalom”*, y significa no sólo la ausencia de elementos de perturbación, sino el disfrute de las bendiciones que garantizan la verdadera prosperidad del hombre. La paz cristiana surge de la gracia de Dios. El hecho de que la gracia y la paz llegan a nosotros no sólo de la presencia de Dios el Padre, sino también de la del Señor Jesucristo, evidencia, de paso, la plena deidad del Hijo, quien no sólo es el medio por quien recibimos la gracia, sino también su Fuente, conjuntamente con *“Dios nuestro Padre”*.

Manifestaciones de la gracia de Dios en Corinto (1 Co 1:4-9)

1. Las acciones de gracias de Pablo

Pablo ha de reprender duramente a los corintios por diversas manifestaciones carnales y por ciertos peligrosos errores doctrinales. No por eso dejan de ser pueblo de Dios, y no hemos de suponer un tono irónico en las alabanzas de este pasaje, puesto que Pablo distingue perfectamente entre la obra de Dios por medio del Espíritu Santo y aquellas tristes manifestaciones carnales que tantas veces impiden su plena manifestación. Una parte de las alabanzas de los versículos 4 al 9 corresponde a la obra redentora de Dios, que ha de perfeccionarse gracias a los firmes propósitos de Dios en Cristo. Otra parte tiene que ver con los dones espirituales que habían sido concedidos a los corintios. No hemos de subestimar la importancia de los carismas, pese al elemento de peligro que entrañaba su ejercicio en el caso de creyentes carnales.

2. La riqueza de palabra y ciencia

La palabra (*“logos”*) concedida a los corintios por el Espíritu Santo, incluye la comprensión del Verbo revelado. Conocimiento (o ciencia) es *“gnōsis”* que abarca mucho más que meros conocimientos adquiridos por los estudios, llegando a ser un don del Espíritu quien comunica a los dotados los *“secretos de Dios”*. Antes de acabarse la redacción del Nuevo Testamento —depósito de la revelación divina dada a los apóstoles— estos dones de palabra y ciencia se revestían de gran importancia en la Iglesia. Hoy día existen, pero esperamos hallar toda palabra y ciencia en el depósito apostólico del Nuevo Testamento, ministradas siempre por el auxilio del Espíritu Santo. De esto tendremos más que decir al estudiar el capítulo 12.

Los corintios no dejaban de mantener *un testimonio acerca de Cristo* en su gran ciudad, y el versículo 6 declara la confirmación de la labor del apóstol en este sentido. Recordemos que las reprensiones se dirigen a los equivocados y a los rebeldes, sin olvidarnos de que, juntamente con ellos, había muchísimos hermanos fieles en Corinto, quienes mantenían enhiesta la antorcha del testimonio cristiano.

3. La fidelidad de Dios

Dios obraba poderosamente por su gracia en Corinto, de modo que la esencia de una obra cristiana se hallaba allí en todos los aspectos. Bastantes hermanos corintios pensaban demasiado en sus “dones” y en “riqueza” espiritual, pero no por eso faltaba la fidelidad de Dios. La obra divina notada aquí puede resumirse en los puntos siguientes:

1) *La llamada a tener comunión con Jesucristo (1 Co 1:9)*. Comunión (“*koinōnia*”) es uno de los grandes conceptos del Nuevo Testamento, traduciendo a veces por “participación”. Supone una bendición recibida por cierto número de personas, o un cometido u obra que se les ofrece para su participación mancomunada, recibiendo cada una “su parte” en ello. Aquí, la comunión es con “*su Hijo Jesucristo, Señor nuestro*” (nótese la dignidad del amplio título del Señor), quien se ofrece a los creyentes en todo su amor, gracia y poder. El que no tiene su parte en Jesucristo no tiene nada que ver con las grandes verdades que se exponen en esta Epístola. Esta participación supera a todo otro lazo en la tierra, sea nacional, familiar o institucional, pues toda otra comunión ha de subordinarse a las consecuencias de nuestra participación con el Hijo de Dios, nuestro Salvador.

2) *La esperanza de la Venida del Señor (1 Co 1:7)*. La esperanza de la Segunda Venida del Señor formaba una parte esencial de la vida y del testimonio de los creyentes del primer siglo, y raras veces se usa el vocablo “*esperanza*” sin que insinúe, directa o indirectamente, una relación con la manifestación del Señor. Entre las muchas facetas de la Venida se enfatiza aquí la de “*manifestación*” (“*apokalupsis*”), la revelación que quitará el velo para que contemplemos al Señor cara a cara. Por fin “*todo ojo le verá*” (Ap 1:7), pero aquí no se trata de las implicaciones de la manifestación en gloria del Señor, sino de la consumación de la experiencia del creyente, quien ve ahora “*oscurementemente*”, esperando el momento de contemplar a su Señor “*cara a cara*” (1 Co 13:12) (1 Jn 3:2).

3) *La perfección futura del creyente (1 Co 1:8-9)*. El futuro del creyente no depende de los vaivenes de su entusiasmo o de su celo, sino del propósito de Dios en cuanto a su hijo adoptivo. Será posible perder “*recompensas*” si el hijo anda carnalmente, pero aquí se nos asegura que el mismo Señor confirmará a los suyos irreprochables en Cristo hasta aquel “*Día*”. El Maestro tendrá que señalar muchos defectos cuando él tenga a sus siervos delante de su Tribunal, pero él mismo es el Fiador que hace fracasar todas las insinuaciones del “*Acusador de los hermanos*”, quien no podrá reprochar a los fieles en punto alguno. “*El día del Señor nuestro Jesucristo*” ha de distinguirse del término “*Día de Jehová*”, frecuente en las profecías del Antiguo Testamento. Cuando el título incluye nombres que revelan la obra de gracia del Señor en esta dispensación, la referencia es al Día de su reunión con los suyos después del bendito “*recogimiento*” profetizado en (1 Ts 4:13-18). En cambio, el “*Día del Señor*” —a secas— continúa el tema del juicio de los rebeldes en el mundo —ya revelado en el Antiguo Testamento— y el establecimiento del Reino de Dios en la tierra. La frase “*afirmar hasta el fin*” puede traducirse por “*hasta la consumación*” (“*telos*”), lo que nos recuerda que el Señor de la Iglesia no descansará hasta perfeccionar a su pueblo como centro de sus gloriosos propósitos para los “*siglos de los siglos*” (Ef 2:6-7) (Ef 3:10-11).

Divisiones como manifestación de la carnalidad de algunos (1 Co 1:10-17)

I. Se ha roto la comunión

Un ardiente ruego (1 Co 1:10). Pablo acaba de recordar a los hermanos en Corinto que habían sido llamados a la comunión con el Hijo de Dios, Jesucristo, pero a renglón seguido se ve obligado a rogarles —por el mismo Señor Jesucristo— que pongan término a sus tristes divisiones con el fin de “hablar la misma cosa”, uniéndose en aquella “mente” que se había renovado en Cristo Jesús, y por la obra del Espíritu Santo. Se ha subrayado en el comentario sobre los versículos anteriores que nada podía romper la armonía interior de la vida de Cristo en los creyentes —que depende de Cristo mismo y de su Espíritu—, pero era muy fácil perder las manifestaciones externas de tal comunión que han de incluir el mismo parecer, o criterio. La multiplicación de voces estridentes y contradictorias puso de manifiesto que el diablo había logrado frustrar el buen testimonio externo de la iglesia, fomentando divisiones.

La información recibida (1 Co 1:11). Cloe sería una señora pudiente que mantenía un establecimiento de administradores, esclavos, libertos, etcétera. No es posible afirmar dogmáticamente que ella misma fuese creyente de la iglesia en Corinto, pero la forma familiar de emplear su nombre produce la impresión de que se trataba de una hermana. De todas formas, miembros de su establecimiento eran creyentes, y éstos, al llevar a cabo algunas diligencias en el servicio de su ama en Efeso —o quizá enviados ex profeso— habían informado al apóstol sobre las tristes divisiones que perturbaban la vida interior de la iglesia en Corinto. Notemos de paso que Pablo no esconde la fuente de su información por razones “diplomáticas”, sino que nombra claramente a sus informantes, pues nadie tiene derecho de criticar a un hermano detrás de sus espaldas si no está dispuesto a mantener la acusación —cortésmente y con amor— delante de su persona. Hubo otros visitantes de Corinto en Éfeso por aquella época (1 Co 16:17).

La naturaleza de las disensiones (1 Co 1:12). Ya vimos en la lección introductoria que los griegos solían andar inquietos, amantes de la discusión y de los partidos. Algunos confundían la sagrada libertad de la Iglesia de Cristo con la democracia de sus antiguas comunidades, estando dispuestos a “hacer política” dentro de la congregación. No hay nada en absoluto que nos haga pensar que los siervos de Dios que habían ejercido su ministerio en Corinto se prestaran a las maniobras de estos hermanos carnales; ni hemos de pensar tampoco en diferencias esenciales que afectaran a la sustancia de los diversos ministerios. No había más que una sola doctrina apostólica, pero, naturalmente, la presentación variaba según la personalidad y preparación del predicador. Los “políticos”, cansados de la paz de la unidad del Espíritu, se aprovechaban de estas diferencias —puramente externas— para declararse partidarios de uno o de otro, exclamando: “¡Yo soy de Pablo!, nuestro fundador”. Otro contestaría: “Mucho más elocuente es Apolos: ¡yo soy de Apolos!”. Aún otro levantaría la voz, diciendo: “Yo me he enterado del principio del Evangelio en Judea, y el portavoz de los apóstoles, que verdaderamente vieron al Señor y que fueron comisionados por él mismo, es Pedro. ¡Yo soy de Cefas!” (el nombre de Pedro que recuerda su origen hebreo). Otro diría: “¿Quiénes son los siervos al lado del Maestro mismo? Yo tengo rollos con los dichos del mismo Maestro que valen más que toda enseñanza de Pablo y de los otros. ¡Yo soy de Cristo!”. Nos hemos valido de un poco de imaginación al describir las reacciones de los partidistas de Corinto, pero no nos creemos muy equivocados en lo esencial, y de esta forma el estudiante podrá hacerse una idea de la confusión que reinaba en la santa congregación del Señor.

2. Pablo frente a las disensiones (1 Co 1:13-17)

La preeminencia de Cristo (1 Co 1:13). Ya hemos notado el sentido ruego de Pablo de que los engañados corintios volvieran a un solo pensamiento espiritual, expresado en palabras concordantes (1 Co 1:10). Aquí lanza tres preguntas retóricas que plantean la esencia del asunto:

- ¿Está dividido Cristo?
- ¿Fue crucificado Pablo (u otro) por vosotros?
- ¿Fuisteis bautizados en el nombre de Pablo (o de algún otro siervo del Señor)?

Sacamos unas conclusiones contundentes:

a) Si Cristo es UNO en la totalidad de su ministerio, de su Persona y de su Obra, ¿cómo se atreven algunos hermanos a crear partidos dentro de la comunión de los santos, equivalente a la comunión del mismo Señor nuestro Jesucristo? Tal intento contraviene la naturaleza esencial de Cristo.

b) Si el Evangelio declara que sólo Cristo fue crucificado como Víctima expiatoria, y si su obra de Cruz es el centro del Evangelio, todos los siervos de Dios se hallan obligados a proclamar a Cristo crucificado. De este modo —tratándose de fieles ministros del Señor— no es posible formar partidos sobre la base de mensajes distintos, pues el Evangelio es uno sólo.

c) Si todos los creyentes fueron bautizados en el Nombre de Cristo se indicó desde el principio que todos pertenecían a él. No podían ser leales en todo a su único Señor y Maestro y a la vez agruparse alrededor de hombres.

La práctica de Pablo (1 Co 1:14-16). Hoy en día se considera un honor bautizar a los convertidos, pero Pablo evitaba hacerlo sabiendo que hombres carnales podían sacar la conclusión de que él ganaba discípulos para sí por bautizarles en su propio nombre, haciéndoles ingresar en un sistema de su propia invención. Normalmente, colaboradores más jóvenes que el apóstol bautizaban para que se viera en este acto la relación del discípulo con Cristo y no con Pablo. Durante los primeros tiempos en Corinto, Pablo se vio muy solo (Hch 18:1-8), y por entonces él mismo bautizó a Crispo y a Gayo (recordando luego a Estéfanos y su establecimiento), pero no tenía memoria de más personas, ya que su costumbre no era aquélla. Esta cavilación y recuerdo personal garantizan la autenticidad del escrito, pues es tan natural, tan personal, que a ningún autor de seudoeπίgrafos se le ocurriría escribir tal cosa.

La comisión de Pablo (1 Co 1:17). *“No me envió Cristo a bautizar, sino a proclamar el Evangelio”*. Los apóstoles no eran sacramentalistas, llamados a colocar a personas en el Reino por medio de ritos que entrañasen poderes sagrados o mágicos, sino heraldos de una verdad divina que les había sido encomendada. La potencia apostólica consiste en la predicación de la Palabra en la virtud del Espíritu; las palabras serían adecuadas al caso, pero no hubo intento alguno de conseguir resultados por medio de recursos retóricos (1 Co 2:1-5). La Palabra podría ser rechazada o aceptada, según el simbolismo de la Parábola del Sembrador (Mt 13:1-9,18-23), pues su proclamación ponía a prueba la disposición del oyente; pero no podía ser sustituida por otro medio alguno de ganar almas. En la segunda parte del versículo 17 Pablo anticipa el tema que ha de desarrollar ampliamente en lo que resta de los capítulos 1 al 4, o sea, la sabiduría humana contrastada con la de Dios. No hemos de pensar que Pablo rechaza una expresión adecuada del mensaje, sino que rehúye la técnica retórica basada en las lecciones de las escuelas sofistas. Muchas veces los sofismas escondían la falta de verdaderas razones, pues la falsa elocuencia echaba una hermosa capa sobre la vaciedad del contenido real

de los discursos. Tal clase de persuasión halagaría el oído y subyugaría la “razón” de ciertos oyentes, pero dejaría el corazón tan duro, tan egoísta, como antes. Pablo no había de “*hacer vana*” la Cruz de aquella forma, sino que había de aplicar a fondo el mensaje del juicio divino sobre el pecado por medio del sacrificio único y suficiente de Cristo. “*La Cruz de Cristo*” es una frase figurada que plasma de forma dramática y elocuente todo el profundo significado de la Obra que Cristo llevó a cabo en el madero, que en manera alguna había de vaciarse de sentido por artes de la dialéctica.

Preguntas

1. Describa las bendiciones que había recibido la iglesia en Corinto que dependían de la fidelidad de Dios. Base su contestación en **(1 Co 1:4-9)**.
2. Describa las disensiones en Corinto y la actitud de Pablo frente a ellas. Base su contestación sobre **(1 Co 1:10-17)**.

La sabiduría de Dios y la de los hombres - 1 Corintios 1:18-2:16

¿Qué es la sabiduría?

Muchos hilos se entrelazan para formar la fuerte cuerda de la argumentación de este pasaje, de tal forma que no resulta fácil su análisis ni la elección de un título que resuma el contenido. Con todo, creemos que todo cuanto escribe Pablo aquí puede incluirse dentro del concepto de la “sabiduría de Dios y la sabiduría del hombre”. El hombre en su inocencia fue dotado de sabiduría: facultad que se ha de distinguir de la mera inteligencia y de los conocimientos. Desde luego, la sabiduría no puede funcionar sin una base de conocimientos; sin embargo, es bien sabido que un erudito destacado en su campo de estudios puede ser un necio cuando se trata de ordenar sus relaciones personales, familiares y sociales; en cambio, es posible que un campesino sea un “sabio” en este sentido. La sabiduría consiste en manejar con eficacia tanto los conocimientos como las circunstancias, con el fin de producir el mejor resultado posible. Recordemos que los libros bíblicos de Job, Proverbios y Eclesiastés se llaman “sapienciales” (de sabiduría) porque enseñan cómo el hombre ha de caminar por la senda de la vida en el temor de Dios.

La sabiduría de los griegos es diferente del intento —más bien práctico— de descubrir el “buen vivir” en este mundo, típico de los hebreos y otros pueblos orientales, ya que a los filósofos griegos les interesaba más descubrir la razón de la vida y del mundo material, utilizando procesos de raciocinio que partían de la base de postulados que parecían ser verdaderos por necesidad. Ya hemos visto que los corintios, en general, se sentían atraídos más bien por los sofismas de las nuevas escuelas, gustándoles las sutilezas de la dialéctica. La sabiduría que Pablo ha de expresar debe distinguir tanto de la de los libros sapienciales del Antiguo Testamento como de la griega, ya que brota de la revelación que Dios da de sí mismo en el Verbo encarnado.

La intrusión del pecado en la esfera intelectual y moral del hombre le ha limitado notablemente la capacidad de ordenar su vida sabiamente. No han faltado grandes pensadores, algunos de la talla de los filósofos griegos como Sócrates, Platón y Aristóteles, que tanto admiraban los corintios. Con todo, las célebres preguntas de Sócrates demolían el orden establecido sin colocar nada en su sitio, llegando a ser una sabiduría puramente hipotética. Las “ideas” o “normas” de Platón podrán cobrar algún sentido a la luz de la revelación divina, pero, en sí, no representan más que el esfuerzo mental de un pensador que creó el sistema filosófico que más le satisficiera a él y a sus discípulos, y no tardó en sufrir el ataque de otros sistemas ideados por la generación siguiente. Ya hemos notado que los grandes sistemas filosóficos mencionados habían degenerado —en los tiempos apostólicos— en sofisterías, destacándose las escuelas de los epicúreos y de los estoicos. Los profundos raciocinios de los grandes fundadores griegos de sistemas de pensamiento humano se habían convertido en sutilezas falsas y vacías que sólo se hacían oír por el auxilio de la retórica. Fue cierto, aun en esta esfera, y en los tiempos de Pablo, que *“Dios había enloquecido la sabiduría del mundo” (1 Co 1:20)*.

Algunos de aquellos espíritus superiores habían ideado impresionantes sistemas de filosofía (término que significa “el amor a la sabiduría”), pero los más de los griegos se

daban a la idolatría, procurando llenar el vacío de sus vidas por medio de “dioses” hechos a su propia imagen y semejanza, invirtiendo el método divino por el cual el único Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (**Gn 1:26**). Este funesto proceso es analizado profundamente por el apóstol en (**Ro 1:18-32**): pasaje que recomendamos a la atención del lector por su íntima relación con el tema de la “locura de la sabiduría” que Pablo desarrolla en la sección que estamos estudiando.

La sabiduría divina correrá por cauces muy distintos. Es preciso que el hombre abandone su “sabiduría” de hombre caído para reconocer que sólo la aparente “locura” de Dios puede salvarle de los resultados de su propio desvarío. Este pensamiento nos lleva directamente al misterio de la Cruz: necedad para la mente carnal, pero manifestación suprema tanto de la sabiduría como de la potencia de Dios para el creyente. Pablo no lo dice con tantas palabras en este pasaje, pero la gran paradoja de la Cruz lleva implícita en sí la necesidad de tratar a fondo el problema del pecado que la mente carnal siempre quiere soslayar. Por eso hemos de suplementar las enseñanzas de Corintios con las de Hebreos (**He 9:14-10:4**), dentro de la armonía total de las Escrituras. La necesidad de expiar el pecado no fue del todo ajena al pensamiento griego de la época, pues aparecía en forma degenerada en los “misterios” de origen oriental, que enseñaban una purificación moral por el derramamiento de sangre. Poco contacto había entre estos “misterios” supersticiosos y los altos vuelos del pensamiento filosófico griego, pero por lo menos los “misterios” reconocían la necesidad de procurar la paz a la conciencia. Pablo sintetiza los dos conceptos sobre el plano de la revelación, hallando en la Cruz no sólo el perdón del pecado, sino también la máxima expresión de la sabiduría divina.

La palabra de la cruz y el fracaso de la sabiduría humana (1 Co 1:18-27)

I. La palabra de la Cruz (1 Co 1:18)

La “*palabra (logos) de la Cruz*” significa tanto la sustancia del mensaje apostólico como su proclamación. Ampliando los términos a la luz de otras Escrituras, sabemos que quería decir el anuncio de que Cristo, el Dios-Hombre, se había ofrecido en sacrificio expiatorio en la Cruz con el fin de satisfacer, a favor de todos, las exigencias de la justicia de Dios.

“*La locura de la Cruz*”. La proclamación de un Salvador crucificado y resucitado es “*locura*” para quienes se creen capaces de buscar su propia salvación. Pablo emplea el participio presente del verbo “perder” señalando a “aquellos que están perdiéndose”: una clase de hombres y mujeres que existe realmente en el mundo. Fundamentalmente es el orgullo personal, o el amor al pecado en alguna de sus múltiples manifestaciones, lo que les aleja de la Cruz.

La Cruz, potencia de Dios. La última parte del versículo 18 destaca otra clase de hombres, aquellos que “*están siendo salvos*”, que Pablo identifica con “nosotros”, los creyentes en Corinto y en todo el mundo. Conscientes de su propia flaqueza y fracaso, ven en la Cruz la potencia de Dios para su salvación. Nosotros hubiéramos esperado que Pablo contrastara la locura con la sabiduría —antítesis que se da más adelante—, pero el que se salva necesita en primer lugar la manifestación de la potencia de Dios que le libre del pecado y del mundo. Tal potencia se halla únicamente en la Muerte y la Resurrección de Cristo.

2. El fracaso del sabio de este mundo (1 Co 1:19-21)

Estos dos versículos vienen a resumir dos citas del Antiguo Testamento, la primera, sacada de (**Is 29:14**), y la segunda de (**Is 33:18**), ambas según la versión griega llamada

la “Alejandrina” (LXX). Pablo no pretende darnos una exposición de estos textos, sino que nos hace ver que el fracaso de la sabiduría humana es algo muy conocido en el Antiguo Testamento. En **(Is 33:18)**, según la versión hebrea normal (la “masorética”), los “escribas” son los contadores de las propiedades al servicio del fisco de la potencia extranjera que entonces ocupaba Israel, no debiendo confundirnos al identificar el uso de esta palabra con el del Nuevo Testamento. Repetimos, sin embargo, que no se trata de interpretaciones, sino de utilizar conocidas frases del Antiguo Testamento, que se prestan al argumento del apóstol aquí. Su valor inspirado en nuestro contexto se deriva del uso que Pablo hace de ellas, mientras que, en su contexto original, deben ser sometidos al proceso exegético normal.

3. La Cruz como sabiduría de Dios (1 Co 1:21-23)

La providencia de Dios utiliza el fracaso de los sabios **(1 Co 1:21)**. Los rabinos judíos, confiados en el valor de sus tradiciones; los romanos, orgullosos de la fuerza de sus legiones; además de los griegos, rodeados de la gloria de su civilización, no tenían, en general, la menor idea de lo que Dios había realizado en Israel durante el ministerio, Muerte y Resurrección de su Hijo. No conocieron a Dios ni por las obras de la creación ni a través de su manifestación en Cristo. Se creían demasiado sabios como para detenerse frente a los actos redentores que Dios había llevado a cabo en Israel, rincón insignificante del Imperio, bien que el testimonio de los milagros no dejaba de despertar cierto interés en zonas del Oriente.

La sabiduría humana —convertida en locura— determinó el gran hecho de la Cruz en cuanto al proceso externo. Sin embargo, la providencia divina utilizó tanto las intrigas de los judíos como la fuerza militar de los romanos para el cumplimiento del plan divino, según las conocidas y penetrantes palabras de Pedro: “*A éste (Jesús) entregado por determinado consejo y providencia de Dios, vosotros (judíos) prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole*” **(Hch 2:23)**. La sabiduría de Dios superó la falsa sabiduría de los hombres —además de su fuerza brutal—, realizando el plan de los siglos, determinado en Cristo, de modo que ya se hace pública la proclamación que tiene por centro la Cruz y la Resurrección: mensaje que trae salvación a quienes confían en Cristo. He aquí el ejemplo máximo de la sabiduría de Dios, quien hace surgir la redención y el triunfo, según su plan eterno, del horrendo crimen cometido por la falsa sabiduría de este mundo.

Señales y sabiduría **(1 Co 1:22)**. Dios se reveló a Israel, no sólo por las palabras de los profetas, sino también por medio de frecuentes intervenciones en su historia, entre las cuales se destaca el Éxodo. Con razón, los judíos esperaban que Dios había de confirmar sus designios por medio de sus obras, pero el legalismo y el formalismo de los guías del primer siglo les ofuscaban hasta tal punto que, cuando el mismo Señor estaba con ellos, realizando señales como ningún otro hizo jamás, aún pedían más “*señales*”, pues habían formado su propia idea de lo que constituía una “*señal*”, aceptable para ellos. Después de la obra de la Cruz y de la Resurrección, persistían en su actitud para la perdición de sus almas. Los griegos, como hemos visto, querían demostraciones filosóficas, unidas con la belleza de una religión poetizada, de modo que reaccionaron contra la tremenda “*palabra de la Cruz*”: espada de dos filos que primeramente descubría el pecado y la falsedad del corazón del hombre y después aplicaba el bendito remedio de una salvación completa, gracias a cuanto significa la sangre de Cristo. Esta Epístola se dirige a creyentes que habían aceptado el Evangelio, pero las palabras de Pablo nos hacen ver claramente que algunos de éstos deseaban disfrazar la “*fealdad*” de la Cruz por medio del ropaje de la filosofía de moda.

“Predicamos a Cristo” (1 Co 1:23). Frente a las inquietudes y caprichos, tanto de judíos como de griegos, los apóstoles insistían en exponer el camino único que Dios había revelado. Quizá sea preciso aclarar que la predicación de Cristo crucificado no es la descripción de un Cristo siempre agonizante, expuesto a la lástima de almas sentimentales. Nada más lejos del pensamiento paulino. La Palabra de la Cruz incluye siempre el hecho de la Resurrección, y por eso llega al alma con poder, ya que habla de la victoria de Dios sobre el pecado, la muerte y Satanás.

Los judíos, que buscaban señales según su propia definición de ellas, quedaron escandalizados ante la presentación de un Mesías crucificado: mensaje que creían incompatible con las profecías del Antiguo Testamento, entendidas a medias. Donde quiera que anduviera Pablo y sus colegas predicando a Cristo crucificado —con referencia especial a su testimonio en las sinagogas— surgía esta *“piedra de tropiezo”* para todo judío orgulloso, bien que algunos se rendían ante el Resucitado. Para los griegos —a no ser que el Espíritu Santo hubiese obrado poderosamente en sus corazones con anterioridad— el anuncio de un Dios crucificado en Jerusalén por orden del gobernador romano Poncio Pilato, resultaba ser algo grotesco, completamente ajeno a sus conceptos de la vida, pareciéndoles una verdadera *“locura”*.

4. La Cruz es tanto la potencia como la sabiduría de Dios (1 Co 1:24-25)

Los *“llamados”* pueden conceptuarse como los *“llamados desde antes de la fundación del mundo”*, sin olvidarse de que en el plano histórico, el Evangelio en sí es la llamada que pone las buenas nuevas del Evangelio al alcance de los hombres. El propósito eterno se lleva a cabo por los medios que Dios —en su sabiduría y soberanía— ha provisto, o sea, la proclamación del Evangelio (*kerûgma*). Cuando judíos y griegos humildes de espíritu reconocían el vacío espiritual de su vida, y, no hallando satisfacción ni en sus religiones ni en la filosofía, escuchaban la proclamación de lo que Dios había hecho en Cristo, comprendían la obra redentora y la aceptaban. Se sobreentiende el auxilio interno del Espíritu Santo. Estos, experimentando un cambio de vida, comprendieron que el Evangelio era *“potencia de Dios y sabiduría de Dios”*. La expiación del pecado consumada por el Cordero de Dios hacía posible la paz de la conciencia y los creyentes aceptaban la maravillosa revelación de que el amor de Dios había satisfecho las demandas de su propia justicia. En esto discernieron una sabiduría eterna, infinitamente más elevada que los raciocinios de las distintas escuelas filosóficas o las intrincadas glosas de los rabinos judíos sobre la Ley. Pablo enfatiza el valor de la PERSONA, que era *“Cristo (o un Mesías) que ha sido crucificado... Cristo (un Mesías) que es potencia de Dios y sabiduría de Dios”*. El valor del hecho depende del valor de la PERSONA que lo realizó.

Dios no pretende adaptar su mensaje a la sabiduría humana, aunque un predicador sabio procurará presentar el Mensaje único usando distintas presentaciones según las condiciones intelectuales y morales del oyente. En cuanto a la sustancia del Evangelio hemos de recordar que *“lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Co 1:25)*. El lector comprenderá que no hay nada insensato ni débil en Dios, por ser Él Fuente y Origen de toda sabiduría y fuerza, de modo que las expresiones que estudiamos corresponde a las valoraciones de los hombres, declarando en efecto: *“Si el mensaje divino te parece insensato o débil, recuerda que tú no eres más que una criatura, además de hombre caído. En Dios el Creador se halla la suma de toda potencia y sabiduría. Si eres “sabio”, pues, ajustarás tus normas a las de Dios y no esperarás de él que rebaje sus normas a la altura de las tuyas”*. ¡Gracias a Dios por los *“llamados”*, que, siendo sabios o sencillos en cuanto a la ciencia humana, se han hecho *“niños”* con el fin de recibir la revelación de Dios! **(Mt 11:25)**.

5. La “vocación” de la iglesia en Corinto (1 Co 1:26-29)

“*Vuestra vocación*” (1 Co 1:26). La frase “*vuestra vocación*” significa aquí el conjunto de los llamados, o sea, los creyentes que constituían la iglesia de Corinto. Como siempre, el Evangelio había sido recibido mayormente por los pobres y por miembros de los estratos inferiores de la sociedad, donde suele haber menos orgullo y más sed de justicia. Lo mismo pasó en el ministerio del Maestro. Pablo invita a sus lectores a pasar revista a la congregación para ver dónde se hallaban los sabios, los nobles y los poderosos. Podrían pensar en algunos, como Erasto, Gayo, Crespo, etcétera; pero ¡cuán pocos eran, comparados con los pobres, los débiles (económica y socialmente) y los esclavos! No hemos de limitar la eficacia del Evangelio, pensando que sólo se adapta a los pobres, pero la bienaventuranza de éstos consiste precisamente en su pobreza, que les ayuda a comprender que han de esperar todo de las riquezas de la gracia divina. Al rico le es muy difícil entrar en el Reino, afirmó el Maestro, pero, con todo, la omnipotencia de Dios podía vencer el obstáculo (Mt 19:23-26).

Dios manifiesta su potencia y sabiduría por los instrumentos que él escoge (1 Co 1:27-29). Si Dios utilizara sólo instrumentos de gran solvencia humana, como los sabios, los poderosos y los bien nacidos, muchos sacarían la conclusión de que el Evangelio prospera porque reúne y organiza las fuerzas más eficaces del mundo. Según los principios de esta porción, Dios suele hacer todo lo contrario, pues mantenía su testimonio en la gran ciudad de Corinto mayormente por medio de los elementos más despreciados, según el criterio del hombre. En las palabras de Pablo hallamos un eco de (Jer 9:23): “*Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Más alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra*”. Se trata de pasar revista a los motivos del orgullo humano para hacer ver que Dios los anula, manifestando su potencia por medio de lo despreciado de los hombres. Hay potencia humana en la sabiduría carnal, pero Dios la rechaza. Los poderosos manejan resortes financieros, políticos y militares, pero Dios no los escoge como tales. Los bien nacidos gozan del prestigio de su categoría social, y sin embargo, en la iglesia, podrían ser menos usados que un esclavo. Por fin Pablo llega hasta la tremenda paradoja de afirmar que “*Dios escogió lo que no es para deshacer lo que es*”, con el fin de que nadie se jacte en su presencia.

Cuando una organización eclesiástica se hace potente por medio de su jerarquía, su erudición, su dinero y su influencia social y política, se halla en grave peligro, pues será difícil que digan: “*Tenemos este tesoro en vasos de barro para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros*” (2 Co 4:7). Naturalmente, no recomendamos que los asuntos del Reino se traten de cualquier manera, pues lo mejor de lo que tenemos debiera dedicarse al Señor; con todo, invitamos a todos los creyentes a meditar en los principios básicos de los versículos 25 al 29 de este pasaje, con el fin de que todos nos humillemos delante del Señor pidiendo su ayuda para poder discernir entre la verdadera potencia espiritual y la mera fuerza carnal.

La base doctrinal de la sabiduría divina (1 Co 1:30-2:5)

I. El aspecto positivo de la sabiduría (1 Co 1:30)

Es extraordinaria la riqueza doctrinal del versículo 30, que define la sabiduría divina en relación con los creyentes, quienes “*surgen*” (o “*nacen*”) de Dios y se hallan bendecidos plenamente en Cristo. Intentaremos traducir el texto literalmente con el fin de que sus verdades se destaquen más claramente: “*Mas de él—de la sustancia de Dios como origen*

— *sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho sabiduría, aun justificación, santificación y redención*”.

El origen y sustancia de la nueva familia (**1 Co 1:30**). Si no tu viésemos más origen que el de Adán caído, tendríamos, a la fuerza, que buscar normas en consonancia con este hecho: la verdad es otra puesto que la primera frase del versículo 30 nos recuerda que surgimos (como nuevas criaturas) de la misma sustancia de Dios (“*ex autou de humeis...*”) según el sagrado misterio de la nueva familia de Dios cuyo origen se describe en términos análogos en (**Jn 1:12-13**): “*A cuantos le recibieron (al Verbo encarnado) les dio autoridad de ser hechos hijos de Dios... engendrados no de sangre, ni de la voluntad de la carne... sino de Dios (ek Theou)*”. En estos contextos la preposición “*ek*”, seguida por el caso genitivo, señala el origen de la sustancia de algo o de alguien, y aquí la Fuente de la vida es Dios mismo. Teniendo este origen, no estamos sujetos a la sabiduría del hombre, sino que nos corresponde esperar la revelación de la sabiduría divina.

“*Vosotros estáis en Cristo Jesús*” (**1 Co 1:30**). Si bien nuestro origen se halla en Dios, nuestra posición actual se encuentra en Cristo Jesús, en quien fuimos escogidos antes de los tiempos de los siglos. Pablo no cesa de recalcar esta posición del verdadero creyente “*en Cristo Jesús*”, y puesto que la relación es vital (y no formal) supone que todo cuanto Cristo es —y la suma de lo que ha hecho— llega a ser nuestro, por lo menos potencialmente, es decir, el hecho existe como obra de Dios, haciendo posible nuestra participación en su significado.

“*Nos ha sido hecho sabiduría*” (**1 Co 1:30**). Los filósofos se afanaban por buscar la sabiduría mediante esfuerzos personales, bien que sólo los necios imaginaban que habían llegado a la meta al buscar la verdad. En el régimen de gracia es Dios mismo quien toma la iniciativa de tal forma que su Hijo Cristo Jesús “*nos ha sido hecho sabiduría...*”. No es algo que hemos alcanzado por nuestros esfuerzos, sino un don del cielo que nos ha sido otorgado. Toda la sabiduría de Dios está en Cristo, de modo que, teniéndole a él, la sabiduría ha llegado a ser la nuestra en él. No todos los eruditos bíblicos leen este texto de la misma manera, pero, siendo el tema del pasaje sabiduría, y siguiendo un conocido sentido de la construcción gramatical, es mejor pensar en tres manifestaciones de la sabiduría que ya hemos recibido, o sea justificación, santificación y redención. Cristo nos ha sido hecho sabiduría, y de este hecho brotan tres grandes ramas de la salvación.

“*Justificación, santificación y redención*” (**1 Co 1:30**). Un examen minucioso de estos términos nos llevaría mucho más allá del concepto de la sabiduría que predomina en esta sección y rebasaría los límites de este comentario. Basta notar que el sabio consejo de Dios en Cristo ha provisto:

a) un medio para justificar al reo —condenado por la Ley—, quien se esconde en Cristo, según el concepto de la justificación que se desarrolla en Romanos capítulos 3 y 4, y en Gálatas capítulos 3 y 4.

b) No sólo eso, sino que la misma Muerte expiatoria de Cristo ha libertado a aquel que antes era esclavo del pecado y del diablo, que es lo que significa la redención.

c) Hombres que antes eran del mundo, entregados al servicio del diablo, han sido apartados de su manera anterior de vivir para ponerse a la disposición de Dios en Cristo, siendo así santificados. He aquí tres de los aspectos fundamentales de la salvación que surgen de la sabiduría de Dios, y que son nuestros en Cristo. Toda esta obra es de pura gracia, recuerda Pablo, citando un texto del Antiguo Testamento que prueba que ningún ser humano ha de jactarse en la presencia de Dios (**1 Co 1:31**) (**Jer 9:23**).

2. La demostración del poder del Espíritu en la proclamación del mensaje (1 Co 2:1-5)

Pablo llega a Corinto (1 Co 2:1-3). A pesar de la interrupción del sentido en nuestra versión, determinada por la división de los capítulos, el tema continúa, pues Pablo enlaza su propia experiencia con la profunda doctrina que acaba de afirmar, utilizando la frase: “Así que, hermanos”, que sirve de eslabón entre el párrafo anterior y el siguiente.

Los versículos 1 al 3 se explican suficientemente por los principios que hemos venido subrayando, y recomendamos al lector que vuelva al detalle histórico de la visita de Pablo que consta en el capítulo introductorio. Fue a Corinto con la determinación de que el “testimonio de Dios”, o sea, el mensaje de “Jesucristo y de éste crucificado”, no había de involucrarse en discursos que debieran su atractivo a los recursos de la retórica, según se entendían en aquel entonces. La predicación había de ser eficaz —pues no hay “mensaje” si faltan palabras adecuadas—, pero lo que interesaba, como siempre, era anunciar con absoluta claridad lo que Dios había hecho en Cristo. Sin esta reiteración de los hechos redentores no puede haber predicación del Evangelio.

No hemos de entregarnos a suposiciones sobre el estado físico y anímico de Pablo por aquella época. El mismo describe lo esencial en el versículo 3. A nosotros nos corresponde fijarnos en su determinación de limitarse a lo esencial del mensaje al llegar a Corinto, lo que explica la potencia de la obra del Espíritu en la ciudad. Los argumentos de los amantes de la sabiduría humana se desbaratan por medio de esta referencia a la historia de los comienzos del testimonio de Dios en su ciudad.

La potencia del Espíritu Santo (1 Co 2:4-5). Los versículos 4 y 5 vienen a complementar la doctrina fundamental de (1 Co 1:30). La gran obra de gracia ha llegado a nosotros en su totalidad por la gracia de Dios manifestada en Cristo, pero falta algo esencial en la exposición de tal obra si no hay mención del Espíritu Santo. La sustancia del mensaje fue determinado en Cristo, pero la potencia para su proclamación dependía de la demostración del Espíritu Santo, el único que podía convencer a las almas de la verdad de la predicación de Pablo. Ya hemos reiterado que “palabras persuasivas” no significan “palabras adecuadas”, sino los recursos de la retórica del día. Estos son rechazados con el fin de que la fe de los creyentes no descansa sobre especiosas persuasiones humanas, sino en el poder de Dios, manifestado tanto por la sustancia del Evangelio mismo como por su predicación en la “demostración del Espíritu”. Vivimos en días superficiales, cuando muchos hermanos creen saber mucho, y abundan toda suerte de ideas en cuanto a “lo que requiere nuestro tiempo y nuestra sociedad”. La saludable reacción en contra de una presentación demasiado teológica del Evangelio lleva a muchos predicadores a aprovechar medios psicológicos para anunciar un mensaje que apenas lleva contenido doctrinal. El verdadero siervo de Dios, sin embargo, confiará únicamente en lo que Dios ha revelado en Cristo, proclamándole por la potencia del Espíritu Santo. En este siglo XX necesitamos tanto la doctrina de (1 Co 1:30) como el “único método” de (1 Co 2:5), si bien es preciso el esfuerzo por comprender las necesidades de nuestros oyentes, presentando el Evangelio mediante palabras que son propias de nuestra época.

La revelación de la sabiduría de Dios (1 Co 2:6-16)

I. Las características de la sabiduría divina (1 Co 2:6.9)

Por medio de la profunda doctrina expuesta en (1 Co 1:30) hemos aprendido que la sabiduría de Dios se ha encarnado en Cristo, quien nos ha sido hecho sabiduría. El tema, sin embargo, encierra tanta riqueza y profundidad que queda mucho más que decir, primeramente sobre las características de la sabiduría y después sobre la manera en que se revela.

La sabiduría de Dios es para *“los iniciados”* (1 Co 2:6). Ni la traducción antigua de *“perfectos”* ni la moderna de *“competentes”* da el sentido exacto de *“teleioi”* en el original, término, que señala a creyentes capacitados para entender la sabiduría de Dios. Tratándose de las *“religiones de misterio”* en la Grecia antigua, había una manifestación externa del culto para el vulgo, que consistía en crudos simbolismos; los *“iniciados”*, sin embargo, llegaron a comprender los secretos que —según se decía— se escondían detrás de los símbolos, pasando así a una participación en los verdaderos secretos de aquella religión. La analogía con la fe cristiana no es completa, desde luego, pero nos ayuda hasta cierto punto a comprender el sentido de *“teleioi”*, que nosotros, en el contexto bíblico, podemos traducir por *“creyentes que han llegado a la plena madurez espiritual”*. El niño requiere la leche de la Palabra, pero si ansía progresar en los caminos del Señor, llega a cierta madurez espiritual que le permite comprender tanto verdades como normas que le habrían extrañado en los primeros días. Pablo se dirige a tales hermanos, seguro de que han de comprender la sabiduría de Dios como algo completamente opuesto a *“la de este siglo”*, que, según las consideraciones ya hechas, se reduce a nada. Los *“príncipes de este siglo”* se refiere no sólo a reyes y emperadores, sino también a los grandes líderes de movimientos civilizadores. Frente a la sabiduría divina, Aristóteles no se halla en mejor caso que Julio César.

Esta sabiduría ha estado escondida (1 Co 2:7). De nuevo hemos de esforzarnos por comprender ciertos *“términos técnicos”* que emplea Pablo como medio de dar a conocer lo revelado de Dios. La frase *“la sabiduría de Dios en misterio”* no significa algo misterioso y difícil de comprender, sino temas no revelados en el antiguo régimen, que se iluminan en el nuevo por medio de las verdades entregadas por inspiración a los apóstoles del Señor. Así que *“hablar sabiduría de Dios en misterio”* viene a ser: discurrir sobre la revelación de los propósitos de Dios determinados *“antes de los siglos para nuestra gloria”* y dados a conocer en el nuevo siglo por el ministerio apostólico.

La sabiduría era desconocida por los príncipes de este siglo (1 Co 2:8). Ya hemos tocado este tema, pero el versículo 8 destaca el caso más sorprendente de *“la ignorancia de los sabios”*, pues, teniendo delante de ellos —se trata de un número reducido, pero representativo— al Señor de la gloria, no le conocieron, y, como trágico colofón de su ceguera, le crucificaron. Ya sabemos que todo esto fue *“por determinado consejo de Dios”*, pero aquí Pablo analiza las características de la triste ignorancia que llama *“sabiduría de este siglo”*. Esta ignorancia existe hoy, pues muchas mentes privilegiadas conocen bien el texto de los Evangelios sin que lleguen a *“ver a Jesús”* y sin apreciar la gloria divina que brilla en el rostro de Jesús de Nazaret.

Normalmente los apóstoles asocian la crucifixión con la *“flaqueza”* del Señor, o sea, con su cuerpo entregado en la Cruz; aquí, por excepción, el título *“el Señor de la gloria”* se emplea al describir el rechazamiento del Señor por los hombres en el vergonzoso drama de la crucifixión, con pensamiento análogo al de Juan, quien también se deleita en hablar de la *“gloria”* de la Cruz (Jn 12:23) (Jn 17:1).

La consumación de la sabiduría (1 Co 2:9). La cita de (Is 64:4), en su contexto original, describe las glorias del Reino cuando Israel habrá sido restaurado a su tierra; Pablo aprovecha las mismas palabras con el fin de dar a conocer las maravillas de la obra de Dios en el nuevo siglo. No describe la gloria del Cielo, sino confirma las maravillas de la *“sabiduría escondida”* que ahora se nos revela en Cristo por la potencia del Espíritu Santo y mediante el ministerio apostólico: maravillas mucho más allá de la comprensión de las facultades humanas, aparte de la revelación del Espíritu Santo.

La revelación de la sabiduría divina se lleva a cabo mediante el Espíritu de Dios (1 Co 2:10-16)

Las profundas operaciones del Espíritu (**1 Co 2:10-11**). Pablo aprovecha una analogía humana en el versículo 11, recordando a sus lectores que es el espíritu del hombre —lo más elevado de su vida interior— el que conoce sus pensamientos más íntimos. De paso notamos que el “*espíritu*” es parte esencial del ser tripartito del hombre, aun después de la Caída. A veces no es posible distinguir entre alma y espíritu como elementos constitutivos de la vida interior del hombre, pero admitimos el término “tripartita” a la luz de (**1 Ts 5:23**) y de las consideraciones que surgirán del estudio de (**1 Co 15:43-49**). Aplicando su analogía, subraya la verdad evidente de que sólo el Espíritu de Dios escudriña “*lo profundo de Dios*”. Este importante versículo viene a complementar la verdad expresada en (**Mt 11:27**) por la que aprendemos que nadie conoce al Hijo sino el Padre, y que nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo le quisiera revelar. En suma, hay profundidades en el Ser del Dios infinito y eterno que “*son de Dios*” sin ser tema de revelación. Al mismo tiempo, Dios pone una “plenitud divina” a la disposición del hombre en Cristo, que ha de aprovecharse según las leyes espirituales establecidas. Estas profundidades no sólo son conocidas por las Personas de la Santa Trinidad, sino que llegan a ser tema de revelación por medio del Hijo y gracias a la obra reveladora del Espíritu Santo.

El conocimiento de lo profundo de Dios (**1 Co 2:12**). Pablo nos hace ver que hemos recibido al “Espíritu revelador” para que sepamos las cosas que Dios nos ha dado en su gracia. Dios no quiere mantener a sus hijos en ignorancia, sino que provee medios para que lleguemos a profundos conocimientos de las riquezas de su gracia: algo que conviene al creyente espiritualmente maduro y que le distingue netamente del hombre que no sabe más que la menguada sabiduría de este siglo. Los teólogos que soslayan el tema de la revelación divina, con el fin de exaltar las capacidades de la razón humana, llegan a negar la esencia de esta sabiduría divina. No es que la razón sea mala en sí, pues es un precioso don de Dios, característico del hombre creado a su imagen. Es defectuosa, sin embargo, si sólo admite la evidencia de los sentidos, embotados por la Caída, de modo que necesita orientarse por la revelación. Hemos recibido el Espíritu que procede de Dios y sólo éste puede hacernos saber —por los medios que él escoge— “*lo profundo de Dios*”.

La expresión de la sabiduría de Dios (**1 Co 2:13**). El conocimiento de la sabiduría de Dios no se limita a intuiciones internas y místicas de la verdad, como algunos han creído. Las palabras son también don de Dios —a pesar de que el diablo las emplea a menudo para sus engaños— pero las que expresan verdades reveladas han de proceder del Espíritu de verdad, igual que la sustancia de lo revelado. “*De las cuales cosas hablamos —de las verdades del nuevo siglo ya reveladas— no con palabras enseñadas por humana sabiduría, sino con las enseñadas por el Espíritu*”. Básicamente las verdades divinas se han revestido de palabras adecuadas, inspiradas por el Espíritu Santo, en las páginas de las Escrituras, y son estos sagrados oráculos lo que ha de servir como base de todo mensaje verbal pronunciado por los siervos de Dios (**1 P 4:10-11**). En la proclamación del Evangelio el Espíritu de sabiduría y de potencia capacita a los siervos de Dios con el fin de que apliquen adecuadamente las verdades escriturales a las necesidades de los hombres y mujeres de su tiempo.

La última cláusula del versículo 13 admite varias traducciones, pero, en vista del desarrollo del argumento del apóstol en el contexto, quizá la más adecuada es la siguiente: “*interpretando verdades espirituales a hombres espirituales*”. Se trata de la

comprensión de la sabiduría divina, que no surge de este suelo, sino que nos viene por una revelación de *“lo profundo de Dios”*, o sea, la gracia que Dios nos ha dado en Cristo. Estas verdades espirituales son *“locura”* para el hombre que se empeña en buscar la sabiduría de este siglo, pero se iluminan brillantemente ante la comprensión del hombre espiritual quien mantiene su contacto con Dios, creciendo así en madurez y en entendimiento.

El contraste entre el hombre natural y el espiritual (**1 Co 2:14-15**). Es una lástima que la Vers. H. A. haya traducido *“psuchikos”* por *“carnal”* en el versículo 14, pues, según los conceptos de Pablo, existe una diferencia esencial entre los dos términos. El *“psuchikos”* (viene de *“psuche”*, alma) es el *“hombre natural”*, el hijo de Adán tal como le conocemos en el trato diario, mientras que el hombre *“carnal”* —*“sarkikos”*— es el creyente que no manifiesta en su vida los frutos prácticos de su unión con Cristo en su Muerte y en su Resurrección. Los dos términos se contrastan con *“pneumatikos”*, que describe el creyente que se deja llevar por el Espíritu de Dios en su caminar cristiano.

Al pasar al capítulo 3 se destacará el contraste entre los espirituales y los carnales, dentro de la familia de Dios, pero hasta el fin de este capítulo se mantiene la contraposición entre la sabiduría humana y la espiritual, de modo que es *“el hombre natural —el mundano— que no recibe las cosas del Espíritu de Dios porque le son necedad”*. No sólo no las recibe, sino que no las puede conocer, pues le falta la facultad que depende de la renovación de la mente por el Espíritu de Dios. Tales asuntos se han de juzgar espiritualmente, y, de hecho, los *“sabios”* que emiten opiniones sobre asuntos bíblicos suelen evidenciar una crasa ignorancia de los primeros principios de la verdad revelada.

La posición del cristiano espiritual es muy privilegiada, puesto que, por la operación en él del Espíritu de Dios, entiende la verdad revelada, y, a la vez, no necesita ser torpe frente a los asuntos materiales. El puede formar un buen criterio sobre todas las cosas y a la vez nadie puede enjuiciarle a él acertadamente. Quizá muchos le llaman un *“necio”* porque desprecia lo material, pero de hecho, su vida se ha enriquecido maravillosamente por la revelación espiritual que recibe por la Palabra, y anda más seguro en esta vida por conocer mejor la obra creadora y providencial de Dios, en sujeción a Cristo.

Una posesión preciosa (**1 Co 2:16**). Pablo hace eco de las alabanzas de (**Is 40**) al exclamar: *“¿Quién conoce la mente del Señor para que le instruya?”*, pero pasa en seguida a considerar de nuevo el *“hombre espiritual”*. Nosotros —dice— *“tenemos la mente de Cristo”*. Esto es verdad porque habita en nosotros el Espíritu de Cristo, el mismo Espíritu que también conoce lo profundo de Dios. Sin embargo, no debemos contentarnos con la teoría de *“tener la mente de Cristo”* porque hemos recibido el Espíritu de Cristo; constituye excelente disciplina espiritual repasar los cuatro Evangelios preguntándonos a cada paso: *“¿Cómo pensaba Cristo de tal o cual asunto? ¿Cuáles actitudes eran las que él adoptaba frente a las cosas estimadas o despreciadas por el mundo?”*. Si lo hiciéramos así, hallaríamos muchísimas sorpresas y llegaríamos a comprender cuán lejos estamos en la práctica de manifestar que tenemos la mente (la manera de pensar) de Cristo. Por su parte el apóstol Juan declara: *“El que dice que permanece en él, debe también él mismo andar como él (Cristo) anduvo”* (**1 Jn 2:6**). La frase lapidaria de Pablo trae a un fin sublime el desarrollo del gran contraste entre la sabiduría de Dios y la del mundo.

Preguntas

1. ¿Por qué buscaban los judíos señales y los griegos sabiduría? ¿En qué consistía su equivocación en cada caso? Indique las raíces históricas de las dos actitudes.

2. Destáquense algunas de las características de la sabiduría de este siglo, contrastándolas con otras de la sabiduría divina. ¿Cuál fue la máxima locura de la sabiduría del mundo? Base su contestación sobre **(1 Co 1:18-25)** con **(1 Co 2:6-16)**.
3. Reseñe la obra del Espíritu de Dios al revelarnos la sabiduría de Dios. Base su contestación sobre el análisis de **(1 Co 2:10-16)**.

Los siervos de Dios frente a las divisiones en la iglesia - 1 Corintios 3:1-4:21

Consideraciones generales

Los siervos frente a su Señor. En el curso de esta sección Pablo no abandona el tema de la sabiduría de Dios contrastada con la del mundo; más bien pasa a considerarlo en sus manifestaciones concretas, tanto en relación con los falsos conceptos de algunos hermanos en Corinto como frente al servicio total de los verdaderos siervos de Dios, algunos de cuyos nombres servían de banderín para los facciosos. Es notable que el apóstol se decidiera a explayar la profunda doctrina de revelación divina de **(1 Co 2:10-16)** frente a la iglesia en Corinto, tan lejos (en parte) de comprender el camino espiritual de hombres que conocen “*lo profundo de Dios*” por la poderosa obra interna del Espíritu de Dios. El hecho nos recuerda de nuevo que no faltaban hermanos espirituales en la iglesia, pese a que Pablo, en la sección que tratamos, ha de señalar cuán lejos se hallaban algunos de la espiritualidad que debiera caracterizar a la familia de Dios. El análisis que Pablo hace de la carnalidad de los corintios —juntamente con el hecho de que la justificaban éstos por emplear los nombres de Pablo, Cefas y Apolos— llevó al apóstol a hablar de los siervos de Dios y su obra en términos a la vez espirituales y prácticos. No obraban como jefes de bandos, sino de una forma que correspondía a siervos del Altísimo, coordinando sus esfuerzos bajo la dirección de su Dueño, a quien sólo competía valorar su servicio y darles la recompensa. Por eso los capítulos 3 y 4 son de importancia especial para el estudio del ministerio cristiano.

Idealmente, todo creyente es “*siervo de Dios*”, de modo que las normas del servicio que aquí se destacan tienen amplia aplicación tanto dentro de la iglesia local como frente al mundo al cual testificamos. La sabiduría de Dios se ve en el llamamiento de todos sus siervos, en la potencia espiritual que éstos reciben y en el hecho de que toda virtud para el ministerio viene de arriba, descartándose absolutamente todas las energías de la carne.

Los siervos de Dios frente a la iglesia local. De paso surge el tema de la naturaleza de la iglesia local como “*edificio*” y como “*templo*”, de modo que entramos ya de lleno en la eclesiología de esta Epístola, en la cual se destaca especialmente la constitución de la iglesia local, con su culto y ministerio. De nuevo recibimos enseñanzas preciosas y precisas por medio de los reproches que el apóstol dirigió a su desordenada familia espiritual en Corinto. Tales reprobaciones —tratándose de las espirituales, fundadas sobre las Sagradas Escrituras— no son meramente negativas, dirigidas sólo al mal existente, sino positivas, por cuanto señalan además el camino a seguir. Por tales medios Dios ha sacado a la luz el precioso mosaico de las Escrituras, en el que no falta elemento alguno de provecho espiritual, ni se halla lugar para meras lucubraciones humanas. Las lecciones son tanto más eficaces por ser “*gráficas*”, ya que surgen de condiciones reales, humanas e históricas, que se han producido en la vida real de hombres y sociedades.

Los siervos de Dios y la iglesia (1 Co 3:1-23)

I. La carnalidad de los corintios (1 Co 3:1-4)

Hermanos espirituales y carnales. Pablo emplea el término de “*pneumatikos*” para describir a los hermanos que habían llegado a cierta madurez espiritual. No supone la

perfección moral y espiritual —que no se ha visto en nadie aparte del Maestro, sino la vida orientada hacia lo espiritual bajo la guía del Espíritu Santo. Dos términos se emplean para los “*carnales*”, “*sarkinos*” y “*sarkikos*”, entre los cuales no hallamos distinciones muy significativas, si bien el primero enfatiza más el origen de la vida carnal, y el segundo sus características. Repetimos que esta condición de carnalidad que se halla entre el pueblo de Dios no se ha de confundir con la del hombre “*natural*” (**1 Co 2:14**), pues éste no conoce para nada las cosas de Dios, no habiendo nacido de nuevo. Es importantísimo recordar que Pablo —al oponer lo carnal a lo espiritual— no sigue el pensamiento griego que enseñaba que el “hermoso” espíritu del hombre se hallaba cautivo en la “cárcel” de su cuerpo bajo y material. La revelación bíblica destaca la personalidad del hombre, compuesta de cuerpo, alma y espíritu, enseñando que el “hombre total” cayó en el Edén. El cuerpo, como instrumento, puede ser entregado por una voluntad pervertida a toda suerte de pecado; en cambio, puede ser “*templo del Espíritu Santo*” en el caso del creyente, y dedicado a la obra de Dios por las operaciones del Residente divino. La “*carne*” —en contextos que excluyen la idea literal de la sustancia de un cuerpo o de la flaca humanidad en general— quiere decir todo aquello que ha surgido de la Caída; sus obras abarcan tanto los pecados más abominables como los actos muy estimados de la religiosidad humana. Contra la carne lucha el Espíritu de Dios, a través del espíritu redimido del hijo de Dios. No se trata de mi espíritu en lucha contra mi cuerpo, sino del Espíritu de Dios luchando contra toda la herencia de la Caída en mí (**Ro 8:2-17**) (**Ga 5:16-25**).

La leche y el alimento sólido. Pablo no podía continuar su carta sobre el alto nivel doctrinal y espiritual del capítulo 2, pues percibía tantas manifestaciones de carnalidad entre los corintios que le fue preciso volver a alimentarles de la leche de la Palabra y no del manjar sólido. Por desgracia, muchos de los corintios se portaban “*como hombres*”, andando más o menos según las normas de los inconversos (**1 Co 3:3**). ¡Terrible condenación de un proceder meramente humano cuando debiera haberse manifestado la gloria de Dios en el andar de los hijos e hijas del Señor omnipotente! En cuanto a la labor pastoral, le fue necesario al apóstol tratarles como “*niños*” (“*nēpioi*”, “*criaturas*”) que necesitaban leche. La leche espiritual de la Palabra es muy buena y necesaria para la vida espiritual de los recién nacidos (**1 P 2:2**), pero si es preciso administrar leche a personas mayores es señal de una grave falta de desarrollo. Este infantilismo fue causa del espíritu carnal, fuente de las divisiones en Corinto, mientras que en (**He 5:12**), la misma causa colocaba a la congregación en peligro de apostasía. Si hay creyentes y congregaciones de ciertos años de vida que no se hallan dispuestos a recibir “*viandas*”, o sea, un ministerio expositivo y doctrinal, debieran preocuparse seriamente por el estado de su salud espiritual. Según este pasaje, y el citado de Hebreos, se hallan en grave peligro de una parálisis espiritual progresiva.

Resumiendo el contenido de estos cuatro versículos, vemos: a) Que es posible que verdaderos creyentes no salgan de un estado carnal, en el que predominan los deseos del “yo”. b) En cambio, hay hermanos espirituales cuyas vidas se orientan manifiestamente hacia los asuntos del Reino de Dios. No son perfectos, pero les caracterizan deseos y actitudes espirituales. c) La carnalidad de un sector de los creyentes en Corinto se manifestaba por un andar que apenas se distinguía de los hombres del mundo. d) La falta de madurez de muchos corintios imposibilitaba la asimilación de la “*vianda*” de la Palabra que correspondía a su edad espiritual. e) La carnalidad se revelaba, además, por el instinto humano de agruparse alrededor de personas, con olvido del hecho de que, en la iglesia, todo es de Dios. De las predilecciones carnales surgió el intento de valerse de los nombres de ciertos siervos de Dios como banderín de partido.

2. Los siervos de Dios son instrumentos suyos para realizar su Obra (1 Co 3:5-9)

La función de los ministros de Dios. “¿Qué es, pues, Apolos?, ¿qué es Pablo?... ministros por cuyo medio creísteis”. “Ministros” traduce “*diakonoi*”, voz que corresponde a siervos dedicados a un cometido específico, a veces humilde, bajo las órdenes de su JEf Era ridículo convertir a un “*diakonos*” en caudillo de partido, ya que él mismo se hallaba bajo la dirección de su Dueño. Por medio de ellos —por la predicación del Evangelio— los corintios habían llegado a creer, pero la virtud se hallaba, no en los siervos de Dios, sino en el mensaje que exponían y en los grandes hechos redentores que presentaban. La primera cláusula del versículo 9 debe leerse conjuntamente con esta definición de la función de los siervos de Dios: “*Porque colaboradores somos de Dios*”. Esto no quiere decir que trabajaban conjuntamente con Dios —algo que podría ser verdad en otro contexto—, sino que Pablo, Apolos, Pedro y los demás eran colaboradores conjuntamente para el cumplimiento del cometido que habían recibido de Dios. No se trataba de “yo”, “tú” y “él”, sino de hombres unidos en un común esfuerzo bajo la dirección de Dios.

La diversidad del servicio. Los corintios apreciaban la diversidad de los dones, expresando luego sus predilecciones frente a ellos, pero Pablo les recuerda aquí que también existe una diversidad de servicios complementarios: algo que es preciso para la labor total de fundar y edificar una iglesia local. Es cierto que Dios concede dones especiales a cada uno (1 Co 3:5), pero sólo como medio para el cumplimiento de la diversidad del servicio necesario con el fin de llevar a cabo la labor total. Pablo “*plantó*”, pues él inició la predicación del Evangelio en Corinto; esto hizo posible que, en fecha posterior, Apolos “*regara*” la planta del testimonio por medio de sus elocuentes exposiciones del Antiguo Testamento. El hecho permanente, sin embargo, es que sólo a Dios le compete “*dar el crecimiento*”, lo que nos permite valorar correctamente el servicio de los ministros, viéndolo como una colaboración dentro del plan divino. No sólo eso, sino que los siervos “*son una misma cosa*” —algo indivisible—, porque sirven al mismo Señor por la potencia de un solo Espíritu.

La diversidad de la recompensa. Acabamos de notar la unidad de los siervos en su labor. Existen, sin embargo, diversidades de dones y de capacidad, como también esfuerzo y de voluntad; pero no toca al creyente aquilatar el valor del servicio prestado, sino aceptarlo agradecido como una hermosa provisión de parte de Dios. El Dueño conoce bien la labor especial de cada uno de sus siervos, y a él sólo le corresponde dar la recompensa: concepto que se desarrollará más ampliamente en el versículo 14. Servimos por amor al Señor, quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros, pero no por eso es despreciable la recompensa celestial, que se dará según la aplicación estricta de la ley de “*siembra y siega*” (Ga 6:7-9).

3. El edificio y los edificadores (1 Co 3:9-17)

“*Vosotros, labranza de Dios, edificio de Dios sois*”. Pablo necesita enseñar, no sólo la naturaleza y la función de los siervos de Dios, sino también el carácter y la función de la iglesia local, con referencia a todos los hermanos que participan en la tarea de levantar el testimonio local. Para redondear la figura de los versículos 6 y 7, sacada de la agricultura, notemos que Pablo dice que la iglesia es “*labranza de Dios*”, o sea, una finca cultivada espiritualmente y separada del desierto del mundo que se halla bajo el dominio de Satanás. Abandona en seguida esta figura a favor de otra que se presta mejor para ilustrar lo que quiere enseñar a continuación: “*vosotros..., edificio de Dios sois*”.

El arquitecto y el fundamento. La “*gracia de Dios*” que se menciona en el versículo 10, y que dio sabiduría y potencia a Pablo al llevar a cabo su obra en Corinto, corresponde al apostolado a los gentiles que ya hemos estudiado en las notas sobre (1 Co 1:1). Aquí el apóstol obra como el “*perito arquitecto*”, quien planeó la primera fase de la obra en la gran

ciudad, colocando bien el fundamento, que es Jesucristo. Desde luego, “colocar el fundamento” quiere decir la clara predicación del Evangelio, según los principios de la “sabiduría divina”, que ya meditamos en **(1 Co 2:1-5)**. Es posible establecer sociedades y “clubs” sobre la base de ciertos intereses en común, consiguiendo éxitos de organización; pero no es posible fundar una iglesia cristiana aparte de la predicación de Cristo crucificado y resucitado, “por que nadie puede colocar otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”.

El edificio. Tanto Pablo como Pedro utilizan la figura de un edificio para representar la Iglesia, pero hemos de distinguir ciertos matices en todos los casos. En **(Ef 2:20-22)** se trata de la Iglesia universal, el conjunto de todos los salvos, que se levanta sobre el fundamento de los apóstoles —por ser ellos los anunciadores de la verdad en cuanto a Cristo—, viéndose a Cristo mismo como la principal piedra del ángulo y trabazón que da fuerza y unidad a toda la estructura. En el versículo 11 de nuestra porción hallamos el mismo concepto de Cristo como fundamento, ajustado a la escala de la iglesia local. Pedro en su primera Epístola **(1 P 2:4-8)** se vale también de análoga figura, pues la Roca (el Mesías) constituye el cimiento, y los creyentes se comparan a “piedras vivas” colocadas sobre este Fundamento. En todos estos casos se perciben ecos de las profecías del Antiguo Testamento que señalaban al Mesías venidero como la Roca fundamental sobre la cual Dios había de establecer su obra, tanto de salvación como de juicio. Notemos, sin embargo, que el desarrollo de la figura en nuestra porción se distingue del de los demás casos citados, pues no se trata aquí de colocar personas salvas sobre el verdadero fundamento, sino de que los creyentes traen varios materiales que van colocando sobre el cimiento afirmado por el “perito arquitecto”. Un examen de los versículos 10 al 15 revela que estos materiales pueden ser buenos y aceptables, adecuados al propósito de levantar un edificio espiritual para Dios; o, contrariamente, flojos y endeblés, que por fin serán rechazados. De esto trataremos a continuación, pero no entenderemos el desarrollo de la figura del edificio aquí si no percibimos estos matices que la distinguen de la de **(Ef 2)** y de **(1 P 2)**. Lo que se levanta aquí es el testimonio local, resultado de los esfuerzos de los espirituales y que puede estropearse por las “actividades” de los carnales.

La obra de cada uno. Una y otra vez Pablo repite la frase “de alguno”, “de cada uno”, recalcando así la responsabilidad de cada hijo de Dios frente a la obra local. Ningún creyente puede eximirse de esta responsabilidad, ya que surge del hecho de su redención por la sangre de Cristo. De paso es evidente que Pablo no hace diferencia alguna entre “clérigos” y “laicos”, al mencionar siervos de Dios que dan todo su tiempo a la obra y otros que se mantienen por sus trabajos manuales. Cada uno ha sido redimido por la sangre de Cristo, de modo que a cada uno le corresponde trabajar espiritualmente en la obra, o, por el contrario, cada uno puede llegar a estorbar la labor a causa de su carnalidad.

Los materiales de la obra. No es difícil comprender que la lista de seis “materiales” se divide en dos categorías: a) oro, plata y piedras preciosas (quizá hemos de entender piedras como “mármol labrado”); b) madera, heno y hojarasca (o paja). No son materiales muy comunes tratándose de construcciones, pero a Pablo le importa poco ser rígidamente consecuente en la aplicación de sus figuras, pues lo que le interesa es destacar el sentido espiritual de ellas. Quizá pensaba ya en que el edificio llega a ser “templo” **(1 Co 3:16)**, recordando que en el templo de Salomón se derrochaba el oro, la plata y las piedras preciosas. El contexto aclara perfectamente que los tres primeros elementos representan obras llevadas a cabo en relación con la iglesia local por la potencia del Espíritu Santo. El éxito visible de tales obras podría variar mucho —según el don, capacidad y el celo de quien trabajaba—, pero todas eran preciosas y útiles por ser espirituales. Median también circunstancias y tiempos muy diversos, de modo que algunos siervos de Dios, tan fieles y

esforzados como otros, no tienen el gozo de ver mucho fruto visible, pero en lo posible hacen su contribución al resultado final (**Jn 4:35-38**).

Es obvio que el heno y la paja no sirven para levantar un edificio, pero no lo es tan claro tratándose de madera. En todos los casos hemos de entender esfuerzos llevados a cabo por la energía de la carne, para la gloria del “activista”: obras que no permanecen y que desaparecerán completamente al ser puestas a la prueba del “fuego” en el día de la manifestación de todas las cosas (**1 Co 3:13,15**). Con todo, la madera puede representar esfuerzos humanos que son utilizados por la providencia de Dios, de la manera en que apoyos de madera pueden sostener un edificio por cierto tiempo; pero se entiende (hallándose en esta categoría) que el móvil es carnal, y el hecho de que la obra sea útil — bajo la providencia de Dios— no garantiza ni su permanencia ni que el “obrero” reciba recompensa. El heno y la paja corresponden a la carnalidad más evidente y escandalosa de los miembros de una congregación local; las actividades podrán “abultar”, pero la falta de solidez y de verdadero valor es evidente frente a todo discernimiento espiritual. Es más difícil apreciar la debilidad de la “madera”. Pablo subraya la responsabilidad de cada uno: “El fundamento es único, y bien colocado; cada uno mire cómo sobreedifica”.

La manifestación y la recompensa. Más adelante (**1 Co 4:5**) el apóstol ha de dar este consejo: *“No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual sacará a luz los secretos de las tinieblas y también manifestará los consejos de los corazones; y entonces cada uno recibirá de Dios la alabanza”* (**2 Co 5:10**). Se trata del Tribunal de Cristo cuando el Dueño pasará revista de las obras de sus siervos, a la perfecta luz de su presencia, que constituirá el verdadero “día” en el que no habrá tinieblas, donde nadie ni nada podrá ocultarse. El “fuego” del versículo 13 no es el de un supuesto purgatorio, sino el de los ojos del Señor de la Iglesia, que son como llama de fuego (**Ap 1:14**). Todo lo falso y postizo desaparecerá y toda obra se destacará según su intento y su poder espiritual. Todo lo que hemos hecho por medio del cuerpo será manifestado según su verdadero valor. El alma del creyente carnal, quien colocaba sobre el Fundamento de su mísera contribución de heno y de paja, no se perderá, pues su vida está asegurada por la de Cristo; sin embargo, verá con horror cómo se queman totalmente sus pretendidas obras, antes de pasar él desnudo —en cuanto a ellas— al estado eterno, vestido de la justicia de Cristo que aceptó por la fe, pero sin recompensa. Lo terrible es que percibirá con diáfana claridad cómo deshonoraba a su Señor en la tierra. Al mismo tiempo, las obras más modestas que se realizan en la potencia del Espíritu Santo y por amor al Señor se destacarán gloriosamente, correspondiendo la recompensa exactamente al valor real de cada una. No creemos que creyentes, ya “en Cristo”, y libres de condenación, podrán hallarse en medio de los rebeldes ante el gran Trono Blanco que se describe en (**Ap 20:11-14**); sin embargo, la revelación del Tribunal de Cristo, donde Cristo juzgará a sus siervos, basta por sí para que pensemos con la debida seriedad sobre el tema de nuestra entrada en la gloria. Lo único que nos preocupará entonces será la gloria y honra de nuestro Señor, pero ningún hermano pensador podrá echar de lado con ligereza las solemnes implicaciones del versículo 15: *“si la obra de alguno fuere consumida, él sufrirá pérdida; no obstante, él mismo será salvó, más así como pasando por fuego”*.

La iglesia local como templo de Dios. Si entendemos bien que la iglesia local es el reflejo de la Iglesia universal, no nos extrañará la relación que existe entre (**Ef 2:20-22**) y la porción que tenemos delante, pues en los dos casos el “edificio” llega a ser “templo” porque es “morada de Dios en el Espíritu”, tratándose de la Iglesia universal en Efesios y de la iglesia local en 1 Corintios. Muchos hermanos no se fijan en el contexto de la frase “templo de Dios” en los versículos 16 y 17, llegando, por lo tanto, a confundir la metáfora aquí con la de (**1 Co 6:19**): *“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual mora en vosotros?”*. Recordemos que toda interpretación depende necesariamente

del contexto; por lo tanto, en esta secuencia, Pablo desarrolla el concepto de la iglesia local como lugar de testimonio, destacando la responsabilidad moral y espiritual de todos los miembros. En cambio, es evidente que el tema del capítulo 6 es el de la pureza del cuerpo del cristiano, que también es sagrado, que también es morada del Espíritu; sin embargo, en la exégesis, no hemos de confundir lo individual con lo colectivo. Como ya hemos visto, la iglesia local es el conjunto de personas redimidas por la sangre de Cristo, que se reúnen en un lugar geográfico. El edificio que ocupan tiene una importancia relativa, pero la reunión de los salvos permite la manifestación de la gloria de Dios en medio de ellos, lo que convierte la congregación en templo santo. No sólo eso, sino que la iglesia local se reúne primordialmente a fin de adorar a Dios, lo que destaca más aún el concepto de templo. Sobre todo el Espíritu de Dios —frase no muy común— ocupa la iglesia local, y es su divina presencia lo que transforma la compañía de seres humanos en templo del Dios viviente: *“No sabéis que vosotros sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”*.

El versículo 17 destaca la posibilidad de que alguien destruya el templo, haciendo imposible su función como lugar de adoración, de comunión y de testimonio. No quisiéramos dogmatizar —en vista de la brevedad extrema de la referencia aquí—, pero parece ser que Pablo distingue entre tres clases de personas asociadas con la iglesia local: a) hermanos que edifican bien y espiritualmente, y quienes recibirán su recompensa según su obra; b) hermanos carnales que edifican mal por falta de sumisión a Dios y porque no obran en la potencia del Espíritu Santo; éstos serán “salvados”, pero como si fuera por fuego; c) personas que intentan destrozarse lo que se va levantando, y el apóstol dice: *“Dios destruirá al tal”*. En el tercer caso no se trata ni de debilidades, ni de equivocaciones ni de carnalidades, sino de una labor negativa, que intenta destruir y no sobreedificar. Quienes actúan así no son salvos, ni se salvarán, pues no pasan de ser apóstatas que han participado en las bendiciones generales y externas de la compañía de los redimidos sin haber doblegado la rodilla delante del Señor. Quizá saben mucho —como Judas—, pero les falta vida, y la potencia del Espíritu Santo, de modo que estos secuaces de Satán, disfrazados de creyentes, que intentan socavar los fundamentos del testimonio en la iglesia local, recibirán la condenación inapelable de la perdición, en grados que corresponden exactamente a sus nefandas obras.

Pobreza y riqueza (1 Co 3:18-23)

Los verdaderos valores. El apóstol no se ha olvidado del problema creado por la locura de muchos de los hermanos corintios que formaban su propio criterio en cuanto a los siervos de Dios, dejándose llevar por sus propios conceptos de la sabiduría. No es preciso repetir lo que se ha dicho sobre las características de la sabiduría humana y de la divina, y basta notar la facilidad con la cual los hombres —aun tratándose de buenos hermanos— pueden engañarse sobre valores verdaderos y falsos. *“Que no se engañe nadie”*, reitera Pablo, pues si alguno parece ser sabio —así literalmente— que se haga un necio en cuanto a las normas humanas de sabiduría, para poder recibir la luz que viene de Dios por el proceso de revelación. Pablo no predica novedades, pues la locura del hombre caído delante de Dios ya se había destacado en versículos como (**Job 5:12-13**) y (**Sal 94:11**), como parte de la antigua revelación.

El inventario de las riquezas del creyente. El tema *“todo es vuestro”* —que se desarrolla en estos maravillosos versículos— constituye una de las cumbres del pensamiento inspirado de Pablo. No bastaba el argumento negativo de que la sabiduría humana era vana, como vanos eran también los hombres que la profesaban; fue preciso presentar, además, la verdad positiva que había adquirido realidad y vitalidad en la Nueva Creación.

Pablo llegó a hacer el inventario de los bienes reales de los hijos de Dios con el fin de que los engañados corintios percibiesen —por contraste— la pobreza y miseria de las finalidades que perseguían. Eran multimillonarios quienes, en su locura, envidiaban al mendigo que acababa de recoger un mendrugo de pan sucio de la cuneta. ¿Cabe mayor necesidad? He aquí el inventario.

a) Pablo, Apolos, Cefas. Estos hombres no podían ser jefes de bandos rivales por las razones que acabamos de estudiar. En cambio, constituían un don de inapreciable valor que el Señor de la Iglesia había dado a los suyos. “¡Son vuestros para el variado ministerio de la Iglesia!”, exclama Pablo en efecto. La consecuencia lógica prohibía que los corintios se formasen en las filas de ninguno de ellos, como si fuesen jefes y no siervos. Compárese (**Ef 4:11-12**).

b) El mundo. “*El mundo es vuestro*”, dice el apóstol. No se trata aquí del mundo en mal sentido —el “*kosmos*” como sistema universal de Satanás—, sino de todo cuanto Dios ha creado, que queda a la disposición de sus hijos; como colofón, el creyente goza del derecho de aprovechar todo lo bueno del orden material sin caer en los errores del materialismo o del hedonismo.

c) La vida y la muerte. Los hombres se agarran a la vida por instinto biológico, y, por ende, temen la muerte. Según los psiquiatras, también temen a la vida, puesto que las múltiples debilidades de su ser interno les incapacitan para hacer frente a las ignoradas contingencias del decurso del tiempo. ¡Cuán privilegiado es el creyente, puesto que, sabiendo que Cristo ha vencido la muerte por su Muerte y Resurrección, puede disfrutar aún ahora de la vida eterna! Y esta seguridad espiritual le presta poderoso auxilio aun en el desarrollo de la vida física y psíquica, pues recibe el potente impulso de la gracia de Dios, que le capacita para situar las incidencias de su experiencia dentro de la perspectiva eterna. Pablo mismo, habiéndose entregado del todo a su Señor, pudo exclamar: “*Para mí, el vivir es Cristo y el morir ganancia*”... “*Todo es vuestro*”, nos dice, tratándose aún de la vida y la muerte.

d) Lo presente y lo porvenir. Dios es eterno, pero toda criatura ha de desenvolverse dentro de las condiciones del tiempo, o sea, del paso de minutos, horas, días, meses, años, siglos. Sin duda, el hombre sin pecado habría podido desarrollar las posibilidades de su vida progresando siempre hacia la consumación de los propósitos de Dios, de tal modo que el tiempo le habría sido siempre una bendición, trayéndole gloriosas posibilidades en cada momento. Después de la Caída, sin embargo, el tiempo —aun siendo necesario para todo propósito humano— trae el envejecimiento del hombre, quien camina hacia la muerte: esto supone la decadencia propia con la ruina final de todos sus propósitos. Por lo tanto, el hombre que para con el fin de meditar en el significado de la vida, teme “*lo presente*” y “*lo porvenir*”, igual que “*la vida y la muerte*”. El diablo procura llenar el espíritu del hombre de “diversiones”, con el fin de que no medite en las solemnes realidades de este presente y porvenir, persistiendo la incertidumbre y las inquietudes de una manera más o menos consciente. El creyente ve todo dentro de la perspectiva de los planes y propósitos de Dios en Cristo, de modo que aprende a “*redimir el tiempo*”, a pesar de ser “*malos*” los días de este siglo. En su caso, el momento presente ofrece gloriosas oportunidades para cumplir la voluntad de Dios, y “lo porvenir” —sea aquí o en el Cielo— verá la consumación de las obras realizadas en el nombre del Señor. Es cierto, como escribe Pablo, que “*todo es vuestro*”.

I. La jerarquía establecida por Dios (1 Co 3:23)

En el proceso de la creación —nos referimos a este mundo— el Creador, Dueño por derecho propio de cuanto había sacado a la luz, hizo al hombre a su imagen y semejanza para que fuese señor de toda creación inferior en la tierra. El hombre dominaba en la

creación animal, vegetal y material por el diseño de su Dios y Creador. Al caer en el pecado, fue vulnerado el principio fundamental de su dominio, o sea, la sumisión a su Creador. Quedan restos de la capacidad del hombre de controlar —hasta cierto punto— su medio ambiente, pero como es un rebelde frente a Dios, encuentra también rebeldía en la esfera que debiera ser suya (**He 2:5-9**). En la Nueva Creación actual, fundada sobre la Cruz y la Resurrección, Dios establece una nueva jerarquía, dentro de la cual el creyente puede poseer “*todas las cosas*”. Dios está en su lugar como Principio y Fin de todas las cosas. Cristo, como Dios Hombre, ha vencido el poderío del diablo y ha establecido una nueva creación habitada por los redimidos. El sólo es Mediador entre Dios y la Nueva Creación. Los escogidos son subordinados a Cristo, y por él han vuelto a ser poseedores de todas las cosas, ya que se ha restaurado la debida relación con Dios. “*Vosotros sois de Cristo* —escribe Pablo a los creyentes de Corinto—, *y Cristo es de Dios*”. He aquí la renovación de la sagrada jerarquía que el pecado había convertido en anarquía; dentro de ella es posible apreciar todas las personas y todas las cosas en su verdadero valor, utilizando sabiamente lo que Dios pone en nuestras manos. He aquí una contestación sublime a la locura de los partidismos de los corintios carnales.

La mayordomía de los apóstoles frente a las necias pretensiones de los corintios (1 Co 4:1-21)

I. Los apóstoles como mayordomos del Señor (1 Co 4:1-6)

La aplicación de los principios. La mención de la obra de Pablo, como el perito arquitecto que colocó el fundamento de la iglesia en Corinto, dio lugar a las importantes enseñanzas parentéticas sobre la naturaleza de la iglesia local y sobre la calidad de la obra de quienes “*sobreedificaban*” (**1 Co 3:10-17**). No se había agotado, sin embargo, el tema de los ministros del Evangelio, cuyos nombres los corintios empleaban como banderas para sus partidos, de modo que, después de las sublimes perspectivas generales de (**1 Co 3:21-23**), Pablo vuelve a la consideración de la pregunta: ¿quiénes son los siervos de Dios, y cuál es la naturaleza esencial de su servicio? Como ejemplos ha de nombrar a sí mismo y a Apolos, por ser ellos los siervos de Dios más conocidos personalmente por la iglesia (**1 Co 4:6**). Por ende, no sólo se trata de la comisión apostólica, sino de principios que han de regir la obra de todos los siervos de Dios.

La fidelidad de los mayordomos. “*Todo hombre*” había de recordar que Pablo y Apolos eran ministros de Cristo y mayordomos de los misterios de Dios. El lector recordará que “*misterio*” en el Nuevo Testamento significa una verdad revelada por el ministerio apostólico que no se había aclarado anteriormente en el Antiguo Testamento. “*Dispensar los misterios de Dios*” equivale, por lo tanto, a ser fieles ministros del Nuevo Pacto de gracia. “*Ministros*” aquí traduce “*hupêretês*”, o servidores subordinados a un director y en relación directa con él. “*Mayordomos*” traduce “*oikonomoi*”, término que designaba a los esclavos de categoría superior, que manejaban los bienes de su señor, ordenando los trabajos de sus inferiores. Los dos términos unidos destacan el servicio de los apóstoles en relación con su Dueño por una parte, y por otra, frente a su obra. Dentro del cometido se incluyen no sólo bienes, sino también personas. Pablo deja el término “*ministro*” por el momento para examinar las implicaciones del servicio de los mayordomos, pues éstos, sobre todo, han de ser hombres fieles que saben rendir cuentas exactas a su señor. “*Se requiere* —aquí en la esfera de este mundo— *que cada dispensador sea hallado fiel*”. Por brillante que fuese su actuación en otros aspectos de su labor, el mayordomo sería despedido fulminantemente si se hallara en él alguna infidelidad (**Lc 16:2**).

¿Quién juzga la fidelidad del mayordomo? Los corintios habían ido “*más allá de lo que está escrito*”, o sea, habían salido de los límites de la Palabra revelada (**1 Co 4:6**), al sentarse en un tribunal imaginario con el fin de juzgar los dones y el servicio de los ministros de Dios. ¿Dónde se hallaban las credenciales que les permitieran juzgar al siervo ajeno? Acto seguido, Pablo sienta las firmes bases necesarias para todo “examen” de los siervos de Dios:

a) No concedía importancia a los juicios de los corintios impertinentes, pues su criterio no se fundaba ni en justicia ni en un conocimiento adecuado de la Palabra.

b) No se sometía a ningún juicio puramente humano, pues su servicio se realizaba en la presencia de Dios.

c) No se consideraba competente para juzgarse a sí mismo a pesar de tener limpia conciencia en cuanto a su servicio (**Hch 23:1**).

d) El único con derecho a juzgarle era su Señor, quien le había llamado al apostolado (**1 Co 4:3-4**).

Es importante que tengamos un concepto claro de nuestra vocación y servicio (**Ga 6:4**) y que haya en nosotros una conciencia limpia delante del Señor; sin embargo, todo ello no es suficiente, y Pablo dice: “*no por eso soy justificado*”. Las flaquezas humanas podrán cegarnos en cuanto a la calidad y móvil de nuestro servicio, pero quien nos juzga es el Señor, pues a él compete aquilatar perfectamente el valor de toda actividad. Pablo dice, en efecto: “Sólo ante su tribunal soy justificado en cuanto a mi fidelidad como mayordomo”.

El juicio de la Venida del Señor. Recordando las enseñanzas de (**1 Co 3:12-15**) sobre el Tribunal de Cristo, veremos que habla de la misma ocasión aquí. Allí se trataba de juzgar la calidad de quienes “*sobreedificaban*” en la iglesia local; aquí de estimar la fidelidad de los siervos de Dios comisionados por el mismo Señor. Analizando los términos del versículo 5 aprendemos lo siguiente:

a) El “*tiempo*” (“*kairos*”) es un tiempo determinado de signo particular, correspondiendo aquí a la Venida del Señor, de modo que el Tribunal de Cristo se asocia con aquella Venida. Todo juicio humano es prematuro, por emitirse “*antes de tiempo*”.

b) Todos los secretos que ahora se esconden en tinieblas serán sacados a luz por el Juez. “*Tinieblas*” viene a ser metáfora natural para indicar toda suerte de mal moral y espiritual, que esconde y tergiversa la verdadera naturaleza de las cosas. Los corintios carnales se habían prestado a maniobras en las tinieblas, pero el “*día*” había de esclarecerlo todo.

c) La obra de iluminación, cuando venga el Señor, abarcará los consejos (o intentos) de los corazones. Ante los ojos de los hombres, el valor de la obra depende de la estadística, del tamaño de los edificios levantados, del número de almas que han hecho profesión de fe, de la cantidad de dinero que se maneje, etcétera. Sin embargo, los hombres no pueden percibir lo más importante: el móvil del servicio, el intento del corazón, el amor que impulsó la actividad, o —algo tristemente posible— el deseo de “*figurar*”, llegando a ser “*noticia*”.

d) Sólo Dios dará la alabanza en aquel Día, según el valor real de cada obra, cuando todo se revele a la luz del Día de nuestro Señor Jesucristo.

La declaración “*cada uno recibirá de Dios la alabanza*” no quiere decir que cada uno será necesariamente alabado, por pobre que haya sido su contribución al Reino, sino que atañe sólo a Dios recompensar o retribuir, quedando excluida toda criatura de la obra de juicio, pues ningún ser humano puede desempeñar las funciones del juez sobre este

elevado plano de los propósitos de Dios. Desde luego, el Señor verá obras de amor y de sacrificio —como la de la viuda que dio todo el sustento del día al Señor— que pasan desapercibidas por los hermanos, y estas obras recibirán tanto la alabanza del Dueño como la recompensa correspondiente. Pero eso no es el tema aquí; se trata más bien de cortar de raíz los temerarios juicios de los corintios carnales, recordándoles que están usurpando las prerrogativas divinas al elogiar a este siervo del Señor mientras critican o desprecian a otro.

Ya hemos notado que Pablo habla de sí mismo y de Apolos con el fin de aclarar mejor los principios que iban enseñando, de modo que la frase *“no más allá de lo que está escrito”* viene a ser un dicho conocido que amonestaba contra el peligro de salirse de la guía de la Palabra. Los juicios de los corintios no tenían base bíblica, y, de hecho, vulneraban normas escriturales; por eso había de recordar la conocida frase de amonestación: *“no más allá de lo escrito”*. Todo ha de ser *“a fin de que no os envanezcáis unos contra otros”*, que describe exactamente el error de los corintios y lo denuncia como fin de esta sección. El versículo 7 se relaciona estrechamente con el párrafo que hemos venido estudiando, pero el tema vuelve a ensancharse para abarcar a los mismos corintios, subrayando su vanidad y su equivocado criterio en cuanto a sí mismos.

2. Las pretensiones de los corintios (1 Co 4:7-10)

Tres preguntas tajantes. Pablo pasa a unas preguntas “socráticas”, o sea, preguntas semejantes a las que Sócrates solía dirigir a sus contrincantes para poner a prueba la realidad de sus conceptos. El apóstol imagina que se halla cara a cara con alguno de los corintios engreídos, y sus preguntas son como tres hábiles estocadas que llegan al cuerpo del contrincante con efecto devastador:

a) *“¿Quién te distingue?”*, o sea, ¿quién te ha dado categoría superior a la de otros hermanos? No hay nada más ridículo que el hombre que se concede honores a sí mismo.

b) *“¿Qué tienes que no hayas recibido?”*. Dones espirituales no surgen del suelo de la mera competencia humana, sino que son regalos celestiales, como indica la designación, *“charismas”*, dones de gracia. Si algo de potencia o de eficacia se hallaba entre los corintios, lo habían recibido de Dios.

c) *“¿Por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”*. El regalo honra al dador, pero no puede servir de motivo de jactancia de parte de quien lo recibe. Es cierto que los dones y las capacidades varían mucho, pero ningún hermano ha conseguido crearlos para sí, pues, como hemos visto, son dones que fluyen de la gracia, producidos por el Espíritu de Dios. La gloria, pues, ha de ser tributada sólo a Dios, mientras que el siervo dotado ha de humillarse delante de su Señor, agradecido por el honor que le ha sido conferido. Las tres preguntas muestran que el envanecimiento de los corintios se hallaba completamente fuera de lugar, lo que justifica el tono irónico que Pablo emplea a continuación frente a sus pretensiones.

Falsos conceptos de riqueza y de poder. Los corintios extraviados se consideraban como *“hartos”* —satisfechos de comida, significa el original—, como *“enriquecidos”* y como potentados que *“reinaban”* sobre territorio que imaginaban ser suyo. No es del caso examinar aquí todo matiz de los términos griegos, sino captar más bien la impresión total de hombres que padecían de la enfermedad fatal de la *“suficiencia propia”*. Quizá se halla el reflejo de las doctrinas de los estoicos, quienes afirmaban precisamente esta autarquía del hombre frente a las circunstancias de la vida. Pero en el caso de los corintios se trataba también de una perversión de verdades cristianas fundamentales. En efecto, había abundancia de riqueza y de poder a su disposición, pero habían de recibirlo de arriba, de modo que la abundancia de que disfrutaban no podía en manera alguna motivar

jactancias humanas. Los corintios habían caído en el error de la iglesia de Laodicea, diciendo: *“Nosotros somos ricos y acaudalados”*, sin saber que eran desdichados miserables, pobres, ciegos y desnudos (**Ap 3:17**).

El *“reino”* de los santos se sitúa en el porvenir, y Pablo, gimiendo bajo la carga de las carnalidades de los corintios, exclama parentéticamente: *“¡Ojalá reinaseis para que nosotros también reinásemos con vosotros!”*. Los versículos siguientes ilustran bien el principio: *“Si sufrimos pacientemente, también reinaremos con él”* (**2 Ti 2:12**), pero no había ningún atajo carnal para llegar más pronto al reino, como suponían los corintios.

Para completar el cuadro de las falsas pretensiones de los corintios es preciso echar una mirada a los contrastes que adelanta Pablo en el versículo 10 al describir el ministerio de los apóstoles. Estos estaban dispuestos a ser *“necios”* por Cristo, pero los corintios se tenían por *“prudentes”*; en contraste con la flaqueza de los siervos de Dios, se consideraban *“fuertes”*; lejos de aceptar el desprecio, querían ser *“ilustres”* o *“nobles”*. ¡Cuán distinto es todo ello del espíritu del Maestro, quien, *“manso y humilde de corazón”*, se puso a lavar los pies de los discípulos, *“dejándonos ejemplo”*!

3. Los sufrimientos y el testimonio de los apóstoles (1 Co 4:9-13)

La figura del circo. En los sórdidos espectáculos del circo romano, los condenados a muerte formaban la última parte de la procesión de gladiadores, de criminales y cautivos que habían de entretener a la turba envilecida mediante luchas con diversas armas que resultaban en la muerte de la mayoría. Algunos podrían ser librados por la *“benevolencia”* de la turba, pero no así la última triste comitiva de los condenados a muerte. Pablo, en dramático contraste con las pretensiones de los corintios, piensa que les corresponde a los apóstoles un papel semejante al de las últimas víctimas de los juegos del circo, siendo ellos los más despreciados, aquellos que en manera alguna pueden escaparse de una muerte cruel, hechos espectáculo al mundo, a ángeles y a hombres. El apóstol estaba pensando en sus experiencias en Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Filipos, Tesalónica, y en muchos otros peligrosos trances que la pluma de Lucas no llega a describir —por las que llegaba a ser el objeto de la burla de las multitudes, hallándose una y otra vez en peligro de muerte—. El y sus compañeros no habían hallado la *“hartura”*, la *“riqueza”* y el *“dominio”* que pretendían disfrutar los corintios, sino que seguían bajo sentencia de muerte, en pos del Varón de Dolores que nos redimió por la muerte de Cruz (**2 Co 1:8-10**) (**2 Co 4:10-12**).

Una serie de contrastes. No podemos por menos que percibir una intención irónica en estos contrastes que Pablo destaca entre los corintios y los apóstoles. Algo iba muy mal cuando los apóstoles eran tenidos por *“necios”* mientras que sus hijos en la fe se preciaban de ser *“prudentes”*; los apóstoles *“débiles”* y sus convertidos *“fuertes”*; los maestros *“despreciados”* y los discípulos *“ilustres”*. Es importante la frase *“por amor de Cristo”*, que relaciona la baja categoría aparente de los apóstoles con el móvil de todo su servicio: el amor de Cristo. Por deducción, el apóstol insinúa que las imaginadas glorias de los corintios se basaban no en este amor, sino en el amor propio, en el bajo instinto de la carne que quiere ensalzarse a sí misma.

Los sufrimientos de los siervos de Dios. Movidado por su tema, y por el recuerdo de las distintas fases de la historia de su ministerio, Pablo se lanza a una descripción de lo que había costado extender el Evangelio por las provincias romanas del Medio Oriente. En Corinto, los hermanos no habían tenido que pasar por persecuciones muy acentuadas hasta aquel entonces; por lo tanto les fue preciso aprender algo de la historia de quienes les habían llevado el Evangelio.

a) Hambre y sed. No se hacía provisión humana para los largos viajes que emprendía el apóstol. Dios respondía a su fe (**Fil 4:11-13**), pero no garantizaba que sus siervos estuvieran siempre hartos. Ocasiones de hambre y de sed eran normales en su caminar por las provincias, a veces habitadas por gente hostil.

b) Falta de ropa, violencia personal, falta de hogar, cansancio. A veces, los apóstoles tenían que pasar por la vergüenza de ser desnudados en público, como ocurrió en Filipos, cuando los magistrados mandaron arrancarles la ropa con el fin de azotarles delante de la multitud. Normalmente se trataba de la insuficiencia de ropa, como cuando cruzaban por altas sierras sin la debida protección, o cuando pasaban frío en los calabozos en invierno (**2 Ti 4:13**). Hay que tomar el verbo “*ser abofeteados*” en sentido literal, pues muchas veces hombres malos les agredían, dándoles golpes. Peor aún fue la lapidación que Pablo padeció en Listra. Para un hombre de gran corazón como lo era Pablo, criado en un hogar de hebreos acomodados, la vida errante, sin hogar fijo, constituía un sufrimiento moral muy acentuado. Sin duda se hallaba muchas veces hospedado cómodamente en la casa de buenos hermanos como Aquila y Priscila, Gayo de Corinto, etcétera, pero también se lanzaba por los caminos sin calcular los riesgos, como hombre que carecía de hogar propio: algo degradante en la sociedad griega. Se subraya también el cansancio. Pablo era hombre como nosotros, y, además, siempre llevaba consigo su “*aguijón en la carne*”, o sea, una enfermedad molesta. El cansancio sería tanto físico como moral y espiritual, pues no sólo viajaba, en las difíciles circunstancias de aquellos tiempos, sino que muchas veces ganaba el pan por medio de su trabajo de hacer tiendas, sin rebajar en nada el esfuerzo espiritual que requería su vocación apostólica. ¡Y cuánto sentía la carga de la preocupación por todas las iglesias! (**2 Co 11:28**).

Reacciones espirituales. Una cosa es “aguantar” los sufrimientos inevitables que surgen del servicio del Señor, y muy otra es el Espíritu de Cristo en sus siervos que devuelve bien por mal. Hay un claro eco del llamado Sermón del Monte en estos versículos — compárense los términos aquí con (**Mt 5:10-12**) y (**Mt 5:38-48**)—, pues los apóstoles injuriados bendicen a los injuriadores; siendo perseguidos, no protestan airados contra la vulneración de sus derechos, sino que soportan los ataques con mansedumbre; y siendo difamados —ataques verbales suelen ser aún más perjudiciales para los siervos del Señor que los golpes físicos— aprovechan la ocasión para exhortar, haciendo valer los grandes principios de la Palabra de Dios. He aquí la obra del Espíritu de Cristo por medio de los fieles siervos del Señor.

La hez del mundo. Los dos términos traducidos por “*hez del mundo*” y “*desecho de todas las cosas*” significan la basura que resultaba de la limpieza de legumbres, etcétera, y que se echaba fuera como algo inmundo. Se aplicaban a los peores criminales en sentido figurado como en la frase castellana: “la hez de la sociedad”. Por estas designaciones — comunes en la boca de sus contrincantes— Pablo vuelve a la figura anterior de las últimas víctimas de los juegos del circo, destinadas a una muerte vergonzosa (**1 Co 4:9**). ¡También seguían los apóstoles al Maestro a quien los hombres colocaron en la cruz de Barrabás!

4. El “*padre*” amonesta a los “*hijos*” (**1 Co 4:14-21**)

Pablo era “*padre*” para los corintios, y no “*ayo*”. Pablo afirma que no describe sus sufrimientos para avergonzar a los corintios, sino para amonestarlos; no dudamos que tal fue su propósito, pero a la vez pensamos que si los corintios —aquellos que se consideraban “*ricos*” y “*fuertes*”— no se avergonzaban al leer, o escuchar, las elocuentes palabras anteriores, tendrían mucho de lo que se llama vulgarmente en castellano “cara dura”. Si pensasen siquiera por unos momentos en lo que había costado al apóstol llevarles el Evangelio, y lo contrastasen con su estúpido engreimiento, habrían tenido que

caer de rodillas pidiendo el perdón del Señor por su locura, haciendo patente también al apóstol su arrepentimiento. Por el hecho de que el apóstol tuviera que describir este aspecto de su obra apostólica varias veces (**2 Co 6:3-10**) (**2 Co 11:23-29**), hemos de llegar a la triste conclusión de que había muchos hermanos necios y empedernidos en la iglesia de Corinto, quienes no se conmovían ni siquiera frente a lecciones tan obvias, presentadas de forma tan gráfica y conmovedora.

En la “casa” —entiéndase establecimiento— de un griego o romano pudiente, el “ayo” era el esclavo de confianza que tenía la obligación de preparar a los hijos del dueño para ir a la escuela, llevándoles allí él mismo. Su función no carecía de importancia, pero distaba mucho de la autoridad del “paterfamilias”, y en su caso faltaba la relación íntima que existe entre padre e hijos. Pablo no contraviene aquí el mandato del Señor de no hacerse llamar “padre” por nadie en la tierra (**Mt 23:9**), sino que se vale de una figura natural al recordar a los corintios que, por predicarles el Evangelio con amor y en la potencia del Espíritu Santo, había sido medio de “engendrarles por el Evangelio”. “Diez mil ayos” podrían ayudar a estos creyentes, pero sólo un siervo de Dios había sido el medio humano de llevarles a la vida. ¡Constituye un raro caso de obcecación que aquellos “hijos” no reconocieran con sumo agradecimiento un hecho tan evidente!

Como buen padre, Pablo daba ejemplo a sus hijos, pues se había portado delante de ellos de forma tan ejemplar que puede rogarles: “*Que seáis imitadores de mí*”. Pocos siervos de Dios se atreverían a una exhortación tan directa, prefiriendo señalar el perfecto ejemplo de Cristo; pero algo hemos de aprender nosotros de esta vida ejemplar de Pablo: que si no predicamos por medio de nuestras obras y comportamiento es inútil multiplicar palabras delante de la iglesia local, o parte de ella. Este “*proceder en Cristo*” vuelve a mencionarse en el versículo 17.

La misión de Timoteo. Se ha dicho tantas veces que Timoteo era un joven tímido, que se ha oscurecido la importancia de su obra como el colaborador íntimo del apóstol Pablo. Aun antes de los informes de “*los de Cloe*”, Pablo barruntaba dificultades en la iglesia de Corinto y había enviado allí a Timoteo, por ser un “*amado y fiel hijo en el Señor*”. A la luz de la referencia en (**1 Co 16:10**) sabemos que la salida de Timoteo fue muy reciente, puesto que la carta podía llegar a Corinto antes que él. Por lo que podemos deducir de la actitud de muchos de los corintios, tal misión habría sido tan desagradable como meterse en una jauría de perros excitados y desmandados, que no era cometido para un joven tímido. Sin embargo, tal fue la misión que Timoteo llevó a cabo. Pablo estaba seguro de que Timoteo había de recordar a la iglesia dos cosas: a) el proceder del apóstol en Cristo, o sea, su ejemplo en toda esfera espiritual y moral; b) las enseñanzas que entregaba a todas las iglesias en todo lugar. El cumplimiento de la misión requería gran autoridad moral, y hemos de adecuar nuestro concepto de Timoteo a lo que suponían las exigencias de los importantes y arduos cometidos que llevaba a cabo en colaboración con Pablo.

La norma de las enseñanzas apostólicas. Es fácil comprender que los corintios necesitaban el recuerdo del ejemplo de Pablo, pues muchos lo habían olvidado. Fijémonos, además, en la segunda vertiente de la misión de Timoteo: la de subrayar las enseñanzas de Pablo. Algunos comentaristas bíblicos imaginan que no es posible hallar en Los Hechos y en las Epístolas más que unas líneas muy generales sobre la constitución de la iglesia y el desarrollo del ministerio en tiempos apostólicos, pero Pablo insiste aquí que solía entregar un cuerpo de enseñanzas y de prácticas que se aplicaban a todas las iglesias por igual: por lo menos a las que él y sus colegas fundaban entre los gentiles. No es cierto, pues, que en Corinto pudiera haber una norma y en Efeso otra. No negamos que algunos detalles externos podrían variar según las circunstancias locales, pero no así el modelo esencial de lo que había de ser la iglesia y su ministerio. En el

curso del estudio de esta Epístola volveremos a notar los “mandamientos” apostólicos que habían de ser recibidos como Palabra inspirada de Dios.

La visita propuesta. El partido de los “inflados” podría sacar de la propuesta visita de Timoteo la inferencia de que Pablo mismo había desistido de cualquier propósito de visitar la iglesia personalmente (**1 Co 4:18**), pero el apóstol afirma: “*iré pronto a vosotros si el Señor quiere*”. La visita de Timoteo se considera aquí como preparatoria para la de Pablo mismo. Cuando escribe en (**2 Co 13:1**), “*ésta es la tercera vez que voy a vosotros*”, se supone otra visita después de la que resultó en la fundación de la iglesia, y el versículo siguiente indica que entonces tuvo que reprender duramente a algunos. Además, (**2 Co 2:1**) expresa el deseo de que no tenga que ir otra vez a Corinto “*con tristeza*”. En la segunda visita el apóstol tuvo que emplear a fondo su autoridad apostólica, sin que se doblegara ante ella el sector rebelde. De paso podemos notar que, antes de la tercera visita (**Hch 20:2-3**), Tito también había estado en Corinto, en misión preparatoria, tras la cual pudo traer buenas nuevas al apóstol, quien, al parecer, pasó tres meses de tranquilidad en Corinto al final de su tercer viaje (**2 Co 7:6-7**). La lucha fue dura y prolongada, pero por fin venció la gracia de Dios. Escriturarios sacan distintas conclusiones sobre la fecha de la segunda visita —que de todas formas sería muy breve—, pero es seguro que tanto Timoteo como Tito prepararon el terreno para la tercera visita de (**Hch 20:6**).

La vara o la dulzura. La “especialidad” de los envanecidos de Corinto consistía en la multiplicación de palabras retóricas, por medio de las cuales embaucaban a los ignorantes. Pablo dice que en su próxima visita hará una clara distinción entre los recursos de la retórica y el poder de Dios. Iría como embajador de Dios, como ministro del Reino de Dios, y este Reino no consiste en la multiplicación de conceptos humanos, sino en el poder del Espíritu Santo, la Divina Persona que opera directamente en la Iglesia durante esta dispensación. ¡Cuán peligroso era enfrentarse con la potencia del Dios omnipotente! ¿Qué querían los corintios? ¿Qué esperaban de la visita del apóstol? La “vara” significa su autoridad apostólica, que había recibido del Señor. En general tal autoridad se empleaba para derramar la gracia, pero frente a conatos de rebelión se convertiría en instrumento de disciplina. A Pablo le agradaba manifestar un espíritu de amor y de mansedumbre, pero no podía abdicar frente a aquellos que “*destruían*” el templo de la iglesia de Dios en Corinto (**1 Co 3:17**). Ya hemos notado que una visita se realizó en condiciones de tristeza, pero sin duda, todo contribuyó por fin a la solución final del “problema” de Corinto.

Preguntas

1. ¿Qué quieren decir los términos siguientes?: a) hombre natural, b) hermano espiritual, c) hermano carnal, d) leche espiritual, e) viandas, o alimento sólido.
2. Discurra sobre la iglesia como edificio espiritual, señalando su fundamento, su crecimiento, los materiales para su crecimiento, la responsabilidad de los edificadores y el resultado que se vera en el Día de Cristo (**1 Co 3:10-17**).
3. Pablo escribe mucho sobre los siervos del Señor en la sección (**1 Co 3:21-4:13**). Haga notas sobre cuatro aspectos del servicio de estos siervos, que han de buscarse dentro de la porción indicada.

La disciplina en la iglesia local - 1 Co 5:1-6:20

Introducción

1. El nuevo tema

Pasamos en este capítulo a un tema nuevo que surge de un pecado escandaloso, cometido por un miembro de la iglesia que no había sido disciplinado. La dejadez de los guías —tan contraria a las normas cristianas establecidas por el Señor mismo y por sus apóstoles— surge de una especie de suficiencia propia, a la que hay que añadir un concepto falso de la libertad. No es probable que los guías excusaran el crimen en sí, pero quizá decían: “Nosotros, como iglesia, no nos vemos afectados por lo que ha hecho un miembro, por escandaloso que sea el pecado en sí”.

Ya notamos en la Introducción que no hallamos en esta Epístola un tema dominante, desarrollado lógicamente y ordenadamente, sino una serie de soluciones que el apóstol aplica a los problemas locales de los cuales había sido informado, o por carta o por boca de hermanos que le visitaban en Éfeso. Pablo deja el tema de los sectarismos que surgían de la sabiduría carnal de los corintios y pasa a solucionar problemas de conducta y de disciplina en la iglesia local. No obstante, no deja de existir un enlace real entre los temas que acabamos de considerar y el que nos ha de ocupar en este capítulo, pues todos los males que se tratan sucesivamente tienen sus raíces en la carnalidad de muchos de los hermanos en Corinto. No se sometían a la Palabra, sino que se dejaban llevar por impulsos personales, hallándose —quizá inconscientemente— bajo la influencia del medio ambiente de la sociedad corintia. En este caso su “sentido de superioridad” como “cristianos” motivó el abandono de normas vigentes hasta en la sociedad grecorromana de la cual habían salido, pues quedaban indiferentes frente a un crimen social que era condenado aun por los moralistas paganos.

2. Disciplina en la iglesia local

No es preciso anticipar las lecciones detalladas que corresponderán al examen del texto, pero el sentido general del pasaje nos hace meditar en la necesidad de mantener limpio el testimonio de la congregación cristiana frente al mundo. Desde luego, —y desafortunadamente— abundan ciertos pecados entre los miembros de las iglesias que impiden la plena manifestación de la potencia del Espíritu de Dios, sobre todo aquellos que nacen del orgullo personal y de la falta de amor entre hermanos, que tantas veces obstaculizan la comunión con Dios y la de unos con otros. Son graves, pero son internos, camuflados muchas veces bajo una capa de sonrisas y de buenas palabras. Para tales pecados existe el remedio de las exhortaciones basadas en las enseñanzas de las Escrituras, y hasta el de las severas amonestaciones cuando hay lugar para ellas, pero vienen a ser el producto de un malestar dentro de la familia. Los hijos se portan mal, pero han de ser ayudados “en casa” y no separados de la familia. En el caso de pecados escandalosos, sin embargo, que se reconocen como tales aun en la sociedad mundana, existe una incompatibilidad manifiesta entre el testimonio de la iglesia y el acto inmoral que se ha cometido. Es como si un hijo pisoteara la honra de la familia, y, al persistir en su actitud, destruyera la esencia misma del hogar. Así es el caso del miembro que comete pecados escandalosos, pues echa por tierra el testimonio de la iglesia, y ha de ser separado de la comunión, aun tratándose de un hermano que ha tenido una verdadera experiencia de conversión. Es muy importante que entendamos bien la base de la excomunión, no considerándola como un “castigo” que recibe un hijo que se porta mal,

sino la separación de una persona que ha caído en mala conducta incompatible con la vida y testimonio de la iglesia. En cuanto al culpable como persona, se busca su bien espiritual puesto que toda disciplina es tendente a la restauración, con tal que haya prueba de un verdadero arrepentimiento, apartándose el hermano de su pecado. Con todo, el “amor” no ha de tapar un mal que destroza los fundamentos del testimonio. Toda verdadera disciplina (la que se describe en el Nuevo Testamento) presupone congregaciones cuyos guías hacen todo lo posible para no recibir a la comunión sino a personas que dan evidencia fehaciente de ser nacidos de nuevo. Pueden ser engañados en un caso particular, pero eso no impide que las congregaciones en sí sean constituidas por verdaderos miembros del Cuerpo de Cristo. Tratándose de organizaciones religiosas que reciben como miembros a los bautizados (o a los no-bautizados) sin averiguar (en lo posible) si son regenerados o no, la disciplina novotestamentaria se hace imposible. ¿Cómo se ha de separar a una persona que ha pecado gravemente de una compañía mezclada, en la que la luz procura convivir con las tinieblas?

3. Enseñanzas derivadas de la situación concreta

Como es de esperar, Pablo no se contenta con señalar el procedimiento a seguir en el caso del incestuoso, sino que pasa del caso concreto a la consideración de las relaciones de los santos con los pecadores en general, señalando normas de moralidad para la familia de Dios que son completamente diferentes de las del mundo. Al principio del capítulo 6 pasa a condenar la avaricia de algunos que defraudan a sus hermanos, o que buscan remedios contra daños recibidos en la esfera material ante los tribunales de este mundo. Es interesante notar que el apóstol suele pasar con mucha facilidad de la consideración de la inmoralidad sexual a la de la idolatría y la avaricia —que es una especie de “culto” del dios “Mamón”—, viendo que todos estos pecados desvirtúan la esencia misma de las relaciones del hombre con su Dios. Al admitir la inmoralidad sexual el hombre se atreve a atacar la base de la sociedad que Dios ha ordenado; por la idolatría coloca a otro objeto en lugar de Dios, declarándose en abierta y vergonzosa rebelión contra su Creador; por la avaricia convierte los dones de Dios en el objeto principal de su preocupación, siendo así “idólatra”. La avaricia rompe también los lazos de la confraternidad humana, pues al avaro le daría igual que un alma se perdiera con tal de recoger su oro, que es su dios.

Pablo basa sus conclusiones en un examen del fundamento mismo de la vida cristiana. ¿Cómo es el Reino de Dios? ¿Qué significa nuestra unión espiritual con Cristo? ¿Cuál es la potencia de la resurrección? ¿Qué efectos han de surgir del hecho de la residencia de Dios el Espíritu Santo en nuestros cuerpos? Habría podido citar las ordenanzas de la Ley, pero prefiere hacernos comprender la naturaleza misma de la vida en Cristo. Está muy de acuerdo con el autor de Hebreos al recalcar que en el Nuevo Pacto la ley (la voluntad expresada de Dios) se ha escrito “*en la mente de ellos y sobre su corazón*” (He 8:10), manifestándose la obediencia por la potencia del Espíritu Santo.

El caso de incesto (1 Co 5:1-8)

I. Los corintios frente al pecado cometido (1 Co 5:1-2)

El pecado fue de incesto. Pablo había recibido noticias fidedignas —“*se oye decir como cosa cierta*”— de un pecado de fornicación cometido por un miembro de la iglesia en Corinto que no había sido disciplinado. “*Fornicación*” traduce “*porneia*”, término que abarca toda relación sexual ilícita, o sea, realizada fuera del matrimonio. Los griegos no se preocupaban demasiado por tales pecados, y ya hemos considerado la necesidad —y la dificultad— de establecer normas adecuadas de pureza sexual dentro de las iglesias de

los gentiles. Pero el caso que aquí se menciona es aún más horrendo que el de la fornicación en general, ya que se trataba de la unión ilícita de un hombre con la mujer de su padre. No hemos de suponer que fuese su madre, pero sí su madrastra, sea en vida de su padre, sea después de la muerte de éste. Tales uniones fueron prohibidas a los israelitas según los términos de Levítico capítulo 18, y ni los paganos admitían incesto de este grado. La traducción de la Vers. H. A. es la más exacta, pues no se dice que los gentiles no nombran este pecado, sino que no se practica entre ellos, a pesar del libertinaje que prevalecía en la sociedad grecorromana.

Ante el hecho notorio, los corintios —suponemos que se trata especialmente de sus guías— no habían lamentado la deshonra que había caído sobre el Nombre de Cristo, para pasar luego a la separación del pecador de la comunión de la iglesia; al contrario, se habían “*envanecido*” como si su posición en Cristo —o quizá sus postulados filosóficos— les colocara sobre un nivel superior a la inmoralidad de un simple miembro de la iglesia. No se trata sólo de un descuido, ni de la ignorancia de las normas cristianas, sino de una pretendida superioridad moral: algo que echa siniestra luz sobre el estado espiritual de los guías de la iglesia. El final del versículo 2 señala el procedimiento normal dentro de una iglesia cristiana y frente a un pecado escandaloso: “*para que fuese quitado de en medio de vosotros el que practicó tal obra*”. Al final de la sección Pablo reitera: “*¡Quidad al malvado de entre vosotros!*” (1 Co 5:13).

2. Pablo obra según su autoridad apostólica (1 Co 5:3-5)

Pablo, presente en espíritu. Físicamente Pablo se hallaba en Éfeso, pero el triste fracaso de la autoridad de los guías de la iglesia en Corinto motivó el ejercicio excepcional de la autoridad del apóstol, quien se consideraba como “*presente en espíritu*” con el fin de proceder al juicio que la iglesia había descuidado.

El juicio del apóstol. Repetimos que la sentencia pasada por el apóstol a distancia sería excepcional, pues todo el pasaje indica que los guías debieran haber velado ellos mismos por la pureza del testimonio. El hace lo que les competía a ellos si no hubiesen abdicado vergonzosamente de su responsabilidad. Por eso tiene que decir: “*Por mi parte, ausente en cuerpo mas presente en espíritu, como presente, he juzgado ya al que así efectuó esto*”. No es que pensara pronunciar juicio, sino que, ante la certeza de los hechos, ya lo había hecho.

La autoridad y la potencia que convalidan la sentencia. Normalmente la decisión correspondería a los guías, después de una investigación a fondo de los hechos. Sin embargo, la iglesia no puede hallarse ausente de un acto tan solemne como el de la separación de uno de sus miembros. Todo se habría hecho “*en el Nombre del Señor Jesús*” y con su poder, frente a la congregación y por obra de los guías. En este caso excepcional “*el espíritu*” de Pablo, que incluye su autoridad apostólica, reemplazó a los guías, por lo menos en esta presentación dramática de los hechos. Es importante la mención del Nombre y del poder del Señor nuestro, Jesús, pues los corintios habían de comprender que la misma potencia que fue manifestada tan claramente en su salvación era la que operaba también en juicio frente a la persona que destrozaba el testimonio de la iglesia local por haber cometido un pecado horrendo.

La entrega a Satanás. Hemos de examinar todas las partes de la oración gramatical que tenemos delante: “*El tal hombre sea entregado a Satanás, para la destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor*”. Cada frase de esta cita ha sido muy comentada y discutida. La “*entrega a Satanás*” se halla también en (1 Ti 1:20) en relación con los herejes Himeneo y Alejandro, quienes fueron “*entregados a Satanás*” por el apóstol “*para que aprendiesen a no blasfemar*”. Las dos explicaciones alternativas de esta frase que aducimos a continuación han recibido el apoyo de buenos comentaristas.

a) La frase equivale a la excomunión. La iglesia local viene a ser un “territorio” redimido de la potencia del príncipe de este mundo, el diablo. De este modo, el miembro separado de la congregación se halla otra vez en el terreno del diablo, sujeto de una forma especial a su poder. La frase *“para la destrucción de la carne”* se ilumina si recordamos que en tiempos apostólicos ciertos hermanos, que pecaban contra los principios vitales de la iglesia, sufrían las consecuencias en sus cuerpos, diciendo Pablo más tarde a los corintios: *“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y no pocos duermen (han muerto)”* (1 Co 11:30-32). Se esperaba, pues, que el hermano excomulgado sufriera en su cuerpo para que se diera cuenta de su situación, y que *“el espíritu fuese salvo en el día del Señor (Jesús)”*. Esta explicación tiene la virtud de presentarnos normas claras para la actuación de la iglesia local frente a parecidos pecados escandalosos en todo tiempo.

b) La frase significa una manifestación especial del poder apostólico de Pablo. Hemos visto ya que Pablo tuvo que actuar según su propia autoridad apostólica en vista de la triste renuncia de los guías de Corinto, y en (1 Ti 1:20) le vemos obrar del mismo modo en otro caso, frente a herejes persistentes, sin que se note la intervención de los pastores de iglesia alguna. En apoyo de esta explicación se citan casos análogos de juicios apostólicos, pues los engañadores Ananías y Safira murieron por la palabra del apóstol Pedro, y el falso profeta Elimas quedó ciego por la sentencia de Pablo (Hch 5:1-11) (Hch 13:6-11). En el caso de Himeneo y Alejandro el apóstol actúa con el fin de que los sentenciados aprendan a no blasfemar; lo que también indica alguna prueba física que les haga recapacitar.

Las explicaciones a) y b) no se excluyen mutuamente, pues la autoridad de los apóstoles fue excepcional, mientras que persiste la de los guías, frente a la necesidad de mantener limpio el testimonio de la iglesia. No son muy evidentes hoy en día manifestaciones milagrosas de castigo en la esfera física, pero sería un atrevimiento decir que no existen. Quedan permanentes los principios fundamentales de la disciplina, para la debida orientación del pueblo de Dios. *“A fin de que el espíritu sea salvo en el Día del Señor”* no indica que el pecador no hubiese sido regenerado, ni que la salvación de su alma surja de la disciplina. El concepto de *“salvación”* es muy variado y complejo en el Nuevo Testamento, y aquí significa el remedio espiritual del mal producido por el pecado en cuestión: remedio que se adelanta por medio de la disciplina, siempre que ésta sea aceptada por el disciplinado con sumisión y arrepentimiento sincero. Ya hemos visto que toda disciplina tiende idealmente a la restauración del pecador y no a su exclusión permanente de la comunión de los santos, pero mucho depende de la actitud que adopte el excomulgado. Si se le abren los ojos a la verdadera naturaleza de su desvío, y si se aparta de su pecado, el tiempo de disciplina podrá abreviarse (2 Co 2:5-11); sin embargo, el que persiste en su rebelión se excluye él mismo de la comunión de la iglesia.

3. La Pascua, la masa y la levadura (1 Co 5:6-8)

La figura de la Pascua. La iglesia en Corinto era predominantemente gentil, pero ya había recibido enseñanzas basadas en el Antiguo Testamento (juntamente con la instrucción apostólica), de modo que Pablo podía contar con el conocimiento de los tipos más importantes de los escritos sagrados. La historia del Exodo se destaca mucho en la perspectiva de la historia de Israel, y los creyentes judíos ya habrían explicado que su pueblo acostumbraba a barrer bien la casa antes de celebrar la Pascua, con el fin de evitar todo peligro de *“comer con levadura”*. Los *“días de los ázimos”* significaban *“días de pan sin levadura”*, y la masa para hacer el pan tenía que estar completamente libre de toda clase de fermentación. Pablo aplica la figura al caso de la iglesia en Corinto.

La locura de la jactancia de los corintios. Los corintios habrían dicho al efecto: “¿Qué importa si este pecador notorio queda dentro de la compañía de los hermanos?”. Pablo les recuerda, utilizando la conocida figura de la Pascua, que muy poca levadura basta para leudar toda la masa, haciendo imposible la celebración de la Pascua, en pureza y sinceridad. La levadura se extiende por su propia naturaleza, y lo mismo ocurre con el pecado que se permite dentro de la iglesia. ¿Cómo podría la congregación rodear la Mesa del Señor para celebrar el Sacrificio del verdadero Cordero pascual si abundaba en ella la vieja levadura de malicia y de maldad? Estas expresiones abarcan más que el pecado escandaloso que había de ser juzgado, pues recuerdan a los corintios —y a todos— que la malicia y la maldad deberían ser totalmente ajenas a la pureza de la congregación reunida en derredor de su Señor. Los “*ázimos*” —panes sin levadura— del versículo 8 representan la limpieza y la sinceridad del corazón de los redimidos al unirse para celebrar el sagrado misterio de su redención por el derramamiento de la Sangre de la Víctima.

Pablo resume sus deseos para con los hermanos de Corinto por medio de dos mandatos, o exhortaciones: “*Limpiaos, pues, de la vieja levadura para que seáis masa nueva ... Así que, celebremos la fiesta, no con vieja levadura ... sino con ázimos de sinceridad y de verdad*” (1 Co 5:7-8). Pide un esfuerzo serio, no sólo en el caso de miembros que destrozan el testimonio, sino también en el fuero interno del corazón de cada uno. Todo lo que representa la “*vieja levadura*” debiera desaparecer, viéndose en su lugar los frutos de sinceridad y de verdad. Al mismo tiempo Pablo no adopta una actitud negativa, como si la vida de la iglesia hubiese de quedar paralizada mientras buscaban ansiosamente la “*levadura*”; muy al contrario, exhorta a la gozosa celebración de la fiesta, que, en este contexto, no puede significar otra cosa que la sagrada Cena del Señor como centro de la vida y de la adoración de la iglesia.

Cristianos frente a pecadores notorios (1 Co 5:9-13)

I. El tema se generaliza

En una carta que Pablo había dirigido anteriormente a los corintios había hablado de la necesidad de separarse de la compañía de personas tales como los fornicarios, y se entiende los que llevan una vida tan desvergonzada que una asociación con ellas afectaría seriamente el testimonio de todos los hermanos.

Parece ser que los corintios habían hecho alguna pregunta sobre el particular, quizá con deseos de conocer los límites de la exhortación. Los versículos 10 y 11 dan la respuesta del apóstol, quien señala una clara diferencia entre el trato con personas viciosas del mundo y la asociación con otros que pretenden ser “*hermanos*”. Pablo no quería poner estorbos en el camino de los creyentes de Corinto en cuanto a sus negocios con gente del mundo. El contacto se limitaría a lo preciso para el trabajo diario, o para los negocios, de modo que no entrañaba peligro para el testimonio, y aun podía dar lugar a reprender el mal y recomendar el bien. Para no estar nunca en compañía de personas de mal vivir tendríamos que salir del mundo, mientras que el Señor nos llama a dar testimonio en el mundo.

Los hombres de mal vivir que se llamaban “*hermanos*”. El hecho de que se hallaran algunos hombres viciosos en la esfera de la profesión cristiana no justifica la idea de que la iglesia pueda estar constituida por una multitud mezclada, en la que algunos miembros sean verdaderos creyentes y otros no lo sean. Y hemos visto que el tema de la disciplina en la iglesia local, tal como lo ha desarrollado Pablo, no tendría sentido en tales condiciones. Hemos de pensar, más bien, que durante el período de la formación de la

iglesia en Corinto, muchas personas se sentirían atraídas por el mensaje, sin que llegasen a entregarse del todo a Cristo. Quizás algunas llegarían a ser bautizadas bajo su confesión de fe, mientras que otras asistirían a las reuniones como oyentes; en todo caso, su manera de vivir pronto quedaría patente delante de todos. La primera sección de este capítulo nos hace ver que tales personas —que deshonran su profesión de fe de una manera desvergonzada— han de ser excluidas de la comunión de la iglesia, y no sólo eso, sino que los hermanos consecuentes han de evitar su compañía, rehusando comer con ellos, ya que la comida en común llega a ser símbolo de una comunión que en tales casos no existe. Tal prohibición no excluía la labor pastoral de los guías, y tenía por finalidad impedir que el testimonio de la iglesia fuese equívoco en una ciudad como Corinto, que tanto necesitaba una clara lección de moralidad.

No hay contradicción alguna entre esta doctrina de “separación” y la práctica del Señor Jesucristo, quien comía con publicanos y pecadores, pues en este caso los comensales eran personas que reconocían su “enfermedad” espiritual y deseaban recibir la salud de parte del buen Médico que se preocupaba por ellos (**Mr 2:15-17**). No hay nada en el pasaje que tenemos delante que nos impida ir en busca de los pecadores con el mensaje de la salvación dondequiera que se hallen.

La responsabilidad de los corintios. Es evidente que los guías de esta iglesia, en general, no querían ejercer la disciplina eclesiástica de una manera seria y consecuente, y quizá su pregunta sobre posibles asociaciones con pecadores notorios quería disfrazar esta evasión de su responsabilidad. Pablo aclara la situación con dos de sus características y tajantes preguntas:

a) “*¿Qué me va a mí en juzgar a los que están fuera?*”, O sea, ¿sobre qué base puede un siervo de Dios asumir las atribuciones de juez en los asuntos del mundo? El Maestro siempre rehusaba mezclarse en tales asuntos. Al fin Dios juzgará a todos los pecadores empedernidos conforme a sus obras (**1 Co 5:13**), pero no cae dentro de las atribuciones del pueblo de Dios ahora. b) La segunda pregunta es: “*¿No juzgáis vosotros a los que están dentro?*”. No lo estaban haciendo muy bien, y la forma de la pregunta recuerda a los hermanos responsables que les correspondía velar por la pureza del testimonio cuando se trataba de creyentes, o de personas que pretendían serlo. Al final de la sección su pensamiento vuelve al hombre incestuoso, para decir a los guías: “*Quitad al malvado de entre vosotros*”, recordándoles su responsabilidad en el caso concreto del cual había recibido noticias.

Algunos pecados graves. En las notas introductorias a este capítulo notamos que Pablo suele englobar varios pecados especiales que son incompatibles con la profesión cristiana, y en el versículo 11 se destacan no sólo el fornicario, sino también el codicioso, el injuriador, el borracho y el defraudador. Los pecados del fornicario rompen la base de la familia y, por ende, la de la sociedad; el codicioso busca bienes para sí, haciendo un “dios” de la acumulación de lo material; por eso Pablo le coloca al lado del idólatra, el cual da a un ídolo la gloria que corresponde sólo a Dios; el injuriador pierde todo respeto frente a la personalidad de su semejante, hecha a imagen y semejanza de Dios; el borracho empedernido peca contra su propia personalidad, pues pierde el control que le distingue como hombre; el defraudador echa mano, por los medios que sean, de lo que no es suyo, minando el concepto legítimo de propiedad, sin el cual la sociedad deja de funcionar debidamente. Estos pecados, que se condenan en todas partes, no deben verse en la iglesia. Dice Pablo a los colosenses: “*Haced morir, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra —es decir, los elementos de una vida puramente terrenal—, fornicación, impureza, pasión, malos deseos, y codicia, la cual es idolatría; por motivo de estas cosas viene la ira de Dios*” (**Col 3:5-6**). Son las terribles costumbres de antes, que han de

dejarse al entrar en la iglesia, pues no pueden admitirse entre los que invocan el Nombre del Señor.

Los cristianos han de evitar los litigios (1 Co 6:1-8)

I. El asunto de los litigios (1 Co 6:1-3)

Fuese por carta, fuese por medio de alguna comunicación personal, Pablo llegó a saber que algunos corintios, dejándose llevar por la codicia, y olvidándose de las obligaciones del amor fraternal dentro de la sociedad cristiana, llevaban sus pleitos delante de los tribunales públicos de Corinto. Cuando Pablo llama a los jueces de Corinto “injustos” (1 Co 6:1) no quiere decir que fuesen peores que otros, o que administraran mal la ley del país, sino que llama la atención al contraste que existe entre los santos y los hombres del mundo. No convenía que los jueces de este siglo presidieran las estériles luchas de los hermanos que querían sacar ventajas materiales de asuntos que llevaban en común con otros miembros de la familia cristiana.

La dignidad de los santos. A causa de su íntima asociación con Cristo, los hijos de Dios tendrán parte en el juicio de este mundo. Aún más, Pablo entendía que se sentarían en juicio sobre ángeles, en las esferas más amplias del universo de Dios. A tan sublimes alturas hemos sido llamados en Cristo. Pero toda bendición espiritual lleva implícita en sí la obligación correspondiente, y por eso le parecía casi increíble al apóstol que los hijos del Rey llevaran sus “trapos sucios a lavar” delante de los magistrados.

Un defecto doble. El versículo 7 explica que ya es un defecto el que los creyentes tengan discusiones entre sí sobre asuntos materiales, siendo que éstos se revisten de tan poca importancia. Según la ley de Cristo, que es la ley del amor, los hermanos deberían sufrir cualquier pérdida material por amor al testimonio y por amor al hermano. Ahora bien, en el caso de los litigiosos, había doble defecto, pues no sólo luchaban los unos con los otros sobre asuntos materiales, sino que los llevaban delante de los tribunales. El versículo 4 puede traducirse en forma interrogante o en forma imperativa. Como pregunta se lee así: “Si tenéis juicios sobre cosas de esta vida, ¿a los que no son de estima en la iglesia, a éstos ponéis por jueces?”. Tiene buen sentido, pero Pablo escribe para avergonzar a los corintios en este asunto de los pleitos, de modo que cabe una forma irónica que llama la atención al error de los litigantes: “¡Poned por jueces a aquellos que son de menos estima! Para avergonzaros lo digo. ¿Es que no hay entre vosotros ni un solo sabio, que pueda servir de árbitro entre los hermanos?”. Pero valdría más aún si no surgiesen problemas de esta índole, ya que el Maestro nos enseña a volver la otra mejilla y a entregar más de lo que nos piden (Mt 5:38-42). “¿Por qué no sufrís antes la injusticia? ¿Por qué más bien no os dejáis defraudar?”. Tales alturas espirituales no son imposibles para hermanos que tienen “la mente de Cristo” y en cuyas vidas se manifiesta el fruto del Espíritu Santo (Ga 5:22-23).

El bajo nivel del testimonio en Corinto. El versículo 8 señala la transición de la cuestión del litigio frente a los tribunales al examen del testimonio en general de la iglesia de Corinto, que ocupa los versículos 9 al 11. Con honda tristeza y disgusto, Pablo veía que no sólo luchaban los hermanos por “lo suyo”, dispuestos a apelar a los paganos, sino que algunos cometían injusticias y defraudaban a sus hermanos. No es preciso generalizar frente a esta declaración del apóstol, pero en su mínima expresión significa que existía el pecado de fraude entre personas que se llamaban “hermanos”. Este diagnóstico le lleva a considerar las normas del Reino de Dios frente a las maldades de los hombres.

El reino no es compatible con pecados escandalosos (1 Co 6:9-11)

1. La naturaleza del Reino de Dios (1 Co 6:9)

El Reino puede definirse como “toda esfera que reconoce la voluntad de Dios como norma”, manifestándose en él la *“justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”*, según (Ro 14:17). En (Ga 5:19-21) Pablo hace una lista de las horribles obras de la carne, añadiendo: *“Los que practican tales cosas no heredarán el Reino de Dios”*. Esta enseñanza acerca de la incompatibilidad de la práctica del pecado con el Reino es fundamental y conocida, de modo que Pablo la introduce aquí por medio de su repetida frase: *“¿O no sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios?”*. Los “santos” se conocen por su conducta, de modo que la injusticia en todas sus formas es algo totalmente contrario de la sumisión a las obligaciones del Reino de Dios (1 Jn 3:7-10). De nuevo hemos de recordar que cualquier hermano puede caer en el pecado si se aleja de su Señor; sin embargo, tratándose de un verdadero hijo de Dios, será restaurado. La incompatibilidad fundamental consiste en la práctica de los pecados de esta lista y de otras, pues la persistencia en ellos evidencia la falta de vida. Pablo se ve obligado a señalar claramente lo que es del Reino y lo que es del mundo; lo que es de Dios y lo que es de Satanás, con el fin de que no exista confusión posible. En cuanto a cada individuo, recordemos el doble principio anunciado en (2 Ti 2:19): *“Conoce el Señor a los que son suyos; y, apártese de iniquidad todo aquel que nombra el nombre del Señor”*. Sólo Dios puede escudriñar el corazón para discernir —en casos dudosos para nosotros— si allí existe vida o no; al mismo tiempo nosotros hemos de juzgar el árbol por sus frutos, pues el que invoca el nombre del Señor debe apartarse de iniquidad (Mt 7:15-23).

La amonestación de Pablo que introduce esta lista de pecados es significativa: *“No erréis”*, o mejor, *“No os engañéis”*, y aun, *“No permitáis que nadie os engañe”*. La levadura de la falsa sabiduría del mundo obraba dentro de la iglesia de Corinto, dando lugar a toda suerte de engaños. ¡Cuán fácil es engañarnos a nosotros mismos si dejamos de “educar” la conciencia por medio de la meditación constante en la Palabra!

2. Pecados escandalosos (1 Co 6:9-10)

Pablo alarga aquí la lista de los pecados que ya dio en (1 Co 5:11), pero la naturaleza básica de estas prácticas queda igual. Destacando solamente los términos nuevos, hemos de recordar que los adúlteros no sólo son fornicarios, sino que rompen los sagrados lazos matrimoniales; quizá por “afeminados” hemos de entender a los adictos a la molice en todas sus formas; los sodomitas tergiversan las diferencias fundamentales del sexo; los ladrones no sólo codician lo ajeno, sino que echan mano a lo que no es suyo. El diablo ha obrado muy eficazmente por medio de la carne dentro del hombre, haciendo brotar de tan podrido terreno manifestaciones criminales que atentan contra todo lo que Dios quiso que fuera el hombre. Tratándose de pecados que destrozan la sociedad, en mucho mayor grado militan contra todos los principios del Reino de Dios, que es la nueva creación en Cristo Jesús.

3. El pasado y el presente (1 Co 6:11)

Este hermoso versículo señala el contraste que los mismos corintios habían experimentado, si en verdad habían sido regenerados por el Espíritu Santo. Una mirada retrospectiva a los comienzos de su vida espiritual les ayudaría a discernir el mal, aun cuando el diablo lo disfrazara con las argucias de la sabiduría humana. *“Y esto —la forma es despectiva en el griego— erais algunos”*. No todos los miembros de la iglesia se habían sumido anteriormente en el vicio escandaloso, pero *“algunos”* sí, y los demás se

habían criado en el ambiente del paganismo, que glorificaba la inmoralidad en muchas de sus leyendas y prácticas.

“Mas os lavasteis”. La “voz media” del verbo que se emplea en el griego equivale a “os hicisteis lavar”. Si la referencia es al bautismo —como creen muchos— no significa que la ordenanza en sí tuviera poder para limpiar el alma y la conciencia, sino que los creyentes corintios, al presentarse al bautismo, manifestaban su unión con Cristo en su Muerte y su Resurrección, lo que significaba la separación total de sus antiguos pecados (**Ga 3:27**). Aun sin pensar expresamente en el bautismo, podríamos comprender que una faceta importantísima de la conversión de los corintios fue la liberación de sus pecados, que se expresa por el verbo “lavarse”. El poder para ello se señala en el párrafo siguiente.

“Mas fuisteis santificados”. Pablo recuerda el gran momento de la conversión de los corintios, y en este contexto es propio que el concepto de “santificación” precede al de “justificación”, pues pone de relieve su apartamiento del pecado y del mundo para servir sólo a Dios. En (**1 Co 1:30**) fue subrayada la obra de Cristo, quien fue “hecho” santificación para los corintios: en cambio aquí la luz se enfoca en la gran experiencia de los creyentes mismos al “ser santificados”, siendo realmente apartados del pecado “en Cristo”.

“Mas fuisteis justificados”. La justificación por la fe es la declaración de que Dios no tiene nada en contra del creyente que se ha refugiado en Cristo, ya que su sentencia fue cumplida en la Cruz. El cambio que se efectuó en los corintios fue tan completo y eficaz que no había nada pendiente en contra de ellos, ni delante del Trono de justicia del Todopoderoso ni delante de los hombres. ¿Cómo podían permitir confusionismos posteriores si su conversión había producido un cambio tan radical?

4. La potencia que efectuó el gran cambio (**1 Co 6:11**)

“En el Nombre del Señor Jesucristo”. Bíblicamente, el “nombre” significa la autoridad de la persona, juntamente con la eficacia de su obra, aun cuando no esté presente. La conversión de los corintios dependía de la Persona de Cristo y la realización de su perfecta obra de expiación y de redención en la Cruz. Nada menos que esto pudo transformar a hombres y mujeres hundidos en pecados escandalosos, trasladándoles a la esfera del Reino de Dios como hijos de Dios y siervos del Altísimo.

“En el Espíritu de nuestro Dios”. La obra de Cristo es básica, externa e histórica, perfeccionada para siempre en “la consumación de los siglos” (**He 9:26**). Pero el pecador necesita una potencia interna y subjetiva que aplique el valor de la obra de la Cruz a su caso en cualquier lugar y tiempo. En esto precisamente consiste la obra del “Espíritu de nuestro Dios”. El día de Pentecostés es tan necesario para la salvación del hombre como el día de la Crucifixión, pues sólo el Espíritu de Dios—Dios residente en nosotros— puede ponernos en contacto con el Hijo, el Dios Salvador. Auxiliados por las poderosas operaciones del Espíritu, los corintios se arrepintieron y colocaron su fe en Aquel que murió y resucitó por ellos. He aquí la gracia de Dios que produjo el gran cambio: “*Esto erais algunos... mas os lavasteis... fuisteis santificados... justificados*”. Es implícita la exhortación: “¡Andad en conformidad con el significado de vuestra conversión!”.

La santidad del cuerpo del creyente (**1 Co 6:12-20**)

I. Las cosas lícitas no siempre son provechosas (**1 Co 6:12-14**)

Si tuviéramos delante la carta que los corintios habían enviado a Pablo, o si hubiésemos escuchado las conversaciones suyas con Estéfanos y otros, estaríamos mejor situados para seguir el hilo de las exhortaciones e instrucciones del apóstol en esta última sección

del capítulo 6. Por dos veces la Vers. H. A. imprime la frase *“todas las cosas me son lícitas”* entre comillas, comprendiendo los traductores —probablemente con razón— que los corintios hacían uso de esta frase en su carta para apoyar una libertad cristiana que muy fácilmente podría degenerar en libertinaje, citándola Pablo con el fin de señalar sus limitaciones. El origen de la frase se hallaría en las enseñanzas que Pablo mismo había dado en Corinto sobre el tema de la verdadera libertad cristiana en ciertos asuntos prácticos como son el comer carne, o guardar ciertas fiestas, o comprar alimentos que habían sido ofrecidos a los ídolos, etc. Pablo no anula su doctrina anterior, pero, frente a la cita tendenciosa de los corintios, añade este colofón: *“pero no todas las cosas convienen”*; es decir, no todo lo permisible sirve de provecho espiritual. El hijo de Dios que quiere agradar a su Padre no piensa en “mantener sus libertades y derechos”, sino en obedecer a Dios mientras sirve a los hermanos. Más importante que la libertad teórica es el provecho espiritual de los hermanos, que podrá quedar limitado, hasta cierto punto, por el ejercicio de la libertad legítima del creyente *“fuerte”*. Es un tema que volverá a surgir en los capítulos 8 y 10 de esta epístola. Otro peligro es el de dejarse dominar precisamente por las cosas que se tienen por lícitas. El glotón, comiendo demasiado de todo y alegando su “libertad” frente a lo material, pierde su libertad por ponerse bajo el dominio de su apetito. *“Todas las cosas me son lícitas”* —reafirma el apóstol—, *“pero yo no me dejaré dominar de ninguna”* (1 Co 6:12).

Las viandas. Los filósofos paganos no hacían una distinción clara entre el comer y la práctica de la fornicación. Para ellos se trataba en ambos casos de un apetito corporal que se satisfacía en el orden físico, sin fijarse en el hecho de que el acto sexual envuelve a dos personas de uno y otro sexo, trayendo consigo toda suerte de derivaciones morales, emocionales, psicológicas y sociales. En cuanto a las viandas, Pablo repite las enseñanzas de Cristo que se hallan en (Mr 7:17-23), etc., haciendo ver que pasan al estómago y a los intestinos para la debida alimentación del cuerpo. Serán precisas mientras estemos en el cuerpo, pero no afectan permanentemente la personalidad humana. Pertenecen a lo corruptible, a la carne y sangre que no pasarán al Reino en su plenitud (1 Co 15:50). Por fin serán *“destruidos”* al volver al polvo de donde fueron sacadas y por la transformación del cuerpo en la resurrección. No constituyen problema en sí, bien que su uso ha de determinarse por los profundos principios del Reino —el amor, el control de uno mismo, etcétera— que gobiernan todos los aspectos de la vida cristiana. Lo que importa no es el estómago, sino el corazón, entendido según el uso bíblico del término, como sede de los deseos, de los afectos y de las decisiones.

El cuerpo es para el Señor. Pablo ha de considerar la necesidad de la pureza sexual desde varios puntos de vista, pero empieza en el versículo 13 por el aspecto de mayor importancia para el hijo de Dios: el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor. En sentido inverso y complementario, el Señor es para el cuerpo. Esta verdad se contempla dentro de la perspectiva de la resurrección, pues el apóstol añade: *“Dios no sólo levantó al Señor, sino que también nos levantará por su poder”* (1 Co 6:14). Lejos de despreciar el cuerpo —a la manera de la filosofía griega—, la doctrina cristiana nos enseña a esperar la glorificación de la personalidad total del creyente en la resurrección, en la cual el cuerpo constituye un elemento esencial (1 Co 15:42-54) (1 Ts 5:23). Este cuerpo redimido por el Señor y destinado a la gloria de la resurrección, no ha de entregarse a la fornicación, puesto que este pecado constituye por una parte la negación del señorío del Redentor y, por otra, la falsificación del gran fin que Dios ha propuesto para sus hijos en la resurrección del cuerpo.

2. Los cuerpos de los creyentes son miembros de Cristo (1 Co 6:15-18)

¿No sabéis...? Pablo no enseñaba peregrinas y extrañas doctrinas al insistir en la necesidad de la pureza sexual. ¿No sabían ya los corintios que sus cuerpos no sólo

perteneían al Señor, sino que eran miembros de su Cuerpo místico? Por la operación del Espíritu Santo el creyente se ha unido con Cristo, y en vista de que la redención afecta a la totalidad del creyente, esta unión interesa al cuerpo igual que al alma y al espíritu. Esta “honra” que se concede al cuerpo apenas se conoce fuera del judaísmo —en las enseñanzas del Antiguo Testamento— y del cristianismo, pero llega a ser la base de una moralidad mucho más estricta que la pagana, ofreciendo también una esperanza mucho más elevada.

La naturaleza de la unión sexual. A primera vista nos extraña que Pablo cite (**Gn 2:24**) — que determinaba la verdadera unión sexual de nuestros primeros padres en el matrimonio — al señalar el grave mal de la unión ilícita con una prostituta. Tengamos en cuenta que la degradación de “lo mejor” viene a ser “lo peor” en este inmundo remedo de la unión matrimonial, pues si tal unión significa tanto en el matrimonio, llega a ser un grave crimen fuera de él. El acto sexual no es la mera satisfacción de un apetito, según la opinión de los griegos, sino algo de significado tan profundo en el matrimonio que la fornicación constituye una especie de sacrilegio: la profanación de algo que en sí es sagrado, según el orden establecido por Dios mismo (**1 Co 6:16**).

La unión espiritual con el Señor. Hemos visto que el creyente es “miembro” del Señor en cuanto a la totalidad de su ser, lo que no impide que la base de tal unión sea espiritual: “*El que se une con el Señor, un espíritu es con él*”. Es el mismo Espíritu de Cristo que habita el cuerpo del creyente, “*pues si alguno no tiene el Espíritu de Cristo el tal no es de él*” (**Ro 8:9**). De ahí surgen todos los aspectos de la santificación del hijo de Dios.

Hay momentos y ocasiones en que el cristiano ha de resistir los ataques del diablo, como, por ejemplo, cuando se trata de rechazar falsas doctrinas que sus secuaces procuran introducir dentro de las iglesias. En cambio, hay otras ocasiones, frente a distintas tentaciones, cuando es necesario vencer la tentación por la huida. “*Huye de los deseos juveniles y sigue la justicia*”, aconseja Pablo a Timoteo en (**2 Ti 2:22**); aquí, en términos parecidos, manda terminantemente: “*Huid de la fornicación*”. Tratándose de esta tentación, el diablo tiene un aliado en los deseos naturales, que son legítimos en el matrimonio y muy peligrosos fuera de él. Que nadie se crea fuerte en esta parte, sino que, buscando la ayuda del Señor, huya de la ocasión.

Es evidente que otros pecados —como la gula y la borrachera— también afectan adversamente el cuerpo del hombre, pero es igualmente claro que la fornicación es el pecado que degrada más el cuerpo, tanto del hombre como de la mujer. Los peligros brotan de lo más hondo de su naturaleza, y el área del daño es mucho más amplia que en los otros pecados ya mencionados. La fornicación brota de los malos deseos del corazón y afecta toda la vida interna del hombre, con repercusiones en otras vidas y en la sociedad en general. “*El que comete fornicación, contra su propio cuerpo peca*”.

3. El cuerpo es Templo del Espíritu Santo (**1 Co 6:19-20**)

“¿O ignoráis...?”. Los corintios habían sido bien instruidos por el apóstol y sus colegas, de modo que no podían ignorar el hecho básico de que, habiendo recibido el Espíritu Santo, su cuerpo se había transformado en su “Templo”. Al comentar una referencia similar en (**1 Co 3:16-17**) vimos que el contexto determinaba allí que se trataba del Templo de la iglesia local, la compañía de redimidos en la cual el Espíritu Santo moraba y manifestaba su presencia. Aquí se trata del individuo, y la sublime declaración se relaciona con las enseñanzas sobre la pureza sexual. Por la obra de la redención el creyente es “comprado por precio” —el precio sin límites de la Sangre de Cristo—, hallándose por consiguiente bajo el señorío de Cristo. Habiendo recibido el don del Espíritu Santo llega a ser medio para la manifestación de la gloria de Dios en este mundo, siendo “santuario” dedicado al servicio del Omnipotente. Llegamos otra vez al solemne pensamiento de que el libertinaje

viene a ser un sacrilegio que envilece el Templo de Dios, mientras que el creyente es llamado a *“glorificar a Dios en su cuerpo”*.

4. *“¿O no sabéis... o ignoráis?”*

Los cristianos, enseñados en la Palabra, estamos bajo obligación de familiarizarnos con los postulados de nuestra fe. En el curso de los capítulos 5 y 6 el apóstol emplea las preguntas de nuestro epígrafe siete veces, y serviría de un buen repaso de las enseñanzas de esta porción si volviéramos a considerar aquellos puntos de doctrina y de práctica que los corintios debieran haber conocido y estaban en peligro de olvidar o descuidar.

“¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo?” ... “¿No sabéis que juzgaremos a ángeles?” ... “¿O no sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios?” ... “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?” ... “¿O no sabéis que el que se une con una ramera es un cuerpo con ella?” ... “ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?”. Nos toca sacar las consecuencias espirituales y prácticas de este conocimiento esencial.

Preguntas

1. En lenguaje sencillo y personal explique: a) ¿Cuál es el procedimiento a seguir por los guías de una iglesia cristiana si llegan a saber que un miembro de la congregación ha caído en un pecado escandaloso? (**1 Co 5:1-8**). b) ¿Qué han de recomendar los guías de una iglesia local si dos de los miembros disputan sobre intereses materiales? (**1 Co 6:1-8**).
2. Pablo declara que el cuerpo del creyente es Templo del Espíritu Santo. ¿Cuáles son las consecuencias de este alto honor en cuanto a la vida y testimonio de los hijos de Dios? Redacte su contestación con referencia a (**1 Co 6:12-20**).

Matrimonio y celibato en círculos cristianos - 1 Corintios 7:1-40

Consideraciones generales

I. Las preguntas previas

Igual que en otros pasajes de esta epístola la interpretación del capítulo 7 sería más fácil si tuviéramos delante la carta que los corintios habían escrito a Pablo. Seguramente los términos de su redacción y sus preguntas echarían mucha luz sobre el desarrollo de las consideraciones, consejos y mandatos de Pablo en una porción que ha parecido difícil a muchos lectores a través de los siglos. La mayor dificultad surge de ciertos versículos que parecen considerar el estado del matrimonio como inferior al celibato, pero quizá estas impresiones sean equivocadas, ya que las observaciones surgen de otras que los corintios habían presentado a Pablo. Frente a la dificultad —siquiera sea aparente— hemos de tener en cuenta que la doctrina bíblica sobre el matrimonio ha de formularse a la luz de todas las Escrituras. Concretamente, en el caso del apóstol Pablo, es preciso comprender las consideraciones de este capítulo a la luz del alto concepto sobre la unión de los casados que formula en **(Ef 5:22-33)**, llegando hasta compararla con la de Cristo con su Iglesia. Para las enseñanzas primarias sobre el matrimonio, subrayadas por Cristo mismo, hemos de acudir a **(Gn 2:18-24)** con **(Mt 19:3-12)**, y otros pasajes paralelos.

Es posible que los corintios se dejaran influir hasta cierto punto por las ideas filosóficas y religiosas de los griegos, que enaltecían el celibato en aras de los equivocados conceptos sobre la “bajeza” de todo lo material, incluido el cuerpo humano. Es aún más probable que —en su carta— los corintios hubiesen enfatizado la conveniencia de casarse todos los hermanos en vista del bajo nivel moral de la sociedad de Corinto, que constituía un peligro constante para los solteros. Quizá los hermanos habían presentado ideas sobre estos dos extremos, preguntando cuáles serían las apropiadas en su caso. Muy importante para una recta interpretación es la consideración del sentido de la “*necesidad que apremia*” que menciona en el versículo 26. Parece corresponder a algo especial que ocurría en Corinto, y no sólo la posibilidad general de la persecución. Si supiéramos más de estas circunstancias especiales, podríamos apreciar mejor los consejos que el apóstol da en relación con ellas.

2. Unos principios fundamentales

1) El hermano (hermana) es libre de casarse o no, con tal que sea “*en el Señor*”. Según Pablo mismo, el prohibir casarse es una herejía **(1 Ti 4:3)**, y se cuida muy bien de no hacerlo en su contestación a la carta de los corintios.

2) El matrimonio es lo normal en este mundo de maldad **(1 Co 7:2)**.

3) Pablo se preocupa por el servicio de los hermanos y sólo desde este punto de vista ve que la libertad es conveniente. Sin duda la Iglesia de los tiempos apostólicos vivía en la expectación constante de la Segunda Venida del Señor, lo que tendía a quitar importancia del testimonio, a largo plazo, de la familia cristiana, puesto que los guías se fijaban tanto en la brevedad del tiempo que quedaba para la extensión del Evangelio. Pablo quiere que los hermanos trabajen en lo espiritual sin estorbo.

3. Las cuestiones tratadas

1) El celibato es honorable (“*kalon*”), pero el matrimonio es lo normal, y dentro de este estado marido y mujer tienen deberes que han de cumplir. Se excluyen uniones “platónicas” o “espirituales” (1 Co 7:1-6).

2) La libertad es conveniente para una vida como la del apóstol, pero nadie debiera ir en contra de su “*don*”. Los lazos matrimoniales son indisolubles (1 Co 7:7-11).

3) Durante la extensión del Evangelio por las provincias del Imperio había surgido un problema nuevo: ¿qué pasa si se convierte el marido o la esposa dentro de un matrimonio ya consumado, quedando el otro cónyuge dentro del paganismo? Pablo ha de dar una decisión apostólica sobre este nuevo caso, y determina que el cónyuge convertido no ha de apartarse si el otro no quiere deshacer el matrimonio (1 Co 7:12-16).

4) En general, los hermanos han de permanecer en los estados sociales —o raciales— que les son propios, con referencia especial a la circuncisión y a la esclavitud (1 Co 7:17-24), pero el esclavo debe procurar la libertad si esto le es posible.

5) Las responsabilidades de los padres con hijas vírgenes. En los tiempos apostólicos les tocaba a los padres determinar el casamiento de sus hijas, escogiendo maridos para ellas. Este tema se destaca en los versículos 25 al 38, y el apóstol vuelve a señalar las ventajas de la libertad cuando se trata de servir al Señor. De paso, establece principios que se aplican a todos los estados en que se encuentran los creyentes. La interpretación de ciertos versículos depende de la naturaleza de “*la necesidad que apremia*” del versículo 26.

6) La viuda es libre en este asunto, pero le conviene recordar los consejos anteriores del apóstol (1 Co 7:25-38). Puede casarse con quien quiera, pero sólo en el Señor. Alternativamente, puede mantener su libertad en vista del servicio del Señor y dentro de las circunstancias especiales que regían en Corinto (1 Co 7:39-40).

La honra del celibato y los deberes de los casados (1 Co 7:1-16)

I. La contestación a la carta (1 Co 7:1-2)

El apóstol da una contestación breve a una pregunta de la carta, ignorando nosotros la forma de redactarse la consulta. La contestación es breve y contundente, tratándose la primera vertiente del celibato y la segunda (más extensa) del estado de los casados.

Es honroso el celibato. Si un hermano —según su don especial— puede llevar una vida de soltero con el fin de servir al Señor, nadie debe despreciarle o condenarle. Es algo adecuado y honroso, que es como podemos entender el adjetivo “*kalon*”. Pablo no dice aquí que este estado es “mejor”. Este pensamiento de Pablo ha de ampliarse en otras secciones de este capítulo, de modo que no hacemos más que notarlo aquí.

El matrimonio es el estado normal. No es fácil concordar la clara declaración del versículo 2 con algunas observaciones posteriores del apóstol, pero ya hemos notado que es preciso distinguir entre la normalidad de la vida de los hermanos —llamados a vivir en una sociedad depravada— y la vocación especial de algunos que quieren quedar libres para servir al Señor, sin llevar la tremenda responsabilidad de cuidar de mujer e hijos durante alguna crisis especial como la que se deduce en el caso de Corinto. En vista del peligro de los malos ejemplos en Corinto Pablo escribe: “*que cada uno tenga su propia mujer y cada una tenga su propio marido*”. No hemos de perder de vista este mandato al pasar a

consideraciones que enfatizan otro punto de vista determinado por condiciones especiales.

2. Los deberes de los casados (1 Co 7:3-6)

Los deberes son mutuos. En el versículo 6 Pablo hace ver que da sus instrucciones sobre los deberes del matrimonio *“por vía de concesión, no como mandamiento”*. Esto quiere decir que no manda que todos se casen, sin que ello quite autoridad de lo que dice sobre quienes se han casado ya. Es significativo que, en cuanto a sus relaciones íntimas, la mujer tiene tantos derechos como el marido, lo que marca un gran adelanto sobre las costumbres de la época. Nos acordamos que lo normal en los países musulmanes hasta el día de hoy es que la mujer esté completamente subordinada al marido.

Tiempos de oración. En el curso de la historia de la Iglesia se han enseñado muchas ideas que podemos denominar de “supersantidad”, siendo implícito en ellas el desprecio de las relaciones sexuales dentro del matrimonio, pero tales conceptos no hallan apoyo alguno en la Biblia. Pablo admite que pueden ser suspendidas por un tiempo muy limitado para que ambos cónyuges se den a la oración, pero sólo de mutuo acuerdo. La “supersantidad” podría degenerar muy fácilmente en pecado real por dar ocasión al diablo durante el período de abstinencia artificial.

3. Solteros, viudas y casados (1 Co 7:7-16)

La preferencia de Pablo. Pablo ha señalado lo normal del estado de casado y la necesidad de llevar una vida de mutua consideración dentro de este estado. Sin embargo, él mismo prefería que otros estuviesen como él: libre de las responsabilidades de la vida del hogar. Los judíos solían casarse jóvenes por indicación de los padres, de modo que es más probable que Pablo fuese viudo que no soltero. De todas formas, es indudable que su libertad facilitaba mucho su ministerio especial de pionero de Cristo al extender el Evangelio por vastas regiones del Imperio de Roma. Con todo, no quiere poner tropiezos en el camino de otros que carecían de su *“don”* especial. Algunos no han querido admitir que *“charisma”* (1 Co 7:7) pueda corresponder a un don de abstinencia, ya que en otros lugares indica un don espiritual para el ministerio (1 Co 12:4-11), pero el contexto no admite otra interpretación. Un hombre que sufriera en su sistema nervioso a causa de la abstinencia no tendría la mente más libre para el servicio del Señor que otro casado, y quizá menos; algo que Pablo reconoce con absoluta franqueza en el versículo 9, donde *“quemarse”* es sufrir la frustración de deseos sexuales insatisfechos.

Pablo recuerda los mandamientos del Señor. Pablo escribe: *“Mas a los casados mando, no yo, sino el Señor...”*, y más tarde añade (al introducir una situación nueva): *“Y a los demás digo yo, no el Señor...”* (1 Co 7:12). Hemos de entender bien estas expresiones, pues no tiene la menor intención de colocar las enseñanzas del Señor sobre un plano inferior y las suyas sobre otro superior. Sólo indica que el Maestro ya había subrayado que el matrimonio era indisoluble, que la mujer no había de separarse de su marido, y si llegara (por excepción) tal caso, que quedase sin casar, aplicándose el mismo principio al marido. Se trata de las normas del Reino de Dios. No es probable que Pablo tuviera a mano el Evangelio según Mateo cuando citaba palabras del Maestro, pero existían escritos que recogían los dichos de Jesucristo y el apóstol tendría mucho interés en conocerlos (Hch 20:35). Las instrucciones del Maestro sobre el matrimonio eran conocidas, y nosotros podemos leerlas en (Mt 5:31-32) (Mt 19:3-12). Pablo, pues, pudo contestar a los corintios en esta parte de sus preguntas por medio de una referencia a los mandatos del Señor, pero cuando se trataba de la conversión de un cónyuge de un matrimonio gentil, quedando el otro pagano, tuvo que añadir instrucciones apostólicas que complementarían las del Señor. La autoridad apostólica de Pablo se derivaba tanto de la comisión que recibió del Señor como de la inspiración del Espíritu de Cristo, de modo que

no era diferente ni inferior a la del Señor, sino sólo una continuación de la misma. Recordemos que el Maestro limitaba su ministerio casi exclusivamente a los judíos.

El cónyuge que no cree. El Evangelio se predicaba ya en muchos lugares del Imperio, y, como siempre, algunos recibían a Cristo por la fe, mientras que otros le rechazaban, o quedaban indiferentes. El Señor Jesús ya había advertido que su mensaje había de dividir familias (**Lc 12:52-53**), de modo que no es extraño que quedasen divididos matrimonios —quizá con hijos— en Corinto. ¿Qué hacer si el marido se convirtiera y la esposa no, o a la inversa? ¿Se deshacían automáticamente los lazos del matrimonio, ya que un cónyuge era del Señor y el otro no? Como apóstol, Pablo tuvo que aplicar los principios de las enseñanzas de Cristo a esta nueva situación, dando una solución que es sencilla y eficaz. Si el marido no convertido consiente en quedar con la esposa cristiana, ésta no ha de deshacer el hogar, sino seguir siendo fiel a su esposo dentro de lo que exija su conciencia de creyente. Si fuese el marido el cristiano y la esposa no, las obligaciones son iguales. Ahora bien, si el pagano —o la pagana— no quiere aceptar la nueva situación y se separa, el cónyuge fiel ha de aceptar la situación por la cual no es responsable. No ha de luchar, con el fin de mantener algo ya deshecho, puesto que Dios nos ha llamado a la paz y no a la servidumbre (**1 Co 7:15**).

La “*santificación*” de los hijos. Con referencia a un matrimonio mixto —en el sentido de este contexto—, Pablo recomienda al creyente que quede con el cónyuge inconverso —si ello es posible—, alegando estas razones: *“El marido que no cree es santificado en la mujer..., pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mas ahora son santos”*. El uso del verbo “*santificar*” aquí, como también del adjetivo análogo, “*santos*”, ha dejado perplejos a muchos lectores y en otros casos ha dado lugar a doctrinas equivocadas. Ya hemos explicado estos términos en cuanto a su uso normal al comentar (**1 Co 1:2**), y el lector recordará que la idea básica es la de “*separación para Dios*”, siendo “*santos*” todos los creyentes por hallarse “*en Cristo*”. Conforme a este sentido fundamental, sólo la fe vital del cristiano puede ser medio de conseguir la santificación, o apartamiento para Dios. Ahora bien, términos conocidos pueden utilizarse para expresar ideas análogas, pero no iguales, y en tales casos el contexto ha de determinar el sentido. Además, el estudio del concepto en otros contextos limita las posibilidades del sentido aquí, pues la clara doctrina de muchos pasajes de fácil interpretación nos hace ver que un pagano no puede ser “*santificado*” en el sentido espiritual de la palabra, ni sus hijos tampoco hasta que crea cada uno por sí. Meditando un poco, veremos que aquí Pablo aplica la idea de separación a un hogar que se ha desgajado del mundo pagano. Cuando los dos cónyuges son del Señor es fácil ver que su hogar constituye una “*isla de fe*” en medio de un mundo infiel, participando los hijos de las bendiciones de la luz del Evangelio y del conocimiento de la Palabra. Cuando un solo cónyuge se ha convertido, Pablo enseña que su presencia —dentro de los límites de lo posible— produce también una “*separación*” o “*santificación*” que se extiende idealmente para incluir a la mujer o al marido, además de los hijos de ambos. Es decir, Pablo no les considera iguales que miembros de una —familia netamente pagana, ya que la luz de la verdad brilla en el hogar. En este sentido —y sólo en este sentido— se consideran como “*santos*” o apartados, en vista de su contacto con la verdad, con las posibilidades consiguientes de mayores bendiciones si vuelven todos al Señor. Es un error basar doctrinas generales sobre este empleo único y especial del concepto de “*santificación*”, pues no hemos de entender nada que contradiga enseñanzas bíblicas expuestas con diáfana claridad en otros pasajes de las Escrituras,

La salvación del cónyuge inconverso. No se garantiza la conversión del cónyuge infiel, bien que se supone que el esfuerzo y el buen testimonio del creyente podría ser medio de bendición. Estos versículos justifican las dos facetas de la recomendación del apóstol, pues sí el cónyuge inconverso queda en el hogar, quizá se salvará. Si éste se aparta, que

no se aflija demasiado el creyente, pues no puede saber con certeza que la vida en común resultaría en la conversión del infiel. Lo que no se puede hacer es aplicar el versículo 16 al caso de un hermano que busca relaciones con una joven que no es del Señor, alegando que podrá ser salva por este medio, pues no existe promesa alguna de bendición, aun en el caso que trata el apóstol: mucho menos puede tomarse como garantía de la conversión del compañero (o la compañera) cuando, desobedeciendo los mandatos del Señor, el creyente incurre en el pecado del “*yugo desigual*”.

Servicio para Dios en el estado social de cada cual (1 Co 7:17-24)

I. La cuestión se generaliza (1 Co 7:17-24)

Teniendo delante las preguntas de la carta recibida de los corintios, Pablo había subrayado la libertad del creyente soltero ante la posibilidad de casarse o no, insistiendo al mismo tiempo en las obligaciones permanentes de los casados. No sabemos si los corintios, por medio de la misma carta, habían preguntado también sobre otras circunstancias de la vida en su relación con el testimonio o el servicio de los creyentes. Podría ser, pero también es posible que el apóstol mismo se aprovechara de la ocasión para señalar otras normas de gran importancia para la iglesia. De todas formas, la cuestión se generaliza a través de los versículos 17-24, según el sentido del resumen que hallamos en el versículo 24: “*Cada uno, hermanos, en el estado que tenía cuando fue llamado, en él permanezca ante Dios*”.

El individuo, su llamamiento y su camino. Las normas que establece el apóstol se aplican a todas las iglesias, siendo válidas, pues, para cada creyente. La frase cada uno se reitera mucho a través de esta sección, puesto que la congregación cristiana se compone de personas, y cada una de ellas se halla situada en determinadas condiciones sociales. Algunos enseñan que hallamos un “evangelio social” en el Nuevo Testamento, pero confunden consideraciones que es preciso distinguir con toda claridad. Es cierto que un hijo de Dios ha de interesarse por su prójimo y hacer buenas obras; también es cierto que muchas de las obras filantrópicas de nuestra civilización hallan sus raíces dentro del cristianismo. Pero ni el Maestro ni los apóstoles lanzaron programas de reforma social; aquí Pablo reitera que cada creyente ha de permanecer en el estado social que le correspondía cuando fue llamado por el Evangelio a la nueva vida en Cristo y a la comunión de la iglesia: “*Cada uno, como el Señor le ha asignado, y cada uno como Dios le ha llamado, así ande*”. Dios está por encima de las circunstancias de la vida y en todas partes necesita sus testigos que anden en santidad de vida, testificando tanto a compañeros como a superiores según las oportunidades que se presenten, según las circunstancias de su tiempo. Pablo piensa sobre todo en las implicaciones de la circuncisión y de la esclavitud (1 Co 7:20,24).

El hebreo circunciso y el gentil incircunciso. La circuncisión era señal de que un varón pertenecía al pueblo de Israel, entrañando implicaciones no sólo religiosas, sino también sociales. El judío convertido al Señor necesitaba mucha sabiduría para poder testificar como cristiano sin escandalizar a sus compatriotas según la carne. Veremos las prácticas de Pablo mismo al estudiar (1 Co 9:19-23), pero aquí sólo nos corresponde notar que el hebreo no necesitaba dejar de serlo por haberse convertido. No había de someterse al judaísmo como sistema legal, pero no tenía por qué dejar de ser hebreo en cuanto a su condición racial. A la vez, el gentil convertido no había de circuncidarse, a pesar de que el Evangelio le había venido por medio de Israel. Su condición natural era la de la incircuncisión y había de mantenerse en este estado. Pablo no negaría la importancia de

la circuncisión como “*señal del pacto*” según los términos de su institución (**Gn 17**), pero la necesidad de tal señal había sido anulada por la Obra de la Cruz y la gloriosa Resurrección del Señor Jesucristo, y es a la luz de esta gran consumación que el apóstol escribe: “*La circuncisión nada es; la incircuncisión nada es; lo que importa es la observancia de los mandamientos de Dios*” (**1 Co 7:19**). La realidad espiritual de la vida en Cristo no necesita el apoyo de señales en el cuerpo.

“*La observancia de los mandamientos de Dios*” no vuelve a colocar al creyente bajo la Ley, pues el contexto inmediato quita importancia al mandato —antes fundamental— de la circuncisión. Lo que importa es que el creyente conozca la voluntad de Dios según se revela en las Escrituras, sometiéndose a ella con humildad y obediencia. Ahora todo se ve a la luz de la obra consumada de Cristo, lo que convierte la obediencia en una actitud espiritual, vitalizada por el Espíritu Santo; pero no por eso cobra menos importancia, sino más. El Maestro vinculaba la obediencia con el amor a su Persona y a los hermanos (**Jn 15:9-12**).

El creyente esclavo o libre. Hemos de recordar que Pablo necesitaba dirigirse a muchos creyentes que eran literalmente esclavos, sujetos a algún amo que podía disponer de sus personas según su voluntad. Aparte contadas excepciones —de las cuales no tenemos experiencia directa—, la esclavitud ha sido abolida en el mundo “civilizado” que conocemos y nos cuesta pensar que una proporción considerable de los miembros de la iglesia en Corinto eran esclavos, sin que los apóstoles insistan en la abolición de tan inicuo sistema. La solución cristiana es personal y no social, situándose dentro de las grandes verdades de la vida en Cristo. “*El que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es de Cristo; asimismo, el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo*” (**1 Co 7:22**). Es muy hermosa la paradoja de la libertad dentro de la esclavitud y de la esclavitud dentro de la libertad. El esclavo había sido redimido espiritualmente, de modo que andaba libre en Cristo a pesar de su servidumbre externa, transformándose ésta en servicio para el Señor, el único Dueño verdadero, quien recompensaría toda verdadera obra de obediencia como si fuera prestada a él mismo (**Col 3:22-24**). El ciudadano libre también había sido “*comprado por precio*” (**1 Co 7:23**), de modo que llegó a ser esclavo de Jesucristo por la obligación de la redención. Andando los siglos, la confraternidad de tantas personas dentro de la Iglesia habría de ejercer una influencia determinativa sobre la sociedad en general, pero no tenemos que confundir el resultado con la causa.

Entendemos el paréntesis al final del versículo 21 en su sentido literal: “*Sin embargo, si también puedes hacerte libre, procúralo con preferencia*”. Por cierto el esclavo podía consolarse meditando en su gloriosa libertad en Cristo, pero no dejaba de ser verdad que el estado de esclavitud limitaba penosamente el uso de las atribuciones del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios; a la vez colocaba al hijo de Dios en circunstancias de peligro, ya que su amo en ley podía mandarle hacer actos repugnantes a su conciencia cristiana. Se apunta aquí una excepción a la exhortación de permanecer en el estado en que cada uno fue llamado, pues si al creyente esclavo le fuese posible conseguir el rescate había de aprovechar la ocasión con el fin de poder servir al Señor en condiciones de libertad física y psicológica, además del servicio espiritual. Si el rescate no le fuese posible, aún le quedaba el consuelo de andar como el liberto de Cristo “*ante Dios*”. “*No os hagáis esclavos de los hombres*” (**1 Co 7:23**) también puede entenderse literalmente, pues personas endeudadas se vendían a veces como solución de su problema. Se prohíbe al hijo de Dios tal acto de degradación voluntaria. Queda la aplicación espiritual; que evitemos circunstancias tendentes a ponernos bajo el poder de los hombres, de la forma que sea, aparte las exigencias del trabajo legítimo.

¿Cómo se aplican estos principios al servicio del creyente en las circunstancias del siglo XXI y dentro de la civilización llamada “occidental”? La norma fundamental de

subordinarlo todo al señorío de Cristo queda tan firme ahora como entonces. La mera ambición social se excluye por esta norma, como también el afán de lucrarse. Ahora bien, los tiempos han cambiado y la sociedad de hoy espera que cada uno aproveche las muchas ayudas del Estado —o de otras entidades—, que promueven la cultura con el fin de que contribuyamos —dentro del oficio, la profesión o el negocio— al bien común de todos. El “mejorarse” ya no es revolucionario, sino legítimo, pues corresponde a las nuevas circunstancias de hoy; sin embargo existe el peligro perenne de anteponer lo material y lo social a lo espiritual, con perjuicio de los intereses del Reino. Más adelante Pablo vuelve a este tema (**1 Co 7:29-31**), que trataremos en su lugar.

Consejos a padres con hijas vírgenes (1 Co 7:25-40)

1. El desarrollo general del pasaje

Este pasaje es difícil y ha dado lugar a muchas discusiones. Aquí adoptamos la explicación más general —y que nos parece la mejor fundada— en cuanto al tema principal, creyendo que Pablo hace referencia a hijas vírgenes sujetas a sus padres. Pablo vuelve a generalizar las consideraciones en los versículos 29 al 32, y termina con una referencia a las viudas. Con todo, nuestro epígrafe señala el asunto que más se destaca y queremos evitar un análisis demasiado complicado, que no haría sino desorientar al lector. La modalidad moderna de que los jóvenes hagan sus amistades dentro de una sociedad bastante libre, pasando de la amistad a una relación especial, y de ésta al noviazgo y al casamiento, es algo que fue desconocido aun dentro de la civilización occidental hasta hace poco. Lo normal en tiempos pasados era que los padres arreglasen los casamientos de sus hijos con arreglo a los intereses de las familias. En el Oriente, a la fecha de esta Epístola, nadie pensaría en otra cosa. A nosotros nos extrañan mucho ciertas frases de la porción que tenemos delante —y los escriturarios hallan ciertas dificultades lingüísticas—, pero empezaremos a vislumbrar el sentido si pensamos en los deberes de los padres que tenían hijas sin casar, pues a ellos les tocaba “guardarlas” o casarlas. No hemos de pensar que la voluntad de los jóvenes no entrase para nada en el asunto, pero es claro que los padres habían de llegar a la decisión final.

Es evidente que los corintios habían hecho una pregunta sobre este asunto, y que la contestación se da mayormente en relación con lo que se llama la “necesidad que apremia” (**1 Co 7:26**), que constituía un obstáculo a la vida tranquila de hogar, sin que podamos definirla más. No parece corresponder exactamente a la expectación de la pronta venida del Señor y no se explica tampoco por las tribulaciones que son normales en ciertas épocas del testimonio cristiano. Aparentemente se trata de alguna dificultad muy especial que se cernía sobre la iglesia y que se esperaba dentro de un tiempo breve. Más de eso no podemos decir, pero aun eso nos ayuda a comprender las limitaciones de las instrucciones del apóstol, que, de todas formas, nunca han de servir como “lazo” para nadie (**1 Co 7:35**).

La preocupación primordial del apóstol es la de la libertad de los creyentes para servir al Señor en tiempos de acrecentada aflicción, de modo que su pensamiento pasa rápidamente del caso de las vírgenes bajo el cuidado de los padres al del varón soltero o viudo, volviendo de nuevo a las doncellas. Lo que importan son los principios fundamentales.

2. Las hijas vírgenes (1 Co 7:25-28)

La autoridad del apóstol. Debiéramos evitar el intento de distinguir entre las declaraciones que Pablo hace como apóstol inspirado y otras que salen de su parecer como quien ha hallado misericordia del Señor, digno de toda confianza, pues tales distinciones podrían

resultar peligrosas. Al decir *“no tengo mandamiento del Señor”* indica que no había revelación anterior sobre el tema, a diferencia de la unión de por vida de los casados. La pregunta de los corintios hacía pensar en situaciones nuevas y nadie mejor que Pablo para orientar a los cristianos. El Dr. James Denney escribe al respecto: “No se hace distinción entre grados superiores o inferiores de inspiración, sino más bien de la diferencia entre principios obligatorios y consejos que se dan sobre una situación que podría variar y que requería el consentimiento de las personas que recibían el consejo. La opinión de Pablo —al igual que sus instrucciones— es la del mayordomo y portavoz del Señor”.

Las hijas vírgenes y otros. La frase inicial *“respecto de las vírgenes”* recoge una pregunta que los corintios habían hecho en su carta con referencia a la situación que ya hemos analizado. Al meditar en las consecuencias de *“la necesidad que apremia”* (1 Co 7:26) Pablo piensa no sólo en las doncellas y en sus padres, sino en todo hermano —o hermana— que se hallaba libre para casarse o no. Por eso deja el asunto inmediato para aconsejar a cualquier hermano: *“bueno le es al hombre quedarse como está”*. Naturalmente, el casado estaba *“ligado”* y no podía librarse. El libre —en vista de las circunstancias especiales— haría bien en no procurar mujer. Ahora bien, ya se ha establecido que el estado matrimonial es en sí agradable al Señor, de modo que la doncella podía ser dada en matrimonio sin que pecara nadie, y de igual modo el soltero era libre para contraer matrimonio. Lo que preocupa al apóstol, ante las circunstancias especiales en Corinto, es el hecho de que los casados *“tendrán tribulación en la carne”*, cosa que Pablo quisiera que se evitara. Recordemos de nuevo que no considera todas las facetas del matrimonio aquí, de modo que no hay justificación para deducir de tal frase que Pablo estimaba el matrimonio como un estado inferior (Ef 5:25-27), pues no hace más que señalar el hecho obvio de que un matrimonio con hijos ha de luchar con los problemas de la crianza de los pequeños, pasando malas noches quizá, y enfrentándose con los apuros que traen las enfermedades infantiles. Por eso, si las hermanas y los hermanos habían de servir al Señor en un período de aflicción, lo harían mejor libres que casados. Se ha hecho ver que el hermano dispuesto a enfrentar heroicamente los peligros de una época de crisis estando solo, podría dudar ante la posibilidad de que su esposa e hijos pasaran por los fuegos de la persecución.

3. Lo temporal y lo eterno (1 Co 7:29-31)

“El tiempo es corto”. *“Pero esto digo”* es una frase que eleva la discusión sobre el nivel de las circunstancias actuales a otras más generales. Es posible que *“el tiempo corto”* también tenga alguna relación con las circunstancias en Corinto. Sin embargo, la brevedad de los años que median entre la fundación de la Iglesia y la Venida del Señor es tema general de los apóstoles (2 P 3:4) (1 P 5:10-12). Dios ha abreviado tales tiempos, *“a fin de que en adelante los que tienen mujeres sean como si no las tuvieran...”*. Hemos de interpretar esta frase y las que la siguen, a la luz de otros pasajes de las Escrituras, reconociendo que el énfasis —dentro de la perspectiva del testimonio de la Iglesia que camina a la Eternidad— recae sobre el servicio que el Señor ha encomendado a cada cual, y esta obligación ha de tomar precedencia aun sobre los sagrados deberes de los esposos. Otros pasajes nos hablan del amor mutuo del marido y de la mujer, de nuestro privilegio de gozarnos con quienes se gozan y llorar con quienes lloran, y no puede haber nada aquí que contradiga principios que el mismo apóstol Pablo subraya en Romanos capítulo 12 y en otros muchos pasajes. Los versículos 29 y 30 contestan esta pregunta implícita: *“¿Cómo hemos de ordenar nuestra vida al ver que el fin de todas las cosas materiales está a mano?”*. Naturalmente, lo pasajero ha de subordinarse a lo eterno, y aun las obligaciones y emociones más fundamentales y necesarias han de limitarse en vista del gran fin de adelantar el Reino de Dios. Es preciso *“disfrutar del mundo”* (1 Co 7:31),

pero con freno y cautela, no “disfrutándolo del todo”, o abusando de sus cosas, sino considerando que la *“apariencia de este mundo se pasa”* (1 Co 7:31). *“Disfrutar del mundo”* no tiene nada que ver con la “mundanalidad”, sino sólo con el empleo de las cosas materiales. Las lecciones son claras para quienes quieren aprenderlas.

4. El *“afán”* del casado (1 Co 7:32-34)

Los versículos 32-34 recalcan el pensamiento de Pablo de que los solteros y solteras pueden darse sin estorbos a las cosas del Señor, mientras que los casados —y las casadas— tienen la obligación de considerar al cónyuge. Los niños no se mencionan aquí, pero el cuidado de ellos se incluiría en el *“afán”* de los casados. Quizá la Vers. H. A. es más correcta al emplear el verbo “está dividido” al final del versículo 33, pero no se trata de deslealtad alguna delante del Señor en su servicio. De igual forma la frase *“el casado se afana por las cosas del mundo”* (1 Co 7:33) no tiene nada que ver con los placeres del mundo, sino señala únicamente la necesidad de preocuparse por muchos asuntos materiales y temporales en el hogar. Consideraciones análogas explican la preocupación de la mujer casada al final del versículo 34. *“Para ser santas en el cuerpo como en el espíritu”* es otra declaración que necesita comprenderse bien, pues no puede significar que la soltería es más santa que el matrimonio, ya que éste es “incontaminado” (He 13:4), y se recalca la *“santidad”* de un matrimonio fiel en (1 Ts 4:3-4). Ya hemos tenido ocasión de notar el hecho de que *“santificación”* puede emplearse para indicar “separación”, sin que indique necesariamente el estado del creyente *“en Cristo”* con su consecuencia en una vida de justicia práctica (véanse notas sobre 1 Co 7:14). Aquí significa que la soltera puede *“separar”* o *“consagrar”* su cuerpo y espíritu al servicio del Señor —teniendo tiempo y ocasión para ello— mejor que la casada con los *“afanes”* que se mencionan en este mismo versículo. Evidentemente, se trata de la soltera espiritual, con la vocación específica de que se trata, pues, igual que el hombre, puede creer que le corresponde mejor la condición de casada, y no peca por ello. Igual que el varón, puede experimentar insatisfacción e intranquilidad en el estado de soltería, que en manera alguna adelanta la obra del Reino.

Hay que evitar el posible *“lazo”*. Si las recomendaciones del apóstol —dadas desde el punto de vista especial de este capítulo— se tomasen como mandatos fundamentales, personas sin vocación para el celibato, o ligadas por un compromiso anterior, podrían buscar una imaginada “perfección” en el servicio del Señor que les expondría a tentaciones especiales, o que terminarían en mal testimonio frente a una obligación no cumplida. Pablo cuida muy bien de aclarar que no quiere echar tal lazo sobre nadie, pues sólo pensaba en la posibilidad de que algunos sirviesen al Señor con devoción y sin impedimentos si todos los demás factores se hallasen en consonancia con esta vocación.

5. Los padres y sus hijas vírgenes (1 Co 7:36-38)

Pablo vuelve aquí al tema de las hijas vírgenes que mencionó en el versículo 25, para pasar luego a consideraciones que se aplicaban a todos los solteros o viudos. Pensando en los padres aquí, admite la posibilidad de que se porten mal con su hija soltera si ésta ya está pasando de la edad casadera sin que se le note una decidida vocación para la soltería. Podemos pensar también en compromisos ya adquiridos —se preparaban muy tempranamente los esponsales en el Oriente—, que no convenía desechar. Lo que debía hacerse, que se hiciera. Con todo, si no había tal necesidad, sino la posibilidad de elegir libremente —que supone la debida actitud de parte de la hija virgen—, entonces el padre que *“guarda”* su hija virgen hará bien.

La situación se resume en el versículo 38: *“El que la da en casamiento hace bien; y el que no la da en casamiento hará mejor”*, siempre que exista la plena libertad que se vio como factor necesario en el versículo 36. La Iglesia Católica ha enfatizado mucho este versículo

38 para justificar el celibato de curas, monjes y monjas, no negando los méritos del matrimonio, pero insistiendo en que el celibato es mejor para el ministerio o la devoción. La base del argumento es frágil, porque, como hemos visto, Pablo escribe frente a unas circunstancias especiales, sin determinar una norma general. Además, insiste una y otra vez en que la posibilidad del servicio libre de las trabas del matrimonio ha de ajustarse a la vocación y voluntad de los hermanos y hermanas, sin que nadie les “eche lazo”, que es precisamente lo que el sistema católico hace al imponer condiciones a sus siervos en algo que sólo debiera surgir de la libre decisión de cada uno de ellos.

6. La posición de la viuda (1 Co 7:39-40)

Al parecer, los corintios habían adelantado también una pregunta en cuanto a la hermana viuda: ¿Se hallaba libre o no para volverse a casar al morir su marido? Pablo vuelve a enfatizar que los lazos del matrimonio son indisolubles durante la vida de ambos cónyuges, pero añade: “*si su marido muere, libre es pasa casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor*”. La condición expresada claramente aquí tiene una importancia que rebasa ampliamente el marco del caso de la viuda, pues indica que la libertad de elección de todos los hermanos se limita a los miembros de la familia de la fe. El matrimonio constituye un “yugo” vital, que afecta a todos los aspectos de la vida, de modo que si el “yugo desigual” está prohibido en todos los casos, ¡cuanto más en éste! (2 Co 6:14).

La viuda es libre, pero Pablo prefería que no volviera a casarse, surgiendo este consejo de cuanto hemos comentado sobre su predilección en el caso de los solteros. Sus consejos emanan de la sabiduría de un apóstol que “*tiene el Espíritu de Dios*”, pero a causa de aquella sabiduría precisamente, los consejos se hallan condicionados a las circunstancias y los deseos de quienes podrían contraer el matrimonio legítimamente. Queda el gran principio de que, en todo, Dios ha de ser glorificado.

Preguntas

1. ¿Cómo contestaría usted a una persona que, por referencias a este capítulo, quisiera justificar: a) el celibato de hermanos y hermanas en general; b) el de los ministros del Evangelio? Cítense versículos en apoyo de su argumento.

La libertad cristiana y sus limitaciones - 1

Corintios 8:1-9:27

Consideraciones generales

1. Temas y tendencias

Como advertimos en la Introducción a esta Epístola, el apóstol no desarrolla en ella las distintas fases de un solo tema doctrinal, sino que recoge las preguntas que los corintios le habían hecho por carta, además de los asuntos que surgían de sus conversaciones con los hermanos de Corinto que le habían visitado en Éfeso. Estamos preparados, pues, para un cambio de tema después de las sugerencias y mandatos que Pablo acababa de dar sobre el matrimonio y el celibato en las circunstancias especiales que regían en Corinto. En efecto, pasamos aquí a la consideración de un tema más de la serie, que surge esta vez de la carta de los corintios: ¿cuál debería ser la actitud de los creyentes frente a las viandas que habían sido ofrecidos a los ídolos de los paganos? Con todo, el nuevo tema no se halla completamente aislado de la enseñanza que lo precede, pues la forma de presentar la pregunta mantiene una relación esencial con las discusiones sobre la sabiduría divina y humana, como también con las consideraciones anteriores del apóstol sobre el andar carnal y el espiritual. El tema es diferente, pero el ambiente es igual, de modo que la falta de continuidad no es tan marcada como podríamos pensar a primera vista.

2. El análisis del texto

La inclusión de los capítulos 8 y 9 en este capítulo del comentario obedece a dos consideraciones: a) El título, “La libertad cristiana y sus limitaciones” es aplicable a ambos, bien que en el capítulo 8 se trata del problema de los hermanos corintios ante las “*eidōlothuta*” (“*viandas ofrecidas a ídolos*”), mientras que en el importante capítulo 9 se trata de la libertad del apóstol Pablo en su ministerio y frente a la iglesia en Corinto. Hay marcados contrastes entre los dos casos, pero no salimos del tema sugerido. b) En segundo término, nos vemos enfrentados con la necesidad de redactar capítulos que no sean ni muy cortos ni muy largos, y aun reconociendo que también hay enlaces conceptuales entre los capítulos 9 y 10, preferimos no extender esta sección más allá de estos límites prudenciales en vista de la finalidad docente de este comentario. No es siempre posible la perfección lógica al determinar los límites de los capítulos, y preferimos atenernos a las necesidades prácticas del lector.

Ciencia, libertad, amor y sacrificio (1 Co 8:1-13)

1. “Lo sacrificado a los ídolos”

El problema que mencionaron los corintios ha dejado de tener vigencia para la Iglesia —por lo menos en el Occidente—, pero no así los principios que Pablo adujo para su solución, que permanecen intangibles. De ahí la necesidad de comprender bien el problema transitorio para poder meditar después en las normas permanentes que han de aplicarse a situaciones más o menos análogas en nuestros días.

La vida de una sociedad pagana giraba alrededor de los templos —“hogar” de multitud de ídolos—, hasta tal punto que aun el incrédulo en lo religioso —por ejemplo, los filósofos

de cierta altura— se reclinaba con los demás en los divanes de los comedores de los templos para poder alternar con sus familiares y amistades en el ambiente conocido desde su niñez. El que no se sentaba (literalmente, “reclinaba”) a comer en los templos para la celebración de las festividades mayores, se exponía a ser considerado como un ser antisocial, enemigo del linaje humano.

No sólo eso, sino que había viandas ofrecidas a los ídolos a la venta en las carnicerías, sin que se hiciera clara distinción entre viandas que habían sido ofrecidas en sacrificio y otras que venían directamente del matadero. Los animales que se ofrecían en sacrificio proveían carne para los sacerdotes del templo en cuestión, y, en ciertos casos, para los adeptos que participaban en el acto. Lo sobrante se vendía en las carnicerías en provecho de los sacerdotes. Claro está, la dificultad surgía de la asociación de esta carne con los ídolos, que, según el concepto de los paganos, representaban “dioses”. ¿Quiénes tenían razón, los “fuertes” —según los términos de Romanos capítulo 14—, que comían de todo, comprendiendo que el ídolo no era nada, o los “débiles”, que aún tenían conciencia del ídolo como imagen de un dios falso? Diferencias de apreciación en tales cuestiones pueden dividir iglesias, no hallando solución ni por las burlas de los fuertes ni por los legalismos de los débiles, sino por la ciencia divina aplicada con sabiduría y amor.

2. Ciencia y amor (1 Co 8:1-3)

No se conoció el uso del “encomillado” en el griego helenístico; si hubiese existido, quizá se aclararía que Pablo cita aquí una frase de la carta que tiene delante: “*Sabemos que todos tenemos ciencia*”. Como don especial, la “*ciencia*” abundaba en la iglesia de Corinto (1 Co 1:5), pero aquí se trata de la comprensión de la doctrina de un solo Dios y de la falsedad de los ídolos que era común a todo creyente que había bebido siquiera un poco en las fuentes del Antiguo Testamento; en ese sentido “*todos tenían ciencia*”. Con todo, el problema de las viandas que habían sido ofrecidas a ídolos no podía solucionarse sólo por la ciencia (o conocimiento), pues aun entre cristianos la mera comprensión intelectual tiende al engreimiento, algo muy distante de la humildad que surge de la operación del Espíritu Santo. En cambio, el amor— ágape— “*edifica*”, o sea, da solidez y eficacia a la vida y al testimonio de los creyentes. Más adelante veremos de qué modo opera el amor en este caso, pero aquí hemos de seguir el pensamiento de Pablo sobre los “*conocimientos*”. El que llega a creer que “*sabe algo*” desconoce lo mucho que le falta por aprender, y en este contexto se trata especialmente de verdades reveladas en las Escrituras. Siempre será poco lo que sabemos comparado con lo mucho que nos falta por aprender: pensamiento que debiera fomentar la humildad en todos nosotros. Pablo ensalza el amor de Dios como algo mucho más eficaz, escribiendo: “*Mas si alguno ama a Dios, el tal es conocido de él*”. Algunos textos indican lo siguiente, que parece ser un desarrollo más lógico de la primera proposición: “Si alguno ama a Dios el tal ha llegado a la perfección del conocimiento” (1 Co 13:4-11). La mirada penetrante del amor cala más hondo que el escarbar del mero conocimiento. Dejando esta traducción como una hermosa posibilidad no probada, hacemos ver que el texto —tal como lo tenemos en nuestra versión— también da buen sentido, pues para el creyente el ser conocido por Dios es más importante que “conocer”. Hemos de estar en su presencia, obrando según su voluntad, y de este modo seremos más sabios que los antiguos (Ga 4:9).

3. La doctrina de un solo Dios (1 Co 8:4-6)

El testimonio de Israel y de la Iglesia. Israel fue llamado por Dios para testificar de la verdad de un solo Dios frente a la locura del politeísmo y de la idolatría. “Oye, Israel —decía la Ley—, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es” (Dt 6:4), mientras que los profetas y salmistas no cesaban de denunciar la locura de exaltar como dioses las obras de las

manos de los hombres: ídolos que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen (**Sal 115:3-8**) (**Is 44:9-20**).

Por la revelación del Hijo y del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, la Iglesia llegó a comprender —por la fuerza de la experiencia— que el solo Dios es un Trino Dios: misterio que no afecta la verdad fundamental del monoteísmo. Por eso —como cristianos— *“sabemos que un ídolo no es nada en el mundo y que no hay más que un solo Dios”*, a pesar de la abundancia de llamados “dioses” y “señores” que llenaban los templos y santuarios del primer siglo.

La doctrina del Dios Padre y del Señor Jesucristo. Según su costumbre, Pablo no deja de colocar las piedras fundamentales de la doctrina mientras esboza la solución del problema práctico de las viandas ofrecidas a los ídolos. *“Para nosotros”* —enseñados tanto por el Antiguo Testamento como por las revelaciones del Nuevo Pacto— *“hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros para él”*. Cuando las Escrituras emplean términos humanos como “Padre”, “Hijo”, etc., para expresar los insondables misterios de “lo profundo de Dios”, hemos de tener mucho cuidado de no razonar sobre la base de premisas humanas en el vano intento de determinar aquello que es totalmente diferente en categoría y esencia de los factores que nosotros conocemos como hombres. Bástenos los usos bíblicos que presentan al Padre como Fuente y Origen de todas las cosas, sin que ello implique limitación alguna en cuanto al Hijo y al Espíritu Santo. No sólo proceden todas las cosas de él, sino que vuelven hacia él como Meta de todo lo creado (**Ro 11:36**). Al Hijo aquí se le aplican los títulos de su servicio y misión; el Señor Jesucristo es el divino Agente, *“por medio de quien son todas las cosas y nosotros también por medio de él”*. Hay varios pasajes bíblicos que enfatizan la obra creadora del Hijo como Agente que cumple en todo los propósitos del Padre, sea en la primera creación, sea en la magna obra de la redención y restauración de los salvos, que surge de la Obra de la Cruz (**Jn 1:1-4**) (**Col 1:15-20**) (**He 1:1-3**). Al Hijo le fue encomendada la misión de la redención de los hombres desde la eternidad (**Ef 1:3-10**), pero esto no afecta su unidad de esencia con el Padre y con el Espíritu, bien que le coloca en una posición de “subordinación” a la voluntad de Dios —expresada por el Padre— a los efectos de su misión. Así, Pablo subraya que todas las cosas y personas —incluso nosotros los redimidos— existen por medio del único Señor Jesucristo. Gracias a Dios por el Dios-Hombre, instrumento para realizar no sólo la obra de la creación, sino también la de la redención.

4. La costumbre y la conciencia (**1 Co 8:7-8**)

La “costumbre” de los ídolos. Por nuestra experiencia de hoy sabemos que la inteligencia de los hermanos frente a las verdades reveladas varía mucho; además, unos manifiestan una comprensión excelente de ciertos aspectos de la verdad al par que quedan confusos frente a otros. Así también en la iglesia de Corinto. La unicidad y soberanía de Dios se destacaban diáfananamente en la enseñanza cristiana, pero, pese a ello, algunos cristianos, criados en el paganismo, no podían librarse de la idea del “dios falso”, enemigo del Dios verdadero, representado por medio del ídolo. En cuanto a ciertas asociaciones idolátricas, el mismo apóstol tendrá más que decir en (**1 Co 10:20-22**) pero aquí se trata del hermano que, frente a las viandas sacrificadas a los ídolos, no podía librarse de la impresión de que pertenecían aún a un dios falso, de forma que el comer de ellos comprometía tanto su testimonio como su conciencia.

La conciencia débil. La conciencia es la facultad interna que desempeña la función de distinguir entre el bien y el mal, y sin ella el hombre perdería su categoría de ser moral, con libertad de escoger entre la voluntad de Dios y manifestaciones satánicas o meramente humanas. El pecado dificulta sus funciones de tal modo que la costumbre deja

una impresión profunda en el aprecio de lo que es aceptable y lo que es condenable delante de Dios. Por eso la conciencia necesita instruirse por medio de la Palabra con el fin de que el bien y el mal se determinen exactamente a la luz de la revelación divina. Pero el hombre, como ser responsable en la esfera moral, no ha de obrar en contra de su conciencia, pues aquello equivaldría a pecar contra la luz que tiene. Por eso, si la *“costumbre del ídolo”*, arrastrado de los días de su paganismo, impedía a un hermano comprender la nulidad del ídolo, era peligroso en extremo forzar su conciencia en la cuestión de las viandas. Si comía en esas condiciones, *“su conciencia, siendo débil, se contaminaba”*.

La insignificancia de las *“viandas”* en sí. Pese a nuestras traducciones en castellano, los mejores especialistas en el texto griego nos aseguran que el verbo del verso 8 es *“presentar”* y no *“recomendar”*, lo que da el sentido siguiente: *“Ahora bien, las viandas no nos colocan en la presencia de Dios, pues no perdemos nada si no comemos ni ganamos méritos si comemos”*. Es decir, delante de Dios, tales asuntos son menudencias que carecen de consecuencias morales. Quizá el hermano *“fuerte”* creyera que exhibía buena comprensión espiritual al comer de todo, pero el apóstol no admite que ganara méritos por ello. En sí, el comer y beber, con la debida moderación, no es asunto ni meritorio ni condenable, pues tiene que ver únicamente con el mecanismo corporal. Ahora bien, la función de la conciencia puede introducir un factor moral aun en este asunto meramente material.

5. El amor y la conciencia limitan la libertad (1 Co 8:9-13)

El sentido general del pasaje. Aprovechamos la paráfrasis de este pasaje que F. F. Bruce presenta en su *“Expanded Paraphrase of the Epistles of Paul”*, con el fin de enfatizar su sentido general y asumiendo la responsabilidad por la traducción. Cita: *“Tened cuidado que esta libertad vuestra no resulte ser obstáculo para quienes tienen una conciencia delicada en la materia. Tú tienes ciencia y puedes sentarte a la mesa en un templo de ídolos, estando cierto de que el ídolo no tiene existencia real. Pero si alguien te ve allí —teniendo él una conciencia escrupulosa en tales asuntos— quizá sea animado a seguir tu ejemplo, llegando a comer viandas con asociaciones idolátricas contra el dictamen de su propia conciencia. Así, por exhibir tu ciencia superior, harás daño irreparable a tu hermano, cuya conciencia es más débil que la tuya: aquel hermano por quien Cristo entregó su vida. Cuando pecas contra el hermano de esta forma, violentando su conciencia tierna, pecas contra Cristo mismo. Por lo tanto, si la comida llega a ser una piedra de tropiezo para mi hermano, yo me abstendré de comer carne durante toda mi vida, antes de colocar piedras de tropiezo delante de mi hermano en el desarrollo de su vida espiritual”*.

Un caso concreto. Creemos que la paráfrasis anterior destaca claramente el sentido general del pasaje. Al pasar al detalle, recordemos lo que antes hacíamos constar sobre las costumbres sociales de las ciudades griegas, en las cuales el *“templo del ídolo”* no sólo servía para el culto idolátrico de los secuaces del dios falso, sino también de lugar de refrigerio y de trato social. El hermano *“fuerte”* podría pensar que no necesitaba romper una costumbre amena, ya que no reconocía el ídolo como *“deidad”* en sentido alguno, y quizá le convenía mantener sus contactos sociales allí. Como individuo se hallaba en libertad para ello, pero como miembro de una comunidad cristiana —aún más, como hermano en una familia espiritual— le correspondía relacionar su *“libertad”* con las necesidades de los demás miembros de la familia. Obviamente, muchos de ellos no habían llegado al *“conocimiento”* del hermano *“fuerte”*, mirando con horror el templo de los ídolos. Sin embargo, si viesan allá a un hermano destacado —quizá uno que ministraba según su don espiritual en la congregación— podrían llegar a decir: *“Si lo hace aquél lo puedo hacer yo”*; sin embargo, no se le quitaba la idea en su fuero interno que, al entrar

en el templo para comer, se asociaban con el dios falso. En tal caso pecaba contra su propia conciencia.

El daño hecho al hermano “débil”. Nos parece muy fuerte el lenguaje que emplea Pablo aquí: *“por tu ciencia se pierde el débil, el hermano por quien Cristo murió”*, (1 Co 8:11). El verbo *“apollumai”* se usa a menudo para la perdición futura de los rebeldes, pero aquí hallamos el tiempo presente —*“tu hermano se está perdiendo”*—, y, como siempre en casos de dificultad, hemos de apelar tanto al contexto como a la doctrina general de las Escrituras para determinar el sentido. Hermanos que caen en pecado han de ser restaurados por los espirituales con espíritu de mansedumbre (Ga 6:1), sin que hallemos indicios de la perdición final por tal causa. El hermano que pecara contra su conciencia débil cometería un pecado, y si persistiera en su error —envalentonado por el ejemplo de los “fuertes”— perdería su comunión con el Señor, convirtiendo en ruinas tanto su testimonio como su servicio. El apóstol estimaba tal posibilidad como un daño gravísimo, como una especie de “perdición” del testimonio del hermano y la negación de su vocación, pues fue llamado para cumplir la voluntad de Dios en su vida. El orgulloso y descuidado “hermano fuerte” cometería un pecado también, y de mucha gravedad, ya que ofendería contra el hermano *“por quien Cristo murió”*, que viene a ser igual que pecar contra Cristo mismo. No nos es lícito exclamar como Caín: *“¿Soy yo guardador de mi hermano?”*; pues sabemos que lo somos. Si Cristo dio su vida de valor infinito para salvar y restaurar a un alma, nosotros los hermanos hemos de situarnos dentro de la misma perspectiva, buscando medios para que la obra espiritual en cuanto al hermano sea la más completa posible. Jactarnos de la mera “ciencia” que podamos tener, al par que descuidamos la ley del amor, viene a ser un pecado dirigido directamente contra Cristo en la persona de uno de sus pequeñitos (Mt 25:40,45) (Hch 9:6).

La determinación de Pablo. Pablo da fin a estas consideraciones por medio de un testimonio personal. “En cuanto a mí —dice en efecto—, si el hecho, tan insignificante en sí, de comer ciertas viandas, llega a ser tropiezo para mi hermano —aquel por quien murió Cristo—, nunca más comeré carne. Sean cuales sean mis gustos personales y mi “ciencia”, todo lo sacrifico con tal de no ser obstáculo para el debido desarrollo de la vida espiritual de un miembro de la familia”. Claro está, Pablo no se vería muy a menudo en tal trance, pero expresa su determinación de anteponer el provecho del pueblo de Dios a toda consideración personal, aun cuando se trate de su legítima libertad como “emancipado” en Cristo. La lección queda clara para todos nosotros.

El apostolado y la libertad de Pablo (1 Co 9:1-27)

I. Una modificación de tema

Es evidente que la porción que tenemos delante continúa el tema de la libertad cristiana, limitada por ciertas exigencias de la obra del Señor, de modo que existe un enlace conceptual entre la exposición de este capítulo y el testimonio que Pablo dio al fin del capítulo 8: mejor le sería sacrificar para siempre sus derechos normales como cristiano libre y “fuerte” antes de escandalizar al hermano “débil”. Con todo, la “libertad” del capítulo 9 tiene matices propios, y es probable que las consideraciones del apóstol surjan de informes recibidos de Corinto, sean personales o epistolares (2 Co 10-12).

La segunda Epístola revela la presencia en Corinto de un grupo de personas — influenciadas por los judaizantes— que negaban el apostolado de Pablo, alegando que no había sido comisionado por el Señor durante su ministerio terrenal. Quitaban importancia al encuentro de Pablo con Jesús en el camino a Damasco, razonando, quizá, que la entrega de una comisión apostólica había de ser pública y no secreta, desechando a la

vez el testimonio de Ananías de Damasco. “¿No es extraño —decían— que Pablo no quiera recibir ayuda económica de la iglesia a la manera de los Doce? ¿Por qué no le vemos viajar en compañía de una esposa, como lo hace Pedro y otros? ¿No indica todo ello una misión inferior y subordinada?”. Es probable que el primer versículo recoja algunas de las alegaciones difundidas por los detractores del apóstol, pues el sentido viene a ser el siguiente: “Así que, ¿no soy libre? y ¿no soy apóstol?”. De todas formas el capítulo viene a ser una “apología” de Pablo, quien defiende tanto su apostolado como su libertad en el Señor. Si no aceptaba ayuda económica de la iglesia, fue porque razones muy poderosas se lo impedían. Revela algunas de éstas en el capítulo que tenemos delante, callando otras por delicadeza frente a una iglesia —en gran parte— suspicaz e ingrata.

Como siempre, las explicaciones que Pablo explaya frente a cierta situación creada en Corinto, cobran valor muy por encima de una mera discusión anecdótica o histórica, ya que dan lugar a la exposición inspirada de las normas para la manutención de los siervos de Dios que dejan sus medios normales de vida a causa de las exigencias de su ministerio. Lo que habría podido ser una mera polémica se convierte en una mina de ricas enseñanzas, en normas de valor permanente, en “mandamientos apostólicos” del Nuevo Pacto, que conservan su validez hasta el fin de esta dispensación.

2. Pablo contesta a los críticos (1 Co 9:1-6)

El apostolado de Pablo. La explicación que hemos adelantado de los problemas que surgen del estudio de este capítulo se justifica por el versículo 3, en el cual Pablo dice expresamente que está contestando a “los que me critican”, o sea, a quienes someten su conducta a un examen desfavorable. Las primeras preguntas del versículo 1 recogen críticas que afectan tanto su libertad como su apostolado, pero en primer lugar trata de la negación de su apostolado. Presenta dos claras pruebas de su comisión específica: a) “*He visto a Jesús nuestro Señor*”; b) “*Vosotros sois el sello de mi apostolado en el Señor*”.

No es posible concebir el “apostolado” de los encargados del contenido doctrinal del Nuevo Pacto sin suponer un contacto muy especial entre ellos y el Señor, que les comisionó. Los “Doce” habían estado con Jesús desde el bautismo de Juan hasta la Ascensión, y en un momento de gran importancia para su ministerio fueron llamados, escogidos y comisionados por el Señor (**Mr 3:13-19**) (**Hch 1:21-22**). Pablo no podía ser “testigo de la Resurrección”, pero sí del Señor resucitado y glorificado, quien le comisionó al presentarse a él en el camino de Damasco, confirmando el llamamiento en detalle por medio de Ananías de Damasco. Es muy importante que Pablo pueda decir: “*Yo he visto a Jesús nuestro Señor*”. Más tarde declara: “*Jesús... apareció a Jacobo, y luego a todos los apóstoles y, finalmente, como el abortivo, me apareció a mí también*” (**1 Co 15:7-9**). En la segunda cita la manifestación del Señor a Pablo se relaciona con la que concedió a “*todos los apóstoles*”, pues no fue una mera visión, sino un encuentro —que se puede denominar “oficial”— con el fin de sumar a Pablo al cuerpo apostólico, si bien con una misión algo diferente. Lo importante es que todos eran depositarios de la verdad del Nuevo Pacto, habiendo sido investidos para ello por el mismo Señor. Pablo rara vez emplea el nombre de “Jesús” sin añadir “Cristo”, pero en el verso primero dice que ha visto a “*Jesús, nuestro Señor*”, lo que relaciona su apostolado al de los Doce, escogidos por Jesús durante su ministerio terrenal.

El llamamiento de Pablo al apostolado se había llevado a cabo durante una entrevista secreta entre el Maestro y su nuevo siervo, bien que Ananías también podía dar fe de la verdad de lo sucedido. Sin embargo, la realidad de la comisión llegó a patentizarse mediante “*las señales de un apóstol*” (**2 Co 12:12**), que fueron reconocidas por destacados apóstoles de entre los “Doce” (**Ga 2:7-9**). Aquí, Pablo recuerda a los corintios

que ellos mismos eran *“el sello de su apostolado”*, pues su obra especial había dado fruto abundante en Corinto, de modo que la existencia de la iglesia, fundada y edificada por la enseñanza directa del apóstol inspirado, constituía el sello que garantizaba su comisión como genuina. Claro está, misioneros que no eran apóstoles en el sentido restringido de la palabra, también podían predicar a Cristo y recoger a los convertidos en una iglesia local, de modo que la mera existencia de la iglesia no constituía el “sello”, pero sí la obra especial que llevaba las *“señales de un apóstol” (2 Co 12:12)*, apoyada por milagros y establecida por enseñanzas autoritativas, de la cual los corintios eran fruto.

La libertad de Pablo. ¿Podría ser que Pablo no pasara de ser un mero subordinado de los Doce, ya que no recibía ayuda financiera de la iglesia de Corinto, ni llevaba consigo a una esposa cristiana en sus viajes? Tales suposiciones nos extrañan, pero cosas más peregrinas se han dicho cuando se despierta un espíritu de crítica capciosa. Pablo había explicado el porqué de no casarse y viajar con una esposa en el capítulo 7, y más adelante va a tratar de su negativa de recibir ayuda de los corintios, pero le fue preciso, en primer término, establecer su derecho de hacer ambas cosas, insistiendo que no obedecía a inferioridad alguna con respecto a sus colegas en el apostolado. Tenía sus razones, pero surgían de lo que creía conveniente para la realización de su servicio especial y en ninguna manera de una necesidad impuesta por otros. Los críticos sacaban de ello las falsas deducciones que hemos notado ya, pero Pablo insiste en su libertad en todo lo legítimo. Podía comer y beber a expensas de las iglesias —que es lo que indica el versículo 4— y más tarde hará ver que esto es lo que el Señor ha ordenado para todos sus siervos. Recalca el mismo pensamiento en el versículo 6, asociando consigo a su antiguo compañero Bernabé: *“¿O sólo yo y Bernabé no tenemos derecho de dejar el trabajo manual?”*. Parece ser que Bernabé también —durante el primer viaje de evangelización— ejercía algún oficio que, con el de Pablo, proveía fondos para la obra. Lo hacían porque les parecía necesario dar este ejemplo a los creyentes, pero no por obligación alguna (**2 Ts 3:7-9**). Con entero derecho y buena conciencia habrían podido aceptar la “comuni3n práctica” de los hermanos y de todas las iglesias. Si no lo hacían en Corinto, sus normas se determinaban libremente y no obedecían a imposici3n alguna.

Literalmente, el versículo 5 reza como sigue: *“¿No tenemos derecho de llevar con nosotros a una hermana mujer como los demás apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas?”*. Todos los expositores están de acuerdo en que se trata de *“una esposa (que es) creyente”*, viéndose que los apóstoles en general —con referencia especial a Pedro— no sólo tenían esposas creyentes, sino que solían llevarlas consigo durante sus extensos viajes. Pablo no critica la costumbre, a pesar de que su vocaci3n era otra, y si la menciona es con el fin de enfatizar la libertad de los siervos del Señor, siendo la suya igual a la de los demás. De paso, es interesante ver esta referencia a los *“hermanos del Señor”* en asociaci3n con los apóstoles. No llegaron a ser “apóstoles” automáticamente por ser “hermanos del Señor”, pero se comprende que algunos se dedicaban a servicios tan destacados en la órbita de la Iglesia que parecía natural nombrarles juntamente con los apóstoles. Los hermanos que conocemos mejor, por otros pasajes bíblicos, son Santiago de Jerusalén, y Judas, autor de la Epístola que lleva su nombre.

3. Quienes predicán el Evangelio han de vivir del Evangelio (1 Co 9:7-14)

Un principio fundamental. En vista de que esta secci3n consiste mayormente en una serie de ejemplos ilustrando el principio fundamental que se subraya en el versículo 14, creemos que nuestra exposici3n ganará en claridad si señalamos primeramente la norma, para considerar después las ilustraciones que Pablo adelanta en su apoyo. Con referencia inmediata al hecho de que los sacerdotes en el Templo comían de las ofrendas, Pablo declara: *“Así también ordenó el Señor a los que predicán el Evangelio que vivan del Evangelio”*. Es evidente que Pablo estaba muy familiarizado con los “dichos” del Señor

Jesucristo, gozándose cuando le fue posible expresar los principios fundamentales del Nuevo Pacto en las mismas palabras del Maestro. Aquí Pablo hace referencia a las instrucciones que Jesús dio a los Doce cuando les envió a predicar por los pueblos de Galilea, entre las que se destaca la de **(Mt 10:10)** y **(Lc 10:7)**: *“el obrero digno es de su salario (o recompensa)”*. Pablo ejercía un oficio (el de hacer tiendas de campaña) que no le impedía movimientos libres; normalmente, sin embargo, el que va de un lugar a otro con el mensaje del Señor no puede ganar su sostén por sus trabajos en un taller, una oficina o por medio de negocios, de modo que los oyentes e iglesias, que reciben bendiciones espirituales por medio de los siervos del Señor, debieran sentir su responsabilidad en cuanto a su sostén material. Nada se dice en cuanto a la organización de este sostén; el término *“misthos”* —traducido por *“salario”* en **(Lc 10:7)**— puede significar el pago regular de un sueldo o, más frecuentemente, una *“recompensa”* —aun una *“retribución”*— de modo que lleva implícito en sí la idea de algo que corresponda al trabajo realizado. Pablo recibía ayuda económica de las iglesias en Macedonia —por lo menos—, sin que podamos distinguir compromiso alguno de parte de los donantes, sino sólo el deseo de *“comunicar”* con el siervo de Dios en su gran obra **(Fil 1:5,7)** **(Fil 2:25-30)** **(Fil 4:10-20)**. Por su parte, Pablo estaba enseñado por su Maestro a *“estar saciado como a tener hambre, a tener abundancia como a padecer necesidad”* **(Fil 4:12)**.

Respecto a los siervos de Dios, discernimos la obediencia, la libertad de movimiento y la fe en Dios. Por parte de los creyentes y de las iglesias locales, se destaca la obligación de considerar las necesidades materiales de los siervos de Dios según los principios iluminados por las ilustraciones siguientes de esta sección **(Ga 6:6)**.

La paga del soldado. Pablo vuelve brevemente a su figura predilecta del siervo de Dios como soldado. En **(2 Ti 2:4)** el militar ha de estar libre para agradar en todo a su capitán, pero aquí aprendemos que su sostén material es la responsabilidad de sus superiores, pues el cumplimiento de su servicio no admitía otra norma.

El propietario y el fruto de la viña. Aquí no se trata del bracero que cava en una viña, sino del mismo propietario, quien tiene derecho de comer del fruto de sus afanes. El siervo del Señor se ha dedicado plenamente a proyectos y trabajos propios de su vocación, de modo que tiene derecho inapelable de participar en lo material de la *“viña”*. Ninguna de estas figuras es completa en sí, pero cada una complementa la otra. Se sobreentiende en esta de la viña que no sólo existen aspectos espirituales en la obra, sino también materiales; el siervo de Dios se dedica enteramente a lo espiritual, pero por eso mismo otros han de cuidar de que coma del fruto material.

El pastor y la leche del rebaño. El pastor oriental de los tiempos apostólicos solía recibir una parte de la leche del rebaño como recompensa por sus trabajos de pastoreo. No se podía imaginar un trabajo en relación con ovejas que no se recompensara precisamente por el resultado natural de los cuidados del pastor. El soldado era hombre bajo disciplina militar, a las órdenes de su capitán; el propietario disponía de lo que era suyo; el pastor sería un esclavo de otro, pero, pese a ello, no le faltaban derechos según su clase de trabajo. No se trata de hacer una aplicación detallada de todas estas facetas de servicio, sino de notar que son muy variadas, sin que falte en ninguno el elemento de *“recompensa exacta”* en relación con el trabajo efectuado.

El buey que trilla ha de comer. Pablo estaba acostumbrado a apelar a los principios del Antiguo Testamento tanto a causa de la autoridad de los escritos reconocidos como inspirados como con el fin de manifestar la continuidad de los principios bíblicos, a pesar del cambio de dispensación. Las *“eras”* de los campos de España van desapareciendo frente al avance de la mecanización de las operaciones agrícolas, pero la gran mayoría de los españoles tendrán aún cierta idea de lo que es *“trillar en la era”*. Los animales de hoy

suelen ser mulas o burros, pero los orientales empleaban más frecuentemente el buey para machacar la parva, sacudiendo el grano de las espigas. Según **(Dt 25:4)**, el buey que así trabajara no tenía que llevar bozal, con el fin de que comiera lo que necesitara de la paja y del grano en el curso de sus vueltas sobre la era. La pregunta retórica: “¿Se cuida Dios de los bueyes?” parece requerir una contestación negativa que no estaría de acuerdo con el sentido del original en Deuteronomio, ni tampoco con otras lecciones sobre el cuidado providencial que ejerce Dios sobre todo cuanto ha creado **(Mt 10:29)**; aquí hemos de comprender que el aspecto menor del caso queda absorbido por el mayor. Dios establece un principio general en **(Dt 25:4)**, que si bien no excluye el humilde buey, con mucha mayor razón ha de aplicarse a los siervos del Señor, pues: “*el que ara, con esperanza debe arar; y el que trilla, con esperanza de participar del fruto*”. A la lista anterior de figuras se añaden dos más en el versículo 10: el labrador que ara y el que trilla **(Jn 4:36-38)**.

Una aplicación de las figuras. Aquí se aumenta la riqueza del simbolismo por las figuras de sembrar y cosechar, operaciones que Pablo aplica inmediatamente a sí mismo y a sus colaboradores al decir: “*Si nosotros hemos sembrado para vosotros lo espiritual, ¿será mucho que cosechemos de lo vuestro material? Si otros participan de este derecho, ¿no con más razón nosotros?*”. ¿Quién podía poner en duda los grandes trabajos de Pablo como sembrador de la semilla espiritual de la Palabra en Corinto? Otros —que habían realizado esfuerzos muchos menos importantes— recibían ayuda económica o material, de modo que nadie podía negar los derechos del mismo apóstol. Notemos una vez más cómo Pablo se afana por establecer el principio general del sostén del obrero, distinguiéndole de su propio caso en Corinto: sin duda por amor a los siervos de Dios que trabajaban entonces y que habían de continuar laborando en la inmensa “viña”.

La figura de los sacerdotes. No es fácil el análisis del argumento del apóstol en este punto, puesto que, después de llegar a hacer una aplicación parcial del significado de las variadas figuras, añade una más que, por su carácter sagrado, tendría mayor peso ejemplar que los precedentes. “¿No sabéis —escribe— que los que desempeñan las funciones sagradas comen de las cosas del templo? ¿Y que los que sirven al altar, con el altar participan?”. Los corintios se habían instruido en cuanto al culto levítico y tendrían algunas nociones sobre el hermoso simbolismo que más tarde había de explicarse en Hebreos. Sabían bien, pues, que los sacerdotes que ministraban en el Templo comían de ciertos sacrificios y ofrendas, aun tratándose de lo más sagrado: lo inmolado al lado del altar de holocaustos. Es decir, en el ministerio ordenado por Dios mismo para la antigua dispensación, el sostén material de los sacerdotes y levitas surgía del ministerio que realizaban. Aquí subimos a un nivel más elevado que el de ilustraciones sacadas de la esfera de la agricultura o del servicio militar, pues Pablo señala el ministerio sagrado ordenado por Dios mismo en preparación para la manifestación del Nuevo Pacto. La forma del ministerio había cambiado totalmente, pero no estos principios básicos que determinaban la relación entre el servicio espiritual y el sostén material. Ya hemos notado que Pablo procede directamente de esta solemne ilustración a la enunciación del principio básico, fundado también sobre las instrucciones del Maestro: “*Así también ordenó el Señor a los que predicán el Evangelio que vivan del Evangelio*”.

El cúmulo de ilustraciones y ejemplos subraya la importancia de la norma, que en manera alguna podrá alterarse por la gran excepción del servicio de Pablo en Corinto, que explica a continuación.

4. Pablo no quería recibir ayuda material en Corinto (1 Co 9:15-18)

Una excepción a la regla. “*Mas yo de nada de esto me he aprovechado, ni escribo estas cosas para que se haga así conmigo*”, dice Pablo, y no es posible entender las palabras

sino en el sentido de que se había determinado no recibir ayuda económica de la iglesia en Corinto. La excepción se destaca con mayor claridad en (2 Co 11:8-9): *“A otras iglesias despojé, recibiendo subsidio, para servirlos a vosotros; y cuando estaba con vosotros y me faltaron recursos, no fui carga para nadie, porque suplieron con abundancia mi escasez los hermanos cuando vinieron de Macedonia”*. El apóstol siente tanto esta necesidad de no depender de los corintios en lo económico que su emoción afecta la hilación gramatical de los versos que estamos considerando. Los más de los escriturarios creen que la cláusula: *“porque mejor me sería morir”* queda sin terminar. Había de añadir algo como: *“que cambiar esta norma”*. Sin embargo, interrumpe la secuencia normal del pensamiento para exclamar: *“¡Esta gloria mía nadie la hará vana!”*. Sin duda la base de tan extraña determinación se halla en la mentalidad de los corintios, cuyas tendencias partidistas y cuyo engreimiento frente a su “padre en Cristo” ya hemos tenido ocasión de estudiar. Pablo percibía un espíritu de suspicacia, dispuesto a interpretar mal sus acciones más inocentes; de envidia que no podía soportar que nadie se destacara aparte de los predilectos de cada sector. El hecho de recibir ayuda de los macedonios mientras laboraba en Corinto enfatiza que el apóstol sentía la necesidad de evitar de todos modos la entrega a los díscolos de un arma que habrían podido emplear contra su ministerio apostólico. Al mismo tiempo, una decisión tan firme no podía por menos que entristecer a buenos siervos de Dios en Corinto, como Estéfanos. Las amplias simpatías de los hermanos en Macedonia nos sirven de hermoso ejemplo, ya que se les ve libres de todo localismo en su comunión en el Evangelio.

El “gloriarse” y el galardón. De nuevo la emoción de Pablo afecta la claridad de la redacción de estas cláusulas, y hemos de contentarnos con el intento de sacar el significado general de la porción, que no está dudoso. Pablo emplea a menudo el verbo traducido por “gloriarse” o “jactarse” en relación con su propio servicio, pero jamás en el sentido de jactancias carnales, pues mejor que nadie sabe que él no es nada delante del Señor y que cuanto tiene y administra brota de la gracia de Dios. Pero a veces es permisible que un santo “se gloríe” al contemplar lo que el Señor ha hecho y va realizando. Para Pablo el predicar el Evangelio era una necesidad impuesta por la comisión que había recibido del Cielo, por lo cual exclama: *“¡Ay de mí si no predicare el Evangelio!”*. En el caso puramente hipotético de que lo hiciera de mala gana, no esperaría galardón alguno, pero aun así no le quedaría más remedio que ejercer la mayordomía que le había sido encomendada (**1 Co 9:17**). Sufriría una pérdida terrible si no cumpliera su comisión, y no recibiría recompensa si lo hiciera a la fuerza. Entreverado con este pensamiento se halla el que nos ocupa: que en Corinto predicaba el Evangelio de balde. Predicaba de buena voluntad, de modo que recibiría el galardón (**1 Co 9:27**) y, a la vez, hallaría otra “recompensa”: el haber prescindido de sus derechos en Corinto, sirviendo a la iglesia sin serle carga (**1 Co 9:18**). Habría podido aducir otras razones, no muy halagüeñas para los corintios, pero prefiere subrayar el privilegio de predicar el Evangelio de balde entre ellos.

5. Pablo lo subordina todo a su misión en el Evangelio (**1 Co 9:19-23**)

El servicio del hombre libre. F. F. BRUCE da el sentido general de este versículo como sigue: “No soy esclavo de nadie, pero me he hecho esclavo de todos a fin de ganar más para Cristo”. Recordemos la pregunta retórica de (**1 Co 9:1**): *“¿No soy libre? ¿No soy apóstol?”*. No sería posible apreciar el significado de la actitud de Pablo si no se destacara contra este fondo de su libertad como hombre y de su autoridad como apóstol, siendo igual en todo ello a los Doce. Pablo es el hombre “libre de los hombres” que se somete a los hombres para ganar a algunos.

Es el apóstol comisionado por el Señor —con pleno derecho de vivir del Evangelio—, quien hace trabajos manuales en Corinto para no ser carga a la iglesia. Los versículos

siguientes recogen de nuevo el tema de las diversas actitudes de los “débiles” y de los “fuertes”, pero la determinación de Pablo —de subordinar todo lo humano, por legítimo que sea en sí— a sus obligaciones en el Evangelio, da unidad al pensamiento de todo el capítulo, enlazándolo con el anterior.

Pablo frente a los judíos. Pablo había sido comisionado de modo especial para llevar el Evangelio al mundo grecorromano de su día, pero sin excluir a *“los hijos de Israel”* (**Hch 9:15**). De hecho, se consideraba bajo obligación de dirigirse *“al judío primero”*, siempre que hallara colonias hebreas, con sus sinagogas, en el curso de sus viajes. Para entender el versículo 20 es preciso recordar que los judíos ordenaban su vida personal, social y cúlptica según *“las costumbres”* de su raza, muy especialmente en asuntos como purificaciones, comidas y fiestas a guardar. Pablo indica que estando entre judíos, y con el fin de ganar a algunos para Cristo, no le importa adaptarse a aquellas costumbres, que eran las suyas por raza y crianza. He aquí el significado de la declaración *“como sujeto a la ley (no estando yo sujeto a la ley)”*. En Cristo, según sus propias y reiteradas enseñanzas, no estaba bajo ley, sino bajo gracia; pero le habría sido totalmente imposible acercarse a los judíos si dejara de situarse dentro del marco de sus costumbres, de modo que estaba dispuesto a someterse a ellas, como judío que era de raza. No volvía a ponerse bajo la ley como medio de salvación —algo totalmente imposible a la luz de las enseñanzas de Gálatas— y quedaba con su bendita libertad en Cristo; sin embargo, estaba dispuesto a limitar su libertad personal con tal de poder acercarse a los judíos. Siguiendo este criterio, hizo circuncidar a Timoteo (**Hch 16:3**), no porque la circuncisión añadiera nada a Timoteo, sino para darle categoría de israelita entre los israelitas en vista de que su madre lo era, con el fin de hacer posible que colaborara con Pablo en su testimonio en las sinagogas. A la luz de estas aclaraciones, la aparente contradicción del versículo 20 no presenta dificultades: *“A los que están sujetos a la ley, como sujeto a la ley (no estando yo sujeto a la ley) para ganar a los que están sujetos a la ley”*.

Pablo frente a los gentiles. Pablo llama a los gentiles *“aquellos que están sin ley”* (**1 Co 9:21**). No quiere decir que las naciones gentiles vivían en una pura anarquía, pues los romanos eran muy amantes de la *“justicia”* según la entendían ellos, y buena parte de la legislación de las naciones occidentales de hoy halla sus raíces en las leyes del imperio romano. Pablo escribe en términos religiosos, de modo que su concepto de *“ley”* se arraiga en el Decálogo, los estatutos que lo aplicaban, con las derivaciones tradicionales de éstos, de modo que, desde este punto de vista, los gentiles *“no tienen ley”* (**Ro 2:14**). Regulaban su vida religiosa y social según su propio criterio, gustos y conveniencia, lo que los distinguía totalmente de los judíos, cuya vida religiosa y social fue determinada en todos sus detalles por *“la ley”*. A la luz de estas aclaraciones nos es posible vislumbrar el sentido del versículo 21: *“A los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley —no estando sin ley de Dios, mas en la ley de Cristo— para ganar a los que están sin ley”*. Hay un juego de palabras en el original, imposible de traducir literalmente, basado en los términos *“anomos”* —una persona *“sin ley”*— y *“ennomos”* —una persona *“en ley”*—, tratándose ya de la ley de Cristo. Pablo aborrecía la anarquía, y hallándose *“en Cristo”* estaba sujeto a la voluntad de Cristo por las operaciones del Espíritu de Dios. Sólo estuvo *“sin ley”* en el sentido de que prescindía de las costumbres de los judíos cuando se hallaba en un ambiente gentil, pues *“lo externo”* le era indiferente con tal de poder ayudar a las personas que componían las diferentes comunidades con el fin de llevarles a Cristo. Su modo de portarse entre judíos y gentiles, adaptándose a las costumbres sociales de las dos razas, ilustra su norma de hacerse todas las cosas a todos los hombres con tal de ganar a algunos. Su conducta se prestaba a interpretaciones maliciosas, pero no daba importancia a ellas.

Pablo frente a los “débiles” y a los “fuertes”. Normalmente los “débiles” y los “fuertes” se hallaban dentro de la comunidad cristiana, de modo que eran ya “ganados” para Cristo.

Al mismo tiempo, las tensiones producidas en la iglesia por la presencia de estos hermanos (véase el comentario sobre los capítulos 8 y 10) exigía una profunda comprensión de las dificultades de cada sector que sólo podía surgir del amor al hermano y de la entrega del siervo de Dios a Cristo. Pablo estaba dispuesto a compartir la vida de los “débiles” con tal de serles de ayuda, sin descuidar tampoco a los “fuertes”, quienes también necesitaban comprensión.

El principio fundamental. Si hemos comprendido bien el contexto del pasaje total, como también el ambiente religioso en que Pablo se movía, no vamos a sacar consecuencias desafortunadas de la declaración: *“A todos me he hecho todo para que de todos modos salve a algunos”*. El apóstol no tenía la menor intención de meterse entre mundanos, como uno de ellos, con tal de ganar a los mundanos, pues en todo momento era un soldado de Jesucristo que desechaba las obras de las tinieblas para vestirse de las armas de luz (**Ro 13:12**). Lo que subraya en estos notables versículos es su determinación de hacer caso omiso de sus propias predilecciones en cuanto a cosas secundarias, como el comer, el beber, las costumbres del hogar o de la sociedad —siempre dentro de la moralidad y del buen orden— con tal de acercarse a las almas con amor, en un serio intento de ganarlas para Cristo. Es otro ejemplo de su sumisión a la Ley de Cristo, que es la ley del amor (**Ga 6:2**). Reconoce su llamamiento a declarar el Evangelio tanto en público como en privado y lamenta la tragedia que supone perder una sola oportunidad de cumplir su misión. Este es el sentido del versículo 23, que podríamos leer como sigue: *“Hago todo esto por amor al Evangelio con el fin de comunicar sus bendiciones a otros”*. Según las leyes espirituales, el caudal de gracia contenido en el Evangelio se aumenta en la medida en que lo participamos con otros.

6. Una ilustración de la entrega total de Pablo a su ministerio (1 Co 9:24-27)

Los Juegos Olímpicos. Como en otras ocasiones, Pablo se vale de una ilustración sacada de los Juegos Olímpicos o Ismianos, que tanto entusiasmaron a los griegos, y que han sido reavivados en nuestros días a escala internacional. El uso de esta ilustración no significa que Pablo aprobara o desaprobaba los juegos; no pasa de ser una ilustración gráfica de las verdades que acaba de presentar mediante el empleo de ejemplos conocidos por todos los griegos. Todos sabían lo que pasaba en el estadio, pues se comentaban entonces como se comentan ahora los partidos de los grandes equipos de fútbol.

El esfuerzo del atleta. No hemos de deducir del ejemplo que sólo un siervo del Señor será premiado, como en el caso del único ganador de una carrera a pie en los juegos olímpicos. La lección estriba en el esfuerzo realizado por los atletas, ya que sabían que sólo uno había de ser coronado. ¡Esforzaos hasta el punto máximo —enseña Pablo— como si todo dependiera de esta determinación vuestra de ganar almas y adelantar el Evangelio! Por fin cada uno obtendrá la recompensa que corresponda a su esfuerzo y al móvil de amor y de obediencia que lo origina.

La preparación del atleta. Escritos de la época nos hacen saber que los competidores en los juegos olímpicos debían someterse a un período de entrenamiento de diez meses, durante los cuales habían de abstenerse de todo cuanto pudiera perjudicar las posibilidades de una victoria. Estaban muy dispuestos a someterse a este prolongado período de disciplina con tal de ganar aquella guirnalda trenzada de pino o de perejil. Pablo saca la consecuencia lógica de su ilustración, pues si los atletas están dispuestos a tales sacrificios con tal de ganar una corona corruptible —indicio del favor en un momento

pasajero de una multitud de hombres—, ¡cuánto más el siervo de Dios, que recibirá una corona incorruptible de las manos de su Dios!

La disciplina del atleta. “*Correr a la ventura*” es correr con incertidumbre, en “zigzag”, como si el atleta no se hubiera fijado en la meta. “Esto no lo haré yo —exclama Pablo—, sino que sujetaré todo mi ser a la finalidad de mantener un curso recto, rápido y eficaz”. En la segunda cláusula del versículo 26 la metáfora cambia, pues Pablo pasa a pensar en el boxeo, en el que el boxeador ha de calcular bien todos sus golpes con el fin de conseguir el resultado máximo. Un “golpe en el aire” representa un esfuerzo realizado sin dirección espiritual y sin efectos positivos en el reino de Dios.

Sería muy fácil interpretar equivocadamente los términos del versículo 27, y, en efecto, se han utilizado para justificar la clase de ascetismo que Pablo condena expresamente en **(Col 2:20-23)**. En el proceso de interpretación es preciso quedar dentro de los límites de la ilustración; aquí se trata del sacrificio del atleta que prescinde de ciertas comidas que tienden a engordar, y del gusto de horas extra en la cama, para lanzarse a difíciles carreras por las montañas, o a arduos ejercicios gimnásticos que desarrollan músculos y preparan el cuerpo para el gran día de la carrera. Pablo no tenía necesidad de aplicar “disciplinas” a su cuerpo, pues ya lo trataba “severamente” en el curso de su obra apostólica. Recordemos las listas de sus sufrimientos en **(1 Co 4:9-13) (2 Co 6:4-10) (2 Co 11:23-27)**, por las que comprendemos que el apóstol estaba dispuesto a aceptar toda suerte de padecimiento físico con tal de cumplir su misión en el Nombre del Señor. Su cuerpo estaba sujeto a “servidumbre”, no en aras de unas ideas filosóficas que enseñaban la pobreza de lo material, sino como elemento esencial del trabajo del “esclavo de Jesucristo”.

Tampoco se aparta la última cláusula del versículo 27 de los términos de la ilustración, y ha de ser interpretada en conformidad con ella. La Vers. H. A. usa correctamente el término “heraldo” con referencia al oficial que anunciaba la apertura de los Juegos Olímpicos, leyendo las reglas que habían de observarse. Si algún competidor no guardaba tales reglas quedaba desaprobado, como ocurre en los acontecimientos deportivos organizados hoy en día. Pablo había actuado como “heraldo de los juegos” al predicar el Evangelio y enseñar las normas de la vida cristiana. ¡Qué triste sería si después, por descuidar la disciplina cristiana y la sujeción del cuerpo, él mismo fuese desaprobado! La antigua Vers. R. V., por su traducción “reprobado”, da una idea equivocada del término griego “*adokimos*” en este contexto. No se trata de la condenación eterna, sino de la posibilidad de que un siervo de Dios, después de predicar a otros, quedara inhabilitado en su propia carrera de servicio por descuidar las normas de la vida cristiana. Es decir, que sufriera su testimonio frente a las personas que había enseñado, perdiendo la recompensa que Dios había de entregarle. Literalmente, la frase “*trato mi cuerpo severamente*” quiere decir que le da golpes severos; pero reiteramos que no se trata de las disciplinas imaginadas por hombres en el vano intento de “sujetar la carne” para ganar méritos delante de Dios, sino de los sufrimientos físicos a los cuales Pablo se sometía constantemente en el curso de sus arduos trabajos.

Temas para recapacitar y meditar

1. Explique el significado de “*lo sacrificado a ídolos*”, detallando los problemas que causaban en la iglesia de Corinto la venta de estas viandas.
2. Discurra sobre los términos: ciencia, conciencia y amor, según las enseñanzas e ilustraciones del capítulo 8.

3. ¿Cuál es la norma para el sostén de obreros del Señor que dejan sus medios normales de vida? Examine lo que Pablo escribe sobre la norma básica, y también las ilustraciones que la apoyan en **(1 Co 9:6-14)**. ¿Invalida el principio su propio proceder excepcional en Corinto?
4. Discurra sobre la declaración de Pablo en **(1 Co 9:22)**. “*A todos me he hecho todo para que de todos modos salve a algunos*”.

El mal uso de la libertad - 1 Corintios 10:1-11:1

El desarrollo del argumento

1. El enlace con la sección anterior

El lector no tendrá dificultad alguna en reconocer la continuidad de ciertos temas —típicos de la Epístola— en el pasaje que tenemos delante, hasta el punto de que (**1 Co 10:23-33**) parece repetir —o volver a enfatizar— circunstancias y principios que ya se examinaron en el capítulo 8. Con todo, es preciso notar con mucho cuidado los eslabones del argumento del apóstol si hemos de seguir inteligentemente su desarrollo. Como enlace directo entre el fin del capítulo 9 y el principio del capítulo 10 se destaca la idea de que hermanos que han profesado su fe, y que han sido muy bendecidos en la iglesia, podrán ser “desaprobados”, si dejan que la carne prevalezca contra la operación del Espíritu Santo en sus vidas (compárese 9:27 con 10:5-6). Reiteramos que no se trata de la perdición del alma, sino de la posible ruina del testimonio de los siervos de Dios. Este tema nos ocupará al estudiar (**1 Co 10:1-6**).

2. ¿Qué haremos con nuestros privilegios?

La ilustración inicial recuerda la separación del pueblo de Israel de Egipto para unirse a Moisés en su función de caudillo del pueblo, y sirve para poner de relieve la obra de Dios a favor de la Iglesia. Los corintios necesitaban recordar la obra de gracia que les había salvado del mundo para juntarles con el pueblo de Dios en la tierra, a fin de que parasen mentes en las posibilidades de graves pérdidas espirituales si seguían aquellas tendencias carnales que ya se habían manifestado en la iglesia. ¿Qué harían con sus privilegios? He aquí la pregunta implícita detrás de gran parte de la enseñanza de este capítulo.

3. ¿Qué haremos con nuestra libertad?

La pregunta se ha repetido en una forma u otra varias veces en la primera parte de esta Epístola, pero la condición de los corintios obligaba a Pablo a volver a la carga una y otra vez. Sigue el pensamiento de que es necesario subordinar la libertad personal a la gloria de Dios y al bien del hermano, pero, a la vez, Pablo lleva la cuestión a un terreno más fundamental: el de nuestra comunión con Dios, especialmente la comunión exhibida en la Cena del Señor. La “libertad” —mal entendida— podría llevar a los corintios “fuertes” a participar con demonios, cayendo así en uno de los graves pecados por medio de los cuales Israel provocó a Dios a ira. El conocido tema cobra mucha mayor solemnidad en este pasaje que en el capítulo 8.

El tratamiento anterior de los temas de la verdadera sabiduría y de las limitaciones impuestas por el amor a la libertad que en sí es legítima, se reitera en versículos como éstos... *“Así que el que piensa estar firme, mire no caiga”*... *“Todas las cosas son lícitas, pero no todas convienen”*... *“Ninguno busque su propio bien, sino el de su prójimo”*... *“Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”*... *“No seáis tropiezo a judíos, ni a griegos, ni a la Iglesia de Dios”*. La libertad ha de emplearse en humildad para la gloria de Dios y para el bien de todos. Notemos que no hay actuación cristiana que no tenga su significado espiritual, aun tratándose de algo tan simple en sí como es el comer, el beber, el andar y el trabajar, en sus diversas formas. Todo debiera “consagrarse” en la experiencia de los “santos”.

Discernimos una nota más solemne en versículos como éstos: *“Estas cosas acontecieron como ejemplos, a fin de que no codiciemos cosas malas, como también ellos codiciaron”*... *“Huid de la idolatría”*... *“Yo no quiero que vosotros seáis partícipes con los demonios”*. Tendremos ocasión de examinar más de cerca estas advertencias sobre los peligros de la libertad.

Provisiones divinas y desvíos humanos (1 Co 10:1-13)

I. El ejemplo del Éxodo (1 Co 10:1-2)

Una lección importante. Aquí encontramos una nueva frase introductoria: *“No quiero, hermanos, que ignoréis...”*, que ha de distinguirse de las anteriores como *“¿O ignoréis...?”*, *“¿O no sabéis...?”*, que indicaban una ignorancia voluntaria que no tenía disculpa. Aquí el apóstol enseña algo que estaba dentro de las posibilidades de la comprensión espiritual de los corintios, sin que se hubiesen fijado en ello anteriormente. No quería que persistieran más tiempo en su ignorancia.

El bautismo en la nube y el mar. El uso de la expresión *“nuestros padres”* se limitaba en general a compañías de judíos, fuesen o no cristianos. La mayoría de los corintios eran gentiles que no descendían de Israel, pero aquí Pablo contempla el desarrollo del gran plan de redención que tuvo sus principios en Israel, para luego ensancharse hasta abarcar a los gentiles creyentes, quienes llegaron a ser *“hijos de Abraham”* por la fe. No implica la identificación de Israel con la Iglesia, pero sí señala que el pueblo espiritual participaba de las bendiciones que surgían de todo cuanto Dios había efectuado por medio de Israel con miras a la manifestación del Mesías.

Los escritores del Antiguo Testamento vuelven constantemente al tema del Exodo, por ser la manifestación suprema e inicial de la obra de gracia de Dios a favor de su pueblo, ya formado en Egipto, puesto que, con *“brazo fuerte”*, humilló la soberbia de Egipto, y trasladó a Israel a la seguridad de la orilla oriental del Mar Rojo. Los corintios habrían adquirido ciertos conocimientos de los escritos del Antiguo Testamento, de modo que el apóstol les consideraba capaces para comprender las lecciones espirituales que quería sacar, tanto de la redención como de los fracasos de Israel.

Notemos las frases exactas que tenemos delante: *“Todos es tuvieron bajo la nube y todos pasaron por el mar; y todos se bautizaron para Moisés en la nube y en el mar” (Ex 14:1-15:21)*. La reiteración del vocablo *“todos”* enfatiza que Dios no hizo excepción alguna, sino que derramó su gracia sobre todos: aun sobre la *“multitud mezclada”* que quiso acompañar a los israelitas verdaderos. La nube constituía la manifestación de la presencia de Dios, y tuvo parte principal tanto en la protección del pueblo como en su separación de los egipcios. El mar se abrió para dejar paso al pueblo de Dios y luego volvió a caer sobre el soberbio ejército de Faraón. Todo ello estableció una separación física entre la antigua vida y la nueva. El pueblo se hallaba libre ya de Egipto y unido a Moisés. Fue, pues, una especie de *“bautismo”*, que señaló la muerte del pueblo a todo lo antiguo y su entrada en una vida de la que Moisés era el arquitecto humano por la voluntad de Dios. De ahí la frase: *“todos se bautizaron —la forma del verbo indica voluntad propia— en la nube y en la mar”*. Recordemos el significado del bautismo cristiano, según las expresiones de Pablo en **(Ro 6:1-5)**.

La comida material y espiritual. *“Todos comieron la misma vianda espiritual”*, prosigue Pablo, y de nuevo hemos de notar el énfasis que recae en *“todos”*. La referencia es evidentemente el don del maná que Dios concedió a su pueblo en el desierto **(Ex 16)**. Al llamarlo *“vianda espiritual”*, Pablo no niega la realidad material del maná, sino que recuerda el origen milagroso de este *“pan de ángeles” (Sal 78:24-25)*, viendo en este don

algo más que un medio para el sostén del cuerpo. El pensamiento es análogo al tratamiento del tema de la “Roca”, como Fuente constante de agua espiritual, y podemos aplicar el mismo principio de interpretación al maná, como “*vianda espiritual*” (véase el párrafo siguiente).

Las aguas que manaban de la Roca. “*Todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la Roca espiritual que les seguía, y la Roca era Cristo*”. De nuevo, el apóstol no anula el sentido literal de **(Ex 17:6)** ni de **(Nm 20:11)**, que hablan del arroyo de aguas que salía de la roca herida por Moisés. Admite eso, pero enseña mucho más, pues comprende que la fuente de toda bendición para el pueblo era Cristo, cuya presencia —como Ángel de Jehová— no se quitaba del pueblo. Había Manantial abierto que fluía constantemente de la Roca eterna: figura muy repetida para representar tanto a Dios como al Mesías. Existía la esperanza mesiánica —de que el Cristo vendría— desde los principios de la historia de Israel, de modo que es natural que Pablo identificara la presencia del “Ángel de Jehová”, con Cristo mismo aun antes de manifestarse plenamente por medio de la encarnación. Recordemos una frase análoga en **(He 11:26)**: “*Moisés, tuvo por mayores riquezas el vituperio del Cristo que los tesoros de Egipto*”, que destaca la esperanza mesiánica que anhelaba la manifestación del Mesías, y que Moisés llegó a comprender.

En síntesis, el apóstol recuerda que Dios —de pura gracia— ha hecho provisión para la salvación de su pueblo y para su separación del mundo. No sólo eso, sino que, por medio de Cristo, suple todo lo que necesitan los suyos en el curso de su peregrinación hacia la meta de la ciudad “*que tiene los fundamentos, cuyo Arquitecto y Constructor es Dios*” **(He 11:10)**. Tanto la obra redentora como la provisión diaria es para todos, como lo fue para los israelitas que participaron en el Exodo y en las peregrinaciones. Pablo exhorta a los corintios que mediten en los fracasos del pueblo antiguo, pese a su participación total de la obra de gracia de Dios.

La suerte de la mayoría. El versículo 5 resume este argumento, llevando la atención de los lectores al juicio que alcanzó a casi todos los israelitas que salieron de Egipto: “*... de la mayoría de ellos no se agradó Dios, pues quedaron tendidos (como cadáveres) en el desierto*”. Es una equivocación introducir aquí el concepto de la salvación o de la perdición de las almas de los israelitas de la peregrinación, considerados como individuos. Entre los muchos que murieron en el desierto —todos los mayores de veinte años, excepto Josué y Caleb— había algunos hombres piadosos y otros perversos, y Dios conocía el corazón de todos, fuese para darles vida por medio de su plan de redención, fuese para pagar a cada uno conforme a sus obras. No se trata de eso, sino de las condiciones históricas del intervalo entre el Exodo y la entrada en Canaán. Además de los pecados reiterados que afectaban a muchos —que se notan en los versículos 7-10—, hemos de recordar la rebelión de Cades Barnea que siguió al informe de los doce espías **(Nm 13-14)**. Todos los exploradores informaron sobre la fuerza de las ciudades amuralladas de Canaán, pero sólo dos instaron al pueblo a confiar en el Dios omnipotente que les daría la victoria. El pueblo en general escuchó a los diez que desmayaron ante la imposibilidad aparente de conquistar a Palestina. Hasta hubo propósito de señalar un capitán que les llevara otra vez a Egipto. El versículo 5 de nuestra porción se funda en **(Nm 14-28-35)**, que detalla la condenación pronunciada por Dios sobre el pueblo murmurador: los “*niños*” —o sea, la generación de veinte años para abajo— entrarían en la tierra, mientras que los mayores habían de morir antes de llegar, dejando sus cadáveres en el desierto. Las bendiciones generales no excusaban la necesidad de velar y orar, con el fin de no caer en pecados que anularan los propósitos de gracia de Dios, ya manifestados a favor de los suyos.

2. Varios ejemplos de fracasos y de juicios (1 Co 10:6-10)

El valor ejemplar de los incidentes históricos. Según el proverbio español, “nadie escarmienta en cabeza ajena”: o sea, es difícil que aprendamos por la experiencia de otros, hasta que nos toque a nosotros la vez. El refrán es acertado, pero la divina sabiduría de las Escrituras quiere enseñarnos algo mejor, pues los libros históricos de la Biblia se han escrito para proveernos de ejemplos de ética fundamental, haciéndonos ver que personas obedientes, que buscaban a Dios, recibían bendiciones, mientras que otras escogían su propio camino rebelde para su propia destrucción. No sólo se cumplió una etapa de la historia en el desierto, sino que los acontecimientos se destacan como ejemplos: en este caso como ejemplos de actitudes y de hechos consumados que es preciso evitar.

El pecado de la codicia. El décimo mandamiento prohíbe la codicia, por ser raíz y móvil de tantos pecados, pese a que los jueces humanos no pueden distinguir este crimen con miras a su castigo. La gran diferencia entre el Decálogo y la legislación espiritual del llamado “Sermón del Monte” estriba en la manera en que el Señor, Legislador supremo, enfoca la luz sobre la concupiscencia (malos deseos) que, andando el tiempo, podrá producir el crimen consumado; de todas formas, todo se juzgará delante del tribunal de Dios (Mt 5:21-22,27-28) (Ro 2:5-16).

La amonestación del versículo 6 se basa sobre las murmuraciones y ardientes deseos de los israelitas que se describen en (Nm 11), y que se comentan en el (Sal 78:18) y (Sal 106:14-15). Desear carne, pescado, cebollas y puerros no es un pecado en sí, pero se asociaba con el desprecio del maná, “*pan del cielo*”, y con la intención de volver a Egipto para satisfacer sus deseos. A causa de los juicios que cayeron sobre los rebeldes, siendo provocada la intentona por los malos deseos, el lugar del incidente se llamaba “*Kibroth-hattaavah*”, o sea, “*sepulcro de concupiscentes*”. La trágica lección es que cayeron muchos cadáveres de israelitas en el desierto a causa de malos deseos que se oponían descaradamente a la voluntad de Dios.

El desafío de la idolatría. El Decálogo empieza con una declaración básica, seguida por una prohibición como lógico colofón de la misma: “*Yo soy Jehová tu Dios que te saqué de Egipto... NO tendrás dioses ajenos delante de mí*” (Ex 20:2-5). Si Israel había de ser “*pueblo de Dios*”, tenía que aborrecer los dioses de los paganos, desterrando las imágenes que pretendían representarlos. Sin embargo, los israelitas caían constantemente en este grave pecado que rompía el nexo vital de su relación con Dios. Sólo se desterró la idolatría por medio de la trágica experiencia del cautiverio babilónico, ya en el siglo VI a.C., produciéndose el primer desvarío a escala nacional cuando Aarón fundió el becerro de oro al pie del Monte Sinaí.

Pablo hace referencia a este grave pecado —que motivó la destrucción de las primeras tablas de la ley al pie del monte—, pero nos extraña que haga referencia, no al ídolo mismo, sino a las diversiones del pueblo, relacionadas con la idolatría, que se notan en (Ex 32:6). ¿Por qué no cita el hecho central de aquel desafío que el pueblo lanzó en el mismo rostro del Altísimo? Quizá hemos de hallar la solución del problema en las condiciones que regían en Corinto. Léase (1 Co 8:9-10) con (1 Co 10:14-22), recordando que algunos hermanos “*fuertes*” se sentían con libertad para sentarse en los templos como lugar de intercambio social, creyéndose superiores a la superstición de los ídolos. Por lo tanto Pablo señala aquí los peligros de las asociaciones con la idolatría, reiterando la amonestación con toda solemnidad en (1 Co 10:19-22). De todas formas las referidas diversiones, o juegos, se revestían de carácter licencioso.

La seducción de la fornicación. Cuando los moabitas no podían conseguir que Balaam maldijera Israel, intentaron seducirles por medio de la fornicación, tanto literal como

espiritual. Simbólicamente la fornicación consistía en la infidelidad de los israelitas que dejaban a su Dios para unirse a los ídolos. De hecho, las dos formas —literal y espiritual— se aliaban, ya que muchos sistemas de idolatría —los de la misma ciudad de Corinto, por ejemplo— mantenían “prostitutas sagradas” en los templos, como parte integrante del infame “culto” pagano. El ejemplo que Pablo escoge, como amonestación frente a los corintios, se halla en **(Nm 25)**. Según nuestros textos el juicio resultó en la muerte de veinticuatro mil personas, y no sabemos por qué Pablo habla de veintitrés mil, pero quizá cita de memoria, o utiliza otro texto. La diferencia no afecta para nada la lección. No necesitamos reiterar las detalladas enseñanzas de los capítulos 5 y 6 de esta Epístola sobre la pureza sexual, pero sí conviene notar que el peligro existía realmente tanto en su forma alegórica como en el relajamiento moral que caracterizaba la sociedad de Corinto. Hoy en día muchos pensadores humanistas y existencialistas presentan una “nueva moralidad” que no se distingue en lo esencial de la “vieja inmoralidad” de nuestro ejemplo.

La osadía del desafío. “*Tentar al Señor*” quiere decir: “ponerle a prueba”, pues, tratándose de Dios, es imposible el otro sentido de “solicitarle a hacer el mal”. En el conocido incidente de las serpientes **(Nm 21:4-9)**, el pueblo expresó fastidio ante “*este pan tan liviano*” —el maná— que Dios proveía milagrosamente en el desierto, despreciando así los dones del Cielo. El espíritu de “*probar a Dios*” resalta muy claramente del comentario del **(Sal 78:19-20)**: “*Y hablaron contra Dios diciendo: ¿Podría poner mesa en el desierto? He aquí, ha herido la peña y brotaron aguas, ¿podrá dar también pan? ¿Dispondrá carne para su pueblo?*”. Es una provocación, con la intención de “ver hasta dónde podemos llegar” frente a Dios. Por eso el remedio para la mordedura de las serpientes no fue provisto automáticamente, sino que Dios señaló un camino de salvación para quienes se humillasen, dispuestos a mirar a la serpiente de metal con fe en su palabra: algo completamente diferente de la insolencia de la provocación. La aplicación del ejemplo al engrimiento de muchos de los corintios es evidente.

El escollo de la murmuración. Sin duda, Pablo recuerda la terrible rebelión de algunos de los hijos de Rubén en contra del gobierno civil de Moisés, vinculada con el alzamiento de los hijos de Coré en contra del sumosacerdocio de Aarón **(Nm 16)**. La insolente murmuración fue dirigida en términos de gran violencia contra los líderes nombrados por Dios y recibió castigos ejemplares, siendo la última fase la plaga —o mortandad— que se atribuía al “destructor”. Por ser tan corriente el pecado de la murmuración contra los siervos de Dios y las quejas frente a los guías de las iglesias, apenas concedemos importancia al asunto. Sin embargo es una grave ofensa contra Dios, quien envía y capacita a sus siervos. Además, socava la eficacia del testimonio de la iglesia local en todos sus aspectos, cerrando oídos a la Palabra de Dios y fomentando un espíritu contrario a la fe y la obediencia. No juguemos con el fuego de este peligroso mal, sino que prestemos oído a la exhortación del apóstol en **(Fil 2:14)**: “*Haced todas las cosas sin murmuraciones ni disputas*”. Detrás de la murmuración viene el “destructor”. Es evidente que fueron muy oportunos y necesarios tanto el ejemplo como la amonestación frente a la iglesia de Corinto.

3. Amonestaciones y promesas (1 Co 10:11-13)

Ejemplos para una época de consumación. No hace falta recalcar más el sentido de la primera cláusula del versículo 11, puesto que ya hemos visto la validez de los ejemplos sacados de la historia de Israel para todas las generaciones de creyentes, o de personas que profesan ser cristianas. Lo nuevo es la segunda parte: “ *fueron escritas para amonestación de nosotros a quienes ha alcanzado el fin de los siglos*”, o —más literalmente— “*los fines de los siglos*”. “*Fin*” o “*fines*” pueden indicar no sólo la terminación de un período, sino también su consumación, de modo que la frase puede indicar que, en Cristo y en su obra de la Cruz, hallan su consumación todos los “*siglos*”, convergentes en

este punto, que también en **(He 9:26)** es llamado *“la consumación de los siglos”*. La Iglesia heredaba la plenitud de los siglos pasados, y convenía que sus miembros aprendiesen las lecciones anteriores para la perfección de su testimonio presente.

El peligro de la confianza carnal. Este versículo hace una aplicación personal de las amonestaciones anteriores a cada uno de los creyentes: *“Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga”*. Sin duda, el apóstol vuelve a pensar en que todos los israelitas participaron en las bendiciones del Exodo sin que llegasen más de dos personas mayores de cincuenta y ocho años a Canaán. Se han expuesto las razones que determinaron el fracaso a través de varios ejemplos, y ya corresponde a cada uno meditar en la posibilidad de que sea movido por una peligrosa confianza carnal. Si alguien obra bajo la impresión de *“estar firme”* es probable que está muy cerca de una caída de más o menos gravedad, ya que sólo es posible *“fortalecernos en el Señor y en el poder de su fuerza” (Ef 6:10)*. Quizá todos los pecados de los israelitas en el desierto tuvieron su raíz en alguna forma de orgullo personal, en la afirmación del *“yo”* y sus deseos frente a Dios. El peligro es muy sutil, pues puede brotar de una experiencia espiritual genuina, que luego empieza a torcerse imperceptiblemente para convertirse en la autosuficiencia, o en un orgullo disfrazado.

La fidelidad de Dios en medio de la tentación. El término traducido por *“tentación”* —*“peirasmos”*— puede significar también una *“prueba”*. El contexto del verso consolador que estudiamos señala más bien el significado de la *“tentación”*, pues los israelitas habían cedido ante las sollicitaciones del diablo. Con todo, no hemos de excluir el sentido de *“prueba”*. Todo no ha de ser amonestación frente a peligros, pues somos hijos e hijas del Dios omnipotente, quien cumple sus propósitos a través de los suyos. El consuelo se basa en cuatro factores: a) La tentación (o prueba), que a nosotros nos parece única e insoportable, es igual en esencia a tantísimas otras que han afligido a los hombres: *“No os ha sobrevenido tentación (prueba) sino humana”*, o sea, común al género humano. b) *“Dios es fiel”*, de modo que —si no interviene el obstáculo del orgullo— él responderá siempre a la súplica de fe y pondrá sus infinitos recursos a la disposición del creyente probado o tentado. c) Además, para nosotros, Dios es un Padre amoroso que sabe *“dosificar”* la prueba para que no pase más allá de las fuerzas que él mismo nos concede. Se supone el propósito de *“echar nuestra ansiedad sobre él, sabiendo que él tiene cuidado de nosotros” (1 P 5:7)*. d) La tentación (prueba) parece cercarnos del todo, pero no es así, pues Dios ha provisto la *“salida”*. Este concepto es tan precioso e importante que merece un párrafo aparte.

La salida del cerco de la tentación. El vocablo griego traducido por *“salida”* es *“ekbasis”*, o un *“movimiento fuera”*, muy semejante en concepto al término *“exodos”*, o *“éxodo”*, en castellano, y es posible que la consideración de **(Ex 10:1-2)** hubiera sugerido el uso del concepto aquí. Los israelitas se hallaban cercados por los egipcios, por el desierto y por el mar, sin salida ni liberación posibles. Sin embargo, Dios, siempre fiel, les señaló el camino a través del mar, provisto por su omnipotencia, es decir, el *“éxodo”*, o el *“camino fuera”*, que les condujo a la libertad y seguridad del desierto. La ilustración enfatiza que la salida del cerco de las pruebas depende sólo de Dios y que ha de ser aprovechada por la fe. Tantas veces queremos practicar una salida nosotros mismos, por medios humanos, y fracasamos siempre. El término *“ekbasis”* en el griego pasó a significar también el *“éxito”*, pues cuando el cerco se rompe los propósitos anteriores se consiguen por fin. Lo mismo ha pasado a través del latín, con referencia a nuestro vocablo *“éxito”*, que básicamente indica *“salida”*, pero que ha venido a señalar el logro de determinados propósitos, después de vencer los obstáculos. Por medio de esta hermosa provisión divina tanto la tentación como la prueba podrán ser *“sobrellevadas”*, ya que, por fin, veremos abierto delante de nosotros el camino triunfante del *“Exodo”*, o del *“éxito”*.

Huid de la idolatría (1 Co 10:14-22)

1. El peligro del poder atractivo de la idolatría (1 Co 10:14-15)

El apóstol había admitido en (1 Co 8:4) que, según la revelación divina que hemos recibido, *“un ídolo nada es en el mundo”*. Con todo, hacía ver que el mero conocimiento de este hecho no bastaba para determinar la conducta de los creyentes en todos los casos, ya que, frente al hermano que aún tenía *“conciencia del ídolo”*, los demás habían de portarse con respeto y amor. En la porción que estudiamos ahora, Pablo presenta un aspecto más profundo y tenebroso del tema de la idolatría. Comprendiendo su debilidad en todos los órdenes, multitudes de hombres han querido asegurarse del apoyo de poderes sobrenaturales. Dios se ofrecía a ellos mediante su revelación primitiva, por sus obras en la naturaleza y por su revelación especial, pero el diablo entenebreció su mente según el proceso detallado en (Ro 1:18-32): porción que debiera estudiarse en relación con este tema, puesto que destaca la gravedad de la idolatría. El diablo, pues, se interesa en apartar la mirada de los hombres del Dios verdadero hacia vanas imágenes que en sí no son nada, pero que pueden ser vehículos para las operaciones de demonios. He aquí la explicación del aumento de honda preocupación en este pasaje comparado con las razones del capítulo 8, que trataba del tema de las viandas ofrecidas a los ídolos desde el punto de vista de la gracia y del amor propios de la comunión cristiana. Los corintios no habían de entretenerse en las antesalas de los templos idolátricos porque se acercaban a la esfera de la actuación de demonios, quienes tergiversaban los hondos anhelos espirituales de la multitud, convirtiéndolos en superstición y vicio. Si los hermanos entraban allí animados por una confianza carnal basada en sus *“conocimientos”*, podrían incurrir en una especie de *“comunión”*, tanto con los ídolos como con los demonios que operaban detrás de la fachada de la idolatría, *“probando a Dios”* a la manera de los israelitas cuyos cadáveres cayeron en el desierto. Frente a peligros tan graves el apóstol exhorta y manda: *“Huid de la idolatría”*. Ver también (1 Co 6:18).

En el versículo 15 Pablo apela al sentido común de sus comunicantes, quienes habían de comprender que era mucho más sabio huir de tan grave peligro que no acercarse a él con ánimo de probar que sus conocimientos bastaban para evitar la trampa. Acababa de amonestarles del peligro del orgullo espiritual en el versículo 12: *“Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga”*, y reitera su pensamiento que es una locura jugar con el fuego.

El argumento siguiente gira sobre el eje del concepto de la comunión. ¿Cómo podría un hermano consecuente levantarse de la Mesa del Señor para pasar en seguida a las aulas donde se comían viandas asociadas con el sistema idolátrico, por medio del cual operaban los demonios? Debido a este peligro de los corintios, se enfatiza aquí el concepto de la comunión en la Mesa del Señor más que en ningún otro del Nuevo Testamento.

2. La incompatibilidad de la comunión divina y la satánica

La copa de bendición. Al reiterar la institución de la Santa Cena en (1 Co 11:23) Pablo sigue el orden normal de mencionar primero el partimiento del pan, y después la participación en la copa. Aquí menciona primeramente la copa, para pasar después al pan. Este orden podría sugerirse por la importancia que se daba a la copa en los ritos paganos, o quizá surge del relieve de la *“copa de bendición”* —la tercera— de la Pascua de los judíos. De todos modos, no afecta las profundas lecciones de los versículos 16 y 17. Ya hemos notado que la tercera copa de la Pascua se llamaba la *“copa de bendición”*, pasando la misma designación a la de la Cena del Señor, ya que el Señor dio gracias por la copa (Mt 26:27). Con todo, hemos de notar las dos vertientes de este contexto: *“La copa de bendición... que bendecimos”*. *“Que bendecimos”* hace referencia al acto de

bendición ya notado, pero *“la copa de bendición”* significa más, pues viene a ser *“la copa que es medio de bendición”*. Desde luego, no queremos insinuar que la copa tenga valor sacramental, sino que queremos dar todo su valor a la pregunta: *“¿No es la comunión de la sangre de Cristo?”*.

La comunión (*“koinōnia”*) es uno de los conceptos básicos del Nuevo Pacto, significando la participación de varias —o muchas— personas en un solo objeto, por lo que *“una comida en común”* viene a ser la expresión más corriente de la comunión. Lo que el pan y la copa ofrecen es la expresión simbólica de todo cuanto realizó el Señor por nosotros cuando se dio a sí mismo en sacrificio de expiación en la Cruz del Calvario: de este modo, al participar en los símbolos, manifestamos nuestra participación espiritual, por la fe, en todo el profundísimo significado del Sacrificio realizado, confirmando nuestra unión espiritual con el Señor por medio de su obra. Las frases *“comer de la carne”* y *“beber de la sangre”* del Hijo del Hombre, como garantía de la *“vida eterna”* y de la *“vida de resurrección”*, son análogas a las que consideramos aquí (**Jn 6:53-58**). La *“sangre”* es la vida de la Víctima entregada en sacrificio total sobre el altar de expiación (**Lv 17:11**), y la copa de bendición renueva la memoria de la experiencia fundamental del creyente cuando recibió la salvación por la fe.

El pan que partimos. El concepto de la comunión es igual si se trata de la Copa o del Pan. Sin embargo, hemos de observar los matices del simbolismo, pues el pan es *“la comunión del cuerpo de Cristo”*, que pone de relieve el modo en que Dios, movido por su justicia y su amor, proveyó el Cordero para el Sacrificio (**Gn 22:7-8**). Fue preciso el cumplimiento del misterio de la encarnación, por medio del cual el cuerpo santo del Señor fue preparado (**He 10:5**). Ha llegado a ser el Hijo del Hombre —resumen de la humanidad—, y a la vez en él se manifiesta la plenitud de la deidad *“corporalmente”*. El énfasis recae sobre *“el pan que partimos”* como símbolo de la entrega del precioso Cuerpo a la muerte. Uniendo este concepto al de la Sangre, que era la vida derramada hasta la muerte (**Is 53:10-12**), los símbolos llegan a ser la presentación hondamente sugestiva de la Obra total del Dios-Hombre, en la que todos participamos.

El significado del *“un Pan”*. La redacción del versículo 17 es tan sucinta que es preciso suplir verbos para que tenga sentido en castellano. Damos nuestra versión, indicando por paréntesis las palabras añadidas: *“Porque (viendo) un solo pan (comprendemos) que nosotros, siendo muchos, somos un solo Cuerpo”*. Alternativamente, podríamos leer: *“Porque el hecho de que hay un solo pan (significa) que nosotros, siendo muchos, formamos un solo Cuerpo”*. De todas formas el simbolismo resulta claro. No sólo tomamos el pan que el mismo Señor nos entrega como símbolo de nuestra participación en el Sacrificio de la Cruz, sino que, al ver UN PAN en la Mesa comprendemos que nuestra comunión con el Señor es la garantía de una comunión vital con todos los hijos de Dios por todo el mundo. El Señor no formó varios “cuerpos”, sino uno sólo. Como participantes del solo pan, expresamos nuestra comunión con todos los creyentes, comprendiendo que la *“comunión con ídolos”* —o con demonios— es algo incompatible con el sagrado significado de la Mesa del Señor. Para nosotros el *“un pan”* es un testimonio visible de la necesidad de evitar el sectarismo, recordando a la vez que la unión manifestada no es la de organizaciones, sino de una vida común en Cristo.

3. La Mesa del Señor y la mesa de demonios (1 Co 10:18-22)

Los sacrificios y la comunión. Pablo vuelve a la misma figura de los sacerdotes y del altar que empleó en (**1 Co 9:13**), pero con una aplicación muy diferente. Seguramente está pensando en *“el sacrificio de las paces”* (**Lv 3,7**) en el que la grosura de la víctima se ofrecía a Dios, quemándose sobre el altar; los sacerdotes participaban en el sacrificio, según los reglamentos levíticos, quedando lo restante para el uso de los oferentes. Las

varias personas que comían manifestaban su *“participación”* en el sacrificio ofrecido, pues por la figura que se llama “metonimia”, el “altar” significaba el sacrificio que en él fue ofrecido. La participación de sacerdotes y oferentes en el mismo sacrificio enfatiza la comunión, y los corintios no habían de olvidar este estrecho enlace entre la víctima y los adoradores.

Los sacrificios idolátricos y los demonios. Las preguntas retóricas del versículo 18 esperan una contestación negativa, según las enseñanzas ya dadas en **(1 Co 8:1-6)**, pues no es *“nada”* ni el ídolo ni lo sacrificado delante de él. Sin embargo, Pablo pasa a decir que no se trata sólo de la nulidad de la imagen que los ídolos tomaban por una representación de su “divinidad” —o por la divinidad misma—, sino de la actuación satánica, pues el príncipe de la potestad del aire obraba por medio de sus huestes de espíritus caídos a través de los ídolos. Tanto el Señor como los apóstoles afirmaban la realidad de este mundo de espíritus malignos que influían poderosamente en los asuntos humanos después de la Caída **(2 Co 4:4) (Ef 2:2) (Lc 4:6) (1 Jn 5:19)** y Pablo hace ver que había una especie de “concentración” de esta funesta influencia diabólica en los templos de los ídolos. Al comentar **(1 Co 8:10)**, notamos que los salones de los templos servían como lugares de intercambios sociales, pero no se limitaban a tal uso, relativamente inocente. Muy a menudo se formaban asociaciones de los devotos de ciertos “dioses”, cuya “comunión” culminaba a veces en fiestas, y éstas solían degenerar en orgías en las que imperaba el más desenfrenado libertinaje. El diablo obraba con toda libertad en tal ambiente. La idolatría, como obra de demonios e íntimamente enlazada con la fornicación, fue bien conocida por Moisés, quien señala tanto el hecho como el peligro en **(Dt 32:17)**: *“a demonios sacrifican y no a Dios”*. Es interesante leer la cita completa en su contexto. El apóstol añade, con la autoridad que le era propia: *“No quiero que vosotros seáis partícipes con los demonios”*.

Una separación necesaria. Las consideraciones anteriores explican suficientemente los solemnes versículos 21 y 22. De la Copa del Señor y su sagrado significado, ya hemos hablado. La *“copa de demonios”* hace referencia a copas sobre las cuales habían sido invocados los nombres de los “dioses” en el curso de las fiestas idolátricas de los templos paganos. Participar en tal copa significaba *“comunión”* con el ídolo y con los demonios que inspiraban todo el sistema. De igual forma, la comida en el templo se hallaba bajo la advocación del ídolo, haciéndose sentir el poder de los demonios. ¿Quién podría atreverse a pasar de la Mesa del Señor a la de los demonios? No se trataba ya de la nulidad de supuestos dioses, sino de la realidad de la *“corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia”* **(Ef 2:2)**, manifestada en toda su fuerza destructora en las fiestas de los templos idolátricos. Con renovado acento profético Pablo pregunta: *“¿o provocamos a celos al Señor? ¿Somos más fuertes que él?”*. “Los celos” del Señor indican la imposibilidad de reconocer imaginadas “divinidades” que le hagan competencia, y el pacto antiguo se basaba sobre este mandamiento primordial: *“No tendréis dioses ajenos delante de mí”*. La idolatría de Israel en tiempos antiguos deshizo el pacto, y servía de solemne advertencia frente al peligro de jugar con asociaciones idolátricas en Corinto. Algunos se creían *“fuertes”* en su saber, pero, ¿pretenderían ser más fuertes que Dios, llegando hasta el desafío?

Muchos buenos hermanos han estropeado su testimonio por exigir una “separación” falsa, empleando como norma sus propias ideas legalistas. Tal actitud da de lado la enseñanza del “Pan único” del versículo 17 y abre la puerta a graves pecados contra el amor, la comunión, la humildad, etcétera. Con todo, existe la separación real que Pablo señala aquí y en **(2 Co 6:14-16)**, pues no puede haber participación de la justicia con la iniquidad,

de la luz con las tinieblas, de Cristo con Beial, o del templo de Dios con los ídolos. Una cosa es ir al mundo con el Evangelio y muy otra participar en sus malas obras.

La libertad debe buscar la gloria de Dios (1 Co 10:23-11:1)

1. El tema del capítulo 8 —la libertad— renovado (1 Co 10:23-26)

La repetición de la cita *“todas las cosas son lícitas, pero no todas convienen; todas las cosas son lícitas, pero no todas edifican”*, vuelve a plantear el problema de la libertad cristiana, y mayormente la del hermano *“fuerte”* frente al *“débil”*. Las exhortaciones en **(1 Co 10:23-11:1)** se parecen mucho a las del capítulo 8, pero la discusión anterior sobre una posible *“comuni3n con demonios”* introduce una nota más solemne en esta renovaci3n del tema. Se ponen de relieve las mismas leyes del amor y de la comprensi3n frente al hermano de conciencia débil, pero Pablo considera los efectos de *“la libertad sin amor”* en el área más amplia del testimonio de la Iglesia en general. La cita del **(Sal 24:1)**, *“del Señor es la tierra y su plenitud”*, vuelve a afirmar la doctrina esencial de la limpieza de toda vianda como tal, delante del Señor que la creó, lo que hace posible comer de todo lo que se vende en las carnicerías sin necesidad de averiguar nada. Pero Pablo vuelve a señalar las limitaciones de la libertad por la exhortaci3n: *“Ninguno busque su propio bien, sino el de su prójimo”*.

2. Un ejemplo práctico de cómo mantener la libertad (1 Co 10:27-30)

Se ha establecido —contra el parecer de algunos de los *“engreídos”* de Corinto— que el creyente no tiene nada que hacer en templo de ídolos, pero queda la posibilidad de que personas inconversas extiendan una invitaci3n a creyentes de la congregaci3n para comer, y Pablo no recomienda una soluci3n simple y legalista, diciendo *“No vayas”*. Deja la decisi3n al individuo: *“si queréis ir”*, pues circunstancias sociales, de familia o de negocio pueden llevar a un creyente a las casas de personas incrédulas. A la hora de comer surge el problema de las viandas, si serán sacrificadas a los ídolos o no. El hermano no tiene obligaci3n de averiguar nada, pues puede comer de lo que le ponen delante, reconociendo en las viandas las buenas provisiones de su Padre Dios. Ahora bien, si el anfitri3n —o un convidado— advierte que la carne ha sido sacrificada ritualmente, el creyente ha de dejarla *“por causa de aquel que lo advirtió y por causa de la conciencia; la conciencia, no la tuya, sino del otro. Pues, ¿por qué se ha de juzgar mi libertad por otra conciencia?”*. Persiste el mismo argumento hasta el fin del versículo 30.

El caso necesita cuidadosa consideraci3n, pues, a primera vista, parece ser que Pablo cae en una contradicci3n. Por una parte aconseja algo que somete la conciencia cristiana al arbitrio de otros, y por otra, pregunta: *“¿por qué se ha de juzgar mi libertad por otra conciencia?”*. Es preciso *“reconstruir”* la escena en la casa del anfitri3n pagano para entender bien el sentido. El cristiano es conocido como tal, y puesto que los paganos dan un valor real a sus ídolos, esperan que el cristiano, si es consecuente, se abstenga de comer carnes ofrecidas ritualmente ante los *“dioses”*. Les sería imposible comprender la libertad de los *“fuertes”*, porque no reconocen al Dios único y Creador, y si el creyente siguiera comiendo de las viandas señaladas, pensarían: *“¡Vaya cristiano! ¡Dice que adora a su Dios y a Cristo y allí está comunicando con nuestro dios!”*. El creyente incauto o terco, por mantener su libertad inoportunamente, ofrecería el sagrado misterio de su conciencia al debate ignorante de los infieles. Es un caso en el que la libertad genuina se mantiene intacta por una autolimitaci3n de parte del creyente mismo. La lecci3n permanente es que no nos expongamos a la crítica de los incrédulos en nuestra conducta, pues en algún caso, lo que nos permite la conciencia ha de ser examinado a la luz de las

circunstancias, reconociendo que a veces hombres del mundo son más estrictos en su concepto de lo que un cristiano debiera hacer, o dejar de hacer, que el mismo creyente.

3. Principios permanentes de acción (1 Co 10:31-11:1)

La gloria de Dios ha de ser la meta. La repetida declaración: “Tal o cual cosa no es pecado”, “no veo nada malo en ello”, reduce la vida cristiana a una mera posición defensiva. “Si no pueden convencerme de que es pecado, sigo haciéndolo porque me gusta”, viene a reflejar una actitud muy corriente. Está bien que uno coma y beba con gusto de lo que Dios ha provisto (1 Ti 6:17), pero este gusto personal ha de subordinarse a lo que conviene a la gloria de Dios. En una declaración análoga Pablo exhorta: “Cualquier cosa que hagáis, ya de palabra, ya de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col 3:17), pues se conseguirá la gloria de Dios cuando se llegue a actuar en el nombre del Señor Jesucristo, o sea, cuando él dirija toda nuestra actividad según su divina autoridad y potencia. Dejemos lo meramente negativo para buscar las normas positivas del Reino de Dios. No interesa defendernos, pues nuestro Señor es muy capaz y deseoso de hacerlo, sino ponernos a las órdenes de nuestro Capitán.

Es preciso evitar los tropiezos. Los hermanos trataban a veces con los judíos de las colonias de las grandes ciudades; más a menudo se hallaban rodeados de griegos, o sea, gentiles en general; al mismo tiempo buscaban su comunión íntima con sus hermanos de la congregación, representando la Iglesia universal. En todos estos variados contactos tropezaban con personas de distinta formación y debían seguir las normas que Pablo dio a conocer en (1 Co 9:23). Personas legalistas, que tienden a la inflexibilidad, hallan muy difícil la adaptación al medio sin sacrificar algo que les parezca ser un principio real, y de hecho sólo el amor y el conocimiento de la Palabra capacitan para un testimonio activo que evite poner tropiezos en el camino del prójimo. El que ama a su hermano, o a su prójimo, se hace un poco psicólogo gracias a la perspicacia del amor que ve más allá de la mera razón. El conocimiento bíblico, iluminado por el amor, nos ayudará a mantener nuestra libertad esencial sin cometer el grave pecado de escandalizar a nadie.

El ejemplo de Pablo. De nuevo Pablo puede apelar a su propio ejemplo, como siervo consecuente del Señor, quien se dio a sí mismo por nosotros: “*Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo*”. Aquí el buen ejemplo consiste en complacer a todos, no procurando su propio beneficio, sino el del mayor número posible, para que sean salvos (1 Co 10:33). Nos recuerda (Ro 15:2-3), donde hallamos una exhortación análoga basada en el ejemplo de Cristo: “*Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo bueno, para edificación: porque aun Cristo no se agradó a sí mismo*”. ¡Tantas almas necesitan recibir algo de las riquezas de la gracia de Dios, siendo cauce normal para ello la vida y el servicio de los creyentes! ¡Tantas veces las oportunidades se pierden a causa de nuestras preocupaciones egoístas! ¡Tantas veces un vivir descuidado coloca tropiezos en el camino de hermanos que son acreedores de nuestra ayuda, sin parcialidades ni predilecciones, según la ley del amor! ¿Prestaremos oído a las exhortaciones y mandatos de la Palabra? ¿Estamos dispuestos a considerar el Ejemplo perfecto de Cristo y su buen reflejo en la vida de amor y de servicio de Pablo? Si alguno alega —sin razón— que no le es posible seguir el sublime ejemplo del Dios Hombre, que considere que Pablo era hombre sujeto a iguales condiciones humanas que nosotros, y, sin embargo, se dedicaba de todo corazón al servicio de su Dueño y a la ayuda de todos los hermanos posibles según las oportunidades del momento. Además, su gran corazón abarcaba a todos los hombres por los cuales Cristo murió. El amor siempre “*edifica*” y sabrá discernir siempre lo que es “conveniente” para la gloria de Dios y la bendición del hermano.

4. Nota adicional: Las designaciones de la Santa Cena

La Cena del Señor (**1 Co 11:20**). Esta designación subraya el origen histórico del acto, en la víspera de la Cruz.

La Mesa del Señor (**1 Co 10:21**). Pone de relieve la comunión de la familia cristiana que rodea la mesa del Padre, para comer lo que él proveyó.

La comunión (**1 Co 10:16**). Recuerda nuestra participación espiritual en todo el valor de la Obra de la Cruz. Su significado va muy unido con el del epígrafe siguiente.

El partimiento del pan (**Hch 2:42**) (**Hch 20:7**). El término enfatiza el aspecto del Sacrificio, o sea, la entrega del precioso Cuerpo de la Víctima, que llega a ser "*Pan de vida*" para el creyente (**Jn 6:48-51**).

La eucaristía. Se emplea poco entre los protestantes, pero en sí no quiere decir más que el "*acción de gracias*", basado en (**1 Co 11:24**), etcétera. Para los católicorromanos viene a significar una renovación del Sacrificio, y no sólo la recordación del único Sacrificio realizado una vez para siempre (**He 9:26**) (**He 10:10,14**).

Preguntas

1. Explique el sentido del versículo siguiente, con amplia referencia al contexto: "*Pero de los más de ellos no se agradó Dios, pues quedaron tendidos en el desierto*" (**1 Co 10:5**).
2. Analice (**1 Co 10:12-13**), destacando todas sus frases. Relacione todo con los versículos anteriores.
3. ¿Qué entiende por el término "*comunión*" según se emplea en (**1 Co 10:16-17**)? En su contestación, haga amplia referencia a la sección (**1 Co 10:14-21**), recordando que los términos "*participar*" y "*partícipes*" se relacionan estrechamente con la "*comunión*".

El orden establecido en las iglesias - 1 Co 11:2-34

Consideraciones generales

Hasta este punto, en el desarrollo de la Epístola el apóstol ha venido corrigiendo tendencias que brotaban de la carnalidad de ciertos hermanos. Dejándose llevar por “lo humano”, se inclinaban a la sabiduría humana, se agrupaban alrededor de ciertos “nombres” de los siervos de Dios, sin comprender bien la naturaleza del servicio de cada uno; criticaban al apóstol que les había llevado el Evangelio; no comprendían la necesidad de la pureza moral en la iglesia y se hallaban divididos en cuanto al uso de las viandas ofrecidas a los ídolos. Ahora notamos cierto cambio de énfasis, pues desde **(1 Co 11:2)** hasta el fin del capítulo 14 Pablo habrá de tratar de asuntos que atañen más bien a la congregación en general. ¿Cómo han de portarse los hermanos cuando se reúnen a los efectos de la adoración y del ministerio de la Palabra? De nuevo Pablo se ve obligado a corregir bastantes defectos y malas costumbres, algunas de las cuales nos parecen ser totalmente ajenas al testimonio cristiano; otras cuestiones nos dan la impresión de ser nimias, o de importancia muy secundaria, ya que las costumbres de la sociedad que conocemos son muy diferentes; sin embargo, es preciso discernir los principios fundamentales que realmente informan estos asuntos.

Sin duda, es legítimo examinar las circunstancias de entonces para aquilatar la importancia de ciertas costumbres (o reglamentos) en la iglesia, pero, a la vez, es preciso tratar el texto bíblico con sumo respeto, pues si dejamos de dar importancia a tal o cual mandato, por parecernos que los tiempos han cambiado, quizá dejaremos la puerta abierta a presunciones humanas que descuiden también doctrinas fundamentales bajo el pretexto de que la mentalidad humana ya no admite tales conceptos. Una escrupulosidad excesiva podría convertir ciertas indicaciones en un legalismo oneroso, impidiendo la extensión del Evangelio y suscitando debates carnales hasta desvirtuar la autoridad divina del texto bíblico. Como siempre, el Señor espera de nosotros un verdadero ejercicio del corazón, orientado por la inteligencia espiritual y siempre fiel a lo que él nos ha revelado.

El hombre y la mujer en la congregación (1 Co 11:2-16)

1. La obediencia de los corintios (1 Co 11:2)

El apóstol, animado por la sabiduría y el tacto que había recibido del Señor, no deja pasar posibles ocasiones para alabar a los creyentes, y aquí, pese a cuanto tuvo que reprender, reconoce una obediencia general a las instrucciones que les había entregado. Con todo, algunos expositores han pensado que Pablo comenta más bien una frase de la carta recibida de los corintios, que profesaba obediencia, sin que reflejara una actitud de verdadera sumisión a lo que habían aprendido. Sin duda se acordaban del apóstol — como decían en la carta—, y que “*retenían las instrucciones*” (“*paradoseis*” = tradiciones, o sea, la enseñanza entregada), pero hay abundante evidencia de que muchos hermanos tendían a interpretar las instrucciones a su manera, como vemos a renglón seguido.

2. Una jerarquía establecida por Dios (1 Co 11:3)

A veces, encontramos creyentes que se atreven a comentar el reglamento del velo con cierto desprecio, pensando que sólo se trata de unas costumbres externas, que tienden a modificarse con el paso del tiempo, o si nos trasladamos de un lugar geográfico a otro. Pablo, sin embargo, funda la costumbre del velo sobre un orden fundamental que Dios ha

establecido. En toda sociedad ha de haber una jerarquía, o sea, grados de autoridad que se han de respetar si se quiere evitar la anarquía. En lo que se refiere a las relaciones entre Dios y los hombres, Dios mismo es el Creador y Fuente de toda autoridad. A los efectos ejecutivos de esta autoridad, se presenta el Hijo eterno, quien siempre era Mediador entre el Trino Dios y la creación. Por medio de la encarnación, el Hijo llega a ser el Señor Jesucristo, en cuyas manos Dios ha entregado todo lo referente al hombre. Cristo, pues, es cabeza del varón. Como el “*hombre*” existe en dos sexos, es preciso establecer un orden jerárquico entre varón y hembra, y Dios ha dispuesto que el varón sea cabeza de la mujer. Esto no quiere decir que la mujer sea inferior al varón, pues personalmente puede valer más que él, según su constitución y dotación personal: con todo, jerárquicamente, el varón ha de ser “*cabeza*”, pues, normalmente, se presta mejor para llevar a cabo la lucha externa, mientras que las condiciones de la mujer —especialmente las de la maternidad— la señalan como la fuerza del hogar. La ordenanza del velo ha de comprenderse en relación con esta jerarquía establecida por Dios: Dios... Cristo... el varón... la mujer.

3. El varón y la mujer en el ejercicio de su ministerio (1 Co 11:4-5)

Pablo ha de volver a sus razones sobre el orden jerárquico que rige en las relaciones entre el varón y la mujer, pero antes recoge las observaciones de la carta de los corintios, que reflejaban algunas innovaciones que surgían, sin duda, de la sabiduría carnal de algunos hermanos. En el versículo 7 el apóstol habrá de decir que el varón es “*imagen y gloria de Dios*”, con clara referencia a (Gn 1:26); por lo tanto, su cabeza no ha de cubrirse. Acaba de decir que la “*Cabeza*” del varón es Cristo, y hemos de tomar en cuenta que “*cabeza*” podrá usarse, o en su sentido literal, o en el figurado. De todo ello deduce que si el varón ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta a su “*Cabeza*”, que es Cristo, pues el significado de su “*ser*”, “*hecho a imagen de Dios*”, ha de manifestarse delante de todos. No ha de esconderse la obra de Dios ni se ha de confundir el orden establecido.

En cambio, la categoría subordinada de la mujer —jerárquicamente hablando— ha de manifestarse cuando ora o profetiza. Anticipando lo que subraya después, Pablo piensa que la mujer que rechaza el velo se porta como si quisiera tener la cabeza rapada. El velo, como “*señal de autoridad*”, dará validez a su ministerio dentro del orden establecido por Dios, evitando la impresión de que quisiera “*tener dominio sobre el varón*” (1 Ti 2:12).

Tropezamos aquí con una dificultad de interpretación que es muy difícil aclarar satisfactoriamente, pues el hecho de que la mujer haya de orar o profetizar con la cabeza cubierta indica que, en algún momento, ha de orar o profetizar en público, pues aquí no se trata de lo que haga en privado, que no es tema de legislación en este contexto. Ahora bien, Pablo dirá en (1 Co 14:34): “*vuestras mujeres callen en las congregaciones, porque no les es permitido hablar*”. Por (Hch 21:9) sabemos que las hijas de Felipe el evangelista profetizaban. ¿Cuándo y dónde han de ejercer su ministerio público las hermanas dotadas? Es evidente que (1 Co 14:34) constituye un mandato, mientras que, en último término, no podemos hacer más que sacar deducciones de (1 Co 11:4) y de (Hch 21:9), y es preciso someternos al mandato. Frente a una contradicción aparente —para resolverla necesitaríamos conocer exactamente el pensamiento íntimo de Pablo al redactar las dos porciones— parece mejor aceptar el mandamiento en lo que se refiere a la congregación reunida en su orden normal, que constituye el fondo de (1 Co 14:34), al par que se abra amplia puerta al ministerio de las hermanas dotadas para ello en otras ocasiones, que incluirían reuniones para mujeres o para jóvenes. Al celebrarse reuniones en casas, o en el desarrollo de obra misionera en nuevas regiones, sucede muchas veces que los varones presentes no saben nada de la Palabra, siendo incapaces de ministrarla; entonces, si hay hermanas presentes con conocimiento y don, no quebrantan la jerarquía

establecida si dan un mensaje. Es seguro que el apóstol no quería que el buen orden en las congregaciones impidiera que almas hambrientas escucharan la Palabra para el bien de sus almas.

4. Más consideraciones sobre el uso del velo (1 Co 11:6-15)

Las costumbres orientales y de Corinto. Es preciso considerar el efecto que produciría en la mente de los corintios el ver a la mujer descubierta en la congregación. Sólo las “hetairas”, o sea, mujeres de vida libre, andaban sin velo por las calles de Corinto, y, en vista del bajo nivel de la moralidad sexual de la sociedad corintia, fue muy necesario que la mujer cristiana se mostrase recatada y modesta en todo. Un intento de “emancipar” a la mujer entonces habría sido interpretado como el deseo de sacudir todas las normas éticas de la sociedad. Las pobres esclavas andaban rapadas, lo que se consideraba como la ignominia más extrema para su sexo, y no convenía crear impresiones que sólo perjudicarían el testimonio. El versículo 6 ha de entenderse a la luz de estas consideraciones.

No ha sido siempre verdad que fuese una vergüenza para el varón llevar el pelo largo, pero en las sociedades civilizadas, por regla general, ha prevalecido la costumbre del pelo corto. Los romanos, tan varoniles, llevaban la cabeza rapada y no admitían otra cosa. En cambio, el pelo largo de la mujer siempre ha sido una característica de su feminidad, un adorno apreciado a través de los siglos. Ahora bien, lo importante es que el indumento sea índice de la diferenciación de los sexos, y si los tiempos o lugares han modificado las claras impresiones de antes —sin destruirlas, ni siquiera en nuestros tiempos—, no se gana nada por procurar “legislar” sobre lo largo del pelo de la mujer. Suponemos que, aparte de la posible exigencia de una enfermedad, a ninguna mujer le va a gustar la idea de ir “rapada”.

Consideraciones basadas sobre la narración de la creación (1 Co 11:7-12). Una vez establecido lo más importante —la jerarquía que Dios ha establecido— Pablo razona como hemos visto sobre los malos efectos que surgirían de lo que podría considerarse como una falta de decoro y de modestia en la mujer sin velo, dadas las costumbres y modas de Corinto. Las consideraciones de los versículos 7-12 sacan consecuencias de la narración de la creación, con referencia especial a Génesis capítulo 2. Es evidente que (Gn 1:26-27) resume el propósito de la creación y su realización con referencia al “hombre total”, que abarca los dos sexos. El capítulo 2 detalla la creación del varón en primer lugar, enfatizando su soledad en medio de todo lo creado a causa de su naturaleza especial. Podría dar nombres a los animales, pero sin hallar “compañera” entre ellos. Por eso Dios le dio una esposa de su propia sustancia, quien podía serle “ayuda idónea”. De ahí las declaraciones de nuestros versículos: *“El varón es... imagen y gloria de Dios..., la mujer es la gloria del varón..., el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón”*. De la manera en que el Maestro solucionó el problema del divorcio apelando a lo que Dios hizo “al principio” (Mt 19:4-5), así Pablo también vuelve a las fuentes de la historia de la raza para señalar la conveniencia de mantener la señal de la jerarquía que Dios había ordenado en el proceso de la creación.

La “autoridad” y los “ángeles”. El versículo 10 saca la conclusión de las razones anteriores diciendo (según la mayoría de las versiones): *“Por lo cual la mujer debe tener sobre su cabeza señal de autoridad (o, de estar bajo autoridad) por causa de los ángeles”*, bien que la Vers. H. A. escribe “señal de estar bajo” en cursiva, para indicar que estas palabras se necesitan para completar el sentido, sin que se hallen en el original. Efectivamente, el griego reza: *“exousian echein”* que es, sencillamente, “tener autoridad” sobre la cabeza. Algunos expositores han querido prescindir de las palabras aclaratorias, viendo en el velo señal de autoridad, y no de estar bajo autoridad, pero el contexto parece tan claro que es

mejor quedar con el concepto del velo como señal de la autoridad del varón sobre la mujer según la jerarquía que se ve establecida en el versículo 3.

¿Quiénes serán los “*ángeles*” de la última frase de este versículo? De nuevo, ha habido diversas explicaciones. Los más de los expositores sanos recuerdan la intervención de ángeles en los momentos cumbres de la redención, describiéndose como “*espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación*” (He 1:14). Según ellos, la frase significa que la modestia de las mujeres, y su sumisión a la jerarquía ordenada por Dios, pueden ser objeto de interés hasta para seres angélicos que se hallen invisiblemente presentes en el acto del culto. Puede ser así, pero hemos de tener en cuenta que “*angelos*” quiere decir “*mensajero*” en asuntos terrenales, de modo que la frase podrá ser “*a causa de los mensajeros*”, pues no hay nada en el contexto que exija que se trate de mensajeros celestiales. Sabemos que muchos siervos de Dios pasaban de una iglesia a otra en la época apostólica cumpliendo diversos ministerios. Con una palabra análoga y en un caso concreto, éstos se llaman “*mensajeros de las iglesias y gloria de Cristo*” (2 Co 8:23). Estos siervos de Dios provenían de iglesias donde las mujeres se portaban con recato y modestia y les sería motivo de escándalo el ver a hermanas en Corinto tan “*emancipadas*” que prescindían ya del velo en el culto y en actos de ministerio, como si no quisiesen admitir la señal de la jerarquía divinamente establecida. Preferimos esta explicación porque nada sabemos de las reacciones de ángeles celestiales en tales casos, y sí podemos deducir cuál sería el efecto en siervos del Señor que visitaban la iglesia en Corinto.

Como punto práctico hemos de recordar que el velo es para la hermana, miembro de la congregación, quien debiera llevarlo al celebrarse el culto de la iglesia. No es el lugar consagrado que inspira reverencia, según la idea de los catolicorromanos, sino la constitución de la iglesia espiritual, que se dedica a sus cultos y a su ministerio según el orden establecido. Cuando evangelizamos intentamos llevar las Buenas Nuevas a todos, y si no llega el mensaje de vida a los oídos de los pecadores, no hemos hecho nada. Para ello el Maestro se sentaba entre publicanos y pecadores, que no se conformaban a las costumbres de sus compatriotas piadosos; sería una verdadera locura procurar que mujeres que entren en una reunión de evangelización llevaran velo o sombrero. Predicamos el Evangelio en las capillas porque no es siempre posible hacerlo en las calles o en sitios de concurrencia pública, y si amamos a las almas daremos una bienvenida cordial a todos los visitantes, bien vestidos o mal vestidos, con o sin velo.

La unidad esencial de los sexos. Pablo no quiere que su preocupación por el buen orden en el culto sea motivo de que el varón se crea superior a la mujer por la naturaleza, ya que todos los seres humanos venimos al mundo por el proceso de la procreación, todos tenemos padre y madre, y es muy evidente que “*el varón es por medio de la mujer*”, como madre. Aquí la lección se saca de la naturaleza del nacimiento, y no de la narración de la creación como en los versículos 8 y 9. Bajo este punto de vista todo procede del Dios Creador, y las leyes de la herencia —según la voluntad de Dios— podrán determinar que la mujer —en determinados casos— sea más ricamente dotada que el varón. Esto debiera reconocerse sin atentar contra la jerarquía que hemos estudiado.

Lo honroso y lo deshonroso. Los nazareos habían de dejar crecer el pelo durante el período de su voto (Nm 6:5), precisamente para distinguirles de otros hombres, como apartados para Dios, lo que de por sí indica que la práctica normal era que el varón cortara su pelo. El pelo largo y hermoso de Absalón (2 S 14:25-26) parecía ser símbolo del atractivo humano unido con el corazón de un traidor. Ya hemos dicho que la resonancia que tengan las palabras del apóstol aquí depende mucho de quienes las lean, pues se determina en gran parte por las costumbres que han conocido y por su educación personal. Recordemos que habla a los corintios diciéndoles: “*Juzgad entre vosotros*

mismos...” (traducción literal del versículo 13), pues sabía las impresiones que recibirían los corintios, cuya sociedad conocía íntimamente.

Se han sacado conclusiones muy extrañas del final del versículo 15, donde nuestras versiones rezan: *“Porque el cabello le es dado en lugar de velo”*. Se ha dicho: “Si el pelo le es dado en lugar de velo, sobra el velo y basta el pelo”, sin comprender que esta deducción destruye todo lo que Pablo ha venido demostrando desde el versículo 3. De hecho, la palabra aquí no es la corriente para velo, sino *“peribolaion”*, que significaba “manto” o “capucha”. Pablo ve en el largo pelo de la mujer un vestido natural que va bien con su modestia femenina. El velo —como hemos señalado en el versículo 6— es algo complementario, una “señal” de la jerarquía establecida, de modo que el pelo no permite que la mujer (en la congregación) pueda prescindir del velo si quiere someterse al orden divino revelado al apóstol.

5. Las costumbres apostólicas y eclesiales (1 Co 11:16)

Una lectura superficial del versículo 16 puede dar la impresión de que el apóstol permite a los contenciosos que vayan por su propio camino en el caso del velo de las hermanas, como si no valiera la pena luchar por algo secundario. Pero si paramos para meditar en el asunto nos extraña que el apóstol dedique un largo párrafo a unas claras instrucciones, fundadas sobre la Palabra, para decir luego que los contenciosos podrán hacer lo que quieran. No solía hablar así Pablo, y ya hemos comentado su *“proceder”* y sus *“enseñanzas”*, que quedaban como norma en todas las iglesias (1 Co 4:17). El verdadero sentido es éste: *“Pero si alguno pretende argumentar en contra de lo que acabamos de decir, nosotros —los apóstoles— no tenemos la costumbre de que las hermanas prescindan del velo, ni tampoco las iglesias de Dios en otras partes”*. La nueva costumbre sería la de abolir el velo, que el apóstol no admite, añadiendo que las demás iglesias mantenían el decoro de las mujeres y la *“señal de autoridad”*. Lo importante es la reiteración de las normas apostólicas, que no fluctuaban según el sitio y la iglesia, como algunos han pretendido. Léanse en la Vers. H. A.: (1 Co 4:17) (1 Co 11:2,16) y (1 Co 14:36-38).

El “ágape” y la cena del Señor (1 Co 11:17-34)

I. Informes desde Corinto (1 Co 11:17-19)

Ya hemos visto que se mantenían comunicaciones frecuentes entre Corinto y Éfeso, donde Pablo se hallaba a la sazón. Al pasar a otro asunto, el apóstol nota una vez más que había sido informado de algo muy desagradable que sucedía en la reunión de la iglesia. No menciona esta vez el nombre del comunicante, y no da crédito a todo lo que oye: *“oigo que existen entre vosotros divisiones, y en parte lo creo”* (1 Co 11:18); sin embargo, después de cribar la evidencia, está convencido de la necesidad de corregir graves desórdenes. La primera frase de esta sección —*“Al mandaros esto, no os alabo”*— se refiere a las instrucciones autoritativas que ha de darles, abarcando *“esto”* los temas que ahora surgen. Algo de alabanza cabía al iniciar la sección anterior (1 Co 11:2), pero aquí Pablo se ve obligado a escribir, tristemente, *“No os alabo”*.

Juntándose como iglesia. Los cristianos del primer siglo se congregaban en casas particulares que fuesen bastante amplias para la reunión de la iglesia. No había lugar sagrado, pero sí una reunión sagrada, que era la reunión en *“ekklesia”*, o sea, en función de iglesia. En el versículo 20 se emplea otra frase técnica para lo mismo, *“epi to auto”*, *“en el mismo lugar”* o *“en uno”*. Tales reuniones, convocadas para la adoración, la comunión y el ministerio de la Palabra —todo ello en la potencia del Espíritu Santo—, habían de resultar en gran bendición para los fieles. Sin embargo, Pablo indica en seguida que

cuando los corintios se congregaban como iglesia, no salían edificados, sino todo lo contrario; no era *“para lo mejor, sino para lo peor”*. El Señor convirtió el agua en vino, pero la carnalidad de los corintios convertía los medios de gracia en victorias para el diablo.

Divisiones y partidos. Las divisiones que se notan en este pasaje son distintas de las que estudiamos en los capítulos 1 a 4; las anteriores surgían del intento de ensalzar a determinados siervos de Dios, utilizando sus nombres como bandera de facciones. Aquí, los corintios se dividen a causa de la falta del amor. Por eso, los lazos espirituales de la confraternidad cristiana no eran suficientemente fuertes como para unir las clases sociales en una sola familia, destacándose aún las diferencias sociales y económicas de ambos. El término *“los partidos”* del versículo 19 traduce *“haireseis”*, un nombre que se deriva del verbo *“escoger”*. Las predilecciones de muchos corintios podían más que las enseñanzas sobre la unidad de la iglesia, y por fin se manifestaban en trágicas divisiones (*“schisrnata”* = jirones rasgados), las que se notan en el versículo 18. Ya veremos cómo este espíritu de clase se manifestaba en el Ágape.

A primera vista parece ser que el apóstol se consuela con muy poca cosa en el versículo 19: *“Preciso es que entre vosotros haya también partidos, para que también vengan a ser manifiestos los que entre vosotros son aprobados”*. Creemos que no escribiría tal cosa a iglesias unidas en el amor de Cristo, como las de Filipos o de Tesalónica. Algunos hermanos de Corinto habían logrado un liderazgo basado en factores carnales, y toda la iglesia sufría de las consecuencias. *“Ahora —dice Pablo, en efecto—, si el imán de la codicia y de la carnalidad atrae a aquellos que dañan el testimonio, agrupándoles en partidos según sus predilecciones y sus imaginados intereses, los hombres espirituales, los verdaderos siervos de Dios, se destacarán precisamente porque los carnales les habrán abandonado. Entonces los sencillos de la congregación discernirán más claramente la verdadera obra de Dios”*. Fue un “consuelo” que surgió de una situación alarmante, siendo válido sólo en el caso de iglesias de bajo nivel espiritual, como la de Corinto. De todos modos, se abunda más aquí en lo que antes hemos notado: entre los muchos creyentes en Corinto se hallaban no sólo carnales, sino también muchos hermanos *“aprobados”* por el Señor, ya que su testimonio y su servicio se desenvolvían según las normas de la Palabra.

2. Desórdenes que impedían la debida celebración de la Cena del Señor (1 Co 11:20-22)

El Ágape sin el amor. Las asociaciones paganas —dedicadas al culto de alguna falsa divinidad— solían reunir a sus miembros para banquetes, que expresaban —a su manera— cierta “comuni3n”. Parece natural que personas unidas por lazos especiales se junten para comer en com3n, y persistía entre las iglesias el recuerdo de la vida comunitaria de la primera iglesia en Jerusal3n. De todo ello surgía el “ágape” o el “festín de amor”, uniéndose los hermanos para comer en com3n. Probablemente solían celebrar la Cena del Señor después de esta comida, y podemos pensar que, en iglesias llenas de amor y de espiritualidad, la ocasi3n sería, en efecto, una hermosa manifestaci3n de la comuni3n cristiana.

Lo que deducimos de los versículos que tenemos delante es que algo muy hermoso en sí se había convertido en escándalo en la iglesia de Corinto, con grave peligro para el testimonio. El festín de amor se había cambiado en una manifestaci3n de feroz egoísmo, pues los ricos no ayudaban a los pobres a comer mejor, sino todo lo contrario, pues llevaban de su abundancia a la iglesia, comiendo y bebiendo de prisa y en demasía, dejando a los pobres y esclavos —que muchas veces llegarían tarde a causa de sus obligaciones— a comer la mísera raci3n que pudiesen traer. El exceso de los acomodados podría llegar hasta la embriaguez. Los ricos y sus partidarios despreciaban

así la iglesia de Dios y avergonzaban a quienes tenían poco de los bienes de este mundo. Nos sorprende que la carnalidad de muchos corintios pudiese llegar a tan feas manifestaciones en público, y recogemos la lección saludable —que nos humilla delante del Señor— de que la carne en nosotros nunca se mejora, pues sólo la gracia constante de Dios nos mantiene alejados de caminos vergonzosos, que dan al traste con el testimonio cristiano.

Las condiciones que hemos señalado parecen corresponder al ágape, la comida que debería haber sido *“en común”*; en el versículo 20, sin embargo, Pablo menciona la Cena del Señor, y para corregir los abusos pasa en seguida a renovar sus instrucciones sobre este acto central del culto y vida de la iglesia. Quizá hemos de entender que el ágape solía preceder la Cena y por eso no se hace una clara distinción entre las dos vertientes de la reunión. No es de suponer que los miembros de las iglesias de la época apostólica pudiesen “salir” para muchas reuniones, pues muchos eran esclavos y tendrían que acudir o muy temprano por la mañana o muy tarde por la noche, según permitiera la benevolencia —o la severidad— de sus amos. El cuadro total que emerge, al considerar las diversas referencias e instrucciones de esta epístola, nos da la impresión de que los creyentes se reunían en alguna hora posible para todos, “en función de iglesia”, celebrándose primeramente el Ágape y después la Cena del Señor, pasando luego al ministerio de la Palabra.

El versículo 22 indica que el hambre debiera haberse satisfecho en casa, con el fin de que la comida en común preservara su carácter como manifestación eficaz de la comunión cristiana. Esto se confirma por los versículos 33 y 34, añadiendo Pablo la exhortación de *“esperaos los unos a los otros”* a los efectos del buen orden y de una comunión real.

“No es posible comer la Cena del Señor”. Nuestro epígrafe se saca de la Vers. H. A., pero si miramos a la Vers. R. V. (1960) veremos: *“Cuando, pues, os reunís vosotros, esto no es comer la Cena del Señor”*. ¿Cuál es la base de estas traducciones diferentes? La Vers. R. V. es la más literal, pero, sin duda, tomando en cuenta el contexto y el énfasis que recae sobre la Cena del Señor (*“Kuriakon deipnon”*), la Vers. H. A. expresa más claramente el verdadero pensamiento de Pablo. Dice, en efecto: *“Os reunís en función de iglesia, pero lo que hacéis no es la celebración de la Cena del Señor, porque, al tiempo de comer, cada uno se anticipa a tomar su propia cena”*. El propósito declarado era el de celebrar la Cena, pero el egoísmo, la gula y las prisas de los carnales habían rebajado “la cena señorial” a una mera francachela humana.

3. La celebración de la Cena del Señor (1 Co 11:23-26)

La revelación que Pablo recibió. Frente a la limitada comprensión espiritual de muchos de los corintios, Pablo vuelve a la fuente de la narración evangélica para detallar la manera en que el Señor Jesucristo instituyó la Cena en *“la noche en que le estaban entregando”*, subrayando de esta manera no sólo la solemnidad de la ocasión, sino también el amor del Señor, quien superó su propia angustia con el fin de dejar este recuerdo fundamental de su Persona y Obra para todas las generaciones de los fieles, a través de los siglos. ¡Fue terrible que algo tan precioso se volviera en escarnio!

Sin duda, Pablo había recibido de los Doce una narración auténtica de la institución de la Cena, a pesar de que no se habían redactado nuestros Evangelios “canónicos” en la fecha de escribirse esta epístola, y es posible que la frase *“porque yo recibí del Señor”* se refiera a esta “entrega” por medio de sus compañeros en el apostolado, los doce testigos de la Obra del Señor. Con todo, recae un énfasis tan fuerte sobre *“Yo recibí del Señor”*, que hemos de entender, por lo menos, una confirmación especial de esta verdad por revelación directa, y más al recordar las muchas veces en que leemos de tales comunicaciones del Cielo que recibiera Pablo, como apóstol del Señor. El era *“maestro”* o

“enseñador” por excelencia de los gentiles (**1 Ti 2:7**) (**2 Ti 1:11**) (**Col 1:25-28**), de modo que convenía que pudiese detallar con toda autoridad la naturaleza de la ordenanza central del culto de la iglesia, como algo recibido por revelación y no sólo como una narración que había oído. “La entrega” de esta verdad se había hecho con anterioridad a la iglesia en Corinto (**1 Co 11:23**), pero los desórdenes provocados por hermanos carnales indicaban la conveniencia de reiterar la institución, y esta descripción de la Cena viene a ser la primera —en orden cronológico— que tenemos de ella en el Nuevo Testamento.

“*Este es mi cuerpo*”. Al finalizarse el festín de la Pascua —según los relatos de los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas—, “el Señor tomó pan” de la mesa, y después de dar las gracias —o bendecir el pan, que no implica contradicción alguna— lo partió. Mateo nota que “lo dio a sus discípulos y dijo: *Tomad, comed, esto es mi cuerpo*” (**Mt 26:26**). Aquí Pablo pasa en seguida a la declaración “*Esto es mi cuerpo*”. El pronombre “esto” generaliza el sentido, y la frase total es seguida por la expresión: “*que es por vosotros*”, a la luz de toda la doctrina de la Cruz esto sólo puede significar que el bendito cuerpo había de ser entregado en sacrificio vicario (o sustitutorio) a favor de los creyentes. El literalismo, que quisiera convertir el pan en el verdadero cuerpo del señor al pronunciarse la fórmula “mágica”, no sólo es ajeno a todo el sentido del simbolismo bíblico, sino también contrario a la doctrina de la redención que se desarrolla ampliamente en las Epístolas. Es el símbolo del cuerpo del Señor entregado en sacrificio expiatorio por nosotros, lo que hemos de tomar y comer. Compárese notas sobre (**1 Co 10:16-17**). El hecho de que los discípulos recibieron el pan del Señor mismo, sentado ante ellos en presencia corporal, hace imposible que confundieran el símbolo y el cuerpo que veían delante de sí.

La participación en la Cena había de ser —dijo el Señor— “*en memoria de mí*”, con énfasis sobre el pronombre personal. El recuerdo supone un conocimiento anterior, y sólo aquel que tiene vida eterna porque “*conoce al Hijo*” puede volver su pensamiento al Amado, meditando especialmente en el acto de su entrega vicaria en la Cruz.

La copa del nuevo pacto. La frase “*después de haber cenado*” señala el momento de tomar la copa, pero seguramente sirve para situar la institución del festín conmemorativo en su totalidad después de la cena de la Pascua, tomando el Señor una de las copas que se habían utilizado en el curso de la celebración anterior. Según el evangelista Mateo, el Señor pronunció las siguientes palabras al tomar la copa: “*Porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para remisión de los pecados*” (**Mt 26:28**), mientras que la expresión que hallamos en Lucas coincide con la que emplea Pablo: “*Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre*”. Para quien cree en el valor simbólico del acto, el sentido es igual en las dos redacciones, pues la sangre derramada del Señor es el sello del nuevo Pacto que provee para la remisión de pecados. El literalista, que cree en la transubstanciación, estaría contento con la frase de Mateo, “*Esto es mi sangre del nuevo pacto*”, pero se estrella su literalismo contra la variante: “*Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre*”, en la que la copa es el pacto. Seguramente el Señor hizo referencia al “*nuevo pacto*” que había de sustituir al de las obras, según (**Jer 31:31**), pasaje que se cita ampliamente en (**He 8:8-12**). Su sangre fue su vida de valor sin límites ofrendada por nosotros en la Cruz, lo que soluciona el problema del pecado para dar lugar a una obra interior del Espíritu Santo, quien escribe la ley sobre el corazón del creyente. “*Haced esto*” reitera el mandato que el creyente fiel no puede dejar de cumplir. “*Todas las veces que la bebáis*” es una frase que impide que limitemos la celebración de la Cena a una vez por semana, bien que el culto semanal fue normal en la época apostólica (**Hch 20:7**). “*En memoria de mí*” asocia el recuerdo de la Persona al acto de beber de la copa, y no sólo al de comer del pan. No hay autoridad bíblica alguna para dar sólo el pan a los “laicos”,

reservando la copa al sacerdote, como tampoco se halla base alguna para separar a los cristianos en dos clases: los laicos y los clérigos.

La proclamación de la muerte del Señor. *“Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor proclamáis hasta que él venga”*, escribe Pablo, echando importante luz adicional sobre el relato de los Evangelistas. Ya hemos visto que la celebración real de la Cena es un acto de comunión con todo lo que significó el sacrificio del cuerpo del Señor y del derramamiento de su sangre (**1 Co 10:16-17**). Todos los autores sagrados subrayan también que el acto enfoca el pensamiento en la Persona del Señor, despertando agradecido recuerdo: *“Haced esto en memoria de mí”*. El versículo 26 ilumina otra faceta del festín, que viene a ser una proclamación de la Muerte de Cristo. El verbo traducido por *“anunciar”* en las más de las versiones es *“katangelo”*, que el prestigioso diccionario Arndt-Gingrich explica como *“proclamar solemnemente”*, y es una lástima que el término pierda fuerza y significado en su traducción. No quiere decir que los adoradores —o el ministro— *“proclamen”* el valor del Sacrificio delante de Dios, según el sentido que los sacramentalistas quisieran dar a las palabras, sino que el acto de comer y beber proclama la importancia primordial de la Muerte del Señor. Todas las miradas se dirigen a los símbolos, que proclaman que toda nuestra salvación depende únicamente de aquella Muerte. Por ende, la Cena llega a ser una *“proclamación del Evangelio”*, y no pocos pecadores han encontrado vida por medio de la contemplación de este acto impresionante. Bajo todos sus aspectos, es la gracia de Dios que pone la Mesa, mientras que los fieles han de *“tomar y comer”* la provisión hecha, recibiendo la bendición por un acto de comprensión y de fe.

El aspecto escatológico de la Cena. *“La muerte del Señor proclamáis hasta que venga”*. Estas palabras, por medio de las cuales Pablo trae a su fin la renovada descripción de la institución de la Cena, proyectan nuestra mirada hacia el porvenir, para fijarla en el momento esperado cuando Cristo vuelva a recoger a los suyos (**1 Ts 4:13-17**). El acto simbólico satisface las necesidades espirituales del peregrino espiritual ahora, volviendo su mirada a la Persona de Cristo y al Sacrificio de expiación, de los cuales mana su redención y su nueva vida. Pero la Cena le recuerda también que no ha de ser peregrino para siempre, puesto que la Obra de Dios, fundada sobre el Sacrificio, llegará a su consumación cuando el mismo Señor vuelva para recoger los frutos del *“trabajo de su alma”*. Vemos al Señor ahora como el que estuvo muerto y que vive para siempre (**Ap 1:18**), pero le hemos de ver en su gloria, bien que siempre llevará las huellas de la Cruz. No será un extraño el que nos venga a recoger, sino el mismo amado Salvador que nos salvó y que hemos recordado tantas veces por medio de los símbolos. Es preciso sacar provecho espiritual de todos los múltiples aspectos de la sagrada Cena, verdadera mina espiritual de inapreciables tesoros para el creyente que medita en su profundo significado, ayudado por el Espíritu.

4. La celebración digna e indigna de la Cena (1 Co 11:27-34)

El peligro de los corintios. Después de su declaración de la verdadera naturaleza de la Cena del Señor, Pablo vuelve a la condición y a las prácticas de los corintios que había denunciado en los versículos 17-22. Algunos corintios tomaban los símbolos después de hartarse de comida normal y de beber en exceso, no hallándose, por tanto, en debidas condiciones para discernir su significado al celebrar el solemne acto, que tanto revelaba del Señor y de su Muerte expiatoria. Por ello, en vez de dedicarse al profundo ejercicio espiritual que requería el acto, los desaprensivos corintios rebajaban el acto a un mero rito sin sentido. Peor aún, convertían los sagrados misterios en una farsa indigna, ya que no había evidencia ni de amor ni de comunión. El que así participa de la Mesa, *“será reo (o culpable) del cuerpo y sangre del Señor”*, o, según otra traducción, *“pecará contra el cuerpo y sangre del Señor”*. Aun otra traducción reza: *“Se tendrá por culpable con*

respecto al cuerpo y sangre del Señor". Es difícil determinar exactamente lo que el apóstol quiso indicar por esta expresión, pero, como mínimo, señala un acto de desprecio al tomar los símbolos que representan nada menos que el cuerpo sacrificado del Señor y su sangre derramada. Lo que en sí habla del perdón, viene a subrayar una actitud culpable que, según los versículos siguientes, trae como resultado los juicios de Dios. El contexto no nos permite ir más allá, pues todos nosotros también tuvimos nuestra parte en la Muerte del Señor, ya que murió por todos los pecadores. No hay referencia aquí a la condenación eterna, pues los juicios que se nombran a continuación se producen en los cuerpos de los corintios culpables de comer y beber indignamente.

El examen personal. Los peligros que hemos notado pueden evitarse si cada uno se examina a sí mismo antes de acercarse a la Mesa del Señor, indicando el verbo —“*examinarse*”— “*realizar una prueba*”, como la que se utiliza para estimar los quilates de un metal. Es posible exagerar el peligro, pues ciertos hermanos notables en la historia de la Iglesia celebraban la Cena muy de tarde en tarde, después de semanas o meses de introspección y de confesión, con el fin de no comer indignamente. Pablo, sin embargo, no enseña en manera alguna que los cristianos dejen de celebrar el festín ordenado por el Señor para su gloria y para el bien de ellos, sino que no participen con ligereza, sin abandonar actitudes que son incompatibles con el significado de la comunión con el cuerpo y la sangre del Señor. Si nos damos cuenta de que hemos cometido pecados contra la ley del amor —resentimientos contra el hermano, por ejemplo— que no han sido confesados, es preciso arreglar el asunto con Dios y con el hermano antes de participar en la Cena. Si la Palabra de Dios revela otras caídas, hemos de poner todo en orden antes de tomar los símbolos. Los corintios cometían el pecado de la gula y manifestaban una falta de la más elemental caridad al apresurarse a comer demasiado antes de que llegasen los hermanos pobres al festín; el cuadro total de **(1 Co 11:17-22)**, pues, muestra que sus espíritus no se habían preparado en lo más mínimo para la adoración del Señor al tomar el pan y la copa “*en memoria de él*”. Al proceder así no discernían la realidad espiritual de la Cena, y en lugar de recordar el perdón, comían y bebían para su propia condenación.

Con todo, el examen ha de tener resultados positivos y no negativos: “*Examínese cada uno a sí mismo y así coma del pan y beba de la copa*”. Si los corintios eran de verdad hijos de Dios por fe en Cristo —y no hay razón para dudar de ello—, habían de acudir a la Mesa conforme al mandato, pero no sin el examen previo con el fin de quitar obstáculos que impidieran la verdadera comunión y la digna celebración del acto. La responsabilidad es personal, pues cada uno se examina a sí mismo, y no nos toca a nosotros calibrar el estado de ánimo de los demás. Tampoco nos atañe la aplicación de una especie de “autodisciplina”, como en el caso de quienes se presentan a la Mesa, pero sin tomar los símbolos diciendo: “no me encuentro en condiciones para ello”, que significa, generalmente, que no han querido confesar y quitar los pecados antes de venir. El mandato es “*examínese... y coma*”.

Es muy evidente que las exhortaciones y amonestaciones del apóstol no pueden aplicarse sino en iglesias que procuran mantener una membresía de personas salvas, pues si se admiten otras sin regenerar, éstas necesariamente comen y beben indignamente, puesto que no se han unido por la fe al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Vimos la misma necesidad al considerar la “disciplina eclesial” del capítulo cinco; siempre será posible que se “cuele” un hipócrita en cualquier congregación, pero eso no excusa el cuidado posible de parte de los “guías” de reunir tan sólo a los fieles alrededor de la Mesa del Señor. Otros —visitantes— pueden presenciar esta hermosa expresión del Evangelio.

Discerniendo el cuerpo del Señor. El comer dignamente implica el “*discernimiento del cuerpo del Señor*”, o sea, que el símbolo lleve nuestro pensamiento a la realidad del

Sacrificio del Calvario. De igual modo la copa ha de ser medio para nuestra meditación en el derramamiento de la sangre de Cristo, siendo la “*sangre*” la manifestación externa de la ofrenda de la Vida del Cordero. Se ha discutido mucho sobre la “*presencia*” del cuerpo del Señor en la Cena, aun en círculos protestantes, pero no hay nada en los relatos de su institución que justifique conceptos demasiado materialistas, ni tampoco nebulosamente místicos. La comprensión de la fe, ayudada por el Espíritu Santo, entiende que el pan no está en la Mesa para satisfacer el apetito corporal, sino como preciso “*verbum visibile*” que representa el hecho eterno del Sacrificio de la Cruz, y también entiende que el Señor está presente espiritualmente en medio de su pueblo reunido. Es posible llamar a este sagrado conjunto de verdades “*la presencia*”, pero las Escrituras ponen de relieve el valor del símbolo: el traer delante de la visión de los adoradores el misterio de la Cruz.

Las consecuencias de comer y beber indignamente. Ya hemos visto que la mera participación material en la Cena, divorciada de la comunión espiritual, constituye una ofensa en contra del cuerpo y de la sangre del Señor, de modo que es natural que el resultado sea el juicio: “*juicio come y bebe para sí*”. Dios mismo se encarga de que el pecador recoja —hasta en su cuerpo— el fruto de su desvío. Suponemos que correspondía a los guías hacer provisión para la digna celebración de la Cena y que habían descuidado sus responsabilidades a este respecto, pero sólo Dios conoce los intentos del corazón en el caso de la participación indigna, de modo que la aplicación del juicio de cada uno le corresponde a él. Las enfermedades se multiplicaban en la familia de la fe de Corinto y algunos “*dormían*”, que, en su contexto, sólo puede indicar que habían muerto. El materialismo, la gula, la falta de visión, traían como consecuencia unos males del cuerpo que de otra forma no se habrían producido, constituyendo el juicio directo del Señor. Normalmente las enfermedades y la muerte física se tratan en el Nuevo Testamento como el fruto inevitable de nuestra participación en las condiciones externas de la raza caída, con la salvedad de que todo puede ser utilizado para nuestro bien —gracias al amoroso cuidado del Padre— si somos “*ejercitados*” espiritualmente en medio de la pruebas (**Ro 8:17-28**) (**He 12:3-11**). De este modo la muerte misma puede servir para la gloria de Dios. El caso que tenemos delante es excepcional y no autoriza que ningún hermano diga de otro: “Este sufre tal o cual enfermedad porque ha pecado en este o en el otro asunto”. El juicio viene de Dios y a nosotros nos toca examinarnos a nosotros mismos para no ser juzgados (**1 Co 11:31**). ¿Quién tirará la primera piedra a otro? “*Examinar*” y “*juzgar*” traducen el mismo verbo en el versículo 31, lo que señala la posibilidad de examinar nuestra vida a la luz de la Palabra, juzgando nosotros mismos lo que no se realiza dentro de la voluntad del Señor; este autojuicio hará innecesario el juicio de parte de Dios —en el sentido de este pasaje—, pues podremos acudir dignamente a la Cena.

El versículo 32 introduce -otro “*juicio*” —el del mundo— y la frase “*somos castigados*” debiera leerse “*somos disciplinados*”, pues aun las enfermedades que surgían de la indigna celebración de la Cena no habían de considerarse como retribución, sino como medios que Dios empleaba para enderezar la vida y el testimonio de los suyos.

El cuadro en su conjunto es como sigue: a) el creyente de conciencia sensible examina su conducta a la luz de la Palabra, juzga él mismo los desvaríos de la carne y disfruta plenamente de todo cuanto significa la Cena del Señor; b) el creyente carnal descuida el examen propio, llega hasta “comer y beber” indignamente, en este caso su Padre le disciplina con sus juicios para que aprenda a andar rectamente; c) los juicios (a) y (b) hacen innecesarios los juicios que caerán sobre los mundanos rebeldes que nada saben del significado de la Cruz. Queda el caso extraordinario del hermano que ha despreciado hasta tal punto sus privilegios que Dios le quita de en medio por medio de la muerte, de la manera en que se quita un foco de infección para que no sufra todo el cuerpo.

La exhortación final. Estos dos versículos vuelven a recoger el tema de los desórdenes en Corinto y Pablo sugiere dos medios prácticos para evitar los escándalos y los peligros que viene enfatizando: a) Los hermanos acomodados no habían de apresurarse a llegar al lugar de reunión, cargados con sus suculentas viandas, sino esperar a sus hermanos, obviamente con la intención de hacerles partícipes de sus bienes materiales. Así podrían celebrar un verdadero ágape. b) *“Si alguno tiene hambre, coma en su casa”*. La reunión del ágape y de la Cena del Señor no se había instituido para satisfacer el apetito físico de nadie, de modo que, aun celebrándose con amor y buen orden, no había de ser ocasión de celebrar banquetes con el peligro de excesos que obstaculizaran el ejercicio espiritual del corazón.

Quizás estas exhortaciones del apóstol influían en la separación del ágape de la Cena en tiempos posteriores, puesto que, por fin, el “festín de amor” dejaba de celebrarse, bien que halla un eco en el refrigerio que se provee en muchas “reuniones de iglesia” en nuestros tiempos. Cuando, en el proceso histórico, la Cena se convertía en “sacramento” y las iglesias se regían por “clérigos”, con escasa participación de los miembros laicos, no había nada que animara a la “familia de la fe” a reunirse fraternalmente para comer juntos. Es algo que se perdió y que quizá necesita buscarse de nuevo en nuestros días. Una “mínima” celebración de la Cena del Señor no corresponde al cuadro que hemos discernido en el examen del texto de esta epístola, y los pasados excesos de los corintios no debieran servir de excusa para reducir la manifestación de la comunión de la iglesia local a una expresión mezquina.

5. Notas adicionales

Recordemos la Nota adicional sobre “Las designaciones de la Santa Cena” que se halla al fin del capítulo VIII.

Nota sobre el término “sacramento”. Varios grupos protestantes consideran el bautismo y la eucaristía (la Santa Cena) como “sacramentos”, aun cuando rechazan los otros cinco de la doctrina católicoromana. De hecho, el término sacramento es ajeno al Nuevo Testamento, siendo una modificación del vocablo latín, sacramentum, que quería decir el juramento de fidelidad del soldado romano al ingresar en filas. En las versiones latinas del Nuevo Testamento, sacramentum se utilizaba para traducir mysterion (misterio), que, como hemos visto anteriormente, significa la revelación —por medio de las enseñanzas apostólicas del Nuevo Testamento— de verdades antes escondidas en el antiguo régimen. Sin base bíblica, se aplicaba sacramentum a las ordenanzas de la Iglesia, en las que un rito externo expresaba las bendiciones que llegan al creyente por medio de Cristo y su obra redentora. Según Agustín de Hipona, el sacramento es “la forma visible de una gracia invisible”, definición que se ha aceptado ampliamente. Para los sacramentalistas de la Iglesia romana y de la “Iglesia alta anglicana”, los “sacramentos” básicos son “los medios por los cuales la unión de Dios y del hombre, que surge de la encarnación, se perpetúa en el Cuerpo místico de Cristo, su Iglesia, siendo los miembros incorporados en Cristo, y, a través de él unidos los unos a los otros” (Oxford Dictionary of the Christian Church, art. Sacraments, in loc.). Lo más esencial es que comprendamos que, para los sacramentalistas, la virtud reside en estos elementos y en el acto mismo, en celebración legítima. Esto se llama “ex opere operato”, o sea, que la gracia surge de la misma obra. Sin embargo, se suele decir que la falta de fe y del arrepentimiento de parte del individuo puede ser obstáculo para el fluir de la gracia. Para el evangélico, que basa su doctrina solamente en la Palabra, es claro que los elementos materiales no pueden pasar de ser símbolos de la obra de Dios en Cristo, que se aceptan por el espíritu sumiso de la fe del creyente, constituyendo los símbolos una manifestación externa de la obra de la gracia de Dios. En el caso de la Santa Cena, como hemos visto, la participación en los símbolos nos ayuda poderosamente a concentrar el pensamiento en la Persona y la Obra de Cristo,

de modo que constituye un medio de gracia en la medida en que el creyente se deja llevar por el Espíritu de Dios, quien toma de las cosas de Cristo, dándolas a conocer. Pero eso es algo muy diferente de creer que el símbolo y el acto tengan virtud en sí mismos para transmitir la gracia divina.

Preguntas

1. Pablo basa el uso del velo por las hermanas en la congregación sobre diversos razonamientos. El primero se halla en **(1 Co 11:3)**, el segundo en **(1 Co 11:6,13-15)**, y el tercero en **(1 Co 11:7-12)**. Detállense en este orden.
2. El apóstol acusa a los corintios —a un sector de ellos— de participar indignamente en la Santa Cena, no discerniendo el cuerpo del Señor. Describa los errores de estos hermanos que merecían esta condenación, explicando el sentido de “*comer dignamente*” y de “*discernir el cuerpo*” del Señor.
3. Se notan varios “*exámenes*” y “*juicios*” en **(1 Co 11:27-32)**. Explique cuáles son a la luz de todo el contexto.

Los dones en la iglesia - 1 Corintios 12:1-31

El enlace didáctico entre las secciones

1. El desarrollo del pensamiento de Pablo

En la Introducción a este Comentario, notamos que la Primera Epístola a los Corintios nos ofrece un tema doctrinal que se desarrolla a través de todo el escrito. El propósito es práctico y didáctico, ya que Pablo tenía delante una carta de la iglesia que formulaba diversas preguntas, y, además, había recibido ciertos informes de Corinto —no muy halagüeños— por medio de hermanos como Estéfanos y otros “*de la casa de Cloe*”. La finalidad de la carta, pues, es la de rectificar errores y adelantar los remedios apropiados, mayormente en relación con la vida interna de la iglesia. Los capítulos 11 al 14 surgen de esta misma preocupación, pero se enlazan estrechamente entre sí, hasta tal punto que, por excepción, desarrollan un tema único y fundamental, o sea, el orden y el ministerio en la iglesia. Por razones de conveniencia didáctica, los capítulos de esta sección del Comentario coinciden casi exactamente con los de nuestras versiones en castellano, pero el lector debiera recordar que el tema es uno, pese a la necesidad de considerarlo según las facetas que se disciernen en los capítulos ya tradicionales. En **(1 Co 11:1-16)** hemos estudiado la cuestión del uso del velo en la congregación por las hermanas, no sólo para preservar el decoro que exigían las costumbres de la sociedad corintia, sino también como símbolo de una jerarquía establecida por Dios. Llegamos a un tema más trascendental en **(1 Co 11:17-34)**, que trataba de la necesidad de celebrar la Cena del Señor —culto medular de la iglesia local— con dignidad, orden y percepción espiritual. En **(1 Co 12:1-13)** Pablo habrá de insistir en la unidad del Espíritu Santo, quien reparte sus dones de forma diversa y soberana dentro del Cuerpo místico de Cristo, al cual todos los verdaderos creyentes habían sido unidos por el bautismo del Espíritu. Es evidente que llegamos aquí a la consideración de una obra divina que hacía posible un ministerio espiritual en la iglesia. Sin dejar este tema, Pablo hace resaltar que la variedad de dones no da lugar a rivalidades entre hermanos diversamente dotados, puesto que los variados aspectos de la obra del Espíritu Santo son complementarios, supliendo cada don espiritual alguna necesidad especial del “*Cuerpo*”, con el fin de que todo el organismo reciba lo que precisa para el desarrollo equilibrado que da lugar a una actividad sana y vigorosa. Todos los dones son necesarios, tanto para el provecho de los miembros en particular como para el crecimiento del “*Cuerpo*” en su conjunto **(1 Co 12:14-31)**. El tema del “*camino más excelente*” del amor **(1 Co 12:31-13:13)** no constituye un inciso poético y místico, sino que nos hace ver que los mejores dones se anulan si no se ejercen según el impulso espiritual del amor verdadero, que controla el “yo” en beneficio del hermano. Por medio de las enseñanzas ya reseñadas, Pablo ha vuelto a señalar el fundamento de un ministerio eficaz en la iglesia, pasando luego a refrenar el entusiasmo de muchos de los corintios por el ejercicio de los dones más espectaculares, sobre todo el de “*las lenguas*”. En el capítulo 14 se describe la reunión regular de la sencilla congregación cristiana de la época apostólica, haciendo Pablo observaciones y recomendaciones prácticas con el fin de restaurar el buen orden y proveer para el provecho espiritual de todos los asistentes.

2. Las necesidades de las iglesias de aquel entonces

Al leer la lista de dones en el capítulo 12 reconocemos algunos aspectos del ministerio público que corresponden a las necesidades de una congregación cristiana de nuestros tiempos, discerniendo, además, ciertos principios fundamentales que son válidos en todo tiempo. Al mismo tiempo nos extraña algunos de “*los dones*” que se mencionan en **(1 Co**

12:8-10), lo que nos lleva a preguntar si están en operación hoy en día. Si no, cabe preguntar, además, si hemos perdido algo bíblico por descuido o por desobediencia. Examinaremos la naturaleza de estos dones al comentar el texto, pero como “fondo” necesario para el estudio hemos de recordar que las iglesias locales de aquel entonces no disponían del Nuevo Testamento, base de nuestro ministerio, aparte de alguna carta apostólica que quizá ya circulaba dentro de un círculo limitado de iglesias. Nuestro ministerio en la congregación se basa sobre los escritos inspirados del Nuevo Pacto, además de las Escrituras del Antiguo Testamento interpretadas a la luz de las enseñanzas apostólicas: norma que ya empieza a aflorar en los escritos redactados en fecha más tardía de la época apostólica (**1 P 4:10-11**). Antes de que circularan las cartas apostólicas con cierta regularidad y abundancia, surgían muchísimas cuestiones que no podían ser contestadas por el examen del Antiguo Testamento, lo que hizo necesario mensajes relacionados con los dones llamados “extáticos”, o sea, que no procedían del estudio de la palabra escrita, iluminada por el Espíritu Santo, sino de revelaciones directas que se concedían a los profetas del Nuevo Testamento de una forma análoga a la transmisión de los oráculos proféticos de Isaías, Jeremías, y de otros siervos de Dios del antiguo pacto. El ministerio por medio de tales dones —muy necesarios entonces— exigía también otros, como el del “discernimiento de espíritus”, a fin de que el pueblo de Dios no fuese engañado por pretendidos oráculos que surgían de la carne, o de la operación de espíritus malignos. De igual forma el “don de lenguas” hacía necesario el don de “la interpretación de lenguas”. Sin duda el estudiante de los pasajes que tenemos delante necesita también “discernimiento espiritual” con el fin de poder distinguir entre principios de validez permanente y aquellas manifestaciones extáticas que correspondían a las necesidades de iglesias jóvenes que aún no podían orientarse por medio de la totalidad del canon del Nuevo Testamento.

Dones, ministerios y operaciones (1 Co 12:1-11)

I. Un prelude necesario (1 Co 12:1-3)

Dones espirituales. En otras ocasiones hemos visto que Pablo suele prelude unas enseñanzas de particular importancia por la frase: “No quiero que ignoréis”. En este caso se trata de dones espirituales, base del ministerio legítimo que se desarrollaba en la iglesia local, de modo que ideas erróneas sobre este tema afectarían adversamente —quizá desastrosamente— la vida y testimonio de la congregación. “Dones espirituales” traduce una sola palabra neutra y en número plural, “*pneumatika*”, o sea, dones o potencias que se debían a la operación del Espíritu Santo. A veces se usa el término “*charismata*” (como en el versículo 4), que enfatiza que la fuente del don se halla en la gracia de Dios (“*charis*”), sin deber nada a lo meramente humano.

Influencias antiguas y nuevas. Potencias anormales —atribuidas a la inspiración de las “divinidades”— no eran desconocidas en el mundo gentil, del cual los corintios —en su mayor parte— habían salido. Los ídolos en sí eran “mudos”, dice Pablo reflejando la constante enseñanza del Antiguo Testamento, pues “*teniendo boca, no hablan*” (**Sal 115:5**); sin embargo, existían potencias espirituales y satánicas que llevaban a los paganos hacia estos ídolos como si fueran atraídos por un poderoso imán. No bastaba, pues, distinguir entre “lo humano” y “lo espiritual”, siendo aún más importante reconocer las potencias espirituales que venían de Dios para rechazar aquellas otras que manejaba Satanás para la perdición de los hombres (**1 Jn 4:1-6**). El grito de “Jesús es anatema” —bajo la maldición de Dios— se oíría muchas veces en las sinagogas cuando los judíos llegaban a rechazar el Evangelio predicado por Pablo y sus compañeros, y es posible que hallara eco aun entre los gentiles. En cambio, “*Jesús es Señor*” llegaba a ser la confesión

gozosa de quienes habían aceptado el Evangelio, viendo que si bien Cristo había llevado nuestra maldición en el madero, fue para satisfacer las exigencias de la justicia de Dios, librando al creyente de la maldición de la Ley quebrantada (**Ga 3:13-14**). El Santo Espíritu toma de las cosas de Cristo con el fin de revelarlas a las almas sumisas, y no puede por menos que glorificarle como Señor, siendo imposible que un espíritu que maldijera a Cristo tuviese relación alguna con el Espíritu de Dios. Quizá esta “piedra de toque” resulte insuficiente en nuestros tiempos, cuando el cristianismo ha acogido dentro de una mera esfera de profesión a multitudes de personas que admitirían en teoría el señorío de Cristo, evidenciando sus vidas que se hallan en rebeldía, sin intención alguna de someterse a la voluntad de Dios manifestado en Cristo el Señor. Sin embargo, siempre será verdad que el Espíritu Santo glorifica a Cristo, mientras que los espíritus enemigos le denigran, aun cuando se valen de expresiones aparentemente halagüeñas.

2. Diversidad dentro de la unidad divina (1 Co 12:4-6)

La obra del Trino Dios en la iglesia. El pensamiento esencial de Pablo es que la diversidad de dones, ministerios y operaciones que se manifiestan en la iglesia no proceden de una multitud de “espíritus”, como ocurría en el espiritismo de los paganos, sino del Trino Dios. Los diversos dones (aquí el vocablo es “*charismata*”) proceden del Espíritu único; los variados ministerios (“*diakonia*”) se llevan a cabo bajo la dirección del mismo Señor; las múltiples “operaciones” —“*energemata*”, obras eficaces que brotan de la energía divina— proceden del “*mismo Dios*”, eterna fuente de potencia, “*quien obra todas las cosas en todos*”. Según esta frase, él obra eficazmente en todos sus siervos, quienesquiera que sean. Es evidente que el apóstol eleva los pensamientos de los corintios al sublime concepto de la obra única del Trino Dios en la Iglesia, aun cuando se manifieste en una diversidad de operaciones. En contextos como éstos, “*Dios*” se emplea como equivalente del “*Dios Padre*”, quien obra conjuntamente con el Hijo y el Espíritu Santo. Tan solemne prelude previene contra la ligereza con la cual los corintios se jactaban de los dones más espectaculares, olvidándose de que el primer fruto del Espíritu es el amor.

Dones, ministerios y operaciones. Los dones espirituales resultan en distintos ministerios, que muestran, a su vez, la operación de energías divinas. El párrafo anterior señaló las diferencias que existen entre los tres términos que emplea el apóstol, relacionándolos a la obra de las tres Personas de la Trinidad. Se podría escribir mucho más sobre este tema, pero nos remitimos a los versos siguientes que ilustran claramente la operación de estos principios. Basta notar que “*diakonia*” suele señalar tareas específicas que los siervos de Dios llevan a cabo en la energía del Espíritu Santo, aplicándose a un ministerio muy variado. El reconocimiento de algunos hermanos como “*diáconos*” —según (**Fil 1:1**) y (**1 Ti 3:8-12**)— no limita el sentido general de “*diakonía*”. Tampoco impide el uso más extendido del término el reconocimiento más especializado que se deduce de los pasajes citados. “Operaciones” —“*energemata*”— enfatiza la potencia divina que se evidencia en el ejercicio de los dones.

3. El individuo y los dones que recibe (1 Co 12:7-11)

“*Cada uno*” es depositario de algún don. Dios concede a cada creyente manifestaciones del poder del Espíritu —o sea, un don— para el provecho tanto de él mismo como de la fe en general. Esta importante declaración pone a prueba el concepto de un ministerio profesional en las iglesias, y cada ministro del Señor debiera intentar desarrollar el don de todos los creyentes. Es cierto que el “*don*” podrá ser algo muy diferente de la predicación, pero en este contexto se subraya sobre todo el ministerio público: el de proclamar el Evangelio, el de exhortar a los creyentes, el de enseñar la Palabra a grupos más o menos numerosos, etcétera. El hecho es que cada uno es receptor de una manifestación de la potencia del Espíritu Santo como medio para adelantar la obra del Señor, sea en la

congregación o fuera de ella. Si el ejercicio de un pretendido don no es provechoso, entonces se ha de deducir que no procede de Dios, y los hermanos espirituales de la congregación han de formar su criterio sobre tan importante extremo (**1 Co 14:29**).

Una lista de nueve dones. Al dar gracias al Señor —en la introducción a la Epístola— por las bendiciones que los corintios habían recibido, Pablo notó que habían sido enriquecidos en Cristo “*en toda palabra y en toda ciencia*”, anticipando así esta lista de los dones que se ejercían en la iglesia. Recordemos al lector lo que ya se ha expuesto sobre las necesidades de las iglesias locales antes de redactarse los libros del Nuevo Testamento, cuando dependían en gran parte de mensajes revelados directamente por el Espíritu Santo a los hermanos dotados para este ministerio. G. C. Findlay analiza la lista en tres grupos: a) Palabras de sabiduría y de ciencia, en las que el Espíritu Santo obra por medio de la mente —inteligencia— del ministro; b) fe, dones de sanidades, poderosas obras, profecía y discernimiento de espíritus, en los cuales el Espíritu se manifiesta conjuntamente con la inteligencia; c) géneros de lenguas e interpretación de lenguas, que prescinden de la inteligencia del hermano dotado. Seguiremos este análisis al comentar brevemente los elementos de esta lista.

a) Los ministros, bajo la inspiración del Espíritu, comunican “palabras”, o sea, mensajes, o de sabiduría o de ciencia. Explicaciones de “*la palabra de sabiduría*” (“*sophia*”) no son nuevas en esta Epístola, y recordamos las profundas enseñanzas de Pablo sobre la sabiduría divina, comunicada por el Espíritu de Dios en palabras que el mismo Espíritu enseña, que estudiamos en (**1 Co 2:6-16**). Aquí se trata de la comunicación, en el seno de la iglesia, de “*lo profundo de Dios*”, que hallaba su Centro en Cristo —hecho para nosotros sabiduría— con referencia especial a su Obra: aquella obra de la Cruz que fue considerada como “*locura*” por la sabiduría del mundo. Seguramente los mensajes de sabiduría señalaban también los distintos aspectos de la vida de los cristianos, que ha de ordenarse “*según Cristo*” y a la luz de su Muerte y Resurrección. La “*palabra de ciencia*” —“*gnōsis*”— corresponde a enseñanzas que aumentaban los conocimientos espirituales de los oyentes. La sabiduría no prescinde de conocimientos, pero, a la vez, se mueve aquí sobre un plano más elevado, ya que explica de qué modo la ciencia ha de hallar su debida expresión en la vida y servicios de los creyentes, reflejando la sabiduría celestial que ordenó el plan de la redención.

b) Fe, sanidades, obras de poder, profecía y el discernimiento de espíritus. En los versículos 8 al 11 Pablo reitera cinco veces que los dones son manifestaciones diversas de la obra del Espíritu de Dios, del mismo Espíritu y del único Espíritu que opera en el Reino de Dios; los resultados pueden ser muy variados, pero no así el poder. Ya hemos indicado que el Espíritu utilizaba en grados diversos la inteligencia de sus siervos, en tiempos cuando aún no se había redactado mucho de la Palabra escrita del Nuevo Pacto. No llevan artículos definidos los términos que estudiamos, lo que enfatiza la calidad del don en sí más bien que su uso en casos específicos. Fe se presenta aquí como un don especial (compárese con (**1 Co 13:2**), pues la confianza total en el Salvador que nos unió con él, dándonos participación en su vida, puede ser desarrollada por la gracia de Dios hasta ser la “palanca” que permite la manifestación de la potencia de Dios en una variedad de grandes obras. Dones de sanidad manifestaban esta potencia en la curación de enfermedades. No todos los creyentes enfermos fueron curados milagrosamente en los tiempos apostólicos, ni aun en los círculos inmediatos a los apóstoles —véanse los casos de Pablo mismo en (**2 Co 12:5-10**); Trófimo en (**2 Ti 4:20**); Timoteo en (**1 Ti 5:23**); Epafrodito en (**Fil 2:27**)—, pero cuando así convenía a los propósitos de Dios hermanos con el don de sanidades —hombres de fe— fueron instrumentos para restaurar la salud al cuerpo. Tengamos en cuenta que si “milagros” se repiten con frecuencia llegan a ser “comunes”, perdiendo así su carácter de “señales” que revelan la presencia y el poder de

Dios frente a los infieles. Recordemos el caso de Esteban, quien ejercía un destacado don de sanidades; sin embargo, fue apresado por los judíos y apedreado. Toca a Dios determinar el tiempo y la sazón para la realización de esta obra tan especial. Lo que la Vers. H. A. llama “operaciones de milagros” es literalmente “operaciones de potencias”, con obvia referencia a manifestaciones del poder de Dios, en la esfera material, que han de considerarse como sobrenaturales, tales como el apaciguamiento de la tempestad por el Señor (**Mar 4:35-41**). Ejemplos escritos de tales obras no abundan en Los Hechos y en las Epístolas, pero seguramente los siervos de Dios veían muchas veces cómo el Señor obraba por medios milagrosos para ordenar a su favor circunstancias adversas, contra toda posibilidad natural. Se trata de la fe que, figurativamente hablando, “*traslada los montes*”.

Al principio del capítulo 14 Pablo habrá de recalcar la importancia fundamental del don de profecía, que es el anuncio público de la voluntad divina, sea en la predicción de acontecimientos futuros, sea en el análisis de las condiciones espirituales del día. Los mensajes habían de ser claros, obrando el Espíritu por medio de la inteligencia para la edificación de los creyentes (**1 Co 14:1-5,12,24,25**). El profeta es el portavoz de Dios, y su misión fue importantísima antes de completarse el canon del Nuevo Testamento: el don persiste aún en el sentido de que ministros de la Palabra dan a conocer la voluntad de Dios por medio de la interpretación de las Escrituras y por exhortaciones basadas sobre ellas.

Ya notamos que el discernimiento de espíritus fue un don de importancia especial cuando tanto había de ser comunicado a la congregación por medio de revelaciones directas. Es posible que todos los creyentes espirituales fuesen capaces —normalmente— de distinguir mensajes divinos de los falsos, gracias a la “*unción*” del Espíritu de la cual habla el apóstol Juan (**1 Jn 2:26-27**); pero el hermano dotado con este “*charisma*” hablaría con autoridad especial cuando se trataba de distinguir entre “moneda” legítima y falsa.

c) Quedan dos dones en los que no obraba la inteligencia del siervo de Dios: el de lenguas y el de su interpretación. En el capítulo 14 Pablo tratará este tema detenidamente, de modo que no necesitamos agotarlo aquí. Parece ser necesario distinguir las manifestaciones del don en la iglesia de Corinto de aquellas que se describen en Hechos capítulo 2, cuando Pedro predicaba —por supuesto, en arameo— y su mensaje fue entendido por judíos criados en muy diversos países, y que hablaban la lengua de su tierra de origen. Aquí se trata de “*géneros de lenguas*” que nadie entendía, y que necesitaban ser interpretados, también por medio de alguien que poseyera este carisma especial. Hubo provecho espiritual para quien así comunicaba con Dios, pero los oyentes quedaban sin la edificación que necesitaban a no ser que el mensaje —u oración— en lenguas fuese interpretado por el mismo hermano o por otro. Hay pocas referencias a este misterioso don en el Nuevo Testamento, y ninguna en las Epístolas fuera de (**1 Co 12-14**). Para otras referencias, véanse (**Mr 16:17**) (**Hch 2:4-11**) (**Hch 10:46**) (**Hch 19:6**). En su ejercicio la inteligencia se hallaba pasiva, pues era don “extático” por excelencia, una obra misteriosa del Espíritu Santo.

La soberanía del Espíritu Santo en el reparto de los dones. “*Mas todas estas cosas las obra el mismo y único Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como él quiere*”. La última frase —“*kathōs bouletai*”— significa algo más que “*como quiere*”, pues el verbo lleva implícita en sí la idea de “formar un criterio que lleva a una decisión”. No hay nada caprichoso aquí sino la expresión de los propósitos de Dios para la edificación de su pueblo y la extensión del Evangelio. De nuevo Pablo insiste en la unidad y la soberanía del Espíritu de Dios al ordenar la gran diversidad de los dones, que son, a la vez, espirituales y “*de gracia*”. Los instrumentos —“*cada uno*”— son hombres de distinto temperamento y preparación, pero cuando llega el momento de ministrar u obrar, es el

Espíritu de Dios quien controla la manifestación de su propia potencia; esto no excluye la posibilidad de la utilización de los llamados “dones naturales”, pues el Dios que crea los espíritus de todos los hombres es el mismo Dios que hace provisión para la edificación de su pueblo. Sin embargo, se excluyen radicalmente la obra y la intención del hombre caído, la “carne” entendida como la fuerza que lucha en contra de la potencia del Espíritu de Dios (**Ga 5:16-17**).

4. El Cuerpo y el Espíritu (1 Co 12:12-13)

La diversidad en la unidad. De todas las figuras que Pablo emplea para representar la Iglesia, quizá la más expresiva es la del Cuerpo, ya que el cuerpo humano, compuesto de muchos miembros, constituye un solo organismo vital, dentro del cual los diversos órganos dependen los unos de los otros. Muy otra cosa es una mera organización eclesiástica, con su autoridad jerárquica que establece reglamentos y ritos. En la Iglesia, considerada como “*un cuerpo*”, existe una unidad vital, que corresponde a la totalidad del organismo, manifestándose en todos y en cada uno de los miembros, pese a su gran diversidad. En (**Ef 4:12-16**) el apóstol emplea esta figura para ilustrar el crecimiento de la Iglesia universal hasta que llegue a la perfección y madurez que Dios ha determinado para ella. En (**Ro 12:4-5**), por el uso de la misma figura, Pablo enfatiza las distintas funciones de los miembros, que han de coordinarse para la salud y bienestar de la Iglesia. Aquí, el concepto principal es el de la unidad de “*todos los miembros del cuerpo*”, y bien que la figura en su plenitud señala la Iglesia universal, permite también que el apóstol recalque la interdependencia de todos los miembros de Cristo en la vida de la iglesia local, que viene a ser el tema de los versos siguientes.

El Cuerpo es Cristo. La última frase del versículo 12 es muy notable, pues no sólo subraya Pablo la unidad de la totalidad de los miembros del Cuerpo, sino que añade: “*así también CRISTO*”. Es decir, la unidad vital de los muchos miembros en un solo cuerpo es la del Cristo, presente en el conjunto de sus miembros. Desde el punto de vista de (**Ef 4:15**), Cristo es la Cabeza que rige todas las operaciones del Cuerpo, pero aquí se insiste en una unidad vital que es la de Cristo mismo, presente por su Espíritu en todos los miembros y “hecha una cosa” con ellos.

El bautismo del Espíritu Santo. ¿Cómo y cuándo se unieron los miembros de forma tan vital los unos con los otros para constituir un solo Cuerpo? Históricamente hemos de volver nuestro pensamiento a (**Hch 2:1-4**), cuando el Espíritu Santo descendió sobre los ciento veinte creyentes reunidos en el aposento alto, convirtiendo los elementos separados en una sola unidad espiritual, que era la Iglesia. Por la predicación de Pedro más almas se sometieron a Cristo, siendo también unidas por el Espíritu al mismo Cuerpo (**Hch 2:38-41**). La experiencia de Cesárea (**Hch 10:44-47**) constituye la extensión de Pentecostés, a favor de creyentes gentiles. Un buen número de gentiles se hallaba reunido en la casa de Cornelio y “*mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso... Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua para que no sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?*”. No se trata aquí de un nuevo bautismo del Espíritu Santo, sino de la participación de los creyentes gentiles en aquel del Día de Pentecostés, como también en el caso de los discípulos mencionados en (**Hch 19:5-6**).

El bautismo del Espíritu evidentemente precede al del agua, que simboliza la unión del creyente con Cristo y su entrada en la esfera de la Iglesia. El versículo 13, que estamos estudiando, generaliza las experiencias históricas que hemos notado, pues leemos: “*Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, esclavos o libres*”. Cuando se quebranta la oposición del hombre a la Palabra de Dios, y ésta se acepta con sumisión y fe, el Espíritu es libre para efectuar la unión vital del creyente con

Cristo y a la vez en todos los demás miembros del Cuerpo. No hay más *“bautismo del Espíritu”* que éste en la Palabra, y corresponde al momento de conversión y de regeneración, sin que tengamos que postular una experiencia posterior. Es verdad que el Espíritu en nosotros podrá ser entristecido por manifestaciones de la carne, y también es verdad que su potencia podrá volver a manifestarse con mayor abundancia según el grado de nuestra sumisión a sus divinas operaciones, pero eso no anula el hecho fundamental: *“si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él” (Ro 8:9)*. El verso que tenemos delante enfatiza que *“fuimos todos bautizados en un Cuerpo”*. Muchos de los creyentes en Corinto distaban mucho de manifestar en su debido grado la potencia del Espíritu Santo, pero todos habían sido bautizados por un solo Espíritu para formar parte de un solo Cuerpo espiritual: *“En un solo Espíritu fuimos bautizados”, “Siendo muchos son un solo Cuerpo”*.

Se nos dio a beber de un mismo Espíritu. No hay diferencia de momento entre el bautismo del Espíritu y el beber del Espíritu, pues todo tuvo lugar cuando nos convertimos al Señor. La primera figura enfatiza el aspecto externo del hecho de recibir el Espíritu, mientras que la segunda señala una profunda participación en su divina Persona, como cuando un hombre sediento llega a una fuente y calma su sed por medio de agua cristalina y fresca. Se nos recuerda la invitación del Señor en el último día de la fiesta de los Tabernáculos, que puede traducirse como sigue: *“Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba el que cree en mí. Como dice la Escritura (del Cristo), de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn 7:37-39)*. El Señor glorificado —habiendo llevado a su consumación su obra redentora— derramó el Espíritu sobre los suyos, quienes, en cuanto a su experiencia interna, *“bebieron”* de tan preciosa fuente, para ser *“llenos del Espíritu” (Ef 5:18)*.

La interdependencia de los miembros del cuerpo (1 Co 12:14-26)

I. Dios ha colocado a los miembros del cuerpo según su soberanía (1 Co 12:14-19)

La unidad del cuerpo excluye los celos. Hay un elemento de ironía —o de buen humor, quizá— en las imaginadas discusiones entre distintos miembros del cuerpo que Pablo desarrolla en los versículos 15 y 16, que quizá refleja unas actitudes que, de hecho, se producían en la iglesia de Corinto. El imagina que el pie se indigna, y muestra despecho, porque ha de andar en el polvo, sosteniendo el cuerpo, mientras que la mano puede entregarse libremente a una serie de actividades mucho más complicadas, y, aparentemente, más honrosas. Pero no por eso deja de ser el pie un miembro del cuerpo, absolutamente necesario para su buen funcionamiento, pues, ¿cómo podría trabajar la mano adecuadamente si el cuerpo estuviera postrado en el suelo? De igual manera Pablo imagina —humorísticamente— que la oreja se queja de que su función no sea tan delicada e importante como la del ojo, y que diga con despecho: *“¡No soy del cuerpo!”*. Una actitud tan necia no cambiaría el hecho de la unidad del cuerpo, ni la necesidad del debido funcionamiento de cada uno de sus miembros. Pero ya hemos señalado la probabilidad de que, en Corinto, algunos habían caído en locura semejante, diciendo: *“Fulano ha sido dotado de facultades para el ministerio público, y yo no sirvo más que para hacer visitas. No es justo, y estoy cansado de tanta diferencia. ¡Me retiro a mi rincón y que los “dotados” hagan la obra!”*. Por desgracia esta clase de celos se conoce hoy día, y por consiguiente todo el cuerpo sufre, ya que la visita pastoral —u otra obra aun más humilde— podrá ser tan importante (o más) que el ministerio público.

El orden divino en el cuerpo. El tema parece tan importante al apóstol que lo reitera, con distintos matices, a través de un buen número de versículos. Le corresponde a Dios, en su soberanía, distribuir los dones, colocando cada miembro en su debido sitio en el cuerpo de la iglesia local. El creyente obediente y fiel admitirá este buen orden, colaborando en lo grande, o en lo pequeño, según las oportunidades que se le presenten. El cuerpo no puede constituirse de un solo miembro, pues aun si aquel miembro fuese tan importante como la cabeza, ésta sería impotente sin el conjunto de los demás miembros. Más tarde Pablo habrá de animar a los corintios a *“procurar los mejores dones”*, con el fin de servir a Dios eficazmente dentro de la familia espiritual, pero aquí no se trata de eso, sino de reconocer que es esencial *“una diversidad dentro de la unidad”*, ya que son muchas las necesidades espirituales del pueblo de Dios.

2. Los miembros necesitan los unos de los otros (1 Co 12:20-26)

Todos los miembros son necesarios. Antes, Pablo hizo el diagnóstico humorístico de los celos de miembros que podrían considerarse como menos importantes que otros (1 Co 12:15-16). Aquí sale otro intercambio entre distintos miembros, por el que uno se siente tentado a decir a otro: *“No te necesito”*. Tal actitud sería una locura, y los adelantos de la ciencia médica han enfatizado el buen sentido de las metáforas del apóstol aquí, descubriéndose pequeñas glándulas que controlan gran parte de las actividades de los miembros más visibles del cuerpo, de modo que se destaca diáfano la gran verdad que *“los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios”* (1 Co 12:22). A guisa de ilustración —refiriéndonos ahora a la realidad espiritual de la iglesia local— podríamos preguntar qué pasaría en una iglesia local si todos los miembros fuesen grandes predicadores, pero donde nadie tuviese la gracia de dedicarse a la oración. Tal iglesia reventaría de mera verbosidad, sin beneficio espiritual para nadie.

Los miembros más o menos *“decorosos”*. Sin duda, el apóstol contrasta la cabeza y el rostro con los miembros escondidos, necesarios para las funciones vitales del cuerpo, notando que la hermosura de los primeros no necesita cubrirse, mientras que el hombre, por instinto natural, cubre otros órganos de importancia fundamental para el buen funcionamiento del cuerpo y para la reproducción de la vida humana. De igual modo, en la iglesia, hay funciones y obras que llevan su propio *“adorno”*, siendo apreciadas por todos; por otro lado existe toda una serie de trabajos humildes que son del todo necesarios y que debieran recibir su honra en la medida del esfuerzo de cada cual. Dios *“compuso”* el cuerpo (significando el verbo *“preparar una mezcla de distintos elementos”*) conforme a su sabiduría, y pese a las ideas humanas sobre *“honra”* y *“deshonra”*. Todo ello nos lleva a los grandes principios de los versículos 25 y 26 que tantas veces se olvidan, pese a su importancia vital para el bienestar del cuerpo.

Los miembros han de preocuparse los unos por los otros. El hecho de que cada miembro necesita de la operación de todos los demás dentro del cuerpo espiritual de Cristo, recayendo el énfasis sobre la importancia de las funciones que parecen ser *“menos honrosas”*, —todo ello dentro del orden que Dios ha establecido—, lleva a Pablo a esta conclusión: *“para que no haya desavenencias en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros”*. Si los hermanos llegasen a apreciar esta verdad el dolor de uno sería el de todos, y la honra de uno sería la de todos. A través del estudio de los capítulos 1 a 4 de esta Epístola vimos que el apóstol tuvo que reprender las *“desavenencias”* de los hermanos que se formaban en partidos alrededor de los nombres de honrados siervos del Señor. Más tarde (1 Co 11:17-22) le fue preciso reprender a hermanos que se dividían en corrillos por razones sociales y materiales. ¡Poco apreciaban aquellos hermanos la gran verdad que se destaca de los versículos 25 y 26! ¿Dónde se hallaba la tierna preocupación del uno por el otro que se funda sobre el hecho de la unidad del cuerpo que Dios ha ordenado? El mismo peligro es muy evidente en nuestros

días, pues nos preocupamos mucho por “los nuestros”, porque entre ellos y nosotros existen afinidades naturales, pero a menudo esta preocupación degenera en mero partidismo, que mira mal a otros grupos. Hay peligro de considerar a “los nuestros” como “blancos” y a “los otros” como “negros”, rompiéndose así la divina armonía del conjunto de los miembros del Cuerpo, que a veces se convierte en desavenencias de carácter alarmante, produciéndose escándalo y mal testimonio. Tales manifestaciones debieran despertarnos a la realidad de nuestra grave equivocación: no nos preocupamos por el hermano, por “*quien murió Cristo*”, tan miembro del Cuerpo como nosotros, sino por “mi amigo”, “mi partidario”, a quien aprecio por razones puramente humanas y carnales. ¡Que hagamos alto para considerar de nuevo la necesidad de que todos los miembros se preocupen los unos por los otros, dentro de los lazos de la vida común del Espíritu que Dios ha ordenado en Cristo!

Destacados dones en la iglesia (1 Co 12:27-31)

I. La totalidad y las partes (1 Co 12:27-31)

Todos y cada uno. Este verso parece una repetición del tema tantas veces tratado ya: la diversidad dentro de la unidad del cuerpo. Sin embargo, el énfasis recae sobre las frases: “*vosotros sois*” y “*cada miembro individualmente*”. Es decir, no se trataba sólo de una teoría, aplicable a la Iglesia en general, sino de que los corintios habían de comprender que ellos mismos componían la totalidad de la iglesia local, y de que correspondía a cada miembro su responsabilidad. Esta aplicación particular es seguida por una lista de dones que da fuerza y actualidad a todo cuanto Pablo ha venido señalando.

La lista de dones. Ya hemos visto que todos los dones son necesarios para el desarrollo del cuerpo, de modo que no hemos de enfatizar demasiado el elemento de jerarquía en la lista del versículo 28. Con todo, el orden revela el pensamiento de Pablo sobre la utilidad de los dones; la importancia relativa de algunos de ellos volverá a aparecer en el capítulo 14.

a) Apóstoles. Dios puso en la Iglesia primeramente apóstoles, ya que de su ministerio dependía todo lo demás. Recordemos la distinción que ya se ha hecho entre “*apóstoles*” en sentido genérico y apóstoles en sentido restrictivo y especial, con referencia muy especial a los Doce apóstoles —testigos autorizados e inspirados de la Persona y Obra de Cristo— y Pablo, quien recibió una revelación especial del Señor resucitado, amén de otras, constituyendo todas ellas el gran “depósito” de la verdad neotestamentaria sobre la Iglesia. Detrás de todo el Nuevo Testamento se halla la autoridad apostólica, directa o indirectamente, pues ellos recibieron “*la fe que fue entregada una vez para siempre a los santos*”. Su obra fue completada al terminarse el canon del Nuevo Testamento y sigue entre nosotros a través de sus escritos.

b) Profetas. Reiteramos que el profeta era portavoz de Dios en la iglesia, recibiendo sus mensajes directamente por inspiración del Espíritu antes de redactarse los escritos del Nuevo Testamento. Su importancia relativa en el Nuevo Testamento es menor que la de los profetas que ejercían su ministerio en el pueblo de Israel, ya que los apóstoles eran los encargados de recibir las verdades fundamentales del Nuevo Pacto, mientras que los profetas “llenaban los huecos” de conocimiento y exhortación hasta que se cumpliera la plenitud del ministerio apostólico. En términos generales podemos decir que los profetas del Antiguo Testamento eran los medios empleados por el Espíritu Santo para entregar el contenido inspirado de la revelación divina a Israel, mientras que los apóstoles eran el medio para la transmisión de la verdad del Nuevo Pacto. Sin embargo, los mensajes proféticos, pronunciados en las iglesias del primer siglo, se revestían de gran importancia

para la guía inmediata de las congregaciones, especialmente en la ausencia de los apóstoles. Por eso se dice que Dios puso a los profetas en la iglesia en segundo lugar, después de los apóstoles.

c) Maestros o enseñadores. En el don del enseñador entra más profundamente el elemento de estudio, de meditación y de expresión ordenada. Es de suponer que conocería bien las Escrituras del Antiguo Testamento, que recogería de la boca de los apóstoles —o de sus escritos— las verdades del Nuevo Pacto; que tomaría nota de diversos mensajes proféticos, discerniendo sus elementos de valor permanente. Así podría ser el formulador de las doctrinas y el campeón dispuesto a combatir falsas enseñanzas. El don de “doctor” es uno de los cinco fundamentales que Pablo menciona en **(Ef 4:11)** como esenciales para el crecimiento del Cuerpo de Cristo. En la medida en que el “depósito apostólico” del Nuevo Testamento se iba completando en forma escrita, la importancia del don de enseñador se acrecentaba, limitándose más y más la de los dones extáticos. Con todo, el profeta itinerante seguía siendo una figura conocida y respetada —si daba pruebas de fidelidad— hasta el siglo segundo (Didachê 110-120).

d) Obradores de milagros. Véanse comentarios sobre el versículo 10. El texto se limita a mencionar “*dunameis*”, o sea, “*potencias*”, pero se sobreentienden los hermanos que tenían el don de obrar milagros.

e) Los que ejercían dones de sanidad. Véanse notas sobre el versículo 9. La frase exacta aquí es “*charismata iamatōn*”, o sea, los dones de gracia que servían para la sanidad del cuerpo.

f) Los ayudadores. El término es poco conocido en el Nuevo Testamento y podría representar el don de prestar ayudas prácticas de forma discreta a los hermanos en el curso normal de la vida de la iglesia. Al mismo tiempo, como elemento en una lista de dones públicos, podría corresponder a la labor de los diáconos que más tarde había de recibir reconocimiento específico **(Fil 1:1) (1 Ti 3:8-13)**.

g) Los guías de las iglesias. El término es “*kubernêseis*”, o sea, los pilotos de una nave. Es de suponer que corresponde este don al de los “*ancianos*” —también denominados “*sobreveedores*” o “*pastores*”— que guiaban y pastoreaban las congregaciones según el orden apostólico. Nos llama la atención que en esta Epístola —tan eminentemente eclesial— no hallamos referencia directa a “*ancianos*” aparte de este término muy especial, y algunos han deducido que su obra se hallaba en estado embrionario hasta que se precisara más hacia el fin del ministerio de Pablo, o sea, en el período reflejado en las Epístolas Pastorales (1 y 2 Timoteo y Tito). Sin embargo, esta teoría no es aceptable, puesto que Pablo nombraba ancianos en todas las iglesias de Frigia y de Licaonia durante su primer viaje misionero **(Hch 14:23)**, y los ancianos o sobreveedores eran conocidos en la iglesia de Éfeso al final del segundo viaje, en una fecha próxima a la de la redacción de 1 Corintios **(Hch 20:17-38)**. Queda la posibilidad de que el triste estado de desorden que Pablo tuvo que denunciar en Corinto surgía precisamente del fracaso de la labor de pastoreo de los ancianos frente a la rebeldía de una buena parte de la congregación. El don de gobierno (de guía o de pastoreo) sigue siendo de importancia básica para el buen funcionamiento de la iglesia local.

h) Quienes ejercen diversos géneros de lenguas. En vista de la primacía de los dones de edificación que Pablo ha de subrayar en el capítulo 14, no nos extraña que termine su lista de dones —o de personas que ejercen tales dones— con este de diversas lenguas, que elevaba el espíritu de quien hacía uso de las tales, sin que los oyentes entendiesen nada de lo que hablaba. Véase nota sobre el versículo 10 con **(1 Co 14:6-19)**.

Unas preguntas retóricas. Pablo hacía uso frecuente de preguntas retóricas con el fin de resumir y subrayar asuntos ya expuestos. Aquí enfatiza la diversidad de los dones —y su distribución soberana por Dios mismo— por medio de una serie de tales preguntas, cada una de las cuales requiere —según la gramática griega— la contestación de un “No” enfático: “*Son todos apóstoles... profetas... maestros...?*”, etcétera. Claro que no, pues volveríamos a las imaginadas condiciones de un cuerpo en el que abundaran ciertos miembros y faltaran otros igualmente necesarios. Que cada uno sienta su responsabilidad personal al hacer uso del don que ha recibido, sin preocuparse por la presencia o la ausencia de ciertos dones en el caso de otros hermanos. Al repetir los dones en esta serie de preguntas, Pablo omite los de “ayudas” y de “gobiernos”, añadiendo, sin embargo, el de la interpretación de lenguas.

El nexa con el capítulo 13. En el versículo 31 Pablo prepara el terreno para la hermosa exposición del tema del amor, que ocupará el capítulo 13. Ha subrayado la necesidad de la utilización de todos los dones —visibles e invisibles, honrados o ignorados—, pero, frente a la predilección de los corintios por los dones más llamativos, les exhorta a desear ardientemente “*los mejores dones*”, que luego han de definirse como aquellos que sirven directamente para la edificación del pueblo de Dios. Pero eso no es todo, pues si los dotados no caminan en la senda “*más excelente*” del amor, todas las gloriosas posibilidades de los dones se anularán.

Preguntas

1. Desarrolle el tema de “la diversidad en la unidad” de los dones espirituales concedidos a la iglesia, con referencia a distintas secciones del capítulo 12.
2. Analice con cuidado los versículos 12 y 13, con referencia tanto al “*bautismo en un cuerpo*” como al tema de “*beber de un mismo Espíritu*”. Cítense ejemplos históricos en Los Hechos.
3. ¿Qué quiere decir el apóstol cuando habla de “*los mejores dones*”? ¿Cuál es la importancia de los dones mencionados en el versículo 28? Dese una breve definición de cada uno de ellos.

La supremacía del amor - 1 Corintios 13

El enlace con el contexto

1. El factor esencial

El célebre erudito bíblico Harnack declaró que este capítulo 13 de 1 Corintios constituye la porción “más majestuosa, más potente y más profunda de cuantas escribiera el apóstol Pablo”, y de acuerdo con él, todos los comentaristas la describen como un sublime cántico al amor divino, al “*agapê*”. A nadie se le ocurriría discrepar de estas opiniones, pues sería difícil hallar palabras adecuadas para elogiar debidamente las maravillas del pensamiento y de la expresión de Pablo al redactar el pasaje que tenemos delante. Desde el punto de vista de la exégesis, sin embargo, surge un peligro de su misma sublimidad, pues existe la tendencia de aislarlo de su contexto, mientras que, de hecho, constituye un movimiento integrado perfectamente en el tema de los dones que el Espíritu Santo concede a los miembros del Cuerpo de Cristo a los fines de su debida edificación, y esencial para su buena comprensión. Se trata del amor como móvil imprescindible y único que es capaz de poner en marcha todo ministerio cristiano que Dios pueda reconocer.

Si quitáramos unas hermosas y floridas plantas de un invernadero bien iluminado y ambientado para su desarrollo, y las trasladáramos a un sótano sin luz ni aire, muy pronto perderían su lozanía y por fin morirían. La estructura de las plantas no ha cambiado, pero, faltándoles luz y aire, les es imposible crecer o vivir. La “luz” que se necesita para el desarrollo de los dones y del ministerio es el amor, de modo que Pablo procede a señalar la absoluta nulidad de todo cansina, y de toda obra llamada cristiana, por hermosa que parezca, si el móvil no es el amor. Después de negar toda eficacia aun al ejercicio de los “mayores dones” si falta esta condición previa, presenta una lista de las manifestaciones del amor. No llega a ser una definición formal del “*agapê*”, pero su naturaleza se descubre por medio de una serie de declaraciones que nos hacen ver lo que es el “amor en acción”.

Después pasa a enfatizar la permanencia del amor. Como ya vimos al estudiar el capítulo anterior, la utilidad de ciertos dones varía según el momento de revelación, pero el amor nunca pierde su valor, ni en este siglo ni en el venidero.

2. Lo que es el amor

Cuando se hacían las primeras traducciones del griego del Nuevo Testamento al latín, no era posible emplear el vocablo amor como equivalente de “*agapê*”, pues se había degradado tanto que los traductores preferían usar “*caritas*”, de donde viene —a través de la Vulgata— el vocablo caridad en nuestras versiones antiguas. De hecho, lo que se significa por “*agapê*” en el Nuevo Testamento es algo que surge de la revelación de Dios en Cristo, de modo que los escritores inspirados tenían que dar un valor mucho más elevado a los términos usados anteriormente. Los autores clásicos podían llegar a comprender que el hombre había de amar “lo mejor” y despreciar lo vil —bien que pocas veces llegaban en la práctica aun a eso—, pero no habían vislumbrado jamás el amor que ama al mundo rebelde hasta el punto de entregar al mayor Tesoro del Cielo para su salvación (**Jn 3:16**), ni les era posible comprender el subido valor del amor que se describe en (**Ro 5:6-8**), que lleva a Cristo a morir por sus enemigos, los pecadores (**1 Jn 5:10**) (**1 Jn 4:9-10**). Como dice León Morris en su comentario (L V. F., in loc.: “Este amor halla tus raíces en la naturaleza del Amante y no en mérito alguno que se encuentre en la persona amada” (nuestra traducción).

Este es el amor que ha de ser reflejado en la vida y la obra del creyente por las operaciones del Espíritu de Cristo, quien es el único que puede producirlo en nosotros (**Ga 5:22-23**). Se ha dicho también que el capítulo es “un retrato de Cristo” y todos comprenderemos que este amor, en su plena manifestación, sólo se ha visto en la vida del Maestro. Pero no constituye un mero ideal irrealizable, pues el apóstol enfatiza la nulidad de todo aquello —en cuanto al cristiano y su servicio— que no surge de la profunda raíz del amor. El amor ha de anular el YO: aquel triste engendro de la Caída que se coloca en medio de lo que imagina ser “su territorio” para defender su “dignidad”, para recoger “sus cosas” y para luchar encarnizadamente contra todo aquel que —a su parecer— perjudica en algo su persona o sus intereses. Como “ley” básica de su Reino, el Señor ya había hecho constar el principio de refrenar el YO, enunciando la llamada “regla de oro”: *“Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la Ley y los profetas” (Mt 7:12)*. En lenguaje de hoy, quizá podamos dar a entender el principio básico de la ley del amor al sugerir que cada uno intente seriamente enfocar los asuntos que surgen del devenir diario, no sólo desde su propio punto de vista, sino también desde el del “semejante”. La totalidad del “agapé”, tal como se manifiesta en la Cruz, es mucho más que eso, pero, ¡cuánta diferencia habría en la vida, en el testimonio y en la obra de las iglesias locales si muchos hermanos empezaran siquiera a ajustar el enfoque de las cuestiones del día en el sentido indicado!

El camino más excelente (1 Co 12:31-13:13)

1. Los “mayores dones” y el amor (1 Co 12:31)

Este versículo enlaza la descripción de los dones de la sección anterior con la consideración del “camino más excelente”. Los hermanos harían bien en anhelar —con santo celo, según el sentido del original— aquellos “mayores dones”, que de verdad servían para la edificación de la Iglesia, pero, aun si los consiguieran, de nada les serviría si no anduviesen en el camino del amor que el apóstol les presenta a continuación.

2. Los “mayores dones” pueden perder su valor (1 Co 13:1-3)

Lenguas de hombres y de ángeles. Sin duda fue la preocupación de los corintios por los dones espectaculares lo que llevó a Pablo a mencionar, en primer término, aquellos que resultaban en la mayor elocuencia que la mente humana puede concebir: lenguas de hombres y hasta lenguas de ángeles. La elocuencia que presenta conceptos dignos, revestidos de expresiones y vocablos a la altura de los temas, es algo que nos entusiasma y excita nuestra admiración, constituyendo uno de los dones más apreciados que surgen de la inteligencia humana. Al hablar de “lenguas de los ángeles” quizá Pablo pensaba en aquellas que una vez escuchó, en estado de éxtasis, según la referencia de (**2 Co 12:2-4**): *“Conozco al tal hombre —sin duda el hombre es Pablo mismo— que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables, que no es dado al hombre expresar”*. Todas las armonías producidas por los genios musicales de los últimos siglos no pasarían de ser notas desafinadas comparadas con lo que Pablo oyera en el paraíso, pero veremos que el valor de tales “lenguas de ángeles” quedaría anulado si no fuesen impulsadas por el amor.

No sabemos cuál sería la experiencia de los hermanos que hablaban las lenguas misteriosas que el apóstol menciona en (**1 Co 14:2,14,18**), o si se pueden clasificar como “lenguas angelicales”, pero su intención en el versículo 1 es claramente la de señalar primeramente las mayores excelencias de expresión, para llegar luego a la conclusión de que, aun subiendo a estas alturas, *“si no tengo amor vengo a ser metal que resuena y*

címbalo que retiñe". Sin duda, emplea la primera persona singular; con el fin de no herir los sentimientos de otros hermanos. Las traducciones nuestras no expresan claramente lo desagradable del sonido de "lenguas sin amor" que hallamos en el griego, y quizá se nos permitirá hacer uso de la paráfrasis siguiente: "vengo a ser como pedazo de bronce que resuena al ser golpeado, y como un címbalo que emite sonidos metálicos y desapacibles". No se trata sólo del sonido, sino de la persona de quien ejerce el don de lenguas sin amor: "Yo he venido a ser un instrumento que no hace más que ofender el oído por medio de ruidos sin sentido".

Profecía, misterios, ciencia y fe. Los dones mencionados aquí son de gran categoría, muy apreciados por el apóstol. La profecía comprende y anuncia claramente el mensaje de Dios que se necesita en cualquier momento. Los misterios son los del plan de la redención, que se revelaban por medio de los apóstoles. La ciencia es la capacidad espiritual para profundizar en tales revelaciones, acumulando conocimientos en la escuela de Dios. El don de la fe opera tan poderosamente que puede trasladar montes: expresión que hace eco de las palabras del Maestro en **(Mr 11:23)**. Quizá Pablo habla hiperbólicamente aquí, pues es difícil pensar que el Espíritu Santo pudiese dotar a un hermano de *"toda la fe"* —además de la profecía, del conocimiento de misterios y de la ciencia— sin que, por el mismo impulso, despertara el amor en el corazón del siervo que utilizara los dones. El Maestro tampoco desdeñaba el uso de la hipérbole, pues; en sus enseñanzas no dudaba a veces en llegar a los extremos de la paradoja con tal de fijar la atención del oyente en la lección principal. Hemos de entender que si fuera posible ejercer tan excelsos dones sin tener amor, el ministro quedaría reducido a nada: *"si no tengo amor, nada soy"*. Es posible que Dios, en su providencia soberana, utilice manifestaciones del Espíritu en hermanos que no muestren el amor en su grado debido, pero si el móvil no es el amor, se anulan a sí mismos delante de Dios, y no quedará nada de valor espiritual para el Día de Cristo **(1 Co 3:13-15)**.

La caridad y el martirio. Es posible que un hermano aprenda que las posesiones materiales carecen en sí de todo valor intrínseco, y que llegue al punto de *"vender lo que tiene para dar a los pobres"*. La expresión indica que lo va distribuyendo "en porciones", como una obra de "caridad". Otro se deja impresionar por el poco valor del cuerpo, ya que es temporal y ha de fenecer pronto de todas las maneras. Como algunos de los mártires de los siglos segundo y tercero, testifica de forma violenta delante de los enemigos del Evangelio, hasta el punto de excitar una reacción contraria, con el resultado de que echan su cuerpo a la hoguera. Los dos casos son impresionantes, pero, ¿cuál ha sido el móvil del sacrificio máximo, sea de las posesiones, sea de la vida misma? Si no ha sido el amor, hemos de pensar que el impulso surgió de alguna forma de orgullo personal y que brotó del YO que quiere ser "algo", aun por medio del sacrificio de todo lo material y hasta del cuerpo mismo, que normalmente tanto cuidamos y regalamos. Comenta el apóstol: *"Aun si llego a estos extremos, mas no tengo amor, de nada me aprovecha"*.

Volviendo sobre los tres apartados, vemos que los mayores dones de elocuencia, aun siendo producidos por el Espíritu, no significan nada sin el amor. El ejercicio de los mayores dones de profecía, ciencia y fe, si no obra el amor, no hace sino reducir el "ministro" a nada personalmente. Los sacrificios máximos de bienes y de vida sin el móvil del amor no aprovechan nada a quien los realiza. El amor busca el bien y el provecho del hermano, o del prójimo, a expensas de los deseos —y aparente provecho— del YO.

3. Lo que busca y lo que evita el amor (1 Co 13:4-7)

Una serie de negaciones. Pablo ha enfatizado la inutilidad de todo pretendido servicio, de todo ejercicio de dones carismáticos, si no se impulsan por el amor. Organiza lo que resta de su "canto" en tres secciones principales: a) manifestaciones positivas y negativas que

surgen del amor, predominando las últimas (**1 Co 13:4-6**); b) manifestaciones típicas del amor, esta vez enteramente positivas (**1 Co 13:6-7**); c) la permanencia del amor (**1 Co 13:8-13**). Hemos de considerar cada movimiento por separado, notando primeramente la serie en que predominan la mención de manifestaciones que no pueden tener su raíz en el amor, deduciéndose, pues, que son obras de la carne. En forma más elocuente y poética el apóstol enseña las mismas lecciones aquí que presenta en (**Ga 5:19-23**), donde contrasta las obras de la carne con el fruto del Espíritu Santo.

La forma poética de este párrafo (**1 Co 13:4-7**). La poesía depende principalmente de secuencias de cláusulas rítmicas y equilibrada, aun cuando falten las “rimas” que popularmente se asocian con obras poéticas. Es evidente por la lectura del original que Pablo no desdeña esta construcción en este lugar, sino que cuida primorosamente la construcción literaria de los movimientos de su poema. Esto contrasta con el descuido de la redacción en otros pasajes, ya que el apóstol se preocupa normalmente por el concepto mismo, que presenta con gran fuerza expresiva, utilizando todos los medios para destacarlo, pero sin pretensiones estilísticas. Pablo era hombre muy dotado, polifacético en el mejor sentido de la palabra, de modo que no debiera extrañarnos que eleve esta canción al amor a alturas poéticas, siguiendo patrones hebraicos que también utilizara el Maestro. Intentamos dar al lector esta impresión rítmica, sin perder el sentido de las profundas cláusulas de esta estrofa del poema:

- 1) El amor es sufrido, es benigno;
- 2) No tiene celos ni se vanagloria.
- 3) Tampoco se hincha, ni se porta indecorosamente.
- 4) Nunca busca lo suyo, ni se irrita.
- 5) Tampoco es suspicaz, ni se goza en pecados ajenos;
- 6) Antes se goza juntamente con todo lo verdadero,
- 7) Soportándolo todo, creyéndolo todo, esperándolo todo y sufriendo todo.

El significado básico de la estrofa de los versículos 4 al 7. La poesía hebraica solía hacer alguna declaración, que luego se repite en forma modificada, a veces subrayando el concepto del primer verso, o, alternativamente, expresando una verdad que se contrasta con la primera.

a) Los versos 1 y 7 del poema (tal como se escribe en el párrafo anterior). Este paralelismo es evidente en la estrofa citada, que empieza y termina con varias afirmaciones, desarrollando el último verso el contenido básico del primero: el amor es sufrido (o tiene largura de ánimo), y benigno (cariñoso y cortés). Así, según el desarrollo del último verso, tiene “aguante”, cree lo mejor posible en todas las circunstancias, espera en Dios y en el cumplimiento de sus propósitos, sufriendo con toda paciencia los inconvenientes que surgen del servicio de Dios en un mundo de maldad. Al escribir “*todo lo cree, todo lo espera*” Pablo no piensa en una credulidad blanda que hace caso omiso de las obras de la carne en el hombre, sino que enfatiza la fe y la esperanza que hallan su razón de ser en Dios y en el desarrollo de sus propósitos. Sin embargo, como es evidente por otros elementos de la estrofa, el amor verdadero destierra toda suspicacia y no juzga los móviles de las acciones de otros hermanos.

b) Los versos 2 y 3 del poema. Los cuatro elementos de estos versos subrayan la anulación del orgullo y del amor propio que es la esencia misma del “*agapé*”. La envidia —o celos— surge de los movimientos del “yo”, que no aguanta que otro sea más que él, o que tenga más que él; tal fue el pecado de Caín que le llevó por fin a matar a su hermano

Abel (**1 Jn 3:11-12**). El mismo impulso carnal da lugar a jactancias —disfrazadas u obvias— y a la hinchazón que concede una extremada importancia a lo que cada uno cree que ha realizado. El amor se interesa en Dios primero y en el hermano después, de modo que estimará cuanto realiza como poca cosa, diciendo sin sombra de hipocresía: *“Siervo inútil soy; lo que debía hacer, he hecho”*. El amor amortigua los movimientos psicológicos poco discretos y fuera de tono, despertando una delicadeza instintiva en el corazón del creyente, quien, por eso, *“no se porta indecorosamente”*.

c) El verso 4 del poema. El primer elemento del verso manifiesta la indiferencia del amor frente a las posesiones materiales y el poco aprecio que tiene de “sus derechos” cuando se trata de posiciones que podrían corresponder a su labor. Por centrar su interés en “el otro”, puede vencer los instintos egoístas del viejo hombre, que busca con afán todo el bien material como los honores de los cargos. Manifestándose un verdadero altruismo, el amor no se irrita, ni manifiesta la violenta reacción del enojo, que suele hallar su origen en el despecho de quien se cree postergado personalmente o lesionado en sus intereses. El verbo es *“paroxunō”* y el sustantivo correspondiente se emplea para describir la “contención” que se produjo entre Pablo mismo y Bernabé sobre el tema del servicio de Juan Marcos (**Hch 15:39**) y que resultó en la separación de los campos de servicio del apóstol y Bernabé. ¿Hemos de deducir que Pablo era inconsecuente, y que no practicaba el amor que predicaba? En manera alguna, pues no encontraban para nada los afanes egoístas en su disputa con Bernabé, sino sólo la preocupación por el bien de la Obra. Por (**Ef 4:26**) sabemos que la ira frente al mal es a veces una virtud —*“Airaos y no pequéis”*—, pero aun la ira justa ha de limitarse. *“No se ponga el sol sobre vuestro enojo”*. En nuestro “himno” se trata de la irritación exacerbada que surge de los celos y del afán por guardar “nuestras cosas” y “nuestros privilegios”. El control de estos movimientos —que surgen de los hondos estratos de la naturaleza caída del hombre— es obra del Espíritu Santo, cuyo fruto es el control de uno mismo (**Ga 5:22-25**).

d) Los versos 5 y 6 del poema. Notamos en seguida el fuerte eslabón que une los conceptos expresados en estos versos del poema, pues todos reflejan la actitud del hermano que ama a todos los que le rodean. De nuevo insistimos en que el hermano espiritual, en quien se manifiesta el amor, no llega a ser una criatura blanda, sin comprensión ni criterio, pues ya se ha dicho de él en (**1 Co 2:15**): *“El (hermano) espiritual juzga todas las cosas, pero él no es juzgado por nadie* (del mundo de los hombres naturales)”. Sabe de sobra la maldad que existe en el mundo, y llora sobre las múltiples manifestaciones de la carne aun dentro de las iglesias y en las esferas del servicio cristiano. A veces le es preciso formar un criterio sobre el valor de ciertos actos de servicio y aun sobre la actuación de algún hermano.

Pero no quiere saber nada de las críticas ligeras y caprichosas que tantas veces se formulan sin la debida investigación, y casi siempre a espaldas del hermano criticado. A veces no hay manera de evitar el juicio sobre el valor de tal o cuál actuación de un hermano, pero el amor no va a sacar la consecuencia de que la obra defectuosa se realizó por móviles indignos, pues sólo al Señor le compete juzgar los intentos y los consejos del corazón (**1 Co 4:3-5**).

El amor, pues, no es suspicaz, o según otra traducción, *“no imputa móviles indignos”*. Por las mismas razones llora sobre los pecados ajenos, aun si se trata de la caída de alguien que le ha tratado mal. Positivamente *“se goza con la verdad”*, o, en otras palabras, se alegra de toda manifestación de la verdad. La verdad, en su expresión última, es el Evangelio que encierra los designios de Dios, y el siervo de Dios que no se goza al enterarse de cómo Dios adelanta su Reino por los esfuerzos y sacrificios de otros obreros no es digno él mismo de poner la mano al arado.

Ya hemos visto que el verso 7 del poema vuelve a desarrollar la manifestación fundamental del amor, que nos ayuda a “aguantar” todas las cargas que Dios permite que soportemos, mirando nosotros con afectuoso interés al hermano y al prójimo, sinceramente deseosos de que prospere y que sea bendecido.

La reiteración de la paciencia y la esperanza del amor. Este versículo constituye el último movimiento del poema que estamos analizando, y produce el mismo efecto que el de los últimos versos de un soneto, subrayando y repitiendo el concepto principal de la poesía. La forma es la que los griegos llamaban “*chiasmós*”, que coloca los conceptos en forma de cruz: o sea, el último corresponde al primero, viéndose también una ilación entre los dos elementos que median entre los extremos. Todos los conceptos llevan el adverbio “*todo*”. Así:

“*Todo lo soporta*” (1) corresponde a “*todo lo sufre*” (4).

“*Todo lo cree*” (2) corresponde a “*todo lo espera*” (3).

Hemos considerado ya estos conceptos fundamentales que distinguen el amor netamente de las impacencias de la carne, de la frustración y de la desesperación de quienes no ven la perspectiva de la esperanza que Dios nos ha abierto delante de nosotros por medio de su revelación. Volveremos sobre el tema de la esperanza al considerar el versículo 13, que pone fin a este “cántico al amor”.

4. Lo que se esfuma y lo que permanece (1 Co 13:8-10)

El amor permanente y los dones que cesan de ser útiles. “*El amor nunca fenece*”, reza la Vers. H. A., mientras que la Vers. R. V. (60) traduce “*el amor nunca deja de ser*”. Ninguna de estas traducciones da el sentido exacto de “*oudepote piptei*”, que significa—en este contexto—“*el amor nunca falla*”, o sea, nunca deja de tener su pleno valor. Es el reflejo de la misma naturaleza de Dios y obrará eficazmente durante todas las etapas de la revelación y aun por los siglos de los siglos. En cambio, “*las profecías acabaran*”, si y en este caso el verbo es “*katargeō*” —“*quedar fuera de uso*”—, que se emplea también en cuanto a la ciencia, en cuanto a lo parcial (**1 Co 13:10**) y al referirse Pablo a lo que corresponde a “*niños*” (**1 Co 13:11**). Es el verbo típico de este pasaje, y no indica que ciertos dones han de ser abolidos, sino que perderán su valor en el ministerio público de la iglesia. Es preciso recordar lo que subrayamos en la introducción a este capítulo: que el precioso “cántico del amor” no se halla aislado del contexto de los capítulos 12 y 14, sino que constituye el meollo del argumento del apóstol.

“*Las lenguas cesarán*”, continúa el apóstol, y en este caso la traducción es literal. “*La ciencia caerá en desuso*”, y aquí se repite el verbo “*katargeō*”. Por el momento sólo hacemos constar el significado exacto de este versículo 8, pues su debida interpretación depende del contexto inmediato y del desarrollo total del argumento del apóstol.

Lo que es parcial y lo que es perfecto (**1 Co 13:9-10**). En estos dos versos Pablo explica por qué la profecía y la ciencia quedarán fuera de uso, y por qué cesarán las lenguas. Será porque solamente “*en parte*” conocemos y profetizamos. Habla por sí mismo y por los corintios de aquella época, y quizá sea digno de notar que “*conocemos*” traduce el verbo “*ginōskō*”, que es “*conocimiento experimental*”, y no la instintiva y profunda del verbo “*oída*”. El sentido, pues, viene a ser que había mucho que aprender aún, y que la profecía no podía hacer más que suplir parcialmente lo que no se había revelado y puesto por escrito todavía. Por eso, al criterio de quien escribe, “*lo perfecto*” —“*to teleion*”—, que se contrasta con “*lo parcial*”, quiere decir, en primer término, la revelación del Nuevo Pacto que se había de completar por medio del ministerio de los apóstoles, cuajándose por fin en las páginas del Nuevo Testamento. Mientras tanto las iglesias habían de mantener y aumentar su testimonio por medio de los dones que habían recibido, y que se

describieron en el capítulo 12, sabiendo, sin embargo, que la ayuda limitada que recibían del ministerio carismático había de apoyarse totalmente en el amor: la virtud permanente que sólo podía dar valor a todos sus aspectos y que seguiría siendo indispensable cuando llegare *“lo perfecto”* de la revelación celestial. Pero insistimos en la continuidad del argumento, que no deja de relacionarse con el ministerio en la iglesia de Corinto, sobre la base de los variados dones que habían recibido los creyentes por la operación del Espíritu de Dios. Ahora bien, es muy natural —inevitable quizá— que Pablo, al contrastar lo parcial del ministerio de aquel momento y lugar con la plenitud de la revelación cristiana, alzara también sus ojos al cielo, gozándose al meditar en la plenitud de todo conocimiento cuando la Iglesia se hallase en su lugar, estableciéndose una “comunicación” perfecta y espiritual entre los santos glorificados y su Dios, *“conociendo cabalmente como también fui conocido”* (1 Co 13:12). Esta perspectiva—dentro de la cual se hallan dos vertientes de un solo tema— es normal en el desarrollo del pensamiento de Pablo, pero precisamente por eso hemos de ir por partes, considerando primeramente lo inmediato y temporal, y después lo eterno y permanente. El amor es el factor válido e inmovible a través de todas las etapas del camino y no cambiará cuando llegemos a la meta final.

Según la interpretación básica, pues, la frase *“entonces lo que es en parte quedará fuera de uso”* —que termina el versículo 10— quiere decir que las manifestaciones parciales de la revelación de Dios por medio de un ministerio extático no serían necesarias en un tiempo futuro, cuando llegaría a ser posible apelar al conjunto de la Palabra, ya completada y transmitida en forma total y permanente. Desde luego, es una verdad evidente que cuando llegue *“lo perfecto”* de los “siglos de los siglos”, todo conocimiento parcial de esta tierra cesará de tener importancia alguna, pero, en primer término, Pablo sigue orientando a los corintios que no habían comprendido bien que se iba preparando, por la gracia de Dios, un cuerpo de doctrina y de prácticas que había de reemplazar a algunos de los ministerios parciales de los cuales se jactaban.

5. Conocimientos incompletos y el conocimiento perfecto (1 Co 13:11-12)

Las razones infantiles y las del hombre maduro. En (1 Co 14:20) Pablo vuelve a recordar a los corintios que se estaban portando como *“niños”*, —el término empleado es diferente, pero se destaca igualmente la falta de madurez en los dos casos—, ya que mostraban una marcada preferencia por los dones extáticos, en especial por *“lenguas”*, que les parecían ser extraordinarias manifestaciones de la potencia del Espíritu Santo. En el referido verso, contrasta la falta de madurez de los niños con la inteligencia bien desarrollada de los hombres ya formados. Aquí se pone a sí mismo como ejemplo, recordando que en su niñez *“hablaba, pensaba y razonaba”* según las condiciones del niño —*“infante”* aquí—. Las razones de la niñez son adecuadas para aquel estado del desarrollo humano, y muy graciosas, pero si persistieran más allá de la adolescencia, la “gracia” se trocaría en tragedia, siendo prueba de un grave defecto en el desarrollo de la personalidad de un ser humano. Dice Pablo: *“ahora que soy hombre he dejado fuera de uso lo que era de niño”*. Quiso poner de relieve que las actitudes algo infantiles de los corintios debían ser abandonadas con el fin de que mostrasen la madurez espiritual de “hombres en Cristo”, capaces para formar criterios inteligentes y de alto vuelo al meditar en el tema del ministerio en la iglesia. En esta ilustración personal se hallan implícitas tanto una reprensión como una exhortación, ya que, por una parte los corintios se portaban como niños, y por otra deberían manifestar ya la madurez espiritual que correspondía a su estatura espiritual. Ni la reprensión ni la exhortación pueden aplicarse a la plena vida del creyente después de la resurrección. De hecho, las implicaciones exhortatorias se desarrollan ampliamente en la sección siguiente (el capítulo 14), que hace la aplicación práctica de estos principios al ministerio de la iglesia en sus reuniones oficiales.

El reflejo en el espejo y la visión completa (1 Co 13:12). Es en este versículo donde se percibe más claramente el “salto” que lleva el pensamiento de Pablo al perfecto conocimiento del Cielo, pero aun así es posible ver una primera aplicación a la situación que se estudia, y más por relacionarse con la ilustración que acaba de presentar sobre las razones del niño contrastadas con las de una persona mayor. Nuestros espejos se fabrican por medio de cristal azogado en su parte posterior, con el fin de que reflejen perfectamente los rayos de luz, dando una imagen nítida de la realidad. Nos dice que la ciudad de Corinto tenía fama en aquellos tiempos de fabricar los mejores espejos, pero se trataba de láminas de metal bruñidas, que en el mejor de los casos no podían dar más que una impresión borrosa de la realidad. Por eso dice el apóstol que nuestro conocimiento actual de las realidades espirituales puede compararse a tal reflejo imperfecto de la verdad, ya que *“vemos por medio de un espejo como si tratásemos de solucionar un enigma”* (*“en ainigmati”*). Lo opuesto a esta imagen indirecta, imperfecta y borrosa es ver una persona *“cara a cara”*, y es natural que pensemos en el día cuando veamos a Cristo *“tal como El es”*. Con todo, no es preciso suponer un cambio total del tema, pues “lo parcial” que ya hemos considerado —el ministerio por medio de dones, algunos de los cuales dejarán de ser necesarios—, fue como una visión borrosa y preliminar de lo que Dios había de revelar por su Espíritu, a través de los apóstoles, después de consumarse la obra redentora, y no hay nada extravagante en comparar la plena manifestación de la “verdad en Cristo” con la claridad de ver a una persona directamente, *“cara a cara”*, en lugar de percibir una imagen borrosa de ella por medio de una placa de bronce bruñido.

Continúan las dos vertientes de “lo parcial” y “lo completo” en las últimas expresiones del versículo 12: *“Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré (completamente) como fui conocido”*. El verbo *“conozco”* es *“ginōskō”*, que como ya hemos visto es la expresión del conocimiento que se va adquiriendo, pero *“conoceré”* y *“fui conocido”* traducen *“epiginōskō”*. El adverbio *“cabalmente”* o *“completamente”* no se halla en el original, pero algunos traductores lo entienden como algo implícito en el verbo *“epiginōskō”*, que es el mismo verbo *“ginōskō”* con el prefijo *“epi”*. Normalmente señala que los conocimientos adquiridos se dirigen hacia un objeto concreto, mientras que, en ocasiones, parece indicar una mayor plenitud de conocimiento: sentido que no viene mal aquí, ya que se añade la frase *“como también fui conocido”*. Admitiendo una perspectiva que abarca lo inmediato y lo lejano, Pablo sigue enfatizando la necesidad de progresar en los conocimientos del Nuevo Pacto hasta llegar a la plena revelación de esta dispensación, y recordamos lo que ya hemos visto: que la sabiduría que ahora se revela en Cristo por medio del Espíritu da a entender *“cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni surgieron en corazón humano, son las que Dios preparó para los que le aman”* (1 Co 2:8-9). Con todo, el conocimiento cabal, que abarca la sabiduría del Cielo, que aprende secretos celestiales —hasta donde sea permitido al hombre glorificado hacerlo—, espera el día cuando *“conoceré como también fui conocido”*, pues no dudamos que se han de conceder a los ciudadanos del cielo unos medios de comunicación espiritual que aún desconocemos.

6. Las columnas inmovibles del testimonio cristiano (1 Co 13:13)

Fe, esperanza, amor. Algunas veces se entiende este versículo como si Pablo dijera: *“Ahora necesitamos fe, esperanza y amor, pero en el Cielo solamente permanecerá el amor”*, pero eso no es lo que está escrito. Fijémonos en que *“ahora permanecen fe, esperanza y amor* (sin artículos definidos); *más el mayor de ellos es el amor”*. El apóstol ha insistido mucho en el amor como factor imprescindible que valoriza todo ministerio espiritual, pero no quiere que los corintios se olviden del sagrado “trío”, cuyos componentes son igualmente necesarios para el desarrollo de la vida cristiana en todos los aspectos. Seguramente la fe y la esperanza se matizarán por la gloria del Estado

Eterno, pero no por eso dejarán de existir como algo esencial para las relaciones que existan entre la criatura y Dios por el transcurso de los siglos de los siglos. En nuestra era son de todo punto esenciales. El vocablo “ahora”, que inicia la declaración del versículo 13 significa no tanto “en este tiempo”, sino indica que Pablo hace un resumen de la situación y corresponde a nuestra frase “ahora bien”. Enfatiza que, después de todo lo discutido, quedamos con estos tres principios básicos, fe, esperanza y amor.

La fe. En esta combinación de conceptos. Pablo no presenta “la fe” como un don especial del Espíritu Santo a la manera del versículo 2, sino que viene a ser la comprensión de la flaqueza de todo lo personal, la incertidumbre frente a circunstancias fluctuantes, y la ineficacia de todo esfuerzo humano. Todo ello nos lleva a desconfiar de lo terrenal para descansar completamente en la Persona y Obra de Dios mismo. La fe abre el corazón del creyente ante Dios, permitiendo que el poder divino le transforme, le anime y le fortalezca frente a cuanto significa la vida cristiana, sea en la experiencia íntima de cada uno, sea en su testimonio frente al mundo, sea en su servicio en la Iglesia. Tal es la “*fe que obra por el amor*” de **(Ga 5:6)**. Evidentemente, es preciso que permanezca, pues sin esta fe es imposible agradar a Dios **(He 11:6)** ni llevar a cabo cosa alguna en el ámbito de su Reino.

La esperanza. “*Esperanza*” en el Nuevo Testamento se ha de distinguir de las vagas e inciertas expectativas humanas que tantas veces se ven defraudadas al enfrentarse con las crudas realidades de la vida humana en un mundo de pecado. Podemos definir el término de este modo: “La esperanza es la certeza, creada en nosotros por el Espíritu Santo, de que se cumplirá todo cuanto Dios ha propuesto y prometido en relación con su pueblo”. Sólo la esperanza abre delante del alma la perspectiva de un porvenir de bendición y de consumación: por eso Pablo declara: “*En esperanza fuimos salvos*” **(Ro 8:24)**. El Evangelio no sólo proclama la salvación en Cristo, sino también señala la meta de la vida nueva, que es la bendición, consumación y glorificación de la personalidad del hombre redimido, adaptada perfectamente a las condiciones de “*los siglos de los siglos*”.

En el devenir diario la esperanza nos hace saber que Dios obra en todas las cosas para bien de aquellos que le aman **(Ro 8:28)**; en cuanto a nuestro servicio, nos asegura que todo cuanto se siembra espiritualmente se segará en el día de la cosecha, pese a que nosotros, por lo pronto, quizá no percibamos la germinación de la semilla. ¿Cómo podríamos seguir adelante sin la esperanza? Es el gran remedio que Dios provee contra toda tentación que nos lleve al cansancio, a la frustración y a la desesperación.

El amor. No hace falta que volvamos a definir el amor, que ha sido el tema sublime de todo este pasaje. Lo nuevo en el versículo 13 es que Pablo lo coloca “jerárquicamente” a la cabeza de los otros dos principios “maestros” de la vida y del servicio de los cristianos, pues “*el mayor de ellos es el amor*”. Insinúa aquí que esta preeminencia del amor surge del hecho de que nosotros mismos necesitamos la fe y la esperanza para poder vivir y para seguir andando en los caminos del Señor. Hasta cierto punto, pues, hay un elemento personal y “egoísta” —no en mal sentido— al aprovechar la fe y la esperanza. Ahora bien, el amor es el reflejo de la naturaleza de Dios, quien no precisa ni de fe ni de esperanza, siendo suficiente por sí mismo, además de ser la Roca que sustenta toda nuestra confianza. Con todo, Dios es amor, y cuando el creyente ama, y obra impulsado por el amor, se olvida de sí mismo y llega a ser cauce y canal por donde fluyen bendiciones espirituales —y materiales— para otros, manifestando en ello su semejanza a Aquel que le recreó en Cristo Jesús. Hemos dicho que los conceptos de fe y de esperanza quedarán matizados por la perfección del Cielo, pero el amor florecerá más abundantemente allí, llegando a su consumación, por hallarse en su propio ambiente.

Preguntas

1. Discurra sobre la preeminencia del amor en relación con el ministerio de los dones en la iglesia local, analizando el pasaje **(1 Co 13:1-7)**.
2. Discurra sobre la permanencia del amor, con referencia especial a **(1 Co 13:8-13)**.
Nota: Al contestar la pregunta no se olvide de relacionar el capítulo 13 con los temas de los capítulos 12 y 14, ya que en el original no existen las divisiones en capítulos.

El ejercicio de los dones en la iglesia reunida - 1 Corintios 14

Enlace y desarrollo del argumento

I. La unidad del tema a través de los capítulos 12 a 14

Dones, amor y ministerio público. A través de las cartas recibidas de Corinto, y en el curso de diversas conversaciones con hermanos de su confianza que le visitaban en Éfeso, Pablo había llegado a comprender que muchos de los hermanos corintios —nunca se trata de la iglesia en su totalidad— habían entendido mal la libertad del Espíritu en el ejercicio de los dones en la congregación. Su respuesta debe ser estudiada en su conjunto, haciendo caso omiso de las divisiones en capítulos que aparecen en nuestras traducciones. No se lanzó en seguida a darles instrucciones sobre el orden a guardar en las reuniones “*en iglesia*” (“*en ekklesia*”, **(1 Co 14:19)**, etcétera), sino que, con la buena lógica que le caracterizaba, examinó primero el espíritu y el poder que hacían posible el ministerio público dentro de la unidad del Cuerpo —recuérdense los estudios sobre el capítulo 12—, pasando luego a insistir en que el amor es el aliento vital que ha de informar todo servicio y ministerio. Sólo entonces pasa a las consideraciones prácticas que han de hacer posible el ministerio eficaz en la congregación.

La vida de iglesia de los corintios. A riesgo de cierta repetición, hemos de insistir en la necesidad de procurar formamos una idea de las condiciones que regían dentro de las iglesias de aquella época, cuando el Evangelio se extendía rápidamente por las provincias del Imperio, bajo la guía del apóstol Pablo, sin perder de vista la influencia de la vida social de entonces. Estamos tan acostumbrados a ciertas circunstancias que facilitan la vida de las iglesias en nuestros tiempos —fruto de largos siglos del desarrollo religioso, político y social— que nos cuesta trabajo “reconstruir” mentalmente las condiciones que regían tanto en Corinto como en otros centros importantes al reunirse los hermanos en sus respectivas congregaciones.

En primer término, no había tal cosa como el día de domingo, como fiesta oficial que beneficiara la gran mayoría de trabajadores— algo que data de un edicto de Constantino en el año 321—, de modo que era muy difícil solucionar el problema de reunir a un número considerable de personas, muchas de ellas esclavos, en cierto lugar y a las mismas horas. Sin duda, al liberarse la comunidad cristiana de las normas de la sinagoga, el día de reunión llegaba a ser el primer día de la semana (**Hch 20:7**) (**1 Co 16:2**), pero es de suponer que las horas habían de fijarse según las condiciones sociales de aquel entonces, hallándose referencias en el siglo II a reuniones antes de salir el sol, por ejemplo la carta de “Plinio el menor” al Emperador Trajano acerca de cristianos en Bitinia en el año 112 d. C.

En segundo término nos extrañaría a nosotros la ausencia total de edificios dedicados expresamente al culto cristiano, ya que nuestras “iglesias” o “capillas” se consideran como algo imprescindible para la celebración de los cultos de la congregación, habiendo adquirido en muchos círculos un carácter sagrado que no corresponde propiamente a la estructura como tal, sino a la reunión de los santos como iglesia dentro del edificio. Pero la conveniencia de tales lugares es evidente, y nos cuesta trabajo formarnos una idea de lo que serían las condiciones cuando números considerables de creyentes habían de utilizar amplias habitaciones en casas particulares, los patios de las mismas, o aun algún

taller, como aquel que Aquila y Priscila empleaban para la fabricación de tiendas de campaña. Hay frecuentes referencias a *“la iglesia que está en tu casa”* (Flm 1:1).

Por último, volvemos a subrayar la diferencia que suponía la ausencia del Nuevo Testamento, como conjunto de escritos reconocidamente inspirados y que completan el canon de las Sagradas Escrituras. Por entonces los creyentes empezaban a utilizar algún escrito recibido de los apóstoles y, sin duda, circulaban relatos de ciertos aspectos del ministerio terrenal del Señor Jesucristo, como también resúmenes de sus enseñanzas y “dichos”. No conviene olvidar las colecciones de “testimonios”, o sea, profecías mesiánicas del Antiguo Testamento, que circulaban entre las iglesias. Sin embargo, estos tesoros sólo estarían al alcance de algunos hermanos privilegiados, no habiendo nada que correspondiera a nuestras Biblias y Nuevos Testamentos a la disposición de todos en forma conveniente y manejable. De ahí la enorme importancia de los dones “extáticos”, fruto de la inspiración directa que el Espíritu Santo concedía a ciertos siervos suyos, como también la necesidad de “discernir” los dones para que los fieles no fuesen engañados por pronunciamientos de origen dudoso, o aun satánico.

Provecho y orden. Dadas las inclinaciones de los hermanos corintios, que amaban lo espectacular y enfatizaban demasiado su “libertad”, las reuniones de la iglesia —en las condiciones ya descritas— fácilmente podrían dar lugar a confusión y desórdenes, por falta de un criterio sano en el uso de los dones; por lo tanto, las palabras claves del capítulo 14 vienen a ser *“provecho”* y *“buen orden”*. No bastaba haber recibido un don espiritual: era preciso saber cómo y cuándo se había de utilizar para el provecho espiritual de todos, muchos de ellos eran hermanos “indoctos”, cuya edificación dependía principalmente de los mensajes que podrían escuchar durante la reunión semanal de la iglesia. El Espíritu Santo no determinaba siempre el momento de la manifestación pública del don, ya que obraba por medio de personalidades humanas responsables; por eso se encuentra entre los frutos del Espíritu *“el control de uno mismo”*, de modo que *“los espíritus de los profetas son sujetos a los profetas”* (1 Co 14:32); o sea, se evita un control puramente mecánico del siervo de Dios, lo que sería algo ajeno al principio de “libertad”. Sin embargo, esta libertad no ha de convertirse en “libertinaje”. El orden, pues, no se impone por medio de ritos ni de formularios, sino que ha de surgir del buen criterio espiritual de los hermanos dotados para el ministerio de la Palabra.

Lenguas y profecía. Nuestro examen del texto revelará que Pablo se preocupa por ensalzar el valor de la profecía —definida como el anuncio inteligente y espiritual de mensajes recibidos de Dios— por encima del de *“lenguas”*, pese al provecho que éstas puedan rendir en la esfera de la devoción privada. Recordemos que el don profético abarca toda expresión de la voluntad divina a través de los siervos del Señor debidamente dotados para este ministerio, cooperando la inteligencia del ministro con el don, siendo comprensible el mensaje tanto para el que habla como para quienes lo escuchan. Sólo así podía edificarse la congregación. Una lengua podría interpretarse, y en este caso también llegaría a ser provechosa, pero Pablo prefiere que los hermanos anhelan dones que puedan servir directamente para la edificación de los creyentes.

El desarrollo de los argumentos del apóstol revela las predilecciones de los corintios, deduciéndose de las preocupaciones del autor que éstos se entusiasmaban frente al misterio de las lenguas. Estas no se prohíben, pero Pablo resume su pensamiento claramente en (1 Co 14:18-19): *“Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros; pero “en iglesia” quiero más bien hablar cinco palabras con mi entendimiento, para instruir también a otros, que diez mil palabras en lenguas”*. La tendencia contraria revelaba una falta de madurez, siendo algo propio de *“niños”*. ¡Cuánto mejor sería el buen criterio de “hombres” bien desarrollados que comprendían lo que convenía a la edificación

del pueblo de Dios que no el asombro de “niños” ante un fenómeno llamativo! (1 Co 14:20).

Lenguas y profecías (1 Co 14:1-25)

1. La supremacía de la profecía en la congregación (1 Co 14:1-5)

Santos anhelos. Pablo preluvió sus consideraciones sobre el ejercicio de los dones de lenguas y de profecías en la congregación por las exhortaciones del versículo 1, que resumen el contenido de las secciones anteriores. “*Seguid el amor*” es un imperativo presente, que subraya la necesidad de perseverar en los esfuerzos por conseguir esta finalidad. Puesto que el “yo” del hombre caído se inclina a todo lo que es contrario al amor, no se excusa el esfuerzo constante de mantenernos en este camino, fuera del cual todo pretendido ministerio se reduce a cero; y podemos dar el sentido exacto por esta traducción: “*persistid en el camino del amor*”. A continuación renueva la exhortación que ya consideramos al estudiar (1 Co 12:31): “*Sentid santos anhelos en cuanto a dones espirituales*”, lo que lleva implícito en sí el pensamiento de que la iglesia, con su variada membresía, necesita edificación, que sólo podrá recibir si hay hermanos que se preparan para el ministerio, poniéndose a la disposición del Espíritu Santo, único que puede repartir sus dones y gracias. En lugar de anhelar prestigio, dinero y comodidades, hemos de anhelar el privilegio de ser de utilidad en la iglesia bajo la dirección del Señor. Hoy en día esta preparación no puede separarse del estudio cuidadoso y consecutivo de la Palabra de Dios.

2. Características de “lenguas”

Lenguas en el Día de Pentecostés (Hch 2:1-13). No pretendemos solucionar aquí todos los problemas relacionados con el difícil tema de “*hablar en lenguas*”, que cobra nueva actualidad hoy en día, pero sí recalamos la necesidad de tomar en cuenta toda la información que hallamos en el Nuevo Testamento, examinando en su propio contexto todos los términos empleados. Las referencias son muy limitadas y pueden estudiarse en (Mr 16:17) (Hechos capítulos 2, 10 y 19) con (1 Corintios capítulos 12 a 14). No hay otra referencia al tema y es preciso preguntarnos si el fenómeno notado en Los Hechos es igual a aquel que Pablo examina en el pasaje que tenemos delante. En (Hch 2:4) los discípulos, llenos del Espíritu Santo, “*empezaron a hablar en otras lenguas según el Espíritu les daba que se expresasen*”: obra especial del Espíritu que se explica en los versículos siguientes, ya que judíos procedentes de distintos países, congregados en Jerusalén para la fiesta, escucharon las alabanzas de los hermanos, y con gran asombro de su parte, “*cada uno les oía hablar en su propia lengua*”. Quienes hablaban eran galileos, expresándose, por supuesto, en arameo, pero el Espíritu venció la dificultad de “comunicación”, ya que personas que hablaban normalmente el idioma de su país de origen, entendían perfectamente lo que decían los galileos (Hch 2:5-11). “*¿Cómo, pues, oímos cada uno hablar en la lengua en que hemos nacido?*”. Parece ser que el milagro del Día de Pentecostés consistía más en la comprensión de los oyentes que en el idioma de los “galileos”, bien que cabe la posibilidad de que diferentes discípulos hablaran distintas “lenguas”, que eran las de los judíos procedentes de los países extranjeros.

No hay nada que indique la naturaleza de las lenguas en (Hch 10:46) y (Hch 19:6), pero en los dos casos se trata de manifestaciones que acompañaron la extensión del bautismo del Espíritu al incluirse en la Iglesia a creyentes procedentes de diferentes sectores de la humanidad. Al rendirse los oyentes del Evangelio al Señor, proclamado como Crucificado y Resucitado, fueron bautizados por el Espíritu Santo, y las lenguas y las profecías llegaron a ser señal de su incorporación a la Iglesia. Compárese con (1 Co 12:12-13). El

silencio sobre el tema en todas las Epístolas, aparte 1 Corintios, es muy significativo, puesto que estos escritos constituyen la expresión inspirada y autorizada de las doctrinas y las prácticas de las iglesias fundadas por los apóstoles; si el don tuviera la importancia que algunos quieren concederle en nuestros tiempos, tal omisión resultaría inexplicable.

Las características de las lenguas en **(1 Co 14)**. Tenemos delante los cinco primeros versículos de este capítulo, pero será conveniente tomar en cuenta todas las expresiones que emplea Pablo para calificar el don tal como se practicaba en la iglesia en Corinto, notando que la referencia es a “*lengua*” o a “*lenguas*”, sin el adjetivo “*extraña*” o “*extrañas*”.

a) “*El que habla en lenguas, no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, mas en espíritu habla misterios*” **(1 Co 14:2)**.

b) “*El que habla en lenguas, a sí mismo se edifica*”.

c) Sería bueno —razona Pablo— que, en cuanto a su propio bien espiritual, todos hablasen en lenguas, pero eso no edificaría para nada la iglesia, si no existiese la posibilidad de la interpretación **(1 Co 14:5-6)**. Esto se aclara por medio de una serie de ilustraciones que se adelantan en los versículos 7, 8, 10 y 11.

d) El entendimiento de quien ora en lenguas queda “*sin fruto*” **(1 Co 13:14)**, lo que señala la pasividad de la inteligencia; este aspecto místico del don, que prescinde del entendimiento, se recalca también en **(1 Co 14-21)**.

e) “*Así que el don de lenguas es dado para señal, no a los creyentes, sino a los que no creen*” **(1 Co 14:22)**. La exégesis de esta declaración no es fácil y se estudiará en su contexto.

f) El ejercicio incontrolado del don en la congregación daría la impresión de “*locura*” a cualquier visitante no creyente **(1 Co 14:23)**.

g) Por la referencia en **(1 Co 13:8)**, hemos aprendido que las “*lenguas cesarán*”.

Combinando todas las expresiones citadas, llegamos a la conclusión de que este don —según se ejercía en Corinto— constituía un medio místico de comunión entre el espíritu del hermano dotado y su Dios. Otros oían sonidos, que no dejaban de ser “*señal*” de la operación del Espíritu, pero no podían sacar provecho de lo que escuchaban. No se trataba de una comunicación sin sentido, porque era posible su interpretación, pero en su ejercicio no obraba directamente la inteligencia de quien hablaba y no había comprensión de parte de quien escuchaba. Usado en privado, como aspecto de la comunión del individuo con Dios, tenía su aplicación y no había de prohibirse **(1 Co 14:39)**, hablando Pablo estas lenguas más que todos los corintios. Sin embargo, no se prestaba al ministerio público. Se admite la posibilidad de la interpretación, pero Pablo insiste en el valor superior de la profecía, puesto que podía ser aprovechada directamente por los oyentes.

Ciertos psicólogos han hecho ver que sería muy fácil el remedo de este don por medios que se relacionan con el hipnotismo y que un habla incoherente puede surgir en ciertos estados emocionales, sin que haya evidencia alguna de la operación de un don espiritual. No nos arrogamos el derecho de juzgar casos recientes en los que —no sólo dentro de las denominaciones pentecostales, sino en otros grupos también— algunos hermanos han tenido experiencias que creen que corresponden a este don místico, convencidos de que les han servido para su edificación espiritual; pero sí subrayamos que es muy fácil sacar el tema fuera de quicio, ya que se le da muy poca importancia en las Escrituras, insistiendo Pablo una y otra vez en la supremacía absoluta de los dones “*inteligibles*” cuando se trata del ministerio en la iglesia. Ya hemos apuntado la facilidad con que sería

posible producir imitaciones de algo que escapa del control de la razón, y notamos, además, que puede haber otras imitaciones aun más peligrosas, puesto que espíritus satánicos hallan caminos expeditos para obrar por medio del subconsciente humano cuando no obra la razón y cuando no se halla bajo el control del Espíritu Santo de Dios todo el ser del hombre. *“No seáis niños en cuanto a la inteligencia... pero hombres maduros” (1 Co 14:20).*

3. Características de la profecía

Definición de *“profecía”*. Para que se destaque debidamente el contraste que Pablo subraya entre *“lenguas”* y *“profecía”*, es conveniente reiterar la definición que se dio anteriormente. *“Profecía”* no se limita a los mensajes que predicen acontecimientos aún futuros, sino que abarca todo mensaje, claro e inteligible, que Dios quiere dar a los hombres por medio de siervos suyos que actúan de *“portavoces”*, enviados para cumplir este servicio. *“Portavoces”* de Dios eran Isaías, Jeremías, Ezequiel y los demás profetas del Antiguo Testamento, quienes daban mucho más tiempo al diagnóstico del pecado del pueblo de Israel, con las consiguientes llamadas al arrepentimiento y al retorno a la fidelidad pactada, que no a profetizar los juicios y las bendiciones del futuro, bien que no faltaba este aspecto de su ministerio.

En las iglesias de los tiempos apostólicos, los profetas tenían que suplir lo que aún no se había escrito en cuanto a las doctrinas y normas del Nuevo Pacto, y al estudiar los capítulos 12 a 14 de 1 Corintios tenemos que tener en cuenta que hablaban *“extáticamente”*, o sea, por el impulso directo del Espíritu Santo. Pero en el caso de la profecía —a diferencia del don de lenguas— el Espíritu Santo obraba por medio de la inteligencia de sus siervos, iluminando su entendimiento para la comprensión de verdades que Dios iba revelando a su pueblo. El resultado fue un mensaje claro y comprensible, en el idioma de la congregación, que así podía ser edificada por medio de nuevos conocimientos dentro del Nuevo Pacto, o por la aplicación de estos conocimientos a las condiciones de la vida y testimonio cristianos de cada creyente. Pablo insiste una y otra vez en la supremacía del don de profecía —tratándose del ministerio público en la congregación— porque, siendo inteligible, servía para la edificación de los creyentes, dentro del principio general de que todo mensaje había de servir para provecho espiritual.

Por la referencia de **(1 Co 13:8)**, sabemos que *“las profecías caerán en desuso”*, tratándose del don *“extático”*, pero el sentido fundamental del ministerio profético persiste en el ministerio de siervos de Dios, guiados por el Espíritu de Dios, que absorben lo que ya se ha revelado en el canon completo de las Escrituras como base para mensajes que surgen claramente del texto bíblico fielmente interpretado. Obra el Espíritu Santo igual, pero usando métodos diferentes, pasando lo que él ha revelado por las palabras inspiradas de los apóstoles, a través del entendimiento de los verdaderos ministros de la Palabra, a la comprensión de quienes reciben este auxilio para su debida edificación: proceso que se describe claramente en **(1 P 4:10-11)**. Sin embargo, al procurar interpretar el pasaje que tenemos delante, hemos de tener en cuenta que Pablo está tratando del ejercicio del don extático, tal como se conocía en la congregación de Corinto.

4. Referencias al don profético en (1 Co 14:1-6)

1) Los creyentes habían de anhelar todos los dones que repartía el Espíritu Santo, pero, si se trataba del ministerio en la congregación, habían de preferir el don profético **(1 Co 14:1)**.

2) La preferencia se explica en los versículos 2 y 3, pues el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación, mientras que el que habla en lenguas comunica con Dios y él solo recibe bien espiritual. Los términos edificación,

exhortación y consolación representan tres facetas del ministerio profético, que persisten a través del ministerio basado sobre la Palabra revelada.

La figura “*edificar*” es fácil de entender, derivándose de la construcción de una casa. Esta ha de descansar sobre un fundamento sólido, sobre el cual se colocan las piedras o ladrillos hasta levantarse los pisos, divididos éstos en piezas para variados usos. De esta forma las vidas de creyentes y de iglesias locales han de fundamentarse en los cimientos de la fe en Cristo, levantándose sobre esta base toda la estructura de conocimientos que debieran reflejarse en la obediencia, testimonio y servicio según el plan que Dios tenga para cada hijo suyo y para cada iglesia suya.

El término griego “*paraklêsis*”, se traduce bien por “*exhortación*” en nuestras versiones más conocidas, aunque a veces, en otros contextos, hallamos “*consolación*”. Se trata de un llamado espiritual que despierte la conciencia del creyente, animándole a cumplir la misión que ha recibido del Señor mientras duran las oportunidades de los años de vida en la tierra. Debería basarse siempre en la Palabra, puesto que vagas exhortaciones, que reiteran los “lugares comunes” que todo creyente ya sabe teóricamente, no consiguen gran cosa. Hay que afilar la espada de las exhortaciones por medio de aplicaciones prácticas, tanto en términos que reflejen las condiciones de hoy, como en otros que señalan las amplias perspectivas de las eternas verdades bíblicas.

“*Consolación*” traduce “*paramuthia*”, que significa expresiones que quisieran aliviar el dolor de quien sufre por la causa que sea, consolándole y animándole en el Señor. Es evidente que la edificación, la exhortación y la consolación constituyen tres vertientes esenciales del ministerio profético, siendo cada una de primera necesidad para el provecho espiritual de una iglesia local. El que profetiza, pues, edifica la iglesia (**1 Co 14:4**).

3) El versículo 5 reitera los mismos pensamientos bajo la forma del deseo que mueve a Pablo al presentar este contraste entre el don de lenguas y el de profecía: “*Quiero, pues, que todos vosotros habléis en lenguas —ya que así se edifican espiritualmente a sí mismos—, pero mucho más que profeticéis, porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas (a menos que interprete) para que la iglesia reciba edificación*”. Pablo piensa en el provecho de la iglesia, y, por respetable que fuera el don de lenguas en su debido lugar, no aumentaba el caudal del bien espiritual de la congregación. Resultaba, pues, mucho más importante que hubiera profecía, y el profeta es “*mayor*”, no como persona, sino por el valor de su ministerio en la tarea fundamental de la edificación de la iglesia.

4) Diversas facetas de mensajes para edificación (**1 Co 14:6**). El versículo 3 nos enseñó que la profecía es importante, ya que es el medio de edificar, exhortar y consolar al pueblo de Dios, reunido en congregación normal. En el versículo 6 Pablo vuelve a subrayar la inutilidad de dones de lenguas cuando se trata del provecho espiritual de los creyentes, y añade una nota sobre las formas de ministerio —en las condiciones que regían en Corinto— que de verdad servirían para la confirmación y bendición de los hermanos. En el versículo 3 se trataba del efecto producido por los mensajes proféticos, mientras que el versículo 6 enfatiza más bien la sustancia y forma de este ministerio. En un sentido amplio, todas estas formas son variantes de la profecía tal como la hemos definido anteriormente, aun cuando vuelve a aparecer aquí como el tercer elemento entre los cuatro mencionados: revelación, ciencia, profecía y enseñanza. Al estudiar el capítulo 12 hicimos breves comentarios sobre todas estas formas del ministerio carismático, de modo que no necesitamos hacer más que recordar lo más esencial aquí. “*Revelación*” alude a la iniciativa de Dios, quien “*descorre el velo*” que esconde la realidad de las cosas, dándola a conocer por medio del Espíritu Santo a través de sus siervos (**1 Co 2:10-13**). Ciencia es

el conocimiento íntimo de los “*misterios*” y seguramente abarcaba la comprensión del Antiguo Testamento a la luz de la revelación que trajo el Verbo encarnado. Enseñanza presupone el estudio cuidadoso de las verdades reveladas y su presentación a la congregación de forma ordenada y clara. De la profecía ya hemos hablado, notando que puede abarcar también las facetas de revelación, ciencia y enseñanza.

5. Tres ilustraciones de la tesis de Pablo (1 Co 14:7-12)

Instrumentos musicales. La tesis de Pablo es que el ministerio público ha de ser inteligible a los fines del provecho espiritual de la congregación, de modo que recomienda el uso del don de profecía —en sus varias facetas— y la limitación del empleo del don de lenguas, a no ser que sean interpretadas. Como buen maestro, no queda contento con las clarísimas declaraciones de (1 Co 14:1-6), sino que las refuerza por medio de tres ilustraciones. No es preciso describir en detalle los instrumentos de música conocidos en Corinto durante el primer siglo de nuestra era, pues, a los efectos de la ilustración, basta saber que la flauta producía su característico sonido por medio del soplo, mientras que la cítara representa toda la gama de instrumentos de cuerda. Para sacar tonadas agradables de estos instrumentos, el músico había de observar las reglas de su arte, haciendo la debida diferenciación de notas, combinándolas según las leyes del sonido si quería que su trabajo deleitara el oído de su auditorio. Si soplara la flauta con todos los agujeros abiertos, o si hiciera vibrar todas las cuerdas de la cítara a la vez, no produciría más que un ruido desagradable, sin sentido, como si un niño diera golpes caprichosos en muchas teclas del piano, creyendo que “tocaba” el instrumento. Tal es la impresión que se produce en la congregación por el uso de lenguas que no se comprenden.

La trompeta de los militares (1 Co 14:8-9). Los soldados romanos empleaban la trompeta a la manera del clarín de hoy, y Pablo dice, en efecto, que si el corneta no supiera producir un sonido claro, confundiendo el toque de diana con el de rebato, causaría peligrosa confusión en un momento de peligro. Nadie se apercibiría para la batalla. De igual modo, si los mensajes de Dios llegaran confusamente a los oídos de los cristianos, sin que éstos comprendiesen el sentido, ¿cómo se llevaría a cabo la obra que había de emprenderse? La profecía daba la nota clara, pero no así la “*lengua*”. Pablo hace la aplicación en el versículo 9, convencido de que el que habla en lenguas que no se entienden, estará “*hablando al aire*”, pues el sentido no llega al entendimiento humano del que escucha el enigmático sonido.

Los diversos idiomas (1 Co 14:10-11). Pablo sigue subrayando la lección que los corintios tardaban tanto en aprender, utilizando ya la ilustración de los diferentes idiomas que se hablan en el mundo. ¡“*Tantas lenguas*” —al añadir “*probablemente*”, Pablo indica que podría haber muchas más de las que conocía— y, pese a la multiplicidad de ellas, ninguna carecía de su sentido! Alrededor de la cuenca del Mediterráneo se hablaban una gran variedad de idiomas, sirviendo el griego y el latín como lenguas que se entendían por muchos a los efectos de los intercambios culturales o comerciales. Los habitantes de otros países, fuera del área de la civilización grecorromana, eran llamados “*bárbaros*”, no en el sentido peyorativo que ha adquirido el vocablo posteriormente, sino sencillamente porque su idioma no se entendía, y no sabían emplear la “*lingua franca*” del griego o del latín. Pablo cree, con razón, que todos los idiomas tienen su característico vocabulario, organizado según normas gramaticales propias, lo mismo si la gramática se había formulado científicamente o no. Cada voz tiene su sentido para el natural del país, y si yo —comenta Pablo— desconozco el vocabulario y la gramática de mi interlocutor, quedaré sin entender nada, como “*extranjero*” o “*bárbaro*” (así literalmente) frente a aquel que habla. Faltarían los medios de comunicación porque las personas que se encuentran cara a cara desconocen el “*sentido*” (“*fuerza*”) de la voz. La aplicación al tema de las lenguas es evidente. De paso notamos que esta ilustración tiende a confirmar nuestro

pensamiento de que las “*lenguas*” que se hablaban en la iglesia de Corinto no eran idiomas usados en otras partes del mundo, sino expresiones más allá del entendimiento humano, no sólo en Corinto, sino en todo otro lugar. Un buen escritor no podría emplear tal ilustración si se hubiese tratado de la misma cosa —o sea, de idiomas hablados en alguna parte—, pues no es posible comparar una cosa consigo misma. La ilustración ha de echar su luz sobre el tema desde un ángulo diferente, o todo el asunto queda desenfocado. El resultado del uso de una “*lengua*” en la congregación sería parecido al contacto entre dos personas que empleasen idiomas distintos, desconocidos mutuamente por ellos, pero no podría ser la misma cosa.

6. La determinación de Pablo (1 Co 14:12-20)

“*Oraré y cantaré con el entendimiento*”. El versículo 12 vuelve a recalcar la necesidad de anhelar dones que sirvan para la edificación de la iglesia. Por eso —escribe Pablo—, si tu don es el de lenguas, pide a Dios que te conceda también el de interpretación, para que puedas dar sentido inteligible a otros de la comunicación espiritual recibida. Al examinar las características del don de lenguas —tal como se practicaba en Corinto— hemos hecho uso ya del versículo 14, que señala que el entendimiento queda “*sin fruto*”, o sea, sin provecho, cuando se ora en lenguas, pues el espíritu comunica a niveles más profundos o sublimes— que el de la inteligencia. En vista de lo expuesto, Pablo plantea la pregunta: “¿*Qué, pues?*”, o sea: ¿Cuál es la conclusión práctica que hemos de sacar de todas estas consideraciones e ilustraciones? El expresa su propia determinación —con referencia a su ministerio público—: “*Oraré con el espíritu, mas oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, mas cantaré también con el entendimiento*”. Se entiende que la obra del Espíritu Santo, operando por medio del espíritu redimido del creyente, es imprescindible en todo ello, pues se trata de ejercicios espirituales y no carnales. Con todo, el Espíritu obra normalmente no sólo a través del espíritu redimido, sino también por medio del entendimiento —o razón— del ser redimido del hombre, quien, delante de Dios, es una personalidad completa compuesta de espíritu, alma y cuerpo (1 Ts 5:23). Si Pablo llegó a tal determinación en tiempos cuando los dones extáticos eran tan necesarios para las iglesias, con mayor razón podemos llegar a la misma conclusión hoy en día, entregando todo nuestro ser al Señor —incluso la mente— para que el Espíritu Santo, a través de la Palabra que él ya ha inspirado y completado, nos llene de sabiduría espiritual, ayudándonos también a presentar a otros las riquezas reveladas por medio del uso de todas las facultades que surgen de la creación y que se han renovado por la regeneración. Si se nos presenta un camino recto y expedito —el que han recorrido todos los grandes siervos de Dios al llevar a cabo su variado ministerio de enseñanza y de edificación—, ¿por qué hemos de explorar sendas dudosas en busca de experiencias extraordinarias, a niveles psicológicos que no podemos investigar exactamente, con evidente peligro de extraviarnos en territorios ignotos, donde otros espíritus podrán aprovecharse de nuestro afán infantil de novedades espectaculares? Quisiéramos que cada uno dijera: “*Oraré, cantaré, predicaré, testificaré y enseñaré con el espíritu y con el entendimiento*”, sin exaltar la razón humana por una parte ni extasiarse ante exhibiciones pueriles por otra, sino más bien entregando todo el ser a la guía del Espíritu Santo de Dios.

Preocupación por el “*mero particular*” (1 Co 14:16-19). El espíritu pastoral de Pablo, tan ejemplar siempre, se preocupa por el hermano que no ha sido dotado con carismas especiales; ha recibido el Evangelio con sencillez, pero, por otra parte, se halla limitado por la falta de un grado elevado de inteligencia o de cultura, quedando como un miembro más de la iglesia. No dejará de tener su esfera de testimonio, pero queda descrito como “*el mero particular*”, o un hermano del montón, no en sentido despectivo, sino como el reconocimiento de un hecho. Todo hermano que lleva responsabilidad pastoral en la

iglesia, de la forma que sea, debiera tomar cuidadosa nota de esta preocupación de Pablo por los hermanos sencillos, que en muchos casos constituyen una mayoría en los rebaños, preguntándose constantemente: “¿Cómo podremos proveer ministerio que ayude a los sencillos, sin dejar de proveer “viandas espirituales” para hermanos de mayor capacidad espiritual? ¿Qué será el efecto de tal o cuál decisión en el corazón de estos sencillos? El verdadero pastor no se interesa sólo por las ovejas robustas y sanas, sino que se afana aún más por las flacas y cojas. Frente al tema que está tratando, el apóstol pregunta: “*Si bendices bien al Señor, en lengua desconocida, ¿cómo podrá el hermano sencillo añadir aquel amén* —que le asocia con las alabanzas— *si no ha entendido nada de lo que se ha expresado?*”. Un resultado tan negativo en esta esfera es suficiente para condenar cualquier práctica, por buena que pareciera desde otros puntos de vista.

Pablo vuelve a expresar su propia determinación en términos inequívocos: “*En iglesia — en la reunión oficial de la iglesia local— quiero más bien hablar cinco palabras con mi entendimiento, para instruir también a otros, que diez mil palabras en lenguas*”. No cabe declaración más tajante, que debiera zanjar toda discusión sobre el “ministerio” de lenguas en público para todo creyente fiel a la Palabra, aunque nada determine sobre el ejercicio privado del don. Muchos entusiastas de las “lenguas” en nuestros tiempos dan una importancia primordial precisamente a manifestaciones públicas de lenguas, en evidente contradicción con la práctica del apóstol, y eso en días cuando tenemos delante toda la revelación que Dios ha querido darnos por su Espíritu en las páginas de las Sagradas Escrituras, cuyo canon quedó cerrado por el ministerio apostólico, cuajado en el “Nuevo Testamento”.

Las virtudes y los inconvenientes de ser “*niños*” (1 Co 14:20). El Maestro alabó a su Padre porque había escondido las grandes verdades de la nueva revelación a la inteligencia carnal de los sabios según el mundo, descubriéndolas a “*los niños*”, con referencia a los sencillos de corazón, quienesquiera que fuesen, y dondequiera se hallasen, tratándose de los niveles sociales y culturales del mundo (Mt 11:25). En cambio, Pablo ya se había visto obligado a reprender a algunos corintios por ser “*niños*” en Cristo, porque no apreciaba en ellos el debido desarrollo espiritual. No podían alimentarse con “*viandas sólidas*”, y su dieta espiritual no pasaba de “*leche*”. Es fácil comprender que se trata de dos aspectos de la “*niñez*”, y se vuelven a presentar las dos vertientes en el versículo 20 que tenemos delante: “*No seáis niños en cuanto a la inteligencia*” (“*phren*”, que significa la inteligencia que medita y razona); *sed niños pequeños en la malicia, pero hombres maduros en la inteligencia*”. El conocido expositor francés, Godet, nos ofrece una paráfrasis que aclara bien el sentido de este versículo: “Si queréis ser niños, muy bien, con tal que seáis niños en el terreno de la malicia: pero, en cuanto a la inteligencia que razona exactamente, adelantaos más y más hacia una madurez espiritual completa”. Al deleitarse en lo espectacular, con desprecio de los valores positivos de la edificación progresiva de los creyentes, los corintios habían dado muestras de un espíritu infantil, lejos del carácter formado y cabal de los “*teleioi*”, vocablo traducido aquí por “*maduros*”. Si se trata de las reacciones de niños que en su sencillez de espíritu escuchan la Palabra e ignoran los manejos de la maldad, la “*niñez espiritual*” es excelente, pero Dios no puede adelantar sus propósitos en el mundo por medio de “*niños*” patológicos que no se han desarrollado porque no funcionan bien las “*glándulas espirituales*”.

7. Las lenguas son señal de juicio y estorbo para la comprensión (1 Co 14:21-25)

Lenguas como señal para los incrédulos (1 Co 14:21-22). A primera vista parece haber una contradicción entre la declaración de los versículos 21 y 22, y las consideraciones de los versículos 23 al 25, ya que en primer lugar Pablo declara que las lenguas son una señal para los incrédulos, mientras que las consideraciones que se adelantan a continuación nos hacen ver que las lenguas no podrían hacer más que confundir al

inconverso que entrara casualmente en una congregación, mientras que una palabra profética, inteligible, podría serle medio de bendición.

Quizá se halle la clave en la cita de **(Is 28:11-12)**, que, en su contexto, se dirige a los incrédulos de Jerusalén, quienes rechazaban sistemáticamente los mensajes proféticos pronunciados con la intención de volverles al arrepentimiento y a la sumisión al Pacto. “Bien —dice el Señor (en efecto) a los tales—, ya que no habéis querido escuchar mi Palabra, pronunciada claramente en vuestra lengua materna, tendréis que escuchar una algarabía de lenguas desconocidas, que serán las de los soldados de las filas de vuestros enemigos, los asirios, que ocuparán esta ciudad como instrumentos de mis juicios”. Tengamos en cuenta que Pablo no dejaba nunca de preocuparse por la incredulidad de sus compatriotas judíos, lamentando los tristes resultados de ella, de modo que piensa aquí en los incrédulos de su nación, que siempre pedían “*señales*” **(1 Co 1:22)**. En aquella época, tenían que admitir que se producían señales entre las filas de los nazarenos— entre otras, la de lenguas—, sin que sacaran la debida deducción de que se trataba de una obra del Espíritu Santo que ellos rechazaban sistemáticamente, persistiendo en su camino hacia los juicios que pronto habían de caer sobre su nación. Así que hemos de entender: “*Así que el don de lenguas es dado para señal, no a los creyentes, sino a los que no creen (de entre los judíos)*”.

Lenguas como estorbo para los inconversos **(1 Co 14:23-25)**. Si consideramos los versículos 21 y 22 como un inciso, en el que Pablo piensa en sus compatriotas incrédulos, comprenderemos que en los versículos que tenemos delante vuelve a recalcar el efecto práctico del abuso del don de lenguas en la iglesia en Corinto. Piensa en la iglesia reunida, imaginando el caso extremo de que todos los hermanos con don de lenguas insistieran en usarlo a la vez en la congregación. ¿Cuál sería el efecto en la gente sencilla, o en personas de afuera que entraran por curiosidad o por simpatía? ¡La iglesia parecería “una jaula de grillos”, a causa de la multiplicación de sonidos raros que nadie entendería: “*¿No dirán que estáis locos?*”. Tal impresión no podría en manera alguna avanzar el Reino de Dios. Ahora bien, si los profetas hicieran uso de su don, los mensajes de parte de Dios serían inteligibles y potentes, capaces de convencer a los oyentes de sus pecados, revelando los secretos del corazón **(He 4:12-13)**, aun tratándose de personas que no habían tenido contacto anterior con el mensaje cristiano, siempre que fuesen humildes y dispuestos a aprender. Cuando Pablo usa “*todos*” en el versículo 24, con referencia a los profetas, es probable que anticipe mentalmente las recomendaciones posteriores sobre la necesidad de que los mensajes proféticos se den por turno, y no simultáneamente. Potencialmente todos los profetas tenían libertad de dar a conocer sus mensajes, pero, por amor al buen orden, se habían de turnar en su ministerio. Esta clase de ministerio, inteligible y potente, es la verdadera “espada del Espíritu” que prevalece contra todas las mentiras del diablo y vence la resistencia del corazón humano, suponiéndose siempre que el oyente no siga levantando barreras de orgullo o de indiferencia en su corazón. El testimonio normal, que brota espontáneamente de los labios de quienes escuchan la predicación de la Palabra en la potencia del Espíritu Santo, es éste: “Dios está entre los cristianos”. Hoy en día, en círculos verdaderamente evangélicos, puede haber mucho ministerio claro, bien basado en la Palabra, pero hemos de preguntarnos cuántas veces tenemos experiencia personal de manifestaciones de la potencia del Espíritu tal como la que Pablo describe aquí. La mera ortodoxia no llevará la convicción del pecado a los corazones de los oyentes.

Ministerio de la reunión normal de la iglesia (1 Co 14:26-40)

I. El ejercicio libre y ordenado de los dones (1 Co 14:26-33)

La aplicación práctica de los principios enunciados. Los versículos 26 al 33 constituyen la cumbre hacia la cual el apóstol ha venido llevando a sus lectores desde el comienzo del capítulo 12, ya que llegamos por el fin al ejercicio de los dones en la reunión general de la iglesia local. Por el capítulo 12 nos hizo saber que el Espíritu soberano concede distintos dones a los miembros del “*cuervo*” de la iglesia, que han de ejercerse para el provecho espiritual de todos. El capítulo 13 nos recordó que sería inútil el esfuerzo por aprovechar los dones espirituales si la motivación del servicio no fuese el amor. Hasta este punto en nuestro estudio del capítulo 14 hemos visto que Pablo, frente a la tendencia de los corintios a explotar desmesuradamente el don espectacular de lenguas, ha venido insistiendo reiteradamente en la necesidad de que todo ministerio sea provechoso, con el fin de edificar la grey, y, por ende, no puede faltar la inteligibilidad. Ahora contempla, en su imaginación, a los hermanos de Corinto reunidos en uno de los lugares de la ciudad que tan bien conoce, y procura hacerles ver cómo y de qué manera podrán poner por obra lo mucho que él les ha venido enseñando, evitando a la vez el peligro de limitar la obra del Espíritu Santo y los males de la confusión y del desorden.

La iglesia reunida (1 Co 14:26). La pregunta retórica: “¿*Qué hay, pues, hermanos?*” constituye un llamado a considerar las posibilidades de evitar los escollos señalados al aprovechar el ministerio espiritual de los dotados. “*Cuando estáis reunidos*” limita las observaciones a la congregación de la iglesia como tal, en el lugar y hora determinados para su culto. Véanse notas sobre (1 Co 11:17-18).

Un ministerio variado y completo. La declaración: “*Cada uno tiene salmo..., enseñanza..., revelación..., lengua..., interpretación...*”, ha de entenderse dentro del amplio contexto de las enseñanzas anteriores. Podría ser que aquí Pablo reprendiera la tendencia de los corintios a conceder libertad para todo y para todos, pasando a señalar el apóstol los límites necesarios que exigía el provecho espiritual y el buen orden. Sin embargo, no es preciso explicar el versículo de este modo si tenemos en cuenta las naturales limitaciones de vocablos y expresiones como “*todos*” y “*cada uno*”, pues quien escribe y quienes leen lo escrito saben que se trata de “*todos los de una clase*”, o “*cada uno*” de cierto grupo, y no de la totalidad de los hermanos reunidos “*en iglesia*”. No puede haber nada más explícito que las enseñanzas de (1 Co 12:4-31) sobre el ministerio según los dones espirituales que Dios concede a cada uno, y nadie que no fuera un necio o un rebelde pensaría que, llegado el momento culminante del ministerio público en la congregación, se podía hacer caso omiso del principio básico de todo ministerio: la obra del Espíritu por medio de los dotados. Se trata de “*cada uno*” de los preparados para los ministerios señalados, y aún así, veremos que las exigencias del tiempo y del buen orden imponen una autolimitación de parte de los ministros.

El salmo. Por (Col 3:16) sabemos que “*salmos, himnos y cánticos espirituales*” formaban una parte importante del culto público de las iglesias de la época apostólica (Ef 5:19), y el hermano que tuviera un “*salmo*” sin duda iniciaría un canto conocido, quizá basado sobre el salterio de David. No corresponde exactamente a la costumbre de “*anunciar un himno*”, pues carecían de himnarios, pero existe una estrecha analogía entre el salmo de entonces y el cántico de ahora, siendo ambos ejercicios espirituales que coadyuvan sobre todo a la adoración.

Enseñanza. Ya hemos visto que la enseñanza es propia de los “*doctores*”, y que consiste en presentar pública y claramente el resultado de los estudios bíblicos del hermano así

dotado y preparado, bien que, en el caso que tenemos delante, los materiales de estudio no serían tan asequibles como aquellos de que disponemos hoy.

Revelación. Se trata de una nueva faceta de la verdad del Nuevo Pacto que recibiera un profeta por medio de la iluminación directa del Espíritu Santo, obrando por medio de su inteligencia y corazón. Ya hemos visto que esta obra profética suplementaba la obra inspirada de los apóstoles.

Lengua e interpretación. Ya se ha dicho bastante sobre este don, que no había de ejercerse en público si no hubiera quién interpretara el mensaje (**1 Co 14:27-28**).

Se han presentado varias facetas del ministerio que Pablo considera como provechoso para los oyentes de la congregación. Esta que acabamos de mirar se relaciona más bien con el tipo y sustancia de los mensajes, sobreentendiéndose la necesidad de que sirvan para la edificación, exhortación y consolidación mencionadas en el versículo 3 como finalidades indispensables del ministerio profético en general.

Las necesarias limitaciones del ministerio libre (**1 Co 14:27-30**). Hemos tenido ocasión de mencionar con alguna frecuencia los “dones extáticos” que fueron necesarios antes de consumarse el canon del Nuevo Testamento, enfatizando en este caso la acción directa del Espíritu Santo. Sin embargo, no hemos de sacar la impresión de un ministerio que dependía de impulsos incontrolables, pues *“los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas”* (**1 Co 14:32**). La potencia del Espíritu Santo no anula la personalidad y la razón del ministro de la Palabra, sino que le capacita para dirigirse a la congregación en el nombre de Dios en el debido momento y lugar, lo que ha de ser determinado por el doble principio del buen orden y del provecho de los oyentes. Una de las manifestaciones del fruto del Espíritu es la templanza (*“engkrateia”*), que significa “el control de uno mismo”, no como determinación humana, sino como señal de la obra del Espíritu de sabiduría en el hombre regenerado (**Ga 5:23**). La pérdida de comedimiento y mesura no puede ser obra del Espíritu de Dios, Fuente de orden y de paz. Por eso, habiendo intérprete en la congregación, dos o tres (como máximo) de los hermanos dotados con lenguas podían pasar a otros lo que habían recibido, y eso por turno, lo cual parece indicar que, anteriormente, los corintios habían llegado a permitir “ministerio” simultáneo, con la confusión que es de suponer. Faltando el intérprete, el hermano que habría podido proferir un mensaje *“en lengua”* había de disfrutar de su mística comunión con Dios en silencio (**1 Co 14:28**).

Las mismas limitaciones se aplican a los profetas en su variado y apreciado ministerio. En este caso el mensaje sería inteligible y de provecho, pero los siervos del Señor habían de estimar el tiempo disponible y mostrar consideración frente a los dones y ministerio de otros. Los profetas, pues, podían hablar *“dos o tres”*, y se añade: *“y los demás juzguen”* (**1 Co 14:29**). Todo ministerio libre se presta a abuso por los carnales, y ¡cuanto más tratándose de manifestaciones extáticas, no siendo fácil la comprobación de su valor por medio de la Palabra escrita! Sin duda, los demás *“profetas”* —y, de hecho, todos los hermanos dotados de inteligencia espiritual— podrían escuchar y *“juzgar”* (es decir, *“discernir”*), con buenas posibilidades de distinguir exactamente entre mensajes inspirados por el Espíritu Santo y otras declaraciones, o exhortaciones, que no lo fueran. Con todo, además del buen criterio de los espirituales, la iglesia local disponía de la ayuda de hermanos dotados para el *“discernimiento de espíritus”* (**1 Co 12:10**), y a estos les correspondería una obligación especial al escuchar el ministerio libre. Es de suponer que los pastores de la grey habían de impedir la repetición de intervenciones de personas que no hablasen por el Espíritu Santo, o que multiplicaran palabras sin provecho, movidos por deseos carnales de “lucirse”. La libertad para el ejercicio de los dones presupone el control

y la disciplina que garanticen cultos ordenados con miras al provecho espiritual de los oyentes.

Podría darse el caso —en las condiciones del culto y ministerio de la congregación en Corinto— que un ministro de la Palabra recibiera una comunicación de carácter urgente: algo que los hermanos habían de recibir necesariamente durante las horas de su reunión semanal. Es de suponer que podría hacer una señal que diera a conocer este hecho, y en tal caso, el hermano que llevaba la palabra había de callar con el fin de dar lugar a la comunicación urgente. Esto nos parece extraño a nosotros, pero echa más luz sobre lo que era el ministerio extático, e ilustra el principio que informa todo el pasaje: que los espíritus de los profetas estaban sujetos a control, y no llevados por meros arrebatos.

Un resumen de principios (**1 Co 14:31-33**). Al contemplar la congregación reunida “*en iglesia*” en Corinto, y procurar comprender la naturaleza y el orden de su ministerio, hemos echado mano ya a algunas de las expresiones del resumen de (**1 Co 14:31-33**).

1) Reiteramos que el permiso apostólico: “*podéis profetizar todos*” se refiere única y exclusivamente a los hermanos con dones proféticos, según los principios básicos del capítulo 12.

2) Esta libertad para el ministerio de los dotados hacía abundante provisión para la enseñanza y exhortación de todos los miembros de la congregación (**1 Co 14:31**). Por muy dotado y preparado que sea un siervo del Señor, no puede recorrer toda la gama del ministerio que necesitan los cristianos, y la libertad del Espíritu, bien entendida, abre horizontes de bendición que se cerrarían al aplicarse limitaciones radicales, impuestas por los hombres para corregir la ligereza de la carne. Al mismo tiempo, la confusión que resulta de la libertad mal entendida, creyéndose que todos los hermanos son “iguales” en don, capacidad y preparación, es algo tan contrario a las enseñanzas de Pablo como la costumbre de restringir el ministerio a un solo siervo de Dios. Pablo enseña la libertad del Espíritu soberano y, además, la limitación y disciplina de la carne. Es un ideal muy difícil de conseguir, pero ningún estudiante honrado de la Palabra puede poner en duda el orden que Pablo quiso establecer en la iglesia de Corinto, que, según explícitas declaraciones, había de prevalecer en todas aquellas que admitían la autoridad apostólica.

3) “*Dios no es Dios de desorden, sino de paz*”, enfatizó el apóstol, y la naturaleza de Dios así descrita había de manifestarse en la congregación. Ya hemos notado los medios por los cuales se evitaba que la libertad degenerara en licencia:

a) La ausencia de meros arrebatos, y el control del espíritu del profeta por el mismo profeta, ayudado por el Espíritu de Dios;

b) la limitación del número de mensajes en una reunión, y la intervención “en turno”;

c) la limitación del ejercicio del don de lenguas, que dependía de que un intérprete diera el sentido claro de la comunicación recibida. Aun así, el número de intervenciones fue también limitado.

2. La mujer cristiana en la congregación (1 Co 14:34-38)

La costumbre de las iglesias (**1 Co 14:33-34**). Sin duda, la Vers. H. A. divide bien estos versículos y nos ofrece una puntuación aceptable, ya que la “*costumbre de todas las iglesias de los santos*” no se refiere a lo que antecede, sino al silencio de las mujeres en la congregación, y la fraseología nos recuerda la de (**1 Co 11:16**), que ya comentamos.

El silencio de las mujeres “*en las congregaciones*” (**1 Co 14:34-35**). Al comentar (**1 Co 11:5**), ya notamos la dificultad que existe al intentar concordar el claro mandato del

apóstol aquí con la evidencia de **(1 Co 11:5)**, juntamente con otros textos, que nos hacen ver que las hermanas profetizaban y oraban en algún lugar público. No está en duda el hecho del ministerio importante y extenso de las hermanas en las congregaciones de la época, que se subraya en porciones como **(Fil 4:3)** **(Ro 16:1-5)**, etcétera, que es tanto más notable por cuanto las sociedades judaica y gentil relegaban a la mujer a una esfera escondida y subordinada. Al mismo tiempo —como vimos al estudiar **(1 Co 11:2-16)** y se subraya por **(1 Ti 2:11-15)**— Pablo enseñó claramente que Dios ha establecido una jerarquía, cuya autoridad procedía del Dios Padre, pasando a su Hijo Jesucristo, de él al varón, por el varón a la mujer, fundándose este orden en la narración de la creación del hombre en Génesis capítulo 2. Esta jerarquía se manifestaba llevando la mujer el velo en el culto de la iglesia, y también evitando que usurpara autoridad sobre el varón, siendo normalmente la enseñada y no el enseñador.

El mandato de **(1 Co 14:34-35)** es tan tajante que choca nuestra sensibilidad de occidentales del siglo XXI, en el que la mujer ha hecho valer sus derechos en varios estratos de la sociedad y en el ejercicio de distintas profesiones y responsabilidades que antes se consideraban como privativas del varón. Con todo, el apóstol insiste en la autoridad inspirada de sus enseñanzas, y no es permisible que el creyente sumiso y fiel zanje el problema exclamando: “¡Eso se deriva de las costumbres y mores del primer siglo, y nosotros podemos cambiar la costumbre en vista del desarrollo normal de la sociedad!”. Es cierto que la intervención pública de la mujer habría sido “vergonzosa” y escandalosa en aquellos tiempos, como no lo sería hoy, pero quedan principios divinos basados en la naturaleza de los sexos y en el orden de la creación, los cuales no han variado, y en ellos basa Pablo su prohibición. Desde luego, la “jerarquía” no implica superioridad ni inferioridad intrínsecas, sino el orden externo de las cosas, pues bien puede darse el caso de que la mujer estuviese mejor enseñada y dotada que el varón, sin que esta circunstancia destruyera la jerarquía. Como ejemplo, podríamos recordar que el secretario ejecutivo de una gran empresa comercial podría ser más inteligente y más experto en las cuestiones que interesaran a la compañía que el Presidente del Consejo Directivo, pero no se le ocurriría por eso intentar usurpar la autoridad de su jefe. Creemos que la línea a seguir es la que sugirieron en su día tanto Calvino como Bengel: que reconozcamos que Pablo describe el ministerio “*en las congregaciones*” (“*en tais ekklesiais*”), o sea, en las reuniones “oficiales” de la iglesia local, abriéndose amplias puertas para el ministerio de la mujer, según su don, testimonio y preparación, en otras esferas y ocasiones. Al mismo tiempo, **(1 Ti 2:12)** subraya la necesidad de que la mujer evite toda apariencia de usurpar dominio sobre el varón. Es de suponer que una hermana verdaderamente dotada por el Señor para un servicio público, recibiría también la gracia del tacto y de la humildad, de modo que hallaría abundantes oportunidades para laborar sin dar con este escollo, que es fácil de evitar por el empleo de un poco de sentido común espiritual.

Sin duda, las hermanas de Corinto, interpretando mal la verdad de que en Cristo Jesús no hay varón ni mujer **(Ga 3:28)**, habían intervenido en las reuniones de la iglesia, no sólo para dar mensajes (quizá hablando en lenguas), sino también para hacer preguntas en voz alta, que tendían a desprestigiar la autoridad de la Palabra ministrada por los siervos de Dios. Por eso se les manda que pregunten lo que quieran saber en casa, y no en pública reunión de iglesia. Este caso especial no afecta la necesidad de que hermanas instruidas en la Palabra pasen a otros el tesoro que Dios les ha dado, con tal que sea en los tiempos y lugares adecuados para ello. La mera presencia de un varón en una reunión familiar no ha de impedir el ministerio de una hermana, pero normalmente no llevaría ella la palabra si se hallaran presentes hermanos dotados para el ministerio, con el fin de evitar la apariencia de “el dominio usurpado”, que llega a ser impropia en vista de la jerarquía fundamental en la cual Pablo insiste.

Los mandamientos del Señor (**1 Co 14:36-38**). Quizá el tono autoritativo de las palabras finales de Pablo sobre el ministerio público no suena bien en los oídos de nuestra generación, que se subleva contra todo orden establecido. Pero cuando Pablo pregunta a los hermanos contenciosos de Corinto con cierta aspereza: “¿Qué? ¿Ha salido de vosotros la palabra de Dios? ¿O sólo ha llegado (a vosotros)?” (**1 Co 14:36**), saca a la luz la cuestión fundamental de la autoridad apostólica, y, por consiguiente, la veracidad y potencia del Nuevo Testamento. Si la iglesia en Corinto podía constituirse en sínodo que determinara doctrina y prácticas, otras podrían hacer igual, quedando desmembrada la iglesia y hecho añicos su cuerpo doctrinal. Los corintios habían de recordar que habían recibido la Palabra por medio de Pablo y de sus compañeros, y que les correspondían someterse a lo revelado, pues nadie les había encomendado una tarea de revisión. Apela a aquellos que se consideran —por supuesto, con razón— como profetas, o como hermanos “*espirituales*”, echándoles delante el reto: que reconozcan por la obra del Espíritu en ellos que las cosas escritas por Pablo, como apóstol comisionado e inspirado por el Señor, “*son mandamientos (o “mandamiento”) del Señor*” (**1 Co 14:37**). La frase “*del Señor*” ocupa posición enfática en el original, señalando que el creyente fiel ha de reconocer el conjunto de las instrucciones apostólicas como complemento de la totalidad de la Palabra revelada, siendo revestido de igual autoridad que lo que fue dado directamente por el Maestro durante su ministerio terrenal. De ahí la urgente necesidad de no “jugar” con la Palabra, introduciendo modificaciones que la “adapten” a las ideas dominantes de nuestros tiempos. Una cosa es el proceso exegético, que busca la manera de aclarar el sentido de la Palabra por referencia al trasfondo cultural de la época de redacción, y muy otra es el rechazamiento de conceptos que no nos agradan como a “hombres modernos”.

La redacción del versículo 38, “*mas si alguno lo desconoce, él será desconocido*”, o, según Vers. R. V. (60): “*más el que ignora, ignore*”, es muy escueta, ofreciendo variantes textuales que dificultan la traducción. Parece inconcebible que Pablo dé de lado asuntos que acaba de presentar como “*mandamiento del Señor*”, lavándose las manos ante el caso del hermano ignorante o contencioso, de modo que el contexto y el espíritu del versículo aconseja la traducción de la Vers. H. A. entendido de esta manera: “*Si alguno desconoce (voluntariamente estas cosas, dejándolas de lado), el será desconocido*”, es decir, desautorizado en su ministerio, como persona que rehusa someterse al claro mandamiento divino.

Santos anhelos dentro del buen orden de la iglesia (**1 Co 14:39-40**). En todas las esferas de la vida la motivación de acciones eficaces se halla en los profundos deseos que impulsan al hombre a buscar los medios adecuados para su logro. Una iglesia que para soslayar los problemas inherentes en las instrucciones apostólicas busca una salida fácil y humana, limita sus posibilidades de disfrutar de la riqueza de la Palabra que brota de la vitalidad de todo el cuerpo y del debido funcionamiento de todos sus miembros. Pero si no existe el deseo de recibir dones y de utilizarlos para el provecho de la iglesia, los miembros seguirán en su parálisis espiritual. De acuerdo con todo lo que ya ha manifestado, Pablo exhorta a los hermanos que anhelan profetizar, por las razones tantas veces expuestas ya. Al mismo tiempo, siendo el don de lenguas una manifestación del Espíritu, no era lícito prohibir su uso, sino sólo limitarlo a la esfera privada, o a su empleo en público mediante la interpretación. La forma en que se redacta la recomendación del versículo 39 no deja en duda el criterio apostólico sobre la superioridad de la profecía en el ministerio público, que viene a rematar las muchas consideraciones anteriores de los versículos 1 al 25.

El mandato: “*Hágase todo decorosamente y con orden*”, resume las instrucciones de los versículos 26 al 38, siendo preferible la traducción “*decorosamente*”, ya que entra en el

vocablo griego la idea de la forma visible, aceptable y grata, del desarrollo del culto de la iglesia. “*Con orden*”, señala el método y el procedimiento que se han de observar en los cultos; “*decorosamente*”, indica el buen gusto que surge de la operación del Espíritu de gracia y de hermosura.

Preguntas

1. ¿Por qué insiste Pablo en que el ejercicio del don de profecía es superior al de las lenguas con referencia al ministerio público de la iglesia? Dense explicaciones de la naturaleza de estos dones, atando declaraciones que se encuentran en (1 Co 14:1-25).
2. ¿Cuáles son los principios y las medidas que recomienda Pablo para que la libertad del Espíritu pueda concordarse con el buen orden en el ministerio de la iglesia local?

La resurrección del cuerpo - 1 Corintios 15:1-34

Un tema nuevo

1. El porqué de esta disertación

En el curso de su dilatada y cuidadosa prueba de la resurrección corporal, como parte esencial del Evangelio apostólico, Pablo se dirige a los corintios con estas palabras: *“Si se predica a Cristo como habiendo resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?”* (1 Co 15:12). La pregunta citada revela un estado de cosas de bastante gravedad en la iglesia en Corinto, pues un grupo —de mayor o menor importancia— negaba la resurrección de los muertos. Los versículos 31 al 34 insinúan que esta verdadera herejía tuvo como consecuencia una vida descuidada, caracterizada por malas costumbres.

Hasta aquí el apóstol ha venido corrigiendo errores relacionados con las prácticas de bastantes de los creyentes de Corinto, advirtiendo también contra ciertas actitudes equivocadas que subestimaban la autoridad de la revelación cristiana y fallaban a la aplicación de la ley del amor. Estos desvíos no carecían de importancia, y hemos tenido ocasión de notar que el apóstol a veces dirigía avisos de gran solemnidad a sus hijos en la fe. Con todo, se trataba de actitudes peligrosas y no de herejías positivas. En esta sección Pablo se enfrenta con la infiltración en la Iglesia de un grave error doctrinal que negaba tajantemente uno de los postulados fundamentales del Evangelio. Como en otros casos de menor importancia, agradecemos la ocasión, puesto que de ella surge este profundo estudio del tema de la resurrección corporal que Pablo trata con tanto detalle, y que llega a ser la clave indispensable para la debida comprensión del tema en las demás partes de las Sagradas Escrituras.

2. La probable fuente del error

En las notas sobre los capítulos 2 y 3 tuvimos ocasión de recalcar que la exaltación de la sabiduría humana por encima de la revelación de los propósitos de Dios se debía a conceptos y actitudes típicos de la sociedad griega de la ciudad de Corinto. De igual forma hemos de recordar que la idea de la resurrección del cuerpo fue algo repugnante a los griegos en general. No todos serían estudiantes de filosofía, pero siglos de enseñanzas que inculcaban el desprecio del cuerpo y el valor excelso del espíritu humano, habían creado un ambiente general reacio a la idea de la supervivencia de la materia y, por tanto, al concepto de una resurrección de muertos. Pablo habrá de explicar que la “materia” será muy diferente cuando se trate de la del cuerpo espiritual de la resurrección, pero aquí estamos procurando comprender la razón de la infiltración de este error, pese a las claras enseñanzas que el apóstol había entregado a los corintios desde el principio. Los griegos —escribimos en términos generales, pues es imposible resumir aquí los postulados de los diferentes sistemas filosóficos— pensaban que el espíritu del hombre podría sobrevivir, volviendo a unirse al “espíritu” del cosmos, del cual había procedido. No había nada, sin embargo, en el pensamiento griego que correspondiera a la doctrina cristiana de la supervivencia de la personalidad específica de cada ser humano, con sus partes constituyentes de espíritu, alma y cuerpo. Los sabios del Areópago ateniense escucharon el discurso de Pablo con bastante atención hasta que *“oyeron de la resurrección de los muertos”*, pues tal concepto les pareció tan fuera de toda razón y lógica que *“unos se burlaban”*, bien que otros, impresionados por las verdades anteriores que su conciencia había aprobado, dijeron: *“Te oiremos de esto otra vez”* (Hch 17:31-32).

Bajo tales influencias, el referido grupo de personas en la iglesia de Corinto querían seleccionar entre los términos del Evangelio que habían profesado creer. Quizás habían llegado a aceptar la verdad de la crucifixión; es posible que admitieran, como un hecho único y espiritual, con salvedades, la resurrección de Cristo. Pero rechazaban la doctrina general de “la resurrección de los muertos”.

3. El desarrollo del argumento del apóstol

En cuanto al rigor de la argumentación, sólo porciones de la Epístola a los Romanos pueden compararse con el desarrollo lógico de esta defensa apostólica de una de las verdades fundamentales del Evangelio. El tema era sublime y entrañaba en sí toda la perspectiva presente y futura de la vida cristiana, siendo base de la “esperanza” por medio de la cual somos salvos. Por eso Pablo se ciñe para la batalla, proveyéndose de todas las armas dialécticas de su panoplia para esgrimir las luego con suma destreza, pues fue necesario ganar la batalla, no sólo a favor del testimonio en Corinto, sino con el fin de establecer la verdad de Dios en cuanto al Evangelio que había de extenderse a través de todo el mundo. Así esta verdad fundamental resonó a lo largo de todos los siglos, y seguirá haciéndolo hasta que llegue la consumación de la “resurrección”, pujante e invencible sobre el pecado y la muerte.

1) La resurrección corporal de Cristo es parte integrante del Evangelio (**1 Co 15:1-4**).

2) La resurrección de Cristo, como hecho histórico, se establece por el testimonio unánime de muchos testigos de perfecta solvencia (**1 Co 15:5-8**).

Pablo enfatiza los contactos de los apóstoles con el Señor Resucitado, terminando con su propio caso, que también se reviste de valor testifical.

3) Si Cristo no resucitó, entonces se ha de deducir que la predicación apostólica fue un mensaje falso, vacío de verdadero contenido y sentido (**1 Co 15:9-19**).

Esto traería como consecuencia que la fe de los creyentes descansaba sobre una base falsa, quedando ellos todavía en sus pecados, sin esperanza más allá de la tumba.

4) La resurrección de Cristo es un hecho histórico que vivifica potencialmente a toda la raza (**1 Co 15:20-22**).

El valor doctrinal de estos pocos versículos es incalculable, ya que Pablo condensa en ellos la gran perspectiva de la obra de Dios a favor del hombre —en términos similares a la importante disquisición de (**Ro 5:12-21**)—, haciendo constar que, si bien todos los hombres mueren “*en Adán*”, todos serán vivificados en Cristo. El hecho de la Muerte y la Resurrección de Cristo, como Postrer Adán, afecta a toda la raza, que se halla incorporada en “*su Cabeza*”. La responsabilidad personal del arrepentimiento y la fe salvaguarda este sublime concepto de la posible deducción errónea del universalismo.

5) La resurrección de Cristo lleva implícita en sí “*la resurrección de los muertos*”, que se llevará a cabo en distintas etapas hasta la victoria final sobre la muerte (**1 Co 15:23-28**).

La resurrección de Cristo se considera como “*primicias*” que garantizan una gran cosecha. El “*orden*” del versículo 23 es el “*orden de la resurrección*”. “*Los que son de Cristo*” serán levantados en la Parousia. “*El fin*” del proceso de la resurrección se ve relacionado con la consumación de la gran misión del Hijo, quien entregará el vasto reino a su Padre, ya sujeto y reconciliado. Entonces el Trino Dios será de nuevo “*todo en todos*”. El postrer enemigo vencido será la muerte, que determinará el fin de la aplicación de este principio de nueva vida, de vida de resurrección, por medio de Aquel que es “*Resurrección y Vida*”.

6) Las condiciones de la vida y del servicio de los creyentes no tendrían sentido sin la esperanza de la resurrección (**1 Co 15:29-34**).

Pablo cita el significado del bautismo y las condiciones de su propio servicio, como hombre sentenciado a muerte; estos elementos de la vida cristiana serían una pura necesidad si los creyentes carecieran de la esperanza de la resurrección. De paso nota la relación entre la doctrina falsa y las malas costumbres.

7) La pregunta: “¿Con qué cuerpo vendrán?” es una insensatez, ya que el Creador realiza su obra tan rica en su diversidad por medio de muchos diferentes tipos de “cuerpos” (1 Co 15:25-41).

Empleando términos modernos, Pablo dice, en efecto, que no se trata de las moléculas del cuerpo que conocemos en este momento —que de todos modos van cambiando constantemente en el proceso del metabolismo—, sino de una relación semejante a la que existe entre la semilla y la planta posteriormente desarrollada; ésta no se parece en nada a la semilla, pero está unida con ella por un principio vital. Se trata de la conservación de la personalidad humana, verdadera obra de la creación especial de Dios. Dios dará un cuerpo de resurrección a los redimidos como a él le plazca dentro de los firmes propósitos de su omnipotencia, sabiduría y soberanía.

8) El contraste entre el “cuerpo del alma” y el “cuerpo del espíritu” (1 Co 15:42-49).

Pablo procede a aplicar el principio de la diferencia que existe entre distintos cuerpos al contrastar el cuerpo actual con el de resurrección. El vocablo “cuerpo animal” está bien etimológicamente, pues quiere decir “cuerpo gobernado por el alma”, como lo es el actual. Se contrasta con el de resurrección, que será “cuerpo gobernado por el espíritu”. Las diferencias dependen del enlace del primero con “el primer hombre Adán (hecho), alma viviente”, y del segundo con “el postrer Adán, Espíritu vivificante”, ya que los creyentes han de llevar la imagen (la exacta manifestación) del Postrer Adán, tal como llevan ahora la obvia semejanza con el primer Adán.

9) La resurrección de los creyentes se relaciona con la Parousia (1 Co 15:50-56).

En su plena manifestación, todo el “Reino de Dios” se basará sobre principios posteriores y superiores a la materialidad. Habrá cuerpo de resurrección, pero “carne y sangre” no pueden pasar a la plenitud del Reino. Por eso tendrá que haber un momento de cambio, que, para los creyentes, coincidirá con la venida del Señor para recoger a su Iglesia. Existe una estrecha analogía entre estos versículos y (1 Ts 4:13-18).

10) La victoria de la resurrección garantiza la permanencia y la validez de la obra de los siervos del Señor (1 Co 15:57-58).

Pablo redondea su argumento haciéndose eco de su declaración en los versículos 9 al 19: la obra apostólica y la vida de los creyentes resultarían nulas y vacías si no hubiera resurrección. Ha probado que la hay, y, por lo tanto, puede declarar: “Vuestro trabajo en el Señor no es vano”.

La resurrección de Cristo es parte integrante del evangelio (1 Co 15:1-19)

I. La entrega y la recepción del mensaje apostólico (1 Co 15:1-4)

El Evangelio apostólico recordado. No debiera haber hecho falta que Pablo “hiciera saber” (“gnorizō”) los términos exactos del Evangelio a los corintios, pero algunos habían escuchado “ligeramente”, como se puede traducir el vocablo “eiké” del versículo 2, sin prestar toda la atención precisa a la proclamación original. El énfasis aquí sobre el “depósito” de doctrina que Pablo había recibido del Señor, entregado con toda fidelidad a

los corintios, llega a ser necesario en vista de la infiltración del error sobre la resurrección que ya hemos comentado, y que volverá a surgir en la consideración de este capítulo. “¿Cómo me escuchasteis —pregunta Pablo, en efecto— si permitís la introducción en vuestro medio de un error fundamental, en contradicción total con lo que yo entregué y vosotros recibisteis?”.

Supone que “*están firmes*” en las verdades del Evangelio que aceptaron; sin embargo, es preciso despertar tanto su memoria como su conciencia a la renovada consideración de la importancia vital de retener, no sólo un vago recuerdo de la proclamación, sino también “*las palabras con que os lo anuncié*”.

La construcción gramatical del versículo 2 es difícil y bien que es posible traducirlo tal como lo tenemos en R.V. 1960 y en la Vers. H. A., tiene mucho apoyo la traducción de G. G. Findlay (The Expositor's Greek Testament, in loc): “*¿En cuál palabra —pregunto— os prediqué? (o recordaréis) si lo retenéis... ¡A no ser que creísteis superficialmente!*”. El criterio de Pablo en cuanto a la superficialidad y la falta de estabilidad de los corintios ha aflorado muchas veces en el curso de esta Epístola y de nuevo aquí está implícito el reproche frente a las fluctuaciones de hermanos que no querían sujetarse totalmente a la palabra revelada por Dios y administrada por medio de los apóstoles.

La salvación continua. Es correcta la traducción de la Vers. H. A. de la importante frase del versículo 2: “*Por el cual estáis obteniendo la salvación*”, y concuerda con muchos pasajes en las Epístolas que revelan el amplio contenido del concepto de “*salvación*”, ya que éste abarca, no sólo el momento de recibir el perdón de los pecados, sino también la posibilidad de sacar todo el valor que corresponde a la salvación de nuestra vida y servicio en este mundo. Es en este sentido que hemos de llevar a cabo nuestra salvación con temor y temblor (**Fil 2:12**). Paralelamente, al cumplir nuestra misión a la manera de Timoteo, nos “*salvaremos*” a nosotros mismos y a nuestros oyentes (**1 Ti 4:16**). Finalmente, la salvación señala la perfecta obra escatológica cuando la totalidad de la personalidad humana del creyente será salva (aun de la presencia del pecado), y esta esperanza de la salvación es como yelmo que protege la cabeza del cristiano, pues determina su modo de apreciar el significado de la vida (**1 Ts 5:8**) (**Ro 5:9**) y (**Ro 8:24**).

Los hechos fundamentales del Evangelio. Es probable que la frase “*en prōtois*”, traducida en nuestras versiones por “*primeramente*” o “*ante todo*”, no se refiera a las primeras doctrinas que Pablo proclamara en Corinto, sino al grado de importancia de las verdades que ha de reiterar. De las tres que cita —la muerte de Cristo por nuestros pecados, la sepultura y la resurrección al tercer día—, concedemos la primacía a la primera y a la última, pero en párrafo aparte daremos la debida consideración a la segunda.

a) “*Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras*”. Invitamos al lector a volver sobre las notas explicativas basadas en (**1 Co 1:17-23**), que recogieron el énfasis apostólico sobre “*la Palabra de la Cruz*”; ésta toma precedencia sobre el bautismo, y constituye la única respuesta que Dios concede al clamor que surge de la necesidad moral y espiritual del hombre, aun cuando esta “*Palabra*” ofenda las susceptibilidades legalistas de los judíos y parezca locura a los filósofos griegos. No sólo murió Cristo, sino que “*murió por nuestros pecados*” (“*huper tōn hermartiōn hemōn*”): expresión que excluye toda idea de una muerte de mártir o de un sacrificio meramente ejemplar. Según el tenor de múltiples declaraciones del Nuevo Testamento. Existe una relación directa entre la muerte de Cristo y la expiación de los pecados. Pablo escribió “*nuestros pecados*” para recordar a los corintios que no se trataba de repetir un dogma abstracto y seco, sino de recordar que ellos mismos eran los beneficiarios de la obra.

b) “*Ha sido resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras*”. He aquí el “quid” del asunto en cuanto a la argumentación de Pablo, frente al error que rebate. La resurrección

de Cristo fue proclamada con la misma solemnidad y autoridad que correspondía al hecho fundamental de la muerte de Cristo, siendo parte esencial del Evangelio. ¿Cómo, pues, podría ser abandonada —o aun debilitada— esa doctrina sin socavar el edificio total de la verdad apostólica? El tiempo del verbo “resucitar” es el perfecto pasivo: “*Ha sido resucitado*”, denotando el tiempo perfecto los efectos permanentes de la Resurrección de Cristo, como algo que perdura, encarnado en el “principio de resurrección” que vivifica a los creyentes espiritualmente ahora y ha de levantar sus cuerpos en el porvenir.

La importancia de la sepultura de Cristo. A primera vista nos extraña ver el hecho de la sepultura del cuerpo de Cristo proclamado como el segundo postulado de este credo fundamental, pues podría apreciarse como algo de mucho menos importancia que la Muerte expiatoria y la Resurrección del Señor. Sin embargo, frente a los ataques que se dirigían —y se dirigen— en contra de la historicidad de la Resurrección, la afirmación de la sepultura se reviste de gran importancia apologética. Todos los evangelistas se preocupan por detallar la sepultura del cuerpo de Cristo, y el conjunto de los datos que aducen dan fe de un acto real por el que el cuerpo de Cristo fue bajado de la cruz, envuelto en especias y vendas por José de Arimatea y Nicodemo, para ser colocado en la tumba nueva del primero, ubicada en un huerto cerca del Calvario. Mateo recuerda los temores y las precauciones de los jefes de la nación judaica, que dieron por resultado la garantía del sello del poder civil, con la guardia de soldados. “*Al tercer día*” — cronológicamente se trata de un día y dos partes de otros—, cuando normalmente empezarían a manifestarse claras señales de corrupción, las mujeres, seguidas por Pedro y Juan, hallaron la tumba vacía, la piedra quitada, los vendajes en su sitio, reteniendo la forma del cuerpo, pero el cuerpo había desaparecido. Nadie ha podido dar una explicación ni aproximadamente aceptable de este hecho aparte de la verdad proclamada en el Evangelio: que a la hora ya determinada en los consejos divinos. Cristo salió de la tumba, pues la muerte no tenía dominio sobre él, ni en cuanto a su Persona divina ni como el Hijo del Hombre, nuestro Sustituto, ya que había agotado su sentido en la Cruz. Conjuntamente con las repetidas manifestaciones del Señor resucitado a un gran número de buenos testigos, la “tumba vacía” constituye la prueba palmaria del gran hecho histórico de la Resurrección corporal de Jesucristo.

El testimonio de las Escrituras. Pablo afirma que la Muerte expiatoria de Cristo y su Resurrección corporal de entre los muertos se habían anunciado anteriormente en las Escrituras, o sea, en el Antiguo Testamento. En esto no hace más que reiterar las enseñanzas que el Señor resucitado dio a los discípulos durante los cuarenta días que sucedieron a su levantamiento, cuando abrió el entendimiento de los suyos para comprender las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento, con referencia especial, sin duda, a las que predecían la obra del Siervo de Jehová en Isaías capítulo 42 en adelante (**Lc 24:25-27,44,45**). Si la mente carnal se dedicara a una lectura superficial del Antiguo Testamento, podría no ver que las Escrituras antiguas están llenas de Cristo en sus tres grandes divisiones: libros de Moisés, libros proféticos y los “escritos”, encabezados éstos por los Salmos. En cambio, el creyente sumiso a la guía del Maestro —el Verbo encarnado—, al acudir a los mismos libros, pidiendo la luz y el auxilio del Espíritu Santo, y comprendiendo la autoridad inspirada de toda la Biblia, halla, en efecto, que la Muerte y la Resurrección están profetizadas en las Escrituras, ya que porciones como el Salmo 22 e Isaías 53 pasan mucho más allá de las experiencias de los siervos de Dios de aquellas épocas; de forma análoga, es imposible adaptarlas a una expresión mística de la historia de Israel. No sólo halla profecías declarativas, sino también las mismas verdades expresadas por medio del importantísimo sistema levítico, que no pierde su valor como presentación anticipada de la Cruz por el hecho de que ya se haya cumplido. La Resurrección no se destaca muy claramente como tema del Antiguo Testamento, pero

está implícita en Isaías 53 y el Salmo 16, etcétera. En todas partes de las Escrituras podemos discernir *“lo que de él decían”*.

2. Las manifestaciones del Señor resucitado a testigos escogidos (1 Co 15:5-8)

El testimonio fidedigno que establece el hecho histórico de la Resurrección. Reiteramos que la Resurrección de Jesucristo se establece como hecho histórico gracias al significado de la “tumba vacía” y al testimonio múltiple de hermanos que le vieron, no ya en algunos momentos de éxtasis, sino en diversas manifestaciones, correspondientes a distintos lugares, tiempos y circunstancias. Estos encuentros llegaron a convencerles de que comunicaban con el mismo Maestro que habían conocido antes de la Pasión. La validez de un hecho histórico se establece por el cúmulo de buen testimonio aducido, y por eso Pablo vuelve a presentar a los corintios la evidencia que ya habían recibido cuando les *“entregó”* el Evangelio al principio.

“Apareció a Cefas”. Esta manifestación a Pedro antecede a todas las demás, tratándose de los discípulos varones. Pablo no menciona el testimonio de las mujeres, limitándose a aquel que parecería más autorizado ante los corintios. Por ser la primera entrevista del Señor con un apóstol, esta manifestación no puede coincidir con la conversación que el Maestro tuvo más tarde con Pedro al restaurarle a su ministerio (**Jn 21**), y sólo se menciona en los Evangelios en (**Lc 24:54**). Hemos de suponer que, en su divina gracia, Jesucristo quiso volver a establecer la comunión personal entre él y el apóstol que le había negado en la víspera de su Pasión, recibiendo su confesión y asegurándole del perdón. Fue muy apropiado que la primera manifestación del Señor a los discípulos se revistiera de este carácter, ya que el Buen Pastor conoce a sus ovejas por nombre. Esta entrevista preparó el terreno para la posterior, por la que Pedro (sobre la base de su amor al Señor) fue confirmado en su misión de pastorear las ovejas y los corderos del rebaño del Señor. Aun cuando Pablo se hallaba ajeno a los acontecimientos íntimos de los *“cuarenta días”*, se hallaba muy identificado con el ambiente arameo; con toda naturalidad emplea el nombre *“Cefas”* para designar a Pedro, ya que se trataba de algo ocurrido en Jerusalén, en el seno de la primera familia cristiana.

Apareció después a los Doce. Si comparamos la lista de las manifestaciones aquí con las narraciones de Lucas y de Juan, tenemos que llegar a la conclusión de que la presentación del Señor a los Doce corresponde a la primera que concedió a los suyos en el Aposento Alto, siendo posterior a su entrevista particular con Pedro. De hecho, en la manifestación del primer día de la semana —el de la Resurrección— no había más de diez personas presentes en el Aposento, ya que faltaba Judas y no estuvo Tomás Dídimo hasta el domingo próximo. Pero aquí Pablo no está contando cabezas, sino notando la presentación del Señor resucitado al cuerpo apostólico que, en su plenitud, fue constituido por doce apóstoles, los testigos escogidos para dar fe del ministerio terrenal del Señor, con referencia especial a su Resurrección (**Hch 1:21-22**).

Apareció a más de quinientos hermanos juntos. Nuestras versiones se contentan con la traducción *“apareció a más de quinientos hermanos a la vez”*, pero *“ephapax”* es un vocablo enfático, al cual siempre se le da el sentido de *“una vez para siempre”*. Aquí su empleo indica una especie de “culminación del testimonio”, ya que el Señor se presentó a muchos hermanos juntos, representativos de los creyentes que pudieron reunirse en Galilea, según las indicaciones del Señor antes de su Pasión. Es probable, pues, que Pablo hace referencia a la manifestación descrita por Mateo, y que dio lugar a la entrega de la “Gran Comisión” (**Mt 28:16-20**). Mateo no hace referencia directa a un número grande, pero aquellos pocos que “dudaron” aún, no podían pertenecer a “los once”, ya que éstos habían visto al Señor en varias ocasiones, gozándose en su presencia (**Jn 20:20**). Sin duda, formaban parte de un gran número de testigos que no dudaron, y cuyo

testimonio (en el caso de los supervivientes) continuaba hasta la fecha de esta carta. Habían pasado veintiséis años desde la fecha de esta presentación culminante, pero los discípulos del Señor eran jóvenes, de modo que no es extraño que la mayor parte de aquellos testigos viviesen aún. Los restantes habían “dormido”, según la designación consoladora que los cristianos ya daban a la muerte *“en Cristo”*.

“Más tarde apareció a Jacobo”. Apenas es posible dudar de que este *“Jacobo”* sea *“el hermano del Señor”*, ya que el otro se incluye en la mención de los demás discípulos. Hasta bien adelantado el ministerio de Jesús, sus mismos hermanos no habían creído en él (**Jn 7:5**), pero es posible que se hubiera producido un acercamiento anterior a la Pasión que preparara el camino para esta presentación del Señor resucitado a Jacobo. El resultado fue definitivo, y recordamos que Santiago, al escribir su Epístola, se describe como *“siervo de Dios y del Señor Jesucristo”* (**Stg 1:1**). No sólo eso, sino que influyó de tal forma en sus hermanos que encontramos a éstos —sin que se note excepción alguna— entre los discípulos que esperaban el advenimiento del Espíritu Santo en el Aposento Alto (**Hch 1:14**). La mención de esta manifestación en este contexto se explica por el prestigio de Jacobo el Mayor, quien solía presidir las reuniones de cristianos celebradas en Jerusalén, y cuyo testimonio se revestía de mucha importancia en el sector de la iglesia en Corinto influido por el testimonio de tipo judaico.

“Después (apareció) a todos los apóstoles”. Esta declaración parece repetir la evidencia de la anterior del versículo 5 al mencionar a *“los Doce”*, o sea, el cuerpo apostólico según estaba constituido entonces. Hay dos posibles explicaciones: a) *“A todos los apóstoles”* puede ser un término más amplio, basado en el significado etimológico de *“apóstol”*, *“un enviado en misión especial”*, incluyendo en tal caso a todos aquellos hermanos que nosotros denominaríamos como *“misioneros”* u *“obreros”*. Pero, por supuesto, estos siervos del Señor se habrían hallado presentes también entre los *“quinientos hermanos”* del versículo 6. b) Puede ser que el pensamiento de Pablo —recordando las *“tradiciones”* que había recibido— había pasado rápidamente a la escena que se describe en (**Hch 1:4-11**), recordando a los apóstoles que se habían reunido con el Señor en el Monte de los Olivos por última vez, antes de la Ascensión. Esta mención añade algo a la fuerza de la evidencia, ya que *“los Doce”* habían recibido una sorpresa tan llena de asombro y de gozo la primera vez que vieron al Señor en medio de ellos, que sus mentes habían quedado embargadas por la sublimidad del acontecimiento. Después de cuarenta días, reunidos con el Señor en el Monte de los Olivos, se percataban mucho más claramente del alcance de su misión —tema principal de la conversación con el Señor—, siendo ya apóstoles *“en función”*, enviados a declarar el Evangelio en todo el mundo.

“Me apareció a mí”. Igual que en (**1 Co 9:1**), Pablo insiste en que vio realmente al Señor resucitado. En ambos contextos el encuentro subraya la categoría real y autoritativa de su apostolado, puesto que un apóstol había de ser comisionado directamente por Cristo (**Ga 1:11-17**). La presentación del Señor resucitado a Saulo de Tarso en el camino de Damasco adquiere tal relieve histórico que aquí puede ser aducida —conjuntamente con las manifestaciones de los *“cuarenta días”*— como prueba de que el Señor Jesucristo había resucitado realmente de entre los muertos. Los Doce habían conocido al Señor tanto antes como después de su Pasión, lo que prestaba un valor muy especial a su testimonio. Con todo, Pablo había tenido su encuentro con el Señor glorificado, quien declaró, *“Yo soy Jesús”*. No se trató de una visión mística, sino de un acontecimiento real, que había quitado toda duda de la mente de Saulo el perseguidor en cuanto a la gran verdad histórica de la encarnación, el ministerio terrenal, la Muerte y la Resurrección de Jesucristo. La experiencia de su conversión le capacitó para proclamar el Evangelio, en el que, como los demás apóstoles, no dejó de subrayar el hecho comprobado de la Resurrección corporal del Señor.

Pablo enfatiza la importancia de su encuentro con el Resucitado, pero, a la vez, confiesa que la manifestación fue como *“al abortivo”*, ya que no había estado en su lugar como discípulo y apóstol durante el ministerio terrenal de su Señor. Se ha pensado que quizá el epíteto de *“abortivo”* solía ser lanzado en contra del apóstol por los judaizantes, a guiso de insulto, y que por eso lo recoge aquí. Lo más probable es que se refiere sólo al hecho de haber recibido su llamamiento *“fuera de tiempo”*, después de un triste período de oposición a la verdad.

3. El apostolado y la obra de Pablo (1 Co 15:8-10)

El menor de los apóstoles. Pablo está en medio de un argumento sólido que establece la historicidad de la Resurrección de Cristo y la relación de este hecho con la doctrina de la resurrección de los muertos en general. Sin embargo, se acuerda también de que se encuentran personas entre los receptores de la carta que no quieren comprender su apostolado, y que no esconden su aversión a su persona. Por eso los versículos 8 al 10 pueden considerarse en parte como un paréntesis en el que aflora de nuevo el tema de su apostolado.

Mirando atrás a su historia, y recordando los años en que se gloriaba de ser el enemigo de Cristo y perseguidor de la Iglesia —algo radicalmente contrario a una labor apostólica—, Pablo exclama: *“Soy el menor de ellos, y no soy digno del nombre de apóstol por cuanto perseguí a la Iglesia”*. Es evidente que Pablo nunca llegó a librar su conciencia de la mancha del gran pecado de haber herido el *“Cuerpo”* de Cristo, forzando a hermanos a blasfemar el Nombre (**Ga 1:13**) (**1 Ti 1:13**) (**Hch 26:9**). Al asaltarle, pues, el recuerdo de múltiples escenas de dolor en las que él había sido el protagonista principal, cree sinceramente que no es digno de figurar entre los apóstoles: testigos de Cristo y enseñadores inspirados de la doctrina del Nuevo Pacto. No es retórica, sino una expresión muy sentida.

La labor de Pablo el apóstol. Pero el remordimiento y el dolor por lo pasado no pudieron anular los propósitos de Dios. Por tres veces menciona la *“gracia de Dios”* en el versículo 10, y la ve en relación especial con su apostolado. La *“gracia”* es la operación del Dios omnipotente a favor del hombre al solo impulso de su amor, y fue Dios en gracia quien puso su mano sobre Pablo, constituyéndole *“apóstol”*, pese a su tenebrosa historia antes de su conversión. Cuando dice *“soy lo que soy”*, no está pensando ni en su personalidad ni en su temperamento, sino en su categoría de apóstol: el encargado de tantos *“misterios”* y el adalid de la obra misionera entre los gentiles. Esta gracia apostólica, derramada sobre él de una manera tan imprevista y especial, *“no resultó vana”*: expresión que aquí afirma la realidad de su apostolado, pese a las consideraciones anteriores sobre su indignidad frente a su cargo.

En la pluma de otro siervo de Dios, la declaración *“he trabajado más que todos ellos”* (literalmente: *“he laborado penosamente más que todos ellos juntos”*) podría interpretarse como jactancia humana al contemplar la magnitud y calidad de sus trabajos. Sin embargo, tratándose de Pablo, percibimos una condición tan libre de mezquinas rivalidades, tan limpio del deseo de ensalzarse a sí mismo, que estamos seguros de que miraba el campo misionero como si contemplase la labor de una tercera persona. Sabía que expresó una verdad evidente, pero veía el hecho como una estupenda e inaudita manifestación de la gracia de Dios, ya que tal labor se había realizado por el ex-perseguidor. Para evitar malentendidos añadió en seguida lo que genuinamente sentía: *“Mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo”*.

4. El Evangelio varía de sentido si no abarca la Resurrección (1 Co 15:11-19)

Hay un solo mensaje apostólico. El versículo 11 surge directamente de las consideraciones de los versículos 8 al 10, pero vuelve a encauzar el argumento en el sentido anterior: el Evangelio es único, y la Resurrección constituye parte esencial del mensaje divino. El modo del llamamiento de los Doce y de Pablo había sido diferente, pero todos se hallaban revestidos de autoridad apostólica. Ahora bien —declara Pablo—, la predicación de los Doce y la mía es idéntica en esta parte, y *“así predicamos (habitualmente y siempre) y así creísteis”*. El tema es el de la Resurrección de Jesucristo, pero un estudio cuidadoso del Nuevo Testamento, libre de los prejuicios de diferentes escuelas de interpretación, muestra que existe la misma coincidencia en la totalidad de “la entrega apostólica”. Cada apóstol que ha dejado escritos inspirados se expresa según su propia personalidad y preparación, y sin duda el tesoro de la verdad revelada del Nuevo Pacto se entregaba según la capacidad de los apóstoles para recibirla —de ahí una progresión en la doctrina—, pero no existe contradicción; muy al contrario, hallamos doctrinas complementarias que llegan a sumar el “depósito” de *“la Fe que fue una vez para siempre entregada a los santos” (Jud 1:5)*.

El desarrollo del argumento en contra de los escépticos. En las notas introductorias a este capítulo, hemos notado la posibilidad de que el grupo que negaba la resurrección de los muertos en general admitiese alguna *“resurrección”* de Cristo: quizá evadiendo la evidencia de su resurrección corporal. Eran los precursores de muchos herejes, incluyendo aquellos que quieren “desmitificar” el mismo hecho hoy en día, sin soltar del todo la creencia en un “algo” que sucedió, capaz de impresionar vivamente a los discípulos. En términos generales, Pablo rebate el escepticismo del grupo del modo siguiente: a) no es posible negar la resurrección de los muertos en general sin impugnar la de Cristo mismo; b) pero la Resurrección de Cristo fue parte esencial de la proclamación apostólica; c) por consiguiente, si los escépticos tienen razón, los apóstoles se descubren como predicadores fraudulentos, que, en efecto, mentían en cuanto a un hecho de importancia fundamental; d) pero si la predicación fue “vana” (vacía de verdadero sentido) entonces la fe que despertó fue igualmente inútil; e) si la fe de nada servía, entonces los “creyentes”, engañados por falsas promesas, no habían recibido el perdón de sus pecados; f) el resultado lógico es que la esperanza en cuanto al porvenir fue una mera ilusión; g) por consiguiente, los que durmieron en Cristo perecieron.

El primer movimiento del argumento (1 Co 15:12-15). Estos versículos inician el argumento que reduce a lo absurdo la posición de los escépticos, a no ser que los lectores rechazasen de plano la totalidad del mensaje apostólico, con su esperanza en Cristo. No es posible impugnar la doctrina de la resurrección de los muertos sin negar la de Cristo mismo, lo que dejaría vacía de sustancia y de sentido la predicación de los apóstoles. Se emplea el adjetivo *“kenos”*, que quiere decir *“falto de sustancia”*, *“vacío”*. En tal caso, los apóstoles habían sido *“falsos testigos”* de un hecho que no había acontecido, y su ministerio sería tanto más grave por cuanto habían *“testificado de Dios que él resucitó a Cristo”*. Habrían incurrido en el grave pecado de la blasfemia, falseando la obra de Dios mismo.

El segundo movimiento del argumento (1 Co 15:16-19). En el versículo 16 Pablo reitera el punto central de su argumento: *“si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado”*, pues el caso particular se incluye dentro del principio general. Si se aceptara la posición de los escépticos, la fe por medio de la falsa predicación que los corintios habían recibido también sería nula, y, por consiguiente, la promesa del perdón de los pecados resultaría ilusoria: aun estarían en sus pecados. Declaraciones como la de (Ro 10:9) enfatizan la importancia de la resurrección en el mensaje de salvación: *“si creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”*. Es imposible creer en la

Resurrección sin haber aceptado el anuncio de la Muerte expiatoria de Cristo, siendo ambas “cara y cruz” del mensaje que ofrece la salvación al pecador. Sin fe en la Resurrección, la Cruz se reduce o a una ilusión sin confirmación, o a algo negativo que no llegó a rendir el fruto de la vida eterna.

Pablo sigue notando los resultados que seguirían de la hipótesis del grupo corintio. Si los “*creyentes*” vivos están en sus pecados (por haber creído un anuncio falso), entonces los hermanos que han muerto terminaron su vida en la misma condición, y perecieron; ¡Pobres de nosotros si no tuviéramos la esperanza de la resurrección! En lugar de ser hijos de Dios, gozándonos en la vida presente porque la vemos en relación con los horizontes eternos, seríamos unos tristes ilusos, dejando los placeres de este mundo sin recibir compensación alguna.

Pablo deja la aplicación de su argumento al buen sentido de sus lectores. Si hubiese declarado la conclusión positiva, habría dicho: “Ya veis que la resurrección de los muertos es una verdad inexpugnable, porque Cristo, en efecto, resucitó, según nuestra predicación que fue fiel a los hechos. Por consiguiente vuestra fe descansa sobre una base firme. Por ello habéis recibido el perdón de vuestros pecados, y los seres queridos que han partido para estar con Cristo son bienaventurados. De igual modo nuestra vida en este mundo no es triste, sino triunfante”. La presentación de las lógicas conclusiones que surgirían de la negación de la doctrina de la resurrección, ha manifestado que es preciso creer todo el Evangelio, o rechazarlo en su totalidad. No es posible escoger unos elementos que nos agradan y, a la par, negar lo que “nuestra razón” no aprueba.

El hecho y el proceso de la resurrección (1 Co 15:20-28)

I. La vida de resurrección por medio del Postrer Adán (1 Co 15:20-22)

Una gran afirmación. Pablo pasa de un argumento que demostró negativamente la imposibilidad de soslayar la resurrección a una sublime afirmación, sin rodeos, que resume la doctrina cristiana: “*Ahora bien, Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, primicias de los que duermen*”. El verbo es el perfecto pasivo: Dios levantó al Señor de entre los muertos como garantía y consumación de la obra de redención, y este hecho tiene efectos permanentes. Este sentido del tiempo perfecto establece, no sólo el hecho de la resurrección de Cristo en sí, sino la de la gran raza de los redimidos que están unidos por la fe con Aquel que murió y resucitó.

Las primicias y la cosecha. Los israelitas habían de reconocer por varios medios la buena mano de Dios al darles los frutos de la tierra, y entre otros actos simbólicos, habían de traer a los sacerdotes una gavilla del primer grano que llegaran a espigar, que sería la cebada. La gavilla constituía las primicias de la cosecha, la promesa y la garantía, no ya de una sola gavilla temprana, sino de una gran cosecha que llenaría los alfolíes del pueblo. Estas primicias se mecieron en el santuario precisamente en el primer día de la semana después de la Pascua y se habrían ofrecido en el Templo el día en que el Señor salió de la tumba (**Lv 23:10-11**). Pablo se vale del simbolismo aquí para relacionar la Resurrección de Cristo con la de todos los fieles. Cristo no queda solo en el disfrute de la vida después de su muerte expiatoria, sino que la comparte con todos aquellos que han dormido “*en Cristo*” (**Jn 12:20-24**).

El primer Adán y el Postrer Adán. En (**Ro 5:12-21**) Pablo considera a Adán como “tipo” de Cristo, bien que sólo desde cierto punto de vista. Toda la raza se hallaba en el Adán que cayó, y de igual modo la raza toda se halla en el Creador que se encarnó. Por un solo acto de desobediencia de parte de Adán, toda la raza fue hundida en el pecado, la condenación y la muerte. En vivo contraste, el “*Postrer Adán*”, por un solo acto de

obediencia —al entregar su vida en el Sacrificio de la Cruz— levantó (potencialmente) toda la raza, que ya puede recibir el perdón, la justificación y la vida. Se ve que el apóstol había madurado este concepto antes de redactar la Epístola a los Romanos, ya que aflora aquí al meditar en los efectos universales que se derivan de la Resurrección del Señor Jesucristo, y notamos el mismo énfasis en la repetida frase: *“por un hombre”*... *“por un hombre”*. El apóstol no nos enseña que el pecado entró en la raza por medio de Adán, creando una predisposición en el hombre hacia el pecado, de modo que, pecando realmente, llega a ser un pecador. Su doctrina es más contundente: todos cayeron *“en Adán”*, de modo que, según la frase aquí, *“todos mueren en Adán”*. El pecado y la muerte se hallan en la raza desde la Caída, o, inversamente, toda la raza se halla en el pecado y la muerte desde entonces. En esto no hay grados ni distinciones. Sin embargo, frente a la trágica universalidad del mal, el Evangelio proclama igual universalidad de bendición, con tal que la pervertida voluntad de los hijos de Adán no les separe de la obra total de gracia realizada por el Postrer Adán. El acto de obediencia **(Ro 5:18-19) (Fil 2:5-8)** de parte de Aquel que había incorporado la raza en su Persona, satisfizo las demandas de la justicia de Dios, quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad. *“En Cristo”*, pues, *“todos serán vivificados”*. El tiempo es futuro aquí, ya que Pablo discurre sobre la resurrección de los muertos, pero es igualmente cierto que *“en Cristo todos son vivificados”*, habiendo recibido la vida eterna del manantial inagotable de la Resurrección **(1 P 1:3)**.

“Por un hombre vino la muerte; por un Hombre vino la resurrección de los muertos”. Volvemos sobre el versículo 21 para hacer resaltar la extraordinaria importancia de los dos actos señalados. Ya hemos notado los puntos más destacados del contraste que Pablo desarrolla en **(Ro 5:12-21)**, y, siendo su tema aquí la resurrección, coloca en oposición conceptual el momento de la muerte de la raza en Adán y el de la resurrección de los muertos por medio del Postrer Adán. Notemos que Pablo no emplea el concepto abstracto de la “muerte”, viendo la necesidad de la resurrección de “muertos”: personas humanas que habían perdido la vida al hallarse desvinculado de Dios, único manantial de vida. Acerca del árbol del conocimiento del bien y del mal, Jehová Dios había dicho: *“porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn 2:17)*. El comer, pues, señaló el momento en que el hombre traspasó —por su propia voluntad— los límites bien señalados de la voluntad de Dios, vulnerando así la ley fundamental de su vida. Entonces Adán —y la raza que llevó dentro de sí— pasó a la esfera de la muerte. Seguía siendo hombre, pero ya hombre perdido, hombre muerto en delitos y pecados. *“Por un hombre vino la muerte”*, y la densa y mortífera sombra ha caído sobre cada individuo en todas las etapas de la historia. Los hombres muertos necesitan una resurrección, pues no existe en ellos chispa de vida alguna —pese a las vanas lucubraciones de los místicos— que se pudiese reavivar en llama por ningún procedimiento psicológico. Por eso Cristo se presenta delante de la tumba de Lázaro como *“Resurrección y Vida”*, ya que no podía transmitir su Vida sin antes consumir la muerte y llegar a la Resurrección. Al encarnarse el Creador del hombre recabó para sí la humanidad —sin pecado— que él mismo había otorgado, y así el Hijo del Hombre —es decir, el Hombre por excelencia, el Hombre total, el Hombre que llevaba en sí la representatividad de todos los hombres— pudo agotar en su Persona la muerte que correspondía a la de todos. Fue levantado en plenitud de vida al tercer día, cuando *“por un Hombre vino la resurrección de los muertos”*, con esencia y potencia de universalidad, ya que había muerto por todos.

2. El orden de la resurrección **(1 Co 15:23-28)**

El desarrollo del pensamiento de Pablo en esta sección. Para la debida comprensión y exégesis de esta sección es preciso recordar que Pablo no abandona su tema dominante de la resurrección, aun cuando lo enriquece por relacionarlo con el del Reino de Dios. El *“orden”* (*“tagma”*) del versículo 23 es el de la resurrección, que se inicia con la de Cristo

hasta llegar al fin (“telos”, consumación) de la victoria sobre la muerte, que coincide con el establecimiento final del Reino, libre de todo elemento de rebeldía, de discordia o de muerte. Estas consideraciones no toman en cuenta todos los aspectos de la resurrección de los hombres, puesto que Pablo avanza el argumento que mostrará la necedad del escepticismo de aquel grupo de herejes en Corinto. Quizá sea conveniente recordar que el devenir de la historia humana, que antecede al establecimiento de nuevos cielos y tierra nueva, podrá ser mucho más complicado que la declaración escueta del “Credo de los apóstoles”. Hay “orden” y hay “etapas” que caben dentro del concepto global de la Segunda Venida de Cristo y el juicio final de vivos y muertos, que —según bastantes pasajes bíblicos— se revestirán de gran diversidad. Aquí el orden de la resurrección notado abarca: a) la de Cristo como primicias; b) la de aquellos que son de Cristo en su Parousia (**1 Co 15:23,51,52**); c) después, “*el fin del proceso*”, que corresponde también a la consumación de la misión redentora y reconciliadora del Hijo (**1 Co 15:24**).

La consumación de la misión del Hijo. Pablo señala la íntima relación que existe entre la resurrección y la consumación de la misión que el Trino Dios encomendó al Hijo. El plan de la redención —suprema manifestación de la gracia de Dios— pertenece a la Eternidad, “*antes de los tiempos de los siglos*” (**2 Ti 1:9**), y la misión que corresponde al propósito divino fue encomendada al Hijo, quien llegó a ser “*Siervo de Jehová*” a estos efectos, y el Hijo sumiso y obediente del Evangelio de Juan. La misión puede expresarse en términos relacionados con la bendición final del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios; alternativamente, puede considerarse como el cometido que había de manifestar la soberanía de Dios y que determinaría su victoria final sobre todas las fuerzas del mal. En el centro de la Obra se halla la Cruz y la Resurrección (**He 10:9**) (**1 Jn 3:5-8**). Pablo hace alusión al Salmo 110 y cita también el Salmo 8, ya que ambos señalan esta victoria sobre todos los enemigos de Dios y la sujeción de todo enemigo (y de todas las cosas) al gran Heredero. Hemos de leer el versículo 24 según la Vers. H. A.: “*cuando entregue el reino al Dios y Padre, y cuando haya anulado (katargeō) todo principado, y toda potestad y poder*”. Se anticipa el momento cuando se llegue al fin de la misión. Desde cierto punto de vista es Dios quien dice al Hijo —en los términos del (**Sal 110:1**)—: “*Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado a tus pies*” (**He 1:13**), con referencia a su estancia a la Diestra hasta el momento culminante de su Segunda Venida. Dentro de otra perspectiva más amplia, es el Hijo quien termina su misión, y habiendo ganado la victoria sobre el pecado, Satanás y la muerte, por medio de la obra de la Cruz, y tras la derrota de sus enemigos por los procesos profetizados en Apocalipsis capítulos 19 y 20, se presenta al Padre (en quien se expresa a menudo la plenitud y la autoridad del Trino Dios), señalando el universo ya salvado, o completamente pacificado (**Col 1:20**). Este es el momento que Pablo destaca en el versículo 24 y, sin duda, los términos “*todo principado, potestad (autoridad) y poder*” significan las jerarquías de los dominios del mal, que obran detrás de la fachada de la historia humana y que son los verdaderos enemigos de Cristo y los suyos (**Ef 6:12**) (**Col 2:15**). El “reinado” de Cristo, según el versículo 25, abarca la totalidad del período de su actividad salvadora y triunfante, que corresponde a la obra llevada a cabo desde la Diestra durante esta dispensación, seguido por el reino llamado “milenial”, tantas veces predicho por los profetas del Antiguo Testamento (**Ap 20**). El juicio ante el “*gran trono blanco*” (**Ap 20:11-15**) liquida de una vez para siempre el proceso histórico de la raza perdida con anterioridad a la plena manifestación de la Nueva Creación.

El hombre y la muerte. El Salmo 8 refleja, en forma poética, el propósito divino al crear al hombre según los términos fundamentales de (**Gn 1:26-27**), subrayando, en primer lugar, el hecho de que Dios puso todas las cosas terrenales bajo el mando de su virrey, el hombre. En (**He 2:5-10**) se recoge el tema, viéndose que la sujeción de todas las cosas al hombre —frustrada a causa del pecado— se cumple en Jesús, el Hombre del Cielo, y la

nueva raza que asocia consigo. El hecho de citar el **(Sal 8:6)** aquí muestra que el apóstol estaba pensando en términos de la victoria tal como afectaba a los hombres, cuyo enemigo último era la muerte, consecuencia del pecado. Para que se cumpliera el propósito original de Dios, fue necesario que la muerte fuese anulada (*“katargeō”*); la victoria final sobre este postrer enemigo es la consumación de la obra de resurrección. Hombres resucitados de la muerte, asociados con su Rey, el Primogénito de entre los muertos, poseerán la nueva creación, hechos semejantes al Hijo, quien, como Cabeza de la nueva raza, es también el primogénito entre muchos hermanos **(Ro 8:29)**.

Dios será todo en todos. Pablo quiere que se entiendan bien las jerarquías de la Nueva Creación, libre ya de la muerte. La cita del Salmo 8 insinúa la consumación de la obra de Dios en cuanto al hombre, pero la sujeción de todas las cosas se lleva a cabo sólo por medio del Primogénito de entre los muertos **(Col 1:18)**. El Hijo contemplará un mundo que le ha sido subordinado totalmente, pero, obviamente, no habrá establecido un reino independiente, sino que ha cumplido la misión que le fue encomendada. Es natural, pues, que haga entrega del reino victorioso al Dios y Padre, quien expresa todo lo que es el Trino Dios. La sujeción del Hijo al Padre en el estado final de las cosas no supone que cesará de ser Mediador de toda la Creación —obra que le corresponde, como Verbo eterno, desde el principio de las obras de Dios— ni limita su función como Rey y Sacerdote según el orden de Melquisedec **(He 7:21-25)**, ni quita un ápice del triunfo del Dios Hombre **(Fil 2:9-11)**. Sólo se establece la debida jerarquía según el misterio de la Trinidad dentro de un orden en el que *“Dios será todo en todos”*, ya que el obstáculo del mal se habrá quitado para siempre. Esta porción no trata de la condición de los perdidos, que se vislumbra por otras Escrituras, de modo que no es legítimo sacar deducciones universalistas del silencio de Pablo aquí. Todos quisiéramos creer que todo hombre podrá ser salvo por fin, pero no hay nada que nos permita pensar que el rebelde pueda evadir las funestas consecuencias de haberse alzado persistentemente contra Dios.

La resurrección da sentido a las costumbres y el servicio de los cristianos (1 Co 15:29-34)

1. El sentido general de esta sección

Pablo desciende de las sublimes alturas de la consumación del Reino de Dios al ser vencida la muerte en la etapa final de la resurrección, para considerar las incongruencias que surgirían de la vida y servicio de los cristianos si no tuviesen la certidumbre de ser levantados de la muerte. El modo de acercarse a la cuestión es diferente, pero Pablo no suelta su tema y sigue descargando golpe tras golpe contra la falsa posición de los escépticos. Lo que dice el apóstol, en efecto, es que hay aspectos de la vida cristiana, como también su propia entrega a su misión apostólica, que carecerían de todo sentido, no pasando de ser devaneos de locos, si no hubiera resurrección de muertos. Añade una amonestación solemne contra las funestas consecuencias morales de mantener comunión con quienes, al falsificar la doctrina cristiana, adoptan una manera de vivir que deshonra al Evangelio. Si tenemos delante el porqué de la sección, recibiremos mayor luz sobre puntos de difícil interpretación, aun admitiendo la imposibilidad de llegar a conclusiones dogmáticas en el caso del versículo 29.

2. El bautismo y la resurrección de los muertos (1 Co 15:29)

Las dificultades del texto. Tal como está puntuado este verso en nuestras versiones, presenta un problema serio de interpretación, pues surgen en seguida las cuestiones siguientes: ¿Quiénes son éstos que se bautizan por los muertos? ¿Cuál rito es éste que se desconoce en el Nuevo Testamento? Si se trata de la práctica de algún grupo de

costumbres especiales y heterodoxas, ¿por qué la cita el apóstol aquí, prosiguiendo en seguida a aducir sus propias experiencias, como una prueba más de que la vida y los sufrimientos de los cristianos son inútiles si no hay resurrección? La forma de redactar la sección la asocia implícitamente con la práctica. Al considerar su posible significado hemos de tener en cuenta el lugar del texto en el argumento del apóstol, además de mirarlo en la perspectiva de la doctrina total del Nuevo Testamento, con referencia especial a lo que se enseña sobre el bautismo.

Una sugerencia que recibe bastante apoyo. Algunos expositores suponen que los cristianos en Corinto —y quizás en otros lugares— quedaban tristes si una persona que había hecho profesión de la fe fallecía sin haber recibido el bautismo, ofreciéndose a ser bautizados a favor de ella. La frase “*huper tōnnekron*” lleva la idea de sustitución o de algo que se llevaba a cabo a favor de otros. La sugerencia es fiel al texto, pero es difícil de reconciliar con las prácticas de las iglesias apostólicas, pues los creyentes fueron bautizados en el acto de hacer confesión de fe y las excepciones no constituirían una práctica conocidísima a la cual Pablo podría apelar con el fin de reforzar su argumento. Si no es algo conocido y aceptado, la mención de la práctica aquí es ociosa. ¿Hemos de pensar que el que se bautizaba por aquellos muertos llegaría a ser bautizado dos veces?

Otra sugerencia que se ha adelantado. G. G. Findlay, de criterio normalmente tan sano, recogió (*The Expositor's Greek Testament*, in loc.) la sugerencia de que se trataba de personas que no se habían convertido antes de la muerte de algún ser querido, quienes al contemplar la partida del amado, llegaban a la comprensión de la fe cristiana y se bautizaban “en lugar de” aquel que había partido para estar con el Señor. Esta explicación tiene el mérito de no introducir ninguna idea contraria a la enseñanza del Nuevo Testamento, pero es más sentimental que doctrinal, de difícil comprensión como punto fuerte del argumento del apóstol en este lugar.

¿Se trata de la puntuación de las traducciones? Hemos de recordar que la puntuación que conocemos surge de la comprensión del sentido que tuvieron los redactores del texto griego en primer lugar, y por los traductores al verter el texto al castellano en segundo lugar, porque el texto original se escribió sin puntuación, y en los mejores textos (unciales) se trata de letras mayúsculas griegas, sin separación aun en palabras y, naturalmente, sin puntuación. Tengamos en cuenta también que Pablo no siempre respetaba la construcción gramatical normal cuando escribía, movido por la intensa preocupación de convencer a sus lectores en cuanto a verdades de importancia fundamental. Los eruditos señalan muchas construcciones suyas que son poco elegantes, haciendo cierta violencia a la gramática. Normalmente el sentido es clarísimo, pero aquí, frente a algo que no se encaja bien ni en el contexto ni en el cuadro de las doctrinas y prácticas de los apóstoles, es legítimo pensar en una reconsideración de la puntuación. Tal es la posición de W. E. Vine, autor del apreciado “*Expository Dictionary of New Testament Words*”, quien sugiere la puntuación siguiente: “De otro modo (si no hay resurrección de los muertos), ¿qué harán los que se bautizan? ¿(Será) en lugar de los muertos si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿por qué, pues, se bautizan por ellos?”. En este caso Pablo hace referencia al rito normal del bautismo, explicado en **(Ro 6:1-10)** como el símbolo de nuestra muerte y resurrección con Cristo, ya que estamos unidos con él por la fe. ¿Cuál es el sentido del bautismo? Todos los corintios sabían que expresaba no sólo la muerte del creyente con Cristo, sino también su resurrección a nueva vida en unión con Aquel que murió y resucitó. Mirando la familia de la fe en la iglesia local, Pablo ve que muchos creyentes bautizados han muerto físicamente, mientras que se llenan las filas con aquellos que siguen bautizándose, ocupando así el lugar de los fallecidos; o, según su frase aquí, son bautizados “por los muertos”. Pero si no hubiera resurrección, “los muertos son muertos” y nada más, mientras que los que se bautizan después sólo dan testimonio

de la muerte, pasando a ocupar el lugar de los muertos. Según el supuesto de los escépticos, el significado de una faceta de importancia fundamental en el testimonio y en las prácticas de la Iglesia quedaría anulado, reduciendo la familia de la iglesia local a un cementerio, cerrado a cal y canto. Este argumento se encaja perfectamente dentro del contexto, y está de acuerdo con todo el contenido del Nuevo Testamento, sin necesidad alguna de “suponer” movimientos divergentes, o pensar que Pablo había de fundarse en extraños desvaríos para ilustrar la verdad fundamental de la resurrección.

3. Los sufrimientos de Pablo y la resurrección (1 Co 15:30-32)

Sigue el argumento. Ya hemos visto la necesidad de equiparar el tipo del argumento del versículo 29 con el del 30 y siguientes, notándose el enlace gramatical: “¿y por qué nosotros mismos peligramos a toda hora?”. Pablo destaca las incongruencias que surgen de la negación de la resurrección en vista de las prácticas y los servicios que eran normales en su tiempo.

Los sufrimientos de Pablo en Éfeso. Aparte del tumultuoso incidente provocado por Demetrio el platero, Lucas describe la obra de Pablo en Éfeso y Asia como un triunfo continuo y extraordinario para el Evangelio, ya que en poco tiempo toda Asia se llenó del mensaje (**Hch 19**). Aquella historia constituye la cara externa de un tapiz hermosamente adornado de escenas de victoria. Sin embargo, el revés del paño es muy diferente. Los hilos se entrecruzan sin orden aparente, y nada se percibe de la belleza del dibujo. Así son los sufrimientos constantes de Pablo durante aquel período, que se deducen por referencias de paso, tanto en el discurso a los ancianos de Éfeso (**Hch 20:17-35**) como en las Epístolas a los Corintios, que incluyen los versículos que estudiamos aquí, conjuntamente con (**2 Co 1:8-11**) (**2 Co 4:7-15**). La segunda Epístola habla de “la tribulación que nos acaeció en Asia; que fuimos agravados sobremanera, más allá de nuestras fuerzas, tanto que perdimos la esperanza aun de la vida” (**2 Co 1:8**), lo que concuerda con las dramáticas frases de nuestra porción: “Peligramos a toda hora... cada día muero...”. Estos agudos y persistentes sufrimientos no se debían a una persecución oficial, pues (**Hch 19**) revela el favor y la amistad de los asiarcas (los oficiales indígenas de mayor autoridad bajo el gobernador romano de la provincia) y hemos de pensar en la hostilidad persistente y homicida de “los judíos de Asia”, que por fin lograron poner la vida de Pablo en peligro aun en la ciudad de Jerusalén (**Hch 21:27**) (**Hch 24:18-19**). Estos elementos fanatizados y duros se dedicarían a formar repetidos complots contra la vida de Pablo, probablemente valiéndose de individuos de la turba, dispuestos a toda suerte de violencia al ser pagados bien por la “mano escondida”. De este modo Pablo no podría ni entrar ni salir sin poner en peligro su vida. Seguramente había pasado por experiencias angustiosas, sabiendo que sólo Dios le salvaba de la amenaza constante de la muerte.

Ha habido diversos comentarios sobre la expresión: “Si como hombre batallé en Éfeso con fieras, ¿qué me aprovecha?”. No es absolutamente imposible tomar la expresión en sentido literal, pues hay mención de casos en que ciudadanos romanos habían sido expuestos a pelear en el circo contra las fieras. Sin embargo, en vista de la benevolencia de las autoridades civiles que hemos notado, parece muy raro que hubiera pasado literalmente por tal experiencia. “Pelear con fieras” había llegado a usarse en sentido figurado, tratándose de luchas contra enemigos potentes, crueles, carentes de entrañas de misericordia, como serían los judíos enemigos y sus agentes en Éfeso, y es mejor tomar la expresión de Pablo en este sentido.

La “gloria” que tenía Pablo en los corintios. “Gloria” o “jactancia” (traduciendo “kauchêsis” o “kauchêma”) es vocablo predilecto de Pablo. Vuelve las espaldas a toda jactancia humana para “gloriarse” en Dios mismo, o en la obra que va realizando en las iglesias, o a través del vasto campo misionero. Pese al dolor y a la preocupación que los corintios le

habían causado por sus tendencias superficiales y carnales, aún constituían una iglesia— un terreno espiritual arrancado de los territorios de Satanás— y, como tal, Pablo se gloriaba en la gracia de Dios y en el fruto de su obra en Corinto. Recurre a este motivo al afirmar —acaso en forma de juramento moderado— que *“moría cada día”*. Fue por amor al pueblo de Dios, y gracias a su convicción de que Dios obraba para el establecimiento de tales iglesias, por lo que se exponía diariamente a los peligros mencionados, como hombre bajo sentencia de muerte. ¿Y qué sentido tendría tal experiencia de la muerte si no hubiera resurrección de los muertos? Recogiendo un dicho popular, muy repetido tanto en la literatura como en la conversación—a modo de refrán—, dice Pablo que sin la esperanza de la vida consumada podríamos dejar de sufrir para aprovechar el placer posible del momento que pasa: *“Comamos y bebamos, que mañana moriremos”*. Es una expresión fácil de la filosofía de tipo epicúreo o hedonista; pero, ¡cuán lejos de las normas cristianas!

La mala doctrina engendra malas costumbres. Los receptores de la carta conocían de cerca las condiciones que reinaban en la iglesia de Corinto, de modo que las palabras de amonestación del apóstol se revestirían de una fuerza directa que nosotros, los lectores de hoy, solamente podemos percibir “de segunda mano”, procurando comprender la situación por los indicios de este texto y por los principios generales de la Palabra. *“¡No erréis! —exclama Pablo, enfáticamente—, las malas compañías corrompen las buenas costumbres”*. Deducimos que los corintios en general —y sus guías en especial— estaban en peligro de errar por proceder con demasiada indulgencia frente a las nociones escépticas del grupo que negaba la resurrección. Pablo tiene que enfatizar la íntima relación que existe entre la doctrina y las prácticas. Desde luego, es posible ser muy ortodoxo en doctrina y a la vez fallar en la práctica del amor, de la honradez, etcétera, pero en tal caso se trata de una aplicación deficiente de la enseñanza del Maestro. Lo que no es posible es negar la doctrina cristiana y a la vez llevar el fruto moral y espiritual que corresponde a la esencia de la vida en Cristo. Pablo ya ha notado que la idea del aniquilamiento de la personalidad humana, o la de una transición —después de esta vida— a una esfera nebulosa e impersonal, lleva al individuo a subestimar el futuro para sobrevalorar el momento actual de existencia en términos de placer y de autosatisfacción. Dejando esta puerta abierta, pasarán toda suerte de *“malas costumbres”*, pues no habrá freno para los bajos impulsos del hombre caído. El vocablo traducido por *“compañías”* (*“homiliai”*, compárese con nuestro término *“homilía”*) quería decir *“conversaciones”* originalmente, pero había adquirido un sentido más amplio durante el primer siglo, abarcando los círculos de compañerismo donde se produce la *“conversación”*. El escritor Menánder había escrito: *“Las malas compañías corrompen las buenas costumbres”*, pero sin duda recogió un proverbio bien conocido antes de sus días. Su sentido corresponde a la conocida ilustración de la manzana podrida, que si no se quita de la cesta extenderá el mal a todas las demás.

La exhortación siguiente es enérgica, y algo especial en su forma: *“Despertaos a una vida de sobriedad, según las normas de justicia, y no sigáis pecando, porque algunos retienen su ignorancia de Dios; para vergüenza vuestra lo digo”*. Las malas costumbres, fruto de una comunicación fácil con hombres que negaban la verdad de Dios, y se mantenían en ignorancia consciente del Creador y de sus caminos, se extendían por la congregación y fue necesaria una fuerte sacudida que despertara a hermanos responsables de su letargo y descuido que pronto podrían resultar funestos, o aun fatales, para toda la familia cristiana. Nos recuerda la reprensión que el Maestro dirigió a los saduceos de su día: *“¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras y el poder de Dios?” (Mr 12:24)*. ¿Cómo actuaban los guías de la iglesia? Bien podían avergonzarse, ya que evadían las responsabilidades de su labor de *“sobreveedores”*, necesitando la exhortación que Pablo había de dirigir posteriormente a los Ancianos de Éfeso: *“Mirad por vosotros mismos y por*

todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por sobreveedores (episcopoi)” (Hch 20:28).

Preguntas

1. Frente a dudas sobre la resurrección corporal que ciertas personas introducían en la iglesia de Corinto, Pablo presenta una respuesta cumplida en el capítulo 15. Analícense los versículos 1 al 19, destacando las distintas fases de la argumentación del apóstol.
2. Los versículos 20 al 28 afirman positivamente la doctrina cristiana sobre la resurrección. Analice el desarrollo del argumento del apóstol, notando especialmente el contraste entre Adán y Cristo, y las etapas del “orden” de la resurrección.

La resurrección: la naturaleza del cuerpo y la venida de Cristo - 1 Corintios 15:35-58

El Creador y el cuerpo de resurrección (1 Co 15:35-49)

I. Las contestaciones de Pablo a los escépticos (1 Co 15:34-41)

Las objeciones a la doctrina. Pablo ha llevado adelante su discusión como si fuera a espaldas de los escépticos, apelando al buen sentido de los hermanos en general al señalar las consecuencias —ilógicas y funestas— de aceptar unas ideas tan contrarias al Evangelio que habían recibido. Ahora cambia de táctica y se dirige directamente a los objetores, suponiendo —o sabiendo— la clase de argumento que emplearían. Algún portavoz del grupo diría, con aire de hombre muy sensato y realista: “¿Cómo han de ser resucitados los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?”. Las contestaciones se dirigen directamente al supuesto interlocutor. Este pide a sus oyentes que consideren lo que pasa con el cuerpo humano después de la muerte física, pues todos saben que empieza un proceso de corrupción que da lugar a la desintegración total del cadáver. Escépticos de hoy, que plantean el mismo problema, nos hacen ver que las moléculas que antes componían el cuerpo pasan a formar parte de las plantas, siendo posible que éstas sean pasto para animales, y que la carne animal se coma por otro ser humano. Por nuestra parte podríamos subrayar aún más el argumento, notando que, por el proceso del metabolismo, las células de nuestro organismo físico se van renovando constantemente, con la pérdida de moléculas y la adición de otras, de modo que todo el cuerpo humano cambia de sustancia molecular en un breve período de años, pero sin dejar de ser el mismo cuerpo. Recordemos esta sencilla lección de biología al pasar a los versículos 39-41.

El “cómo” de la resurrección se ilustra por la semilla y la planta. En primer lugar, Pablo contesta la pregunta sobre el mecanismo de la resurrección, pasando después a la naturaleza del cuerpo nuevo. El escéptico, como hombre muy sensato, creía que el hecho de la desintegración del cuerpo físico excluía toda posibilidad de resurrección. Pablo, sin embargo, le llama “*insensato*”, ya que no se había fijado en el fenómeno más normal y corriente de la reproducción de vida nueva en el mundo vegetal. No podía haber plantas y árboles, siempre renovados en la naturaleza, sin que hubiera antes una siembra, en la que la semilla llega a la muerte aparente, desintegrándose. Pero dentro de la semilla hay un núcleo vital que, brotando y creciendo, da lugar a una planta que no se parece en nada a la semilla tan insignificante que fue echada en la tierra para pudrirse. No se nos dice cuál es el enlace vital entre lo que se sembró y la planta que llega a su lozana madurez, pero la primera lección señala que una nueva vida sólo se produce por medio de la muerte. El hecho de que el roble sea tan diferente en apariencia a la bellota que fue plantada en el suelo refuerza también la segunda parte del argumento sobre la diversidad de cuerpos, pero el primer propósito de esta contestación es el de señalar el proceso normal de la vida que surge de la muerte.

Es importante notar que Pablo no usa su ilustración para mostrar que el surgir de un nuevo cuerpo es algo “natural”, sino que ve la mano del Dios Creador detrás del conocido proceso de la siembra y el crecimiento de la nueva planta, escribiendo: “*más Dios le da cuerpo como quiso, y a cada una de las simientes su propio cuerpo*”. No se trata del azar, ni de cosas que siempre hemos visto, sino de la realización de los propósitos del Dios Creador. Ya hemos visto que los objetores razonaban sin tener a Dios en cuenta, como

los saduceos de los días del Señor, quienes “*ignoraban las Escrituras y el poder de Dios*”. La maravillosa diversidad de las formas de vida vegetal, que surge de la relación específica de cada planta con la semilla de su género, viene a ser, en este argumento del apóstol, una clara manifestación de la sabiduría y de la omnipotencia del Dios Creador. Si Dios hubiese querido dar formas diferentes a las plantas, con una relación distinta entre semilla y la forma desarrollada del género, lo habría hecho. Pero Pablo señala la obra que le plugo a Dios hacer, y la manera en que lo lleva a cabo, indicando que la resurrección del cuerpo ha de entenderse de igual manera como obra del Dios Creador, soberano en todas sus operaciones.

La gran diversidad que existe en los “*cuerpos*” de la creación. El incrédulo había argumentado sobre la base de una falsa idea de la resurrección corporal, imaginando que la doctrina cristiana enseñaba que el cuerpo levantado había de ser idéntico, en su sustancia física, con el sepultado. Pablo muestra que son falsas tales premisas, como ya hemos visto al contrastar la semilla —muchas veces pequeña y fea— con la planta o árbol que brota de ella. Refuerza su argumento por invitar a su imaginado interlocutor a considerar el mundo animal, en el cual la carne del hombre es diferente de la de las fieras, y ésta de la de las aves y de los peces. Cada género se caracteriza por un tipo especial de “carne”, o sea, de sustancia física. Mirando al mundo inanimado, llama la atención a las diferencias entre cuerpos terrestres y otros celestes, tales como el Sol, la Luna y las estrellas. Como Pablo invita a su interlocutor a considerar la obra de Dios que está a su vista, creemos que “*cuerpos celestes*” son astros y planetas, y no cuerpos angelicales. De todas formas el argumento es claro: el Dios Creador saca a luz, de la riqueza de su infinitud, y según sus propósitos soberanos, toda suerte de “*sustancia*” al diseñar cada “*cuerpo*”, revistiendo cada uno con su “*gloria*” específica. ¿Por qué, pues, se ha de limitar su poder al pensar en el cuerpo de resurrección? ¿Dónde está la “imposibilidad” que quería enfatizar el incrédulo? Pablo ha de aplicar las ilustraciones diciendo: “*Así también es la resurrección de los muertos...*”, que será con plena identidad de personalidad, pero con un cuerpo completamente diferente en cuanto a su modo de funcionar.

2. Las características del cuerpo de resurrección (1 Co 15:42-49)

Los dos cuerpos. Antes de mirar el detalle de esta sección es preciso procurar comprender el significado del “*cuerpo animal*” y “*cuerpo espiritual*” (“*soma psuchikon*” y “*soma pneumatikon*”). La traducción “*cuerpo animal*” es correcta etimológicamente, pero debido al lento cambio en el uso de ciertos vocablos castellanos, ahora nos da la impresión de un cuerpo como el de los cuadrúpedos, que extraña a muchos. Pero “*animal*”, en sus orígenes, contrastaba la planta con el animal, notando que éste tenía “*ánima*” que motivaba un tipo de vida distinto del de las plantas. El hombre —a la luz de (Gn 2:7)— recibió esta “*ánima*” o “*alma*” por un acto especial de Dios como Creador, y en cumplimiento del propósito de crear al hombre en su imagen y semejanza (Gn 1:26). Viene a ser el principio vital en el hombre que le da conciencia de sí mismo y también de sus semejantes. Su “*espíritu*” le relaciona con Dios, y quizá es la fuerza motriz de sus facultades superiores. El término griego “*psuchikon*” quiere decir, como se indica en la nota al pie de la página en la Vers. H. A., “*cuerpo gobernado por el alma*”. El alma da cohesión y continuidad al cuerpo, de modo que, pese a los cambios metabólicos que ya notamos, no cesa de ser el mismo cuerpo: elemento esencial de la personalidad tal como se manifiesta en la tierra.

El “hombre completo” se define en (1 Ts 5:23): “*Todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*”. La enseñanza cristiana es la única que enfatiza la importancia de este “hombre total”, con personalidad humana, manifestada a través de las tres partes integrantes del hombre cabal. Dios, en su soberanía, cuidará de la parte interna, desasociada del cuerpo, y en estado consciente y

bendito, entre la muerte del creyente y la Venida de Cristo —coincidente con la resurrección del cuerpo—, pero aun así Pablo habría preferido ser *“revestido”* en seguida con el cuerpo nuevo (descrito como una hermosa y eterna habitación) por la Venida del Señor y no pasar por el período de *“desnudez”* (**2 Co 5:1-4**). La esperanza típica del creyente es la resurrección, cuando todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, se manifestará en toda su perfección, como instrumento que Dios podrá emplear por los siglos de los siglos. Ahora bien, *“no es primero lo espiritual sino lo animal”* (**1 Co 15:46**), o sea, es preciso que la personalidad humana pase primero por la etapa de manifestarse a través de un cuerpo gobernado por el alma antes de pasar a la consumación final cuando un cuerpo de condición distinta será gobernada por el espíritu redimido (*“soma pneumatikon”*). Vislumbramos algo de esta condición final por las palabras del Señor a los saduceos (enemigos de la resurrección): *“Los que fueron tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos ni se casan ni se dan en casamiento; porque no pueden ya más morir, pues son iguales (semejantes en su modo de vivir) a los ángeles, y son hijos de Dios al ser hijos de la resurrección”* (**Lc 20:35-36**). Ya hemos notado que los ángeles son una creación distinta, pero la referencia es al modo de vivir, libres de la sujeción a la materialidad, a las limitaciones del tiempo y del espacio, propias de la vida en este mundo. No quiere decir que criaturas humanas llegarán a *“divinizarse”*, ni a ser *“eternos”* por condición propia, sino que el tiempo cesará de ser un elemento que envejece y destruye, siendo administrados los *“siglos”* por el Dios Eterno. De igual modo habrá *“leyes”* que gobernarán la existencia celestial —Dios siempre es Dios de orden—, pero el orden será superior, con posibilidades óptimas para la manifestación y la actuación de la personalidad humana.

Otro rayo de luz sobre el intrigante misterio del *“cuerpo espiritual”* o *“de la resurrección”* se halla en las manifestaciones que el Señor resucitado concedió a los discípulos con referencia especial a Lucas, capítulo 24 y a Juan capítulos 20 y 21. Aun a través de las limitadas conversaciones de los cuarenta días, comprendemos que el Señor no ha cambiado en nada en cuanto a su personalidad. Al mismo tiempo, su *“modo de vivir”* es diferente, libre de las sujeciones que notamos antes. Siendo él *“las primicias”* y los creyentes *“la cosecha”*, deducimos, sin lugar a dudas, que nuestro cuerpo será como el suyo. Ya veremos que llevaremos su imagen (**1 Co 15:49**).

Los dos cuerpos contrastados. Pablo vuelve a su ilustración inicial de la siembra y el brote de una planta de forma diferente, bien que relacionado con la semilla. *“Se siembra cuerpo en corrupción”*, que es precisamente el hecho que parecía hacer imposible la resurrección; pero Pablo, pasando al cuerpo espiritual dice: *“resucita en incorrupción”*. Los griegos asociaban la idea de incorrupción (*“aphtharsia”*) con el espíritu libertado del cuerpo corruptible, pero Pablo, según la doctrina cristiana, aplica el término, no a la liberación del espíritu de la *“cárcel”* del cuerpo, sino al nuevo cuerpo que reemplaza el primero. Es patente la deshonra del cuerpo del cual ha salido el alma, que le dio coherencia y vida. Hay funerarias en los EE.UU. que se especializan en *“arreglar”* el cadáver, colocándolo en posturas *“naturales”*, para el consuelo momentáneo de quienes lloran la pérdida del ser querido; pero el cadáver no vuelve a la vida por eso, y, pintado o no, ha dejado toda su *“honra”* en la Tierra para volver al polvo del cual fue sacado. Pero el cuerpo del *“hijo de la resurrección”* (según la frase del Maestro) manifestará la gloria de su rango de una forma patente y real. De igual modo la evidente flaqueza del cuerpo mortal se contrasta con la potencia del cuerpo nuevo, instrumento para cumplir todos los propósitos de Dios en orden a la personalidad glorificada. Del contraste fundamental entre el cuerpo animal y el cuerpo espiritual ya hemos escrito en el párrafo anterior.

El primer hombre y el postrer Adán. Ya vimos por las expresiones de los versículos 21 y 22, análogas a las de (**Ro 5:12-21**), que Pablo sitúa el tema de la resurrección en el

marco de la raza, con referencias concretas a Adán y a Cristo. Después de detallar las antítesis entre el cuerpo “*del alma*” y el “*del espíritu*”, Pablo vuelve al mismo concepto, relacionando la raza de hombres mortales con su cabeza. Adán, y la de los hombres redimidos, resucitados y glorificados con el “*postrer Adán*”. Notemos que no habla aquí del “segundo Adán”, sino del “*postrero*”, ya que Cristo lleva la raza a su culminación ya determinada, y no puede haber otro “*Adán*”. Al hablar de “hombres” en el versículo 47, “*primero*” y “*segundo*” son términos propios, pues Cristo lleva la humanidad a un nivel más sublime en cuanto a su naturaleza.

El apóstol utiliza libremente la narración de la creación del hombre tal como se halla en **(Gn 2:7)**, pero con modificaciones que sacan más claramente el sentido del acto. Adán es el primer hombre, y Pablo pone de relieve que, aun formándose su cuerpo de los elementos de la tierra, “*fue hecho alma viviente*”, y eso por un acto especial de Dios. En este lugar Pablo no hace alusión a la entrada del pecado en la raza, que introdujo la muerte, que es el tema predominante en **(Ro 5:12-21)**, bien que la corrupción, la deshonra y la flaqueza se derivaron de la Caída. La razón es que no quiere oscurecer el contraste entre el “*soma psuchikon*” y el “*soma pneumatikon*”, definiendo la naturaleza del hombre adámico por las condiciones de su creación. Del cuerpo asociado con el “*alma viviente*” se hablará en los versículos 47 y 48, El postrer Adán es “*espíritu vivificante*”, y no hemos de pensar en la superioridad natural del espíritu humano sobre el alma, sino recordar el tema: el de la Resurrección. Como Hijo del Hombre el Señor se hallaba perfectamente identificado con la raza que había creado, y la ausencia de toda mancha de pecado en él permitió que se ofreciera en sacrificio por el pecado. La Cruz es el “fin de la raza vieja”, pues el Sacrificio total del Dios-Hombre limpió el pecado y agotó la muerte. La Resurrección de Cristo viene a ser, pues, un nuevo principio de donde nace una nueva raza, o más exactamente, la misma raza redimida y potencialmente glorificada, según las palabras de Pedro: “*Nos hizo renacer para una esperanza viva por la Resurrección de Jesucristo de los muertos*” **(1 P 1:3)**. Es por su Resurrección que el postrer Adán llega a ser “*Espíritu vivificante*”, pasando esta vida espiritual a todos los regenerados. Véase el desarrollo de un argumento análogo en **(He 2:5-18)**.

La imagen del terreno y la del celestial. Reiteramos que el versículo 46 nos enseña que la primera etapa del predominio del alma había de preceder la consumación de un cuerpo, de distinta condición, controlada por el espíritu redimido. Es el orden que el Dios soberano estableció, y huelgan disquisiciones filosóficas o psicológicas sobre el hecho. Al dar una cita parcial de **(Gn 2:7)** en el versículo 45, Pablo enfatizó lo anímico del hombre, y no mencionó la sustancia del cuerpo; sin embargo, en el versículo 27 —aludiendo, sin duda, al mismo pasaje— subraya que “*el primer hombre (es) de la tierra, terreno (choikos, del polvo)*”. Es decir, el cuerpo actual se constituye de elementos que se hallan en la tierra que pisamos, pues “*polvo eres —pronunció Jehová Dios— y al polvo volverás*” **(Gn 3:19)**. En marcado contraste, el “*segundo hombre*” (es) del Cielo (“*ex ouranou*”, de la sustancia del Cielo). La referencia es a la Resurrección y es evidente que la sustancia del cuerpo del Señor resucitado no procedió de los elementos terrenales, bien que enlazaba en sentido íntimo con el cuerpo depositado en la tumba que no pudo ver corrupción y que desapareció en la Resurrección. Ya hemos estudiado la continuidad de la personalidad del Señor resucitado, notando la doble vertiente de esta personalidad inmutable en contraste con la condición y posibilidades de su cuerpo de resurrección. Como “*terrenales*”, compartimos la naturaleza del hombre hecho del polvo (así es el sentido del original), pero ya que hemos sido regenerados, recibiendo vida eterna del manantial inagotable de la Resurrección, llegando a ser “*celestiales*”, gracias a nuestra unión con el Celestial. No es corriente que los creyentes sean llamados “*celestiales*”, bien que Pablo ha de escribir a los efesios que habitamos “*lugares celestiales*” **(Ef 2:6)**; pero aquí se trata de la vida de resurrección y del modo de vivir de los regenerados en la consumación de la

obra de Dios a su favor, de modo que es muy apropiado el uso de este honroso término. Hacemos frecuente referencia al hecho de que el creyente *“tiene vida eterna”*, indicando que la parte esencial de su ser es celestial, en espera de la plena manifestación del hecho en la resurrección. El Maestro mismo señaló estas dos vertientes de la obra de gracia con estas palabras: *“Esta es la voluntad del que me envió: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”* (Jn 6:40).

El versículo 49 resume y concluye estas consideraciones, y pese a que muchos buenos originales indican una exhortación —*“así como hemos llevado la imagen del terreno, llevemos también la imagen del Celestial”*—, creemos que el contexto exige que aceptemos el texto alternativo: *“llevaremos la imagen del celestial”*, ya que es incongruente que el apóstol, al final de unas afirmaciones sublimes y categóricas sobre la naturaleza del cuerpo de resurrección, cambie tan repentinamente de lo dogmático a lo hortatorio. Enseña a los corintios lo que serán según los propósitos de Dios, y finaliza con la declaración —tan de acuerdo con otras indicaciones bíblicas— que llevaremos la imagen del Celestial, que se llama el *“segundo hombre”* por exhibir la perfección de lo humano, y el *“Postrer Adán”*, por encabezar la raza de los redimidos. Como Adán fue, así hemos sido nosotros. Como Cristo es, así será cada creyente. La *“imagen”* aquí es una representación exacta de un original. El verbo *“llevar”* significa *“llevar Continuamente”*, como si fuera una prenda de uso diario. En su Venida, *“el Salvador, el Señor Jesucristo, transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder por el cual puede también sujetar a sí todas las cosas”* (Fil 3:20-21) (2 Co 3:18) (1 Jn 3:2). El hecho de llevar la imagen de Cristo, el hombre celestial, no borrarán en manera alguna la personalidad de cada hijo de Dios, ya glorificado por la resurrección, sino que dará el debido realce a los rasgos particulares y especiales de cada ser humano, creado a la imagen y semejanza de Dios desde el principio, según el plan divino. La sublime obra de la redención consiste precisamente en la realización del propósito original, pese al *“sabotaje”* de Satanás, y por medio de Aquel que llegó a ser el *“Primogénito de entre los muertos”* con el fin de ser también *“el Primogénito entre muchos hermanos”* (Col 1:18) (Ro 8:29).

El momento del cambio y el triunfo final (1 Co 15:50-58)

I. La transformación (1 Co 15:50-53)

La limitación de *“carne y sangre”*. En tono enfático Pablo afirma que *“carne y sangre no pueden heredar el Reino de Dios”*. *“Heredar”* aquí sólo significa el hecho de *“tomar posesión”* del Reino en su manifestación final, y la referencia no anula otros aspectos presentes y pasados del *“Reino de Dios”* ni el hecho de que podemos entrar en él como *“niños”* ahora (Mr 10:15). El *“Reino de Dios”* ha de entenderse aquí en relación con la doctrina de la resurrección y corresponde al nuevo orden, cuando Dios hará nuevas todas las cosas. En aquella esfera y condición es inoperante el modo de vivir que depende ahora de la sustancia del cuerpo y el riego sanguíneo, con todos los demás factores anatómicos y fisiológicos que rigen en el maravilloso cuerpo que poseemos. Lo peligroso es que imaginemos —a pesar de profesar ardiente fe en la vida futura— que este tipo de vida que tan íntimamente conocemos, representa la realidad, convirtiéndose la existencia futura en algo nebuloso —casi irreal— por un *“exceso”* de espiritualidad. Hemos de desterrar esta idea de nebulosidad, sin embargo, pues la sección anterior puso de relieve la superioridad de la hermosa *“planta”* final sobre la semilla insignificante que fue sembrada. La *“realidad”* es lo que sigue a la vida de *“carne y sangre”*, aun pensando en el cuerpo, siendo la meta hacia donde Dios lleva al hombre según el plan de redención. El

proceso actual de vitalidad física termina en la corrupción, mientras que el nuevo cuerpo se caracteriza por la *“aphtharsia”*, la incorrupción.

El *“misterio”* del cambio. Recordamos al lector que, según el vocabulario paulino, un *“misterio”* es una fase del plan de Dios que no fue revelado anteriormente, pero que se ilumina por las enseñanzas apostólicas del Nuevo Pacto. Este misterio no es tema de las profecías del Antiguo Testamento, pero se da a conocer en el Nuevo Testamento, detallándose más en **(1 Ts 4:13-18)**. Los tesalonicenses, leyendo en el Antiguo Testamento las profecías sobre un reino glorioso en la tierra, y sabiendo que el Señor había prometido volver, se perturbaban, pensando que quizá los seres queridos que habían fallecido perderían su parte en la bendición futura. Pablo les consoló dándoles a conocer que la Parousia del Señor significaría tanto la resurrección de los creyentes *“dormidos”* como la transformación de los vivos. En el caso de los corintios, se habían infiltrado dudas sobre la posibilidad de la resurrección de los muertos, y Pablo, con el fin de contrarrestar los efectos de tan mala doctrina, les entrega la misma revelación. Cuando recoja su Iglesia, el Señor, sin previo aviso, obrará en un instante la maravillosa transformación de los suyos, que es igual, básicamente, para quienes viven aún como para aquellos que *“durmieron”* antes, ya que se trata de pasar de un modo de existir a otro, según el principio enunciado en el versículo 23: *“Mas cada uno en su propio orden: Cristo las primicias: luego los que son de Cristo en su parousia”*. El hecho de emplear Pablo el primer pronombre personal y plural al referirse a los creyentes que estarán vivos (físicamente) al momento de la parousia —*“No todos dormiremos”* y en **(1 Ts 4:15)** *“nosotros que vivimos, que habremos quedado”*—, no indica que estuviese seguro de que el Señor había de volver antes de su propia muerte, pues, tratándose de dos clases de creyentes, los vivos y los muertos, y hallándose él con vida aún, es natural que se clasificara entre los vivos. Sin duda pensaba que el Señor podía venir pronto, pero estos términos no son profecías, sino expresiones generales aplicables a todos los creyentes.

La manera del cambio. El referido pasaje en Tesalonicenses habla de un encuentro de los creyentes resucitados (o cambiados) con el Señor *“en el aire”*, que significaría, no ya la atmósfera conocida por las investigaciones científicas de los últimos siglos, sino la esfera *“supraterrestre”*. Tal encuentro daría principio a una eterna reunión del Señor con los suyos: *“y así estaremos siempre con el Señor”* **(1 Ts 4:17)**. En los dos pasajes análogos se halla la misma referencia al sonido de la trompeta, que en Tesalonicenses se llama *“trompeta de Dios”*. Una trompeta servía como clarín en el ejército romano, y su nota indicaba que había llegado el momento de iniciar ciertos movimientos dentro del orden militar o de los planes estratégicos del general. Las trompetas de plata del pueblo de Israel se utilizaban —entre otras cosas— para reunir la congregación en solemne asamblea o para señalar el comienzo de la marcha del campamento **(Nm 10:1-10)**. No debiéramos procurar relacionar el simbolismo de la trompeta del versículo 52 con el de las trompetas de la serie apocalíptica **(Ap 8:6-11:19)**, donde las circunstancias profetizadas parecen ser muy diferentes de este fin del testimonio de la Iglesia en la tierra. Basta el sentido ya notado; el toque de la trompeta es la señal del principio de un gran movimiento ordenado, tratándose aquí de la Iglesia que es *“arrebatada”* para su reunión con el Señor en esferas supraterrestres, con la certidumbre de que, al desarrollarse las etapas sucesivas del plan de Dios, no dejará jamás de estar en la presencia de su Señor. La trompeta se llama *“final”* porque señala el fin de un período, según el orden ya notado en los versículos 23-28, y este adjetivo tampoco da pie para buscar coincidencias con otra trompeta que podrá señalar el fin de series o períodos muy diferentes.

La otra nota de circunstancia se halla en el versículo 52 *“en un momento, en un abrir y cerrar de ojos”*, dando esta traducción una idea bastante exacta de los términos griegos, que no se prestan a una traducción literal. Es el momento *“indivisible”*, la fracción mínima

del tiempo. En un momento un creyente vivo estará en sus trabajos, o comiendo o durmiendo, y en aquel mismo momento se hallará en la presencia del Señor, revestido ya de su cuerpo inmortal. El alma (con el espíritu, por supuesto) de los que partieron para su bendito descanso, también se hallará revestida en aquel instante de su morada celestial (**2 Co 5:2**), unidos en una sola condición de vida consumada con los demás miembros del Cuerpo de Cristo. Nuestro pasaje no nos dice más, pero hemos de tener en cuenta todos los detalles del gran cambio. Al considerar otros pasajes de la Biblia que también hablan de la resurrección, hemos de preguntarnos si la descripción aquí coincide o no con la de ellos, admitiendo la posibilidad de que los momentos sean distintos dentro de complejos contextos históricos.

El final del versículo 52 reitera la característica fundamental de este “*misterio*”: “*los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos cambiados*”. A diferencia de las ideas griegas sobre la incorrupción, Pablo no enseña que se conseguirá por ser libertado el hombre del cuerpo corruptible, sino por llegar a poseer, como parte integrante de su personalidad, el cuerpo incorruptible, “*imagen*” del cuerpo de resurrección de nuestro Señor (Véase el versículo 42 y notas).

El desarrollo del “orden” de la resurrección. Necesitaríamos no un párrafo, sino todo un libro para hablar del orden de la resurrección, pues las hipótesis esbozadas sobre el tema dependen en gran parte del sistema de exégesis del comentarista. Ya vimos las tres etapas notadas en los versículos 23-28: el levantamiento de Cristo (que encierra en sí toda la potencia de resurrección a favor de todos); la resurrección de “*los que son de Cristo*” en su parousia; y la consumación del proceso en un momento posterior a la segunda fase. Indicamos que la tercera fase de “consumación” podría ser más compleja de lo que se da a entender por frases como “*el último día*”, “*el último juicio*”, “*la Segunda Venida*”, etcétera. Si contrastamos la promesa sencilla y consoladora que el Señor dio a los suyos en el Cenáculo —“*Vendré otra vez y os recibiré a mí mismo*”— con los detalles del Sermón profético sobre el desarrollo de este siglo, culminando en la “*señal del Hijo del Hombre en el Cielo*”, precedido por muchas señales y grandes desastres, nos hallamos, cuando menos, en ambientes enteramente distintos. Ahora bien, el lenguaje de Juan capítulo 14 es análogo al de (**1 Ts 4:13-18**) y (**1 Co 15:50-53**), mientras que el del Sermón profético halla su paralelo en la venida en gloria de (**Ap 19:11-21**). Una referencia directa a la resurrección se halla al notar la de los mártires del período del Anticristo (**Ap 20:4-6**), quienes tienen “*parte en la primera resurrección*”. Se dice explícitamente en visión profética que “*los demás de los muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años*”, y esta resurrección coincide con el juicio del Gran Trono Blanco (**Ap 20:11-15**), que termina el orden actual del cosmos para introducir “*cielo nuevo y tierra nueva*”. Lo que acabamos de estudiar en 1 Corintios capítulo 15 —tomando en cuenta las circunstancias señaladas— no parece coincidir ni con la resurrección de los mártires, ni con la de “*los otros muertos*”, pareciendo más probable que se trate del arrebatamiento de la Iglesia como algo que podrá ser inmediato y que colocará a la Esposa al lado del Esposo antes de desarrollarse los tremendos juicios, victorias y bendiciones del “*Día de Jehová*”: período que señala la intervención directa de Dios en los asuntos de esta tierra hasta llegar a la consumación determinada. No insistimos en ninguna hipótesis en especial, pero creemos que es el deber del buen estudiante reunir toda la evidencia posible sobre este tema, procurando librarse de ideas preconcebidas y dando valor real a todo lo revelado, para no caer en el error de los saduceos que ignoraban el alcance de la Palabra y del poder de Dios. No basta la cómoda idea de que los misterios futuros rompen los moldes normales semánticos, de tal modo que los símbolos del Apocalipsis constituyen puro enigma; al contrario, deberían ser interpretados según las normas histórico-gramaticales y en consonancia con la preparación ya dada en el Antiguo Testamento. Todo lo que se expresa con precisión declarativa o descriptiva ha de entenderse según el

sentido más claro y directo posible; luego, al llegar al símbolo, hallaremos que muchas veces se aclara por estos contextos claros, o por referencias a interpretaciones ya conocidas del Antiguo Testamento. Cuando no, el estudiante humilde estará dispuesto a dejar la explicación hasta el momento determinado para una revelación más completa, pero sin acudir al peligroso remedio de espiritualizar pasajes cuando la Palabra misma no autorice manipulaciones de su sentido más directo.

2. La victoria sobre la muerte (1 Co 15:53-57)

La victoria es parte del plan de Dios. De la manera en que fue necesario que el Hijo del Hombre fuese levantado para poder ofrecer la vida eterna a todo creyente (**Jn 3:14-15**), así *“es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto mortal se vista de inmortalidad”*. El sublime sacrificio de la Cruz no pudo realizarse en vano. El que mató a la muerte por su propia muerte, ha de ver necesariamente del fruto del trabajo de su alma en el gran cambio que borrarán todo recuerdo de la corrupción y de la mortalidad para revestir al creyente de la incorrupción y la inmortalidad. *“Inmortalidad”* traduce *“athanasia”*, o *“ausencia de la muerte”*, y significa más que una mera existencia prolongada sin fin. En primer término la inmortalidad es condición propia de Dios. Tratándose del hombre caído, que ha de morir por haber incurrido en el pecado, sólo se consigue por establecer una unión vital —la de la fe real— con el que ganó la victoria sobre la muerte. Aquí tenemos la respuesta divina a las esperanzas y temores del principio de la historia humana según el relato de (**Gn 1:26-3:24**). El diablo no tendrá la última palabra, es necesario, como algo determinado por Dios en Cristo, que la incorrupción y la inmortalidad constituyan el hermoso “vestido” de los redimidos que han sido librados del abismo de la muerte. Quizá Pablo contempla su propio cuerpo al decir *“esto corruptible”* y *“esto mortal”*, pensando en el hermoso vestido del cuerpo espiritual de resurrección que ha de sustituirlos, pues el simbolismo es análogo al de (**2 Co 5:1-4**). Después de las consideraciones del referido pasaje añadió: *“El que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu”*, viendo en la resurrección del cuerpo la culminación del plan divino a favor del hombre. El propósito ha de cumplirse necesariamente y aquella meta determina toda la perspectiva de la vida y del servicio de los hijos de Dios aquí en la tierra.

Un cántico de alabanza en vista de la victoria. Pablo se sitúa más allá de la sublime experiencia de ser revestido de incorrupción y de inmortalidad para celebrar la victoria en palabras proféticas sacadas de (**Is 25:8**) y (**Os 13:14**). No son citas exactas, sino más bien reminiscencias de las expresiones de triunfo que emplearon estos profetas al contemplar anticipadamente la obra final de gracia a favor de Israel, en la que se involucra la victoria sobre la muerte. El contexto tampoco corresponde exactamente al del tema del apóstol aquí, pero este uso analógico de pasajes del Antiguo Testamento es bastante corriente en los escritos apostólicos. Los apóstoles llevaban en su memoria y en su corazón los grandes dichos inspirados del Antiguo Testamento, echando mano a ellos en gran diversidad de ocasiones, sin que por ello hayamos de imaginar que tenían la intención de anular —o reemplazar— el claro sentido de los oráculos en su contexto original. Pablo vuelve aquí al patrón de la poesía hebrea al elevar su canción de triunfo. El primer verso: *“Sorbida es la muerte para victoria”* ha de entenderse en el sentido de que esta victoria de la resurrección ha “tragado” y absorbido la muerte. Siguen dos preguntas retóricas en esta estrofa de tres versos. La primera se dirige a la muerte personificada y Pablo pregunta dónde se halla la victoria constante que siempre se le ha atribuido en el curso de la vida humana. Nos acordamos del dicho español: “Todo tiene remedio menos la muerte”. Pablo, sin embargo, se atreve a desafiar la experiencia constante de los siglos. La muerte se ha derrotado y la vida se manifiesta pujante y triunfante en la resurrección. La segunda pregunta retórica (y el tercer verso de la estrofa) pregunta a la Muerte por aquel agujijón que era el terror del hombre. Ha perdido su potencia, ya que Pablo habla

del momento *“cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción”*. De este *“aguijón”* hablaremos en el párrafo siguiente.

El Vencedor sobre el pecado y la muerte. Pablo, el gran exponente de la doctrina de la justificación por la fe, no puede terminar su disertación sobre la resurrección sin relacionarla a los conceptos básicos de su doctrina: el pecado, la muerte, la Ley y la victoria sobre el pecado y la muerte por medio del Señor nuestro Jesucristo. Los versículos 56 y 57 nos ofrecen un resumen de estos temas, pero tan sucinto que no sería comprensible al que no conociera ya las enseñanzas de Romanos capítulos 3 al 8 y las de Gálatas capítulos 3 a 6. En su paráfrasis ampliada de las epístolas paulinas, F.F. Bruce da el sentido del versículo 56 en estas palabras (la traducción es nuestra): *“Es el pecado lo que provee a la muerte de su aguijón, y es la Ley lo que presta tal potencia al pecado”*. Pese a esta cadena lógica de males, los creyentes son victoriosos por medio de la Persona y obra del Señor nuestro Jesucristo. Se entiende que *“la paga del pecado es muerte”*, pero la proposición se expresa aquí en sentido inverso. No sólo produce el pecado la separación de Dios, que es la esencia de la muerte, sino que reviste al enemigo de terror, aun pensando en la muerte física. Esta podría ser —y es para el creyente— una separación necesaria de la vida interna del hombre de su cuerpo mortal, abriendo la puerta para lugares celestiales. Pero en cuanto los hombres sin redimir, *“por el temor de la muerte están durante toda su vida sujetos a servidumbre”*: una declaración que puede leerse conjuntamente con otra de la misma Epístola: *“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (He 2:14-15) (He 9:27)*. No es tanto la muerte física lo que amedrenta al hombre, sino la necesidad de verse con el Dios justo sin haber llegado a la solución del problema del pecado, que es rebeldía además de inmundicia. La muerte, pues, se presenta como un escorpión cuyo aguijón causa daños irreparables, y el aguijón es el pecado. Pablo no puede pensar en la potencia del pecado sin recordar la Ley, que establece las demandas del Dios justo frente al hombre pecador, revelando la incapacidad moral de éste, que se halla condenado y sentenciado, sin poder hallar remedio alguno por sus propios recursos. La victoria no surge ni del humanismo, ni del legalismo, ni de la religión, ni del misticismo, sino que se basa en la bendita Persona del Señor nuestro Jesucristo, notando Pablo todos sus nombres y títulos, cada uno de los cuales representa un aspecto de su obra triunfal sobre el pecado y la muerte. *“Jesús”* es el que salva a los hombres de sus pecados por la entrega de sí mismo como Hijo del Hombre en la cruz; como *“Cristo”* es el enviado del Padre, el Ungido que lleva a cabo el plan determinado desde antes de los tiempos de los siglos. Gracias al triunfo sobre el pecado, la muerte y Satanás, ha sido alzado a la Diestra como SEÑOR, pues sin rendirle pleitesía no tendríamos participación en la Victoria. Estos Nombres y títulos constituyen en sí un compendio de la redención.

Aparte la exhortación final, la exposición del sublime tema de la resurrección llega a su fin con esta sentida acción de gracias que reconoce al Señor como Arquitecto y Consumador de la gran obra: *“Mas a Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo”*. La frase *“que nos da la victoria”* representa un participio presente. No sólo venceremos la muerte en Cristo, sino que la victoria es actual y continua. Somos redimidos de la servidumbre del temor de la muerte, y el espíritu de resurrección opera en la totalidad de nuestro servicio en este mundo.

3. La exhortación final (1 Co 15:58)

La perspectiva de la exhortación. A algunos comentaristas les ha extrañado el paso tan rápido del cántico de triunfo de los versículos 54-57 a esta exhortación del versículo 58, que encuentra tantos paralelos en las Epístolas paulinas. El que se extraña muestra un desconocimiento total de la mentalidad del gran apóstol a los gentiles, pues éste no sabe nada de compartimientos estancos que separen lo ideológico de lo práctico, lo celestial de

las realidades de la tierra. Para él existía una vinculación estrecha entre los trabajos manuales de hacer tiendas, las profundas meditaciones que ocupaban su mente al manejar sus herramientas, y el gran plan de redención que llevará la vida e historia del hombre a su consumación en la esfera de la resurrección. Si para Santa Teresa el Señor no sólo se manifestaba en los momentos de éxtasis, sino que también andaba entre los pucheros, así para Pablo *“el vivir era Cristo”*, y el *“vivir”* viene a ser el conjunto de los sentimientos, pensamientos, decisiones y actividades del ser humano. Los corintios no sólo se hallaban en peligro de permitir el deterioro de su testimonio cristiano por la influencia de las *“malas compañías”*, inspiradas por doctrinas falsas, sino también de aflojar los esfuerzos por los cuales debían edificarse mutuamente y extender el Evangelio, ya que la Meta se iba borrando en su mente a causa de la infiltración de ideas que envolvían la esperanza cristiana en nieblas de vacilaciones y dudas. Si la predicación apostólica se hacía *“vana”*, y con ella la fe de los corintios que antes descansaba en un mensaje claro y contundente, los trabajos espirituales también perdían vitalidad al debilitarse los móviles de la esperanza. Por medio de su magnífica disertación sobre la resurrección. Pablo, se había esforzado por dar un enfoque claro a la esperanza cristiana, y al final es natural que exhorte a los hermanos que, por la renovación de la visión de la Meta, recobren también su firmeza doctrinal. Esto, a su vez, multiplicaría los trabajos realizados en el ámbito de la iglesia y frente al mundo.

“Estad firmes, inmovibles”. La exhortación no tiene nada que ver con el *“inmovilismo”* que tanto se critica en nuestros días. Pablo ha tenido amargas experiencias a causa de la superficialidad y las fluctuaciones de bastantes de los hermanos de Corinto —no de todos ellos—, y quiere que las renovadas enseñanzas sobre este tema tan fundamental sean el medio de confirmarles en fe y doctrina: *“Así que, disponeos a la firmeza...”* (*“hedraioi ginesthe”*), y se trata de la firmeza que surge de una voluntad firme, llegando a determinaciones que no admiten fluctuaciones caprichosas. Las especiosas *“razones”* de los escépticos que se habían introducido en la iglesia no habían de moverles del único fundamento, establecido por la predicación del Evangelio como mensaje inspirado de Dios **(1 Co 1:17-25) (1 Co 2:1-16) (1 Co 3:9-10) (1 Co 15:3-4)**. Es en este sentido que han de ser *“inmovibles”*. Ver también **(Ef 4:14-15)**.

Obra abundante y trabajo fructífero. Con los ojos fijos en la Persona de Cristo y valorando con exactitud el significado de su misión en el pasado, el presente y el futuro, los hermanos de Corinto se entregarían a una labor abundante (hallándose implícito en el verbo la idea de un vaso que rebosa plenitud), no esporádicamente, en los *“buenos momentos”*, sino siempre. Pablo no ofrece la posibilidad de actividades fáciles y de rápidos resultados deslumbrantes, sino el consuelo de saber que el trabajo laborioso, y a veces penoso, no ha de ser vano, con tal que todo se lleve a cabo *“en el Señor”*. Habrá confirmación, adelanto y recompensa final, pero cada esfuerzo ha de relacionarse con la voluntad del Señor, y el que labora ha de sacar sus fuerzas de la gracia de Dios. Los corintios saben todo esto, pero la exhortación trae a su memoria los grandes móviles del servicio que están en peligro de olvidar. En esta exhortación ha desaparecido del horizonte la *“vanidad”* que resultaba de la mala doctrina denunciada en los versículos 12-19, y, renovándose la esperanza segura de la resurrección, se ve tanto en el tiempo presente como al final del camino la cumplida realización de los propósitos de Dios, ordenando éstos los trabajos de sus siervos que constituyen piedras luminosas, partes integrantes del dibujo total del mosaico del plan de los siglos.

Preguntas

1. ¿Qué podemos saber acerca del cuerpo de resurrección según las enseñanzas de Pablo en los versículos 35-49? ¿Hay otras Escrituras que echan luz sobre su condición?
2. Destáquense las enseñanzas sobre la Venida de Cristo según se hallan en **(1 Co 15:50-55)**. Haga referencia a un pasaje claramente análogo.

Los planes y viajes de los siervos del Señor - 1 Corintios 16:1-24

La naturaleza del epílogo

La doxología y la exhortación del final del capítulo 15 han puesto fin a la parte doctrinal de la Epístola, como también a las instrucciones que surgieron de los diferentes desvaríos de los corintios. Seguramente había aún mucho que aclarar, pero lo restante podría esperar la prolongada visita que Pablo anuncia en el curso de este Epílogo. Sin embargo, el apóstol no puede dejar su escrito sin añadir algunas notas sobre asuntos de interés común, y tal es la plenitud de su pensamiento que hasta el Epílogo rebosa instrucción que permanece para la orientación de las iglesias en todo tiempo. Sobre todo, el capítulo 16 ilumina facetas del ministerio de los siervos de Dios en aquella época, echando luz sobre las interrelaciones entre ellos mismos y las iglesias formadas. Por eso se reviste de mucho interés para quienes comprenden el valor para nosotros del padrón de la Iglesia y su ministerio durante la época apostólica. Los asuntos y saludos son los siguientes:

- 1) La colecta para los santos pobres de Jerusalén (**1 Co 16:1-4**).
- 2) Los planes y viajes de Pablo mismo (**1 Co 16:5-9**).
- 3) Los movimientos de Timoteo y de Apolos (**1 Co 16:10-12**).
- 4) Exhortaciones a la firmeza y al amor (**1 Co 16:13-14**).
- 5) El servicio de Estéfanos, Fortunato y Acaico (**1 Co 16:15-19**).
- 6) Saludados y amonestaciones (**1 Co 16:19-24**).

La ofrenda para los santos en Judea (1 Co 16:1-4)

I. La preocupación de Pablo

La comunión de los santos ha de expresarse de una forma práctica. La intensa y prolongada preocupación de Pablo por levantar interés entre las iglesias gentiles a favor de los cristianos en Judea —quienes, por diversas razones, sufrían severas estrécheles económicas— es el ejemplo más destacado del principio general que el apóstol había comprendido bien desde el principio de su ministerio: que *“la comunión de los santos”* incluye por necesidad la ayuda práctica, siendo preciso que los cristianos pudientes ayudasen a otros que pasaban por pruebas de orden económico. Durante su ministerio en Antioquía —como colaborador de Bernabé— había sido escogido como mensajero para llevar dinero contribuido por la iglesia de Antioquía (Siria) a los Ancianos de Jerusalén (**Hch 11:26-30**). Cuando su ministerio apostólico fue plenamente reconocido por los líderes en Jerusalén, estos le exhortaron a que se acordase de los pobres, y en el relato Pablo añade: *“la misma cosa que también yo estaba ansioso de hacer”* (**Ga 2:10**). Todo ello concuerda con las normas de (**Ga 6:9-10**): *“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe”*. Los detalles que se nos dan sobre la colecta de que se trata aquí nos orientan en cuanto a varios aspectos de toda comunión práctica de la clase que sea.

La colecta para los santos. Sin duda, Pablo hace referencia a los creyentes de Judea, puesto que los corintios han sido informados ya sobre el asunto y han expresado su deseo de participar en la ofrenda. Para el estudio de este importante cometido —que corresponde al final del tercer viaje misionero— debiéramos leer, en el orden señalado, los pasajes siguientes: **(1 Co 16:1-4) (2 Co 8-9) (Ro 15:25-28) (Hch 20:1-5)**. Las personas mencionadas en Hechos capítulo 20 son los representantes de las iglesias. En primer término, esta campaña a favor de los creyentes en Judea fue una expresión del principio de la comunión práctica que notamos en el último párrafo. Pero existía cierta tirantez —quizá a causa de la falta de comprensión mutua— entre las iglesias en Judea y las de la gentilidad. Los cristianos de origen judío guardaban las costumbres religioso-sociales de antes, especialmente en el asunto de comer y beber, lo que dificultaba la libre manifestación de la comunión entre ellos y los gentiles, que no estaban sujetos a tales limitaciones. Claro está, los cristianos judíos tampoco estaban “bajo ley” en su vida social, pero es muy difícil romper con costumbres conocidas desde la niñez, y tampoco se estableció una “ley” que les mandara dejarlas. Sin duda, Pablo pensaba que una ofrenda de verdadera importancia, hecha por los cristianos de muchas iglesias de las provincias a favor de sus hermanos en Judea, proveería una prueba de la profundidad de la obra del Espíritu Santo entre los cristianos no judíos, manifestando, además, el deseo de éstos de colaborar con todos los miembros del Cuerpo de Cristo. Los representantes de las iglesias participantes tendrían ocasión de hacer contactos personales con los líderes en Jerusalén, confirmando de esta manera el significado de la ofrenda por medio de intercambios personales.

En una carta que se ha perdido, Pablo había dado instrucciones sobre la ofrenda a las iglesias en Galacia, y recomienda a los hermanos en Corinto el mismo procedimiento que había indicado en ella. La carta perdida se había escrito, sin duda, antes de agudizarse el problema de la intromisión de los judaizantes entre las iglesias de Galacia, que motivó la Epístola que conocemos, y que revela un ambiente poco propicio a una labor de comunión de esta clase. Pese a ello, la referencia ofrece otra ilustración de la uniformidad general de las normas que Pablo entregaba a las iglesias, según su declaración en **(1 Co 4:17)**: *“Timoteo... os recordará mi proceder en Cristo, de qué modo yo enseñé en todas partes y en cada iglesia”*.

El primer día de la semana **(1 Co 16:1)**. Esta primera mención explícita del *“primer día de la semana”* en las Epístolas lo señala como el día más apropiado para el apartamiento del dinero de la colecta según el Señor haya prosperado a cada uno. Además, existe unanimidad entre los expositores que podemos llamar “ortodoxos” en pensar que se halla implícito en la referencia el hecho de que los cristianos de la época apostólica se reunían normalmente los domingos. Esto se confirma por la práctica notada en **(Hch 20:7)**, y, en una época algo más tardía, por las cartas que Plinio el joven dirigió al Emperador Trajano sobre las prácticas cristianas en Bitinia. El término griego (*“kata mia sabbatou”*) indica *“el día después del sábado”*, que lo distingue del sábado de los judíos. Al mismo tiempo aún no se empleaba generalmente la designación *“día del Señor”*, que daría lugar al “domingo” que conocemos, después de la penetración del cristianismo en la sociedad en general. Las congregaciones cristianas entendían bastante del Antiguo Testamento y de la vida de los judíos como para utilizar el término “el día después del sábado” sin extrañarse. Es un error, por lo tanto, creer que el cambio del sábado al domingo fue algo impuesto por concilios eclesiásticos y leyes del Imperio, pues éstos no hicieron más que confirmar oficialmente lo que había sido la práctica de la Iglesia desde el principio: práctica que sin duda surgió del “primer día de la semana” de la Resurrección del Señor, que inauguró la Nueva Creación, al que se añadió el recuerdo de Pentecostés, día del nacimiento de la Iglesia.

Cada uno ha de apartar según el Señor le haya prosperado (**1 Co 16:2**). Pablo no quería que la iglesia en Corinto hiciera un gran esfuerzo por recoger ofrendas al llegar él a la ciudad: cosa que tendría sus inconvenientes, y hasta la posibilidad de escandalizar a algunos. Mucho mejor sería un proceso continuo de ir atesorando una parte de los ingresos, según la cantidad de éstos. “Cada uno” indica la cooperación de todos, pero los pobres no tenían que dar el dinero que necesitaban para el pan de sus hijos, ni los ricos habían de pensar en la cantidad absoluta de su entrega; sino en su valor en relación con sus ingresos. Si Pablo hubiese querido imponer el diezmo como “ley”, lo habría hecho en este contexto. No lo hace, sin embargo, porque una imposición legal es contraria a la libertad del Espíritu en esta dispensación. Lo malo es que la mayoría de los creyentes que, con razón, no quieren que nadie vuelva a colocarles el yugo de servidumbre (**Ga 5:1**), “se aprovechan” de la libertad para ser carnalmente mezquinos, sin comprender que la gracia debiera estimularnos a dar mucho más que las obligaciones anteriores de la Ley. La norma es clara —*“aparte aquello en que haya sido prosperado”*— preocupándose cada cual por dar el máximo posible a la luz de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, *“que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros, con su pobreza, fueseis enriquecidos”* (**2 Co 8:9**).

La obligación es muy individual según la fraseología del versículo 2, y parece ser que Pablo piensa en un “hucha” en casa que recibirá las contribuciones de cada uno cada primer día de la semana. Con todo, en vista de que muchos creyentes eran esclavos, con poca comodidad, o seguridad, en sus casas, no puede excluirse la idea de la entrega semanal a una caja especial en el lugar de reunión de la iglesia local.

La transferencia de la ayuda (**1 Co 16:3-4**). En el momento de dictar esta carta, Pablo no estaba seguro de si él mismo había de ir a Jerusalén para la entrega de la ofrenda de las iglesias gentiles o no, pensando que dependería bastante de la importancia del asunto, o sea, de la cantidad recogida. En el versículo 4 la palabra “*propio*” de nuestras versiones traduce “*axion*”, “*digno*”.

Más tarde llegó a estar seguro de que convenía que él mismo viajara con los representantes de las iglesias, hasta tal punto que la convicción pesaba más en su ánimo que los varios anuncios proféticos sobre los graves peligros y sufrimientos que le esperaban en Jerusalén (**Hch 20:22-24**) (**Hch 21:4,11,12**).

En todo caso no había de aceptar la sola responsabilidad de la transmisión a Jerusalén de importantes fondos. Los corintios —y lo mismo se aplicaba a las demás iglesias participantes— habían de nombrar hermanos dignos de su confianza, y si Pablo mismo no les acompañara, les proveería de cartas, encomendándoles a los Ancianos en Jerusalén (**1 Co 16:2**). Por fin, los representantes viajaron con Pablo mismo, constando los nombres de algunos de ellos en (**Hch 20:1-4**). Las indicaciones de (**2 Co 8:20-21**) suplementan las directrices del pasaje que estudiamos, y todo ello ilustra el cuidado exquisito que requiere la administración de fondos donados para la Obra del Señor. Pese a ser apóstol, conocido por todos, Pablo comenta: *“procurando hacer lo honrado no sólo a la vista del Señor, sino también a la vista de los hombres”* (**2 Co 8:20-21**).

El procedimiento de Pablo nos hace ver que consideraba legítimo y necesario que las iglesias locales nombrasen representantes de su confianza cuando se tratara de una misión de alcance limitado. Tales representantes estarían revestidos de toda la autoridad necesaria para el cumplimiento de su cometido, pero no hay indicación alguna en los Hechos o en las Epístolas de que llegasen a constituir una jerarquía permanente, con atribuciones que pasarán más allá de la misión específica y limitada que les había sido confiada.

Los planes y viajes de Pablo (1 Co 16:5-9)

I. Pablo medita en su obra futura

El apóstol escribe desde Éfeso. Al redactar esta carta, Pablo se hallaba en Éfeso, y hay evidencia de que meditaba profundamente en el desarrollo futuro de su servicio. Por de pronto aún no había más que hacer en Éfeso, como veremos más adelante. Había de visitar Corinto, pero quería hacerlo con calma, después de una gira más o menos rápida por las iglesias de Macedonia. Gracias a la puesta en práctica de su sabia estrategia misionera —que le llevaba a plantar iglesias en ciudades de mucho movimiento, esperando que de ellas, y por el testimonio de muchos hermanos, el Evangelio llegase a los contornos— había “llenado” vastas regiones del este de la costa del Mediterráneo con las Buenas Nuevas. Sus meditaciones sobre el porvenir se reflejan perfectamente en **(Ro 15:18-24)**, pero tuvieron sus principios en esta etapa de la obra en Éfeso, que coincide aproximadamente con la fecha de nuestra Epístola, escribiendo el historiador Lucas: *“Pablo se propuso por el Espíritu (o “en su espíritu”) ir a Jerusalén, una vez recorridas Macedonia y Acaya, diciendo: Después de haber estado allí, me será necesario ver también a Roma”* **(Hch 19:21)**. Al redactar Romanos, durante la estancia en Corinto que se proponía, ya había columbrado la visión de España **(Ro 15:24-28)**, pensando en la necesidad de llevar a cabo una labor en el occidente del Mediterráneo análoga a la que ya había realizado en el este. Entonces Hispania se hallaba bastante más romanizada y civilizada que Galia (Francia).

De hecho estos planes habían de sufrir importantes modificaciones, ya que Pablo estaba cerca de la muerte por linchamiento en los patios del Templo de Jerusalén, y, siendo librado de la turba por la intervención de soldados romanos, quedó como “prisionero del Imperio” hasta ser sobreseída su causa, según las deducciones que podemos sacar de **(Hch 28:30,51)**. No es seguro que llegase personalmente a España, ya que las Epístolas Pastorales indican que estuvo otra vez en los alrededores del Mar Egeo entre las dos cautividades, lo que dejaría escaso tiempo para un viaje a la Península Ibérica.

Podemos suponer que impulsó a otros a llevar el Evangelio a España, puesto que la casa alquilada —donde pasó dos años esperando la vista de su causa en Roma— fue evidentemente el “cuartel general” de extensos movimientos misioneros.

Las visitas de Pablo a Corinto. La visita que Pablo se propuso realizar a Corinto después de recorrer las iglesias de Macedonia, había de ser la tercera **(2 Co 12:14) (2 Co 13:1)**. La primera vio la fundación de la iglesia en las circunstancias descritas en Hechos capítulo 18. De la segunda sabemos poco, pero, evidentemente, fue una visita relámpago —un breve paréntesis en su gran obra en Éfeso—, realizada con el fin de restaurar el orden en la anárquica iglesia de Corinto. Pablo guardó un recuerdo triste de la visita, y podemos suponer que sus reprensiones no habían sido bien recibidas por la parte rebelde de la congregación. La obra de restaurar el orden quedó sin terminar, probablemente porque Pablo no pudo permanecer en Corinto el tiempo suficiente, ya que las oportunidades en Éfeso le reclamaban urgentemente. En el momento de escribir este Epílogo, Pablo proyectaba preparar el terreno con miras a otra visita más extendida, y para ello redactó sus cartas y envió a Tito y Timoteo como mensajeros suyos. No convenía otra visita “de paso” **(1 Co 16:7)**, que podría fracasar por falta del tiempo preciso que le permitiera llegar a la raíz de los problemas, aun haciendo uso de su autoridad apostólica. El tono de ciertas secciones de la segunda Epístola canónica es prueba de que Pablo tenía razón al no apresurarse a volver a Corinto, bien que el cambio de plan fue luego motivo de infundadas críticas de parte de hermanos capciosos y rebeldes **(2 Co 1:15-20)**.

La ruta propuesta. Las líneas generales de la primera etapa del plan se habían perfilado nítidamente en la mente y corazón del apóstol, siempre dentro de la sumisión a lo que Dios podría revelar posteriormente: *“espero estar con vosotros algún tiempo, si el Señor lo permite”* (1 Co 16:7). Primeramente pensaba prolongar su estancia en Éfeso hasta Pentecostés, aunque cabe la posibilidad de que el tiempo previsto fuese acortado a causa del gran alboroto provocado por Demetrio y los plateros (Hch 19:23-20:1). Aun después de dos o tres años de ministerio en la capital de la provincia de Asia pudo decir: *“porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios”* (1 Co 16:8-9). No quiso desperdiciar las oportunidades que aún se ofrecían en Éfeso, que se describen como *“puerta grande y eficaz”*, traduciendo *“eficaz”* el vocablo griego *“energês”*, adjetivo usado normalmente para actividades humanas, y del cual se derivan nuestras voces *“energía”* y *“enérgico”*. Evidentemente, Pablo veía la *“puerta”* como una entrada a un servicio eficaz y *“enérgico”* que él mismo había de llevar a cabo. Ya hemos hablado de los *“adversarios”* que se oponían a la labor de Pablo en Éfeso. Ver notas sobre (1 Co 15:31-32).

Aprovechando los detalles que Pablo incluye en la segunda Epístola (2 Co 2:12-14), sabemos que, desde Éfeso, se dirigió primeramente a Troas. De todas formas, ésta sería la ruta más conveniente para llegar a Macedonia, siguiendo la de su primera visita a Filipos (Hch 16:6-12). En Troas esperaba encontrar a Tito, de regreso de Corinto, con noticias recientes de la situación en la turbada iglesia. No hallando a su colega en Troas, abrevió su estancia allí, partiendo para Macedonia, donde es probable que se produjera el anhelado encuentro, dándole Tito buenas nuevas que sirvieron para el alivio parcial de su afligido espíritu (2 Co 7:6). Parece ser que el propósito primordial de la gira por Macedonia fue el de visitar las iglesias ya formadas, en las que siempre hallaba hermosas manifestaciones de comunión y un espíritu de verdadero sacrificio en la obra del Señor, según se desprende de la lectura de las Epístolas a los Tesalonicenses y a los Filipenses, con (2 Co 8:1-5). En esta ocasión llegó hasta Ilírico, en la costa del Mar Adriático (Ro 15:19), lo que parece indicar una extensión del campo de la evangelización, además de las visitas pastorales.

Por fin volvió su rostro hacia el Sur, llegando a Corinto, en cumplimiento del plan que adelantó en los versículos 5 al 7 del pasaje que estudiamos, internándose en la casa hospitalaria de Gayo, en la que escribió la Epístola a los Romanos (Ro 16:22-23). Hay razones para suponer que la larga batalla llegó entonces a su fin con victoria para la paz, el orden y la buena doctrina.

Los viajes después del invierno en Corinto (1 Co 16:6). La última frase del versículo 6 —*“para que vosotros me encaminéis a donde haya de ir”*— parece reflejar alguna incertidumbre sobre los planes después de los tres meses en Corinto. Ya hemos visto que, tras prolongada meditación y oración, Pablo llegó a tener la seguridad de que el Señor quería que fuese a Jerusalén, juntamente con los representantes de las iglesias, llevando consigo la ayuda financiera para las iglesias en Judea, fruto de años de cariñoso empeño frente a los hermanos gentiles. La misma frase revela una faceta muy simpática de la comunión cristiana de la era apostólica, ya que, aun tratándose de una iglesia tan turbada como la de Corinto al momento de escribir el apóstol, le parece natural que los hermanos hagan todo lo posible para *“encaminarle”* al salir de su medio hacia otros puntos de testimonio y de obra. Se trata, sin duda, de proveer lo necesario en cuanto a ropa, comida y otros menesteres. Compárese el caso de Timoteo en el versículo 11).

Los colaboradores de Pablo (1 Co 16:10-18)

I. “Operaciones combinadas”

De la manera en que Pablo se había fijado en Timoteo y su labor, discerniendo en él un colaborador idóneo para la gran misión que había emprendido en tierras de los gentiles (**Hch 16:1-3**), así también iba tomando nota de otros hermanos capacitados y celosos, solicitando su colaboración al extender el campo de trabajo. Estos colegas le acompañaban, dispuestos a emprender misiones ingratas y difíciles como las de Tito y Timoteo a Corinto, pero sin perder por ello su libertad como siervos de Dios. Compartían con Pablo la “preocupación por todas las iglesias” (**2 Co 11:28**), como también aquella visión del pionero cuya vista se fijaba siempre en tierras donde aún no había resonado el mensaje de paz. El material biográfico de estos colaboradores del apóstol es escaso, y por eso mismo es de gran interés recoger los detalles posibles sobre cada uno que se menciona en las cartas, como si fuera “de paso”, recordando que son ejemplos de muchos más cuyos nombres no llegaron a escribirse en los anales de los Hechos o en las Epístolas. Conjuntamente con los apóstoles, constituían la “fuerza de choque” para el adelanto y confirmación del Evangelio en la época de su amplia extensión por el mundo grecorromano y es necesario estudiar sus relaciones con el apóstol por una parte y con las iglesias por otra. Con el fin de no interrumpir la unidad del tema, recogeremos los nombres de estos colaboradores (y alguno más cuya actuación entra de lleno en la situación que vislumbramos), dejando las exhortaciones parentéticas de los versículos 14 y 15 para otro apartado.

Tito. Pablo no menciona a Tito entre sus colaboradores aquí, pero es evidente por las referencias de (**2 Co 2:12-13**) (**2 Co 7:6-7**) (**2 Co 8:16-17,23**) (**2 Co 12:17-18**), que efectuó una visita a Corinto por esta época, de mucha importancia para la realización de los planes del apóstol. Es posible que Tito era hombre dotado de un carácter de más recia contextura que el de Timoteo, bien que éste ha de seguirle pronto, llevando a cabo otra misión a Corinto. Las noticias que Tito trajo de Corinto motivaron el cántico de triunfo de Pablo en (**2 Co 2:14-16**). Entre otras muchas misiones, más tarde había de confirmar la obra del apóstol en Creta, según se desprende de la Epístola que Pablo le dirigió.

Timoteo. Nos extraña un poco la forma de la frase: “y si llegare Timoteo” ya que en (**1 Co 4:17**) la visita se dio como un hecho: “Por esto mismo os envié a Timoteo..., el cual os recordará mi proceder en Cristo Jesús”. Sin embargo, “si” no siempre indica duda en el Nuevo Testamento y a veces corresponde a “cuando”. Por (**Hch 19:22**) sabemos que por esta época Pablo había enviado a Timoteo y a Erasto a Macedonia, sin duda con el fin de prepararle el viaje a la provincia norteña, anunciado como anterior a su próxima visita a Corinto. Es evidente, pues, que Timoteo no se embarcó en el puerto de Éfeso para ir directamente a Corinto, sino que fue primeramente a Macedonia, como Pablo había de hacer más tarde. En vista de este prolongado viaje interior, la fecha de su llegada a Corinto no podía fijarse con exactitud, sin que por ello se modificara el propósito firme de llegar a la meta.

Ya hemos hecho algunas observaciones sobre Timoteo, su carácter y su obra, al comentar las expresiones que emplea Pablo en (**1 Co 4:17**), notando que hemos de desechar la imagen que generalmente se forma de él, como de un joven tímido y nervioso. Sin duda fue por naturaleza modesto y retraído, costándole esfuerzo y lágrimas la consecución del buen fin de los cometidos que el apóstol le encomendaba. Pero recordemos que, después de los mismos apóstoles, Timoteo sería la figura más destacada de la historia de la extensión del Evangelio en la época que tratamos, y que los cometidos —tratándose especialmente de los problemas internos de las iglesias— solían

ser de los más arduos y delicados. Esto no se ajusta a la idea de un Timoteo que no pasaba de ser aprendiz miedoso y de poco carácter. Su juventud sería muy relativa según nuestras normas occidentales.

Igual que en **(Fil 2:19-23)**, Pablo identifica a Timoteo de una forma total con su propia obra: *“La obra del Señor hace, como yo también”*. No era apóstol inspirado, pero sí un obrero sumamente digno y eficaz, que se entregaba totalmente a las tareas que le fueron encomendadas. La frase: *“mirad que esté con vosotros sin temor”*, echa alguna luz sobre el carácter de Timoteo, pero mucho más sobre el espíritu rebelde y contumaz de bastantes hermanos corintios, que podía llegar a extremos casi inverosímiles, aun tratándose de confrontaciones con Pablo mismo **(2 Co 12:20-21)**. Tumultos carnales en las iglesias locales pueden llegar a despertar los temores aun de los siervos de Dios más aguerridos en tales lides. La otra amonestación —*“que nadie le menosprecie”*— tampoco indica nada “despreciable” en Timoteo, sino la soberbia carnal de un sector de la iglesia en Corinto, incapaz de reconocer la autoridad espiritual de un siervo de Dios lleno del Espíritu, pero que no era batallador por temperamento.

Las iglesias y los obreros del Señor **(1 Co 16:11)**. La recomendación a los corintios en cuanto a Timoteo —*“encaminadle en paz para que venga a mí”*— refuerza lo que ya indicamos sobre la comunión de las iglesias con los siervos del Señor al emprender éstos sus viajes —a veces largos, peligrosos y difíciles—, siendo costumbre de que fuesen provistos de todo lo necesario **(Ro 15:24) (2 Jn 1:6,10) (Fil 4:10-19) (2 Co 11-9)**. Las referencias dadas revelan la comunión práctica de las iglesias con los siervos de Dios como algo normal, y la “autolimitación” de Pablo en cuanto a recibir ayuda monetaria de la iglesia en Corinto (capítulo 9) no anula la obligación de los creyentes frente a quienes dedican su vida a la extensión del Evangelio, o a la enseñanza de la Palabra. Aquí se nos provee un ejemplo práctico de las normas básicas ya subrayadas en el capítulo 9.

La visita de Timoteo había de ser necesariamente breve, pues Pablo le esperaba, ya de regreso, antes de que él saliera de Éfeso. No vendría solo, sino *“con los hermanos”*: un propósito que ya parece conocido por los corintios. Lo más probable es que Pablo había enviado ciertas proposiciones y recomendaciones a la iglesia por medio de Timoteo, revistiéndose éstas de tanta importancia que era conveniente que una embajada de *“hermanos”* — *“guías”*, por supuesto— acompañase a Timoteo como portavoces de la iglesia, en contacto personal con Pablo.

Apolos **(1 Co 16:12)**. Este hermano, oriundo de la gran ciudad universitaria de Alejandría, centro del judaísmo helenizante, instruido y elocuente, había oído y aceptado el ministerio de Juan el Bautista, sin conocer la consumación de la obra de Cristo ni el descenso del Espíritu Santo. Al llegar a Éfeso, antes del comienzo de la gran obra de Pablo allí, había sido enseñado en cuanto al contenido del evangelio en su plenitud por medio del piadoso matrimonio, Aquila y Priscila **(Hch 18:24-28)**. Pasando de Éfeso a Corinto, Apolos ejerció un poderoso ministerio allí, y ya hemos visto el modo en que unos sectarios querían utilizar su nombre como bandera de partido, sin que él tuviera parte ni arte en aquellas intrigas. Obviamente se encontraba en Éfeso al dictar Pablo esta carta y éste pensaba que la presencia de Apolos en Corinto, dedicándose a sus apreciadas enseñanzas, sería de mucho provecho para la iglesia en aquella hora de crisis. La referencia del versículo 12 —*“Yo le rogué mucho que fuese a vosotros con los hermanos”*— muestra que el apóstol tenía verdadero empeño en que su colega siguiera sus indicaciones. Normalmente un ruego de este carácter, de parte de un apóstol, bastaría para que el colega en cuestión emprendiera el viaje indicado; es interesante notar, sin embargo, que Apolos tenía libertad para no aceptar la sugerencia, comentando Pablo *“mas no tuvo voluntad de ir por ahora; pero irá cuando tenga oportunidad”*. La última frase parece indicar que Apolos se veía comprometido en una labor que le parecía imposible abandonar entonces, estando

dispuesto a ir a Corinto al terminar su cometido. Cabe también la posibilidad de que, con su conocimiento íntimo de la vida interna de la iglesia en Corinto, no vea posibilidad de entregarse a un ministerio provechoso allí hasta que se hubiese solucionado la crisis, entrando en razón los rebeldes. Después de las visitas de Timoteo, Tito y Pablo mismo, él podría ir a Corinto con buenas esperanzas de confirmar la obra mediante el ministerio especial que le había sido encomendado.

Estas referencias a las relaciones entre los siervos del Señor que colaboraban más o menos íntimamente con el apóstol Pablo son muy significativas, ya que destacan la coordinación normal de hombres que sentían honda preocupación, no por una parroquia limitada, sino por todas las iglesias fundadas durante los dos o tres decenios que siguieron al Día de Pentecostés, sin perder la visión de extender el Evangelio según se abriesen las puertas de oportunidad. Con todo, la colaboración y la coordinación de esfuerzos, siendo normales, no suponían una subordinación servil de un obrero a otro, ni aun tratándose de un apóstol, puesto que Apolos mismo tenía que ser el árbitro final en cuanto a la guía que recibiera del Señor. Uno de los mayores problemas que surgen en el curso de la extensión de la Obra en nuestros tiempos consiste en cómo será posible mantener la libertad del siervo de Dios, sin perder preciosos esfuerzos y recursos a causa de iniciativas esporádicas, mal planeadas y con poca o ninguna coordinación entre diferentes siervos del Señor que sienten preocupación por cierta área de testimonio, o por algún aspecto de la consolidación de la Obra. Hemos de procurar hallar la vía media — como la hallaron los apóstoles y sus colegas— que evita, por una parte, la libertad anárquica de quien se cree llamado a tal o cual servicio, y por otra, la presión, que puede llegar a ser arbitraria y carnal, de jerarquías eclesiásticas o misionales. El estudio de estos ejemplos nos ayudará a buscar la guía del Señor al coordinar capacidades, oportunidades y servicios, sin la pérdida de la libertad de quien es siervo de Dios y no del hombre.

La casa de Estéfanos (**1 Co 16:15-18**). Dejando por el momento el paréntesis hortatorio de los versículos 13 y 14, pasamos al versículo 15 con el fin de mantener la unidad del tema de nuestro apartado, que recoge observaciones tan luminosas sobre los siervos del Señor. Pablo ha de hacer un ruego a los hermanos sobre Estéfanos y su “casa”, pero apenas iniciada, la interrumpe por medio de un inciso que recuerda a los corintios el carácter de las personas en cuestión y lo que significan en la obra: “*conocéis la casa de Estéfanos, que son las primicias de Acaya, y que se han dedicado al ministerio de los santos*”. Evidentemente, Estéfanos era hombre pudiente, cabeza de su “casa”, que no significa ni el edificio material, ni meramente la familia, sino el conjunto de personas que constituían su establecimiento. Además de la familia inmediata, habría servidores y esclavos. Tanto el jefe de la casa como los miembros de ella habían recibido tempranamente el Evangelio que Pablo predicó al llegar a Corinto, siendo “*las primicias*” de su labor allí (**1 Co 1:16**). La referencia a su servicio (diaconía), y la indicación de que ellos mismos se sintieron impulsados a entregarse a ella ilustran maravillosamente la libertad y la potencia de las operaciones del Espíritu en los tiempos apostólicos. Seguramente habían consultado con Pablo y otros líderes al ofrecerse a realizar múltiples servicios en la obra del Señor, pero el apóstol subraya el deseo espontáneo de Estéfanos y de los suyos al ponerse a la disposición del Señor y de los santos, o sea, de los creyentes en general. Quizá ninguno sería predicador —sin excluir la probabilidad, desde luego, de que uno lo fuera— y quizás el servicio más inmediato sería el de la hospitalidad, por medio de la cual una casa amplia y cómoda se ponía a la disposición de los siervos del Señor y de la iglesia. Podría haber entre los miembros del “establecimiento” hombres y mujeres movidos por un espíritu pastoral, dispuestos a visitar y a llevar socorro a los enfermos y necesitados. El hecho de que Estéfanos (con Fortunato y Acaico) emprendiesen el viaje a Éfeso para visitar y ayudar al apóstol en esta crisis (**1 Co 16:17**), alegrándole el corazón, es prueba de que sentían una preocupación por la situación en

general, con referencia especial a los problemas en Corinto, dispuestos a cualquier medida que pudiese aliviar tensiones y restaurar el debido orden en su propia congregación. Es posible enfatizar demasiado el seminario, la ordenación, el púlpito, el sermón y la cátedra, perdiendo de vista la obra del Espíritu a través del servicio espontáneo de hermanos como Estéfanos y los suyos.

El reconocimiento de los siervos del Señor (**1 Co 16:16-18**). No sabemos nada más de Fortunato y de Acaico, pero la redacción sugiere que serían buenos colegas de Estéfanos, conocidos hermanos de la congregación de Corinto, quienes, juntamente con Estéfanos, habían traído alivio y gozo al apóstol. *“Han suplido vuestra ausencia (algunos textos rezan “falta”) porque recrearon mi espíritu y el vuestro”*, comenta el apóstol. Ya que Pablo no quería aceptar ayuda material de Corinto, es mejor comprender que la presencia (parousia) de estos hermanos supliera la ausencia física de los hermanos de Corinto en general, y con la cortesía que le caracteriza, Pablo supone que el refrigerio suyo será motivo de gozo también para los corintios: *“recrearon mi espíritu y el vuestro”*.

Pese a la falta de todo aparato jerárquico, siervos de Dios como Estéfanos —con otros miembros de su casa, por implicación los hermanos Fortunato y Acaico, y *“con todo el que coopera y trabajo”* (*“kopiaō”* = trabajar duro)—, eran acreedores del reconocimiento y sumisión de los hermanos en general. Pablo ya había dado análogas instrucciones a los tesalonicenses (**1 Ts 5:12-13**), recalcando que el respeto y la obediencia no se basan en cargos eclesiásticos, sino en la prueba de la obra, evidentemente espiritual, de cada siervo de Dios.

De nuevo se trata de seguir una vía media. Es preciso reconocer sin ambages la igualdad esencial de todos los hijos de Dios por el hecho de serlo, como también la de los “sacerdotes espirituales”, con igual derecho de parte de todos de entrar en el Santuario para la adoración; a la vez existe la obligación de reconocer el ministerio de quienes han sido dotados por el Espíritu Santo (capítulo 12), preparándose debidamente por la adquisición de un conocimiento exacto de la Palabra Santa (**2 Ti 2:15**) y dispuestos a realizar trabajos duros para la extensión y la confirmación del Evangelio. La autoridad es espiritual y no jerárquica, y por eso les costaba mucho a los corintios carnales reconocer la hermosa labor de los siervos que Dios les había dado. La necesidad de aplicar estos principios al ministerio en las iglesias locales de hoy es evidente. Ni pertenece a algunos usurpar una autoridad despótica que no les corresponde, ya que no se discierne en ellos la obra manifiesta del Espíritu Santo, ni han de ser los hermanos anárquicos y rebeldes frente al ministerio adecuado y bíblico que el Señor de la Iglesia ha provisto.

Exhortaciones y saludos finales (1 Co 16:13-14,19-24)

I. Exhortaciones a la firmeza, el valor y el amor (1 Co 16:13-14)

“Velad”. Los imperativos de los versículos 13 y 14 pueden y deben dirigirse a los cristianos en todo tiempo y lugar, pero seguramente, Pablo los escogió con referencia muy especial a las necesidades de los corintios, cuyas veleidades tuvo que reprochar tantas veces en el curso de su extensa Epístola. *“Velad”* traduce *“grêgoreite”*, que es un imperativo presente, denotando el esfuerzo persistente de ahuyentar el sueño y de estar alerta. En el curso de la carta Pablo ha mencionado muchos peligros que no se percibían por el creyente medio dormido espiritualmente. Frente a ellos, ¡velad!

“Estad firmes en la fe”. La *“Fe”* aquí es el cuerpo completo de las doctrinas cristianas, coincidente con el “depósito” de las verdades del Nuevo Pacto entregado a los apóstoles. El capítulo 15 constituye un magnífico ejemplo de la exposición de sana doctrina, y ya vimos que el abandono de la doctrina de la resurrección traía como consecuencia

inevitable el relajamiento de las costumbres en el terreno moral. Los corintios necesitaban abandonar su necia confianza en la sabiduría humana para mantener una posición de absoluta firmeza en cuanto a la Fe.

“Portaos varonilmente”. En el griego hallamos sólo una palabra: *“andrizesthe”*, que se deriva de la raíz *“andros”* (de *“anêr”*), *“varón”*, de modo que la traducción *“portaos varonilmente”* es muy aceptable. Muchos de los corintios se habían portado como niños, y recordamos sus necias divisiones, el orgullo que sentían al lucir sus pobres retozos de sabiduría y de dialéctica, y su predilección por el don de lenguas, al ser atraídos por el *“misterio”* más que por aquello que edificara a los santos. Pablo veía que no se habían desarrollado como era debido, y que necesitaban la leche de la Palabra todavía, no pudiendo digerir viandas fuertes. Es cierto que *“portaos varonilmente”* evoca la idea de una valerosa lucha contra enemigos aguerridos más bien que el concepto de madurez cristiana, pero podemos estar seguros de que Pablo no veía la posibilidad de una lucha victoriosa contra peligros en el exterior si los hermanos de Corinto no aprendían antes a desarrollarse hasta alcanzar mayor estatura espiritual, con capacidad para discernir lo bueno y rechazar los pobres remedios de las verdades cristianas que el diablo no dejaba de exponer delante de sus ojos. Habían de continuar el testimonio ante los judíos, que manejaban todos los resortes carnales que el dinero podía comprar en su afán por socavar los cimientos de la iglesia en Corinto. Allí, en la Acrópolis, se alza el Templo de Afrodita, centro de la corrupción moral que corroía las entrañas de la sociedad de Corinto, llegando a infiltrarse hasta en la comunidad cristiana. Dios necesitaba *“soldados de la Cruz”*, diestros en el manejo de la *“espada del Espíritu”* y *“llenos de poder y de la potencia de su fuerza (la de Dios)”* (Ef 6:10-17).

“Fortaleceos”. El verbo se deriva de *“kratos”*, que es *“fuerza”* en su máxima expresión, y la exhortación se enlaza con la anterior, pues se trata también de mostrar *“hombria”*. Pero hemos de excluir del concepto de *“fuerza”* todo lo que se preste a inflamar el orgullo humano; leyendo este imperativo presente continuo como forma pasiva, viene a significar que hemos de dejar que Dios nos fortalezca continuamente, ya que él solo es fuente de poder. El varón de Dios necesita el suministro constante de la potencia divina, y para Pablo ésta tiene su manantial en la Resurrección del Señor Jesucristo, juntamente con el descenso del Espíritu Santo, que es la potencia que obra *“en”* nosotros. Hemos de entender *“cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los creyentes, según la operación de la potencia de su fuerza, que obró en Cristo, levantándole de entre los muertos y sentándole a su Diestra”* (Ef 1:19-20). La Fuente no se agotará nunca, y la exhortación es: *“Dejad que Dios os fortalezca”* a todos los efectos del servicio y del combate de los cristianos.

“Todas vuestras cosas sean hechas en amor” (1 Co 16:14). La mejor traducción es *“en amor”*, como ambiente y potencia para toda obra cristiana. Pablo vuelve a recordar a los corintios la lección del capítulo 13: que todo don y toda actividad que se califican como cristianos, quedan anulados si no obran conjuntamente con el amor (*“agapé”*), que es el sacrificio del *“yo”* a favor del *“otro”*.

2. Saludos finales (1 Co 16:19-24)

Los saludos de las iglesias de Asia. Recordemos que *“Asia”* quiere decir la provincia que ocupaba la región occidental de lo que ahora es Turquía, evangelizada extensamente como resultado de la gran labor de Pablo en Éfeso. Estos saludos —como todos aquellos que finalizan las Epístolas— revelan claramente la afectuosa comunión que existía entre las iglesias recién formadas, pese a distancias geográficas y diferencias de costumbres y aun de lengua. Los creyentes reconocían su unidad en el Señor, no como trabazón

artificial, forjada por una organización, sino como la manifestación espontánea y vital de su vida común en Cristo Jesús.

Los afectuosos saludos de Aquila y Priscila. Al llegar Pablo a Corinto por primera vez halló refugio y consuelo en la casa de Aquila y Priscila, trabajando conjuntamente con ellos en su oficio de fabricar tiendas de campaña (**Hch 18:1-3**), de modo que el hogar de este matrimonio había sido la cuna del Evangelio en Corinto. Por eso sus saludos sobrepasan en cariño y significado a los de los hermanos en general, ya que conocían personalmente a todos los miembros de la Iglesia del período de su formación y consolidación.

Con los saludos de Aquila y Priscila se unen los de *“la iglesia que está en su casa”*, pues dondequiera que residía aquel matrimonio consagrado, su casa llegaba a ser hogar de una iglesia y centro de actividad cristiana (**Ro 16:3-5**). A la fecha de esta carta —y por mucho tiempo después— no se sabía nada de edificios expresamente dedicados al culto de la iglesia local y su ministerio, utilizando la congregación las casas más amplias y adecuadas de sus miembros. Tratándose de una obra próspera, como la de Éfeso, hemos de suponer el uso de varias casas, aun cuando las cartas se dirigen a la iglesia de Éfeso, de Corinto, de Roma, etcétera,

La señal del amor fraternal. No sólo intercambian saludos las iglesias locales, como comunidades, sino también hermanos y hermanas como individuos, y así escribe Pablo: *“todos los hermanos os saludan”*, añadiendo el mandato: *“Saludaos los unos a los otros con ósculo santo”*. Quizá los roces, engendrados por el partidismo que remaba en Corinto, habían limitado la práctica de esta manifestación del amor en Cristo, y Pablo se siente impelido a recordarles que el *“ósculo santo”* no es señal de favoritismos y predilecciones personales, sino de nuestra relación fraterna *“en Cristo”*, y que no ha de abandonarse por roces pasajeros. Dentro del área de nuestra civilización occidental, el apretón de manos es ahora más corriente que el *“ósculo”* como señal de amor fraternal, pero el mandato es aplicable a nosotros en su esencia.

Es terrible cuando hermanos en Cristo rehúsan el saludo de amor al encontrarse con otros, ya que rechazan a quienes Cristo recibió y a los hermanos que redimió con su sangre.

Pablo escribe el saludo final con su puño y letra. Pablo solía servirse de un amanuense al redactar sus cartas, y al hacerlo no sólo seguía la costumbre de su tiempo, sino que evitaba el desgaste de su vista, siendo probable que su *“aguijón en la carne”* fuese una enfermedad de los ojos (**2 Co 12:7-9**) (**Ga 4:14-15**) (**Ro 16:22**). Con todo, al llegar al fin de una epístola, acostumbraba escribir un saludo personal *“de su propia mano”*, como en el caso de esta carta. En el intento de grabar lecciones de importancia en la mente y corazón de los gálatas, escribió personalmente todo el párrafo que dio fin a su carta a ellos, notando *“los caracteres grandes”* que escribía con su propia mano, esforzando su vista (**Ga 6:11-18**). Además de ser una prueba de afecto personal, el saludo y la firma finales tenían otro propósito, ya que hay evidencia de que algunos intrigantes estaban dispuestos a imitar cartas del apóstol para sus propios fines de crear confusiones y pescar en río revuelto. Así Pablo tenía que exhortar a los tesalonicenses que no fuesen movidos de su modo de pensar sobre el Día del Señor *“ni por espíritu, ni por discurso, ni por carta como si fuera nuestra”* (**2 Ts 2:2**). Su saludo personal, pues, era garantía de autenticidad que no podía falsearse muy fácilmente (**2 Ts 3:17**).

En este contexto recordamos también las últimas palabras de esta carta: *“Mi amor sea con todos vosotros en Cristo Jesús”*, que seguramente se incluyen en el saludo final escrito con los *“grandes letras”* de su propia mano, al luchar con el defecto de la vista, igual que en el caso de los gálatas, este esfuerzo por relacionarse personalmente con los receptores de la carta tenía por objeto subrayar el amor que sentía para con ellos, pese a

las lágrimas que le habían hecho derramar por sus frecuentes desvaríos y por los ataques contra su persona. Así escribe, dentro de este esfuerzo penoso: *“Mi amor sea con todos vosotros en Cristo Jesús”*, sin exceptuar hermano alguno, por mucho daño que le hubiera causado personalmente, manteniéndose el amor siempre *“en Cristo Jesús”*. El aglutinante que da cohesión a todo el cuerpo espiritual no es la simpatía personal —por bella que ésta sea en su lugar—, sino la comunidad de vida *“en Cristo Jesús”*.

El anatema y la falta de amor al Señor. En medio de cariñosos saludos y exhortaciones escritas de su propia mano, Pablo inserta de pronto una “maldición”: *“Si alguno no ama al Señor, sea anatema”*, que nos produce el efecto de una ducha inesperada de agua muy fría. Desde luego, Pablo sabía lo que escribía y por qué insertó tal frase entre los saludos antes de dar fin a la carta. Etimológicamente, anatema quiere decir: *“poner aparte”*, y traduciendo *“hêrem”*, del hebreo, se empleaba en la LXX para donativos consagrados a Dios. Luego pasó a significar, por extensión, lo que Dios había quitado de las manos de los hombres al consagrarlo a su juicio, como la ciudad de Jericó (**Jos 6:17-18**). Sólo hay un paso entre aquel uso y el significado de *“maldición”*. Llegó a haber una relación estrecha entre anatema y la excomunión pronunciada en una iglesia, pero ya es un uso derivado y tardío. Sin duda las personas aludidas aquí se hallaban bajo la ira de Dios. Esto mismo nos da la clave para la interpretación de su pensamiento, puesto que verdaderos hermanos, cuyo amor se ha enfriado, pueden y deben ser amonestados severamente (**Ap 2:4-5**), pero están *“en Cristo”* donde no hay condenación. Se trata, pues, de personas que se hallaban dentro de la “membresía” de la iglesia local, sin haber experimentado jamás la regeneración por la potencia del Espíritu de Cristo. Sabían y usaban todas las frases piadosas que empleaban los demás y podrían aprobar un examen en doctrina cristiana, pero no amaban al Señor porque nunca le habían conocido. Se trataba de apóstatas, de profesantes sin vida, cuya presencia en una congregación podría causar daños irreparables, siendo cada uno de ellos *“raíz de amargura”*, capaz de perturbar de toda la iglesia (**He 12:15**). El juicio de los tales es tanto más severo por cuanto pecan contra tan abundante luz, habiendo participado en los posibles bienes de la iglesia local. Al pronunciar el anatema, Pablo no hace más que reiterar lo que es un hecho real, tratándose de esta clase de personas.

“Maranata”. Los mejores textos griegos imprimen esta frase de la forma siguiente; *“maranatha”*, sin traducirla del arameo al griego, se halla como fórmula litúrgica, relacionada con la Santa Cena, en el Didachê (X:6; siglo segundo), pero no se repite en el Nuevo Testamento. Se ha traducido usando los términos siguientes: *“El Señor ha venido”* (con referencia a la Encarnación), o *“el Señor viene, o vendrá”*, expresando la constante esperanza de la segunda venida del Señor que caracterizaba a la iglesia del primer siglo. Más probablemente se trata de una invocación: *“¡Nuestro Señor! ¡Ven!”*, análoga a la última petición de la Biblia: *“¡Ven, Señor Jesús!”*. El hecho de transliterarse la frase del arameo al griego —sin traducción— es prueba de que la invocación se había arraigado muy tempranamente en la mente y el corazón de la Iglesia (según la analogía de *“Abba”*) antes de extenderse el Evangelio por las tierras de habla griega. Quedó como una frase ya consagrada por el uso constante por miles de labios de los fieles, pasando a ser usado así en las iglesias de los gentiles. Es una prueba (entre tantas otras) de que los creyentes de las primeras generaciones tomaron al pie de la letra la promesa de los ángeles después de la ascensión del Señor: *“Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al Cielo, ha de venir de igual modo que le habéis visto ir al Cielo”* (**Hch 1:11**), encarnando la promesa la esperanza típica de la Iglesia apostólica. Una Iglesia que se ha olvidado de exclamar de corazón: *“¡Ven, Señor Jesús!”*, diluyendo la promesa en miles de alambicadas interpretaciones, ha perdido una gran parte de su vitalidad.

¿Existe alguna relación entre “*Maranatha*” y el “*anatema*” que le antecede? Es posible que el solemne pensamiento del juicio que se cernía sobre algunos falsos “hermanos”, que se habían introducido en la congregación de Corinto, trajera, a la memoria de Pablo la conocida invocación, que presta relieve y urgencia al juicio. Con todo, “*Maranatha*” se relaciona perfectamente bien con los saludos en general, y su empleo aquí no requiere explicaciones especiales.

La gracia del Señor Jesús. Pablo inició la redacción de esta Epístola pronunciando la conocida y repetida bendición: “*Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*”, y no puede hallar mejor fin a su escrito que el eco de aquella bendición, escribiendo: “*La gracia del Señor Jesús sea con vosotros*”. La frecuencia del uso del término “*gracia*” tiende a diluir su profundo significado, ya que, en la doctrina del Nuevo Testamento, viene a ser mucho más que un mero “favor inmerecido”, según la definición ya demasiado manoseada. No es menos que la potencia total y amorosa del Dios omnipotente y todo sabio que se dirige hacia el hombre para su bien, dentro del plan divino de salvación. El Sacrificio de la Cruz hace posible el ejercicio de la gracia en todo tiempo. La “gracia preveniente” hace posible el arrepentimiento y la fe del hombre que se humilla para recibirla. La gracia —en la Persona del Espíritu Santo— nos regenera. En cada instante de la vida nueva necesitamos que las poderosas y amorosas energías del Trino Dios operen no sólo en nosotros, sino también dentro del orden externo que permite la Providencia. A veces el Padre se presenta como Manantial de la gracia, que llega a nosotros por medio del Señor nuestro Jesucristo; pero en otros contextos —como en **(1 Co 1:3)**, por ejemplo— la gracia tiene su origen por igual en el Padre y en el Hijo. Aquí la gracia es del Señor Jesús (es algo suyo, propio de él) y el apóstol pide que “sea” con los hermanos de Corinto, convirtiéndose en una poderosa realidad en la vida de cada uno. ¡Excelente y perfecta solución para todos los males que afligían la congregación en Corinto! Ya hemos visto que Pablo no retira su amor de ninguno de los verdaderos hijos de Dios, puesto que Cristo tampoco dejaba de derramar sobre ellos Su gracia.

Preguntas

1. Explique la referencia a “*la ofrenda para los santos*” que introduce la sección **(1 Co 16:1-5)**. Haga referencia a otros pasajes en las Epístolas que echan luz sobre este auxilio que las iglesias gentiles enviaron a las iglesias en Judea. ¿Hay lecciones sobre la ofrenda cristiana que nosotros podemos aprender por el estudio de estos versículos?
2. Discurra sobre las relaciones que existían entre Pablo, sus colegas más inmediatos, otros siervos del Señor y las iglesias locales, según se reflejan en **(1 Co 16:7-12, 14-24)**. ¿Cómo aplicaría usted las lecciones que se destacan de este estudio, pensando en las iglesias locales de nuestros días, en los siervos del Señor y en la Obra en general?

Copyright ©. Texto de Ernesto Trenchard usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).